SORAYA PONTES



LECCIONES PARA EL CAPITÁN

COPYRIGHT

Derechos de autor

Derechos de autor © 2026 Soraya Pontes.
Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, distribuida o transmitida por ningún medio sin la autorización previa de la autora, excepto en breves citas para reseñas o divulgación.

Esta es una obra de ficción. Nombres, personajes, lugares y acontecimientos son fruto de la imaginación de la autora o utilizados de forma ficticia.

Soraya Pontes

SUMARIO

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Epílogo
Agradecimientos

CAPÍTULO 1

Maya

Me despierto cinco minutos antes de que suene el despertador, lo que debería considerarse una victoria, pero solo me deja irritada por haber perdido la oportunidad de ignorarlo tres veces más.

Me quedo acostada, mirando el techo blanco del dormitorio, mientras el celular vibra al lado de la almohada. La pantalla está llena de notificaciones: mensajes de mi mejor amiga, recordatorios de trabajos, invitaciones a fiestas y al menos dos conversaciones que no pretendo responder tan pronto.

Mi mundo funciona mejor cuando nadie espera mucho de mí antes de las nueve de la mañana.

Estiro el brazo, apago el despertador y veo el mensaje más reciente de Sophie.

Sophie: Si apareces en clase con esa cara, voy a fingir que no te conozco.

Sonrío incluso antes de responder.

Yo: Si sigues mandándome mensajes antes de las ocho, voy a fingir que no sé quién eres.

La respuesta llega casi inmediatamente.

Sophie: Mentira. Me amas.

Esta es la parte en la que debería escribir que sí. En lugar de eso, mando un emoji poniendo los ojos en blanco y me levanto.

Mi cuarto es pequeño, pero organizado como me gusta. La cama pegada a la pared, el escritorio ocupado por libros que abrí pocas veces durante la semana, una hilera de perfumes delante del espejo y ropa esparcida en el sillón. No es desorden. Es un sistema que solo yo entiendo.

Elijo unos jeans oscuros, una blusa negra de manga larga y botas. No tengo intención de impresionar a nadie. Al menos eso me digo a mí misma mientras paso más tiempo del que debería eligiendo los pendientes.

Cuando salgo del dormitorio, el campus ya está lleno. Estudiantes cruzan los caminos con vasos de café en las manos, mochilas colgadas de un hombro y expresiones de quienes aún no han decidido si realmente están despiertos. El aire de la mañana es frío, y meto las manos en los bolsillos de la chaqueta mientras camino hacia el edificio de clases.

Me gusta este horario.

La universidad aún no está completamente despierta. La gente pasa a mi lado sin prestar atención, y yo puedo observarlo todo sin necesidad de participar en nada. Una pareja comparte una bufanda cerca de la biblioteca. Dos chicas se ríen mientras intentan equilibrar demasiados libros en los brazos. Un chico corre por el césped con una expresión desesperada, probablemente tarde para algún examen.

Yo paso junto a todos ellos como si estuviera viendo una escena que no tiene nada que ver conmigo.

Quizá sea justamente por eso que me gustan tanto las fiestas.

Por la noche, nadie observa en silencio. La gente se acerca, hace preguntas, ofrece bebidas, elogia mi pelo e intenta descubrir si existe alguna posibilidad de llevarme a casa. Es simple. Directo. Sin promesas.

Me gustan los hombres que saben lo que quieren y, sobre todo, los que no fingen querer más de lo que realmente quieren.

Las relaciones nunca tuvieron mucho sentido para mí. Empiezan con demasiados mensajes, apodos ridículos y planes para el futuro. Luego vienen las exigencias, las discusiones y esa necesidad agotadora de explicar cada paso. Yo prefiero cuando todo está claro. Un beso porque hay ganas. Una noche porque hay deseo. Una despedida sin lágrimas por la mañana.

Sin complicaciones.

Sophie dice que eso es una forma bonita de llamar al miedo.

Yo digo que es una forma inteligente de llamar a la libertad.

— Llegas tarde — dice ella, apareciendo a mi lado con dos vasos de café.

— Todavía faltan cuatro minutos.

— Exactamente. Llegas cuatro minutos tarde para nuestra conversación antes de clase.

Tomo el vaso que me tiende y doy un sorbo. Está demasiado caliente, pero no me quejo. Sophie conoce mi pedido de memoria: café negro, sin azúcar. Dice que eso va conmigo. Yo digo que ella ve demasiadas películas.

— ¿Dormiste? — pregunta.

— Dormí.

— ¿Cuánto tiempo?

— Lo suficiente.

Ella me mira de reojo.

— Maya.

— Cinco horas.

— Eso no es suficiente.

— Para una persona dramática como tú, quizá no.

Sophie contiene la risa y se acomoda el bolso en el hombro. Es una de las pocas personas que no se ofende cuando respondo así. Tal vez porque sabe que, cuando realmente estoy molesta, me quedo en silencio.

Seguimos juntas hasta el edificio. Ella habla de una fiesta que habrá el viernes, de una chica que terminó con el novio y del profesor que decidió poner una actividad sorpresa. Yo escucho todo, hago comentarios en los momentos adecuados y finjo no darme cuenta cuando intenta encajar alguna pregunta sobre mi vida amorosa en medio de la conversación.

— Vas a ir a la fiesta — afirma.

— Tal vez.

— Eso significa que sí.

— Significa tal vez.

— Necesitas salir.

— Yo salgo.

— Necesitas salir con alguien que no sea un desconocido elegido por ti después de dos bebidas.

— Yo elijo muy bien.

— Eliges hombres emocionalmente indisponibles.

— Es una preferencia.

Ella deja de caminar, obligándome a hacer lo mismo.

— ¿Ya te diste cuenta de que esa frase no es tan encantadora como crees?

— Yo nunca dije que quisiera ser encantadora.

Sophie me mira fijamente durante unos segundos. Sé lo que está pensando. Siempre pone esa expresión cuando cree que encontró una grieta en algo que intento esconder.

— ¿De verdad no quieres enamorarte? — pregunta.

La pregunta es simple. La respuesta, no tanto.

Miro el edificio frente a nosotras, a los alumnos entrando y saliendo, a la luz pálida reflejada en las grandes ventanas de vidrio.

— No le veo la ventaja.

— El amor no es una hoja de cálculo de ventajas.

— Tal vez por eso es tan peligroso.

Ella suspira, pero no insiste. Sophie conoce mis límites. Sabe que puedo hablar de casi cualquier cosa, siempre que no tenga que hablar de lo que siento de verdad.

Entramos en el aula cuando el profesor ya organiza los papeles sobre la mesa. El auditorio es grande, con filas de asientos que suben hacia el fondo. Como siempre, Sophie elige un lugar más hacia el centro, donde puede ver la pizarra y salir rápidamente cuando termina la clase.

Yo prefiero quedarme cerca del lateral.

Me siento, cruzo las piernas y abro el cuaderno. No porque esté ansiosa por estudiar, sino porque me gusta la sensación de tener algo delante de mí. Un objeto, una tarea, cualquier cosa que me haga parecer lo bastante ocupada como para que nadie decida iniciar una conversación innecesaria.

El profesor empieza a hablar, y yo intento prestar atención.

Lo consigo durante aproximadamente seis minutos.

Después de eso, mi mente empieza a divagar. Pienso en la fiesta del viernes, en la blusa roja que dejé colgada en el armario y en lo bien que estaría pasar la noche bailando sin tener que oír a Sophie recordarme que debería darle una oportunidad a alguien "de verdad".

Darle una oportunidad.

La gente usa esa expresión como si el corazón fuera un proceso de selección. Como si bastara con elegir al candidato correcto y rellenar

los documentos necesarios para garantizar que todo terminara bien.

He visto demasiadas relaciones acabar como para creer en eso.

Mi celular vibra sobre la mesa.

Sophie: ¿Estás pensando en huir?

La miro. Está dos asientos delante, fingiendo prestar atención mientras escribe el mensaje.

Yo: Estoy pensando en dormir.

Sophie: Puedes dormir después de la fiesta del viernes.

Yo: Estás demasiado obsesionada con esa fiesta.

Sophie: Porque te vuelves más divertida cuando decides no sentir nada.

La frase me hace sonreír, pero también toca un lugar que prefiero mantener callado.

Decidir no sentir nada es diferente de no sentir.

Yo siento. Siento deseo, irritación, curiosidad, aburrimiento, alegría. Siento muchas cosas. Solo no me gusta dejar que ninguna de ellas tenga el poder suficiente para atraparme.

Es fácil que te guste alguien cuando sabes que eso no va a durar.

Al final de la clase, el auditorio se llena de voces y movimiento. Cierro el cuaderno, guardo el bolígrafo y espero a que Sophie termine de hablar con una compañera. Mientras tanto, observo a la gente salir del aula.

Algunos estudiantes se despiden con abrazos largos. Otros quedan para almorzar, hacer trabajos en grupo o reunirse para estudiar. Hay una intimidad tranquila en la manera en que se buscan, como si supieran exactamente dónde estaría el otro.

Yo nunca fui buena buscando.

Prefiero que me encuentren.

— ¿Vamos a almorzar? — pregunta Sophie, acercándose.

— Tengo una lectura que terminar.

— La vas a terminar mientras comes.

— Tú no sabes eso.

— Te conozco.

Ella me pasa el brazo por el mío y me arrastra hacia afuera antes de que consiga inventar otra excusa.

Cruzamos el campus hasta la cafetería. El lugar está lleno, y encontramos una mesa pequeña cerca de la ventana. Sophie habla durante todo el camino. Yo respondo cuando es necesario, pero mi atención se pierde algunas veces en el movimiento a mi alrededor.

El campus parece diferente durante el día. Más ruidoso, más vivo. La gente entra y sale de los edificios, los grupos se forman en los céspedes y el sonido distante de un equipo entrenando nos llega arrastrado por el viento.

— Estás callada — observa Sophie.

— Tengo hambre.

— ¿Te pones filosófica cuando tienes hambre?

— Solo cuando estoy cerca de ti.

Ella se ríe y apoya la barbilla en la mano.

— Un día alguien va a aparecer y vas a olvidar todas esas reglas.

— Yo no tengo reglas.

— Sí que las tienes. No apegarte. No mandar mensaje primero. No dormir dos veces con la misma persona. No dejar que nadie sepa demasiado.

— Esas son solo buenas decisiones.

— ¿Y si encuentras a alguien que haga que todas ellas parezcan tontas?

Cojo una patata de su plato sin pedirla.

— Entonces me iré antes de descubrirlo.

Sophie niega con la cabeza, pero sonríe.

Yo también sonrío.

Por fuera, todo está exactamente como debería. Mi rutina, mis elecciones, mi libertad. Sé quién soy cuando nadie espera que me quede.

Y no pienso cambiar.

Esa tarde, vuelvo al dormitorio, termino la lectura que pasé horas evitando y cambio algunos mensajes sobre la fiesta del viernes. Cuando cae la noche, me pongo una camiseta ancha, me recojo el

pelo y me siento en la cama con el portátil abierto.

Sophie envía otro mensaje.

Sophie: Viernes. Sin excusas.

Yo: Lo dices como si yo fuera a huir del país.

Sophie: Huirías si encontraras un pasaje barato.

Miro la pantalla y sonrío a solas.

Tal vez vaya a la fiesta. Tal vez beba demasiado. Tal vez baile hasta que me duelan los pies y bese a alguien cuyo nombre no voy a recordar a la mañana siguiente.

Todo parece simple cuando lo pienso así.

La universidad, mis clases, mis amigas, las fiestas y la gente que pasa por mi vida sin dejar marcas profundas. Conozco ese camino. Sé dónde empieza y, sobre todo, sé cómo salir antes de que se convierta en algo más grande.

No estoy buscando amor.

Nunca lo estuve.

Y, si depende de mí, nunca lo voy a encontrar.

CAPÍTULO 2

Logan

El silbato del entrenador corta el aire en el instante en que mis pies alcanzan la línea de meta.

— ¡Otra vez! — grita.

Me detengo con las manos apoyadas en las rodillas y respiro hondo. El sudor me corre por la frente, el pecho sube y baja bajo la camiseta de entrenamiento y mis piernas empiezan a quejarse. A mi alrededor, mis compañeros se dispersan por el campo, algunos caminando, otros tirándose sobre el césped artificial.

— Capitán, lo oíste — dice Ryan a mi lado.

Levanto la cabeza y me encuentro con la sonrisa burlona de mi mejor amigo.

— Lo oí.

— Entonces, ¿por qué estás parado?

— Porque estoy pensando en una forma educada de mandarte a correr en mi lugar.

— Puedes intentarlo.

Ryan me da una palmada en el hombro y vuelve a su posición. Yo hago lo mismo, aunque cada músculo de mi cuerpo pida unos

minutos de descanso.

Ser capitán significa ser el primero en llegar, el último en irse y fingir que nunca estás cansado.

Significa correr cuando todos quieren parar.

Significa sonreír cuando el entrenador aumenta el entrenamiento, motivar a quien está frustrado y actuar como si la presión no pesara sobre los hombros.

Me acostumbré a eso.

De hecho, me volví bueno en parecer acostumbrado a cualquier cosa.

— ¡Carter! — llama el entrenador. — Tú lideras la próxima jugada.

Asiento y reúno al equipo.

Los jugadores se acercan, aún jadeantes. Algunos me miran esperando instrucciones, otros hablan en voz baja. Conozco a cada uno de ellos lo suficiente como para saber quién necesita un incentivo y quién solo necesita que le mande callar.

— Vamos a prestar atención — digo, elevando la voz. — La defensa está cerrando por el lado izquierdo. Ryan, tú cortas por dentro. Marcus, mantén la línea hasta mi señal. Nadie se adelanta.

— ¿Y si te equivocas con la señal? — pregunta alguien.

— Entonces la culpa será tuya por no confiar en el capitán.

Algunos se ríen. La tensión disminuye.

Eso es lo que esperan de mí: confianza, respuestas rápidas y la certeza de que sé exactamente lo que estoy haciendo.

El problema es que, fuera del campo, casi nunca lo sé.

La jugada empieza. Corro, recibo el balón y avanzo mientras mis compañeros abren espacio. El ruido de las protecciones chocando, los gritos del entrenador y el viento frío en la cara me hacen olvidar, por unos segundos, cualquier cosa que no esté ocurriendo delante de mí.

En el campo, todo es simple.

Corres o paras.

Atacas o retrocedes.

Confías en el jugador a tu lado.

No hay espacio para dudas.

Cuando el entrenamiento termina, el cielo ya está empezando a oscurecer. Recojo mi casco, agarro la botella de agua y camino con Ryan hasta los vestuarios.

— ¿Tienes fiesta el viernes? — pregunta.

— Probablemente.

— Eso no es una respuesta.

— Es la única que tengo.

— Todo el mundo va.

— Todo el mundo siempre va.

Ryan abre la taquilla y saca una camiseta limpia de dentro de la mochila.

— Deberías aparecer más.

— Yo aparezco.

— Llegas, te quedas una hora, hablas con algunas personas y desapareces antes de medianoche.

— Eso se llama tener sentido común.

— Eso se llama ser el capitán más aburrido que esta universidad haya tenido.

Le tiro la toalla.

— Eres libre de elegir a otro capitán.

— No puedo. Me gusta demasiado ganar.

Sonríe, pero sigue observándome.

Ryan es una de las pocas personas a las que no impresiona la imagen que los demás tienen de mí. Tal vez porque me conoce desde el primer año. Él sabe que yo no soy el tipo que acepta cualquier desafío, que no bebo hasta perder el conocimiento y que no voy besando a alguien solo porque hay un público esperando.

También sabe que la gente no cree eso.

Para la mayoría de los estudiantes de la Universidad de Westbridge, yo soy solo Logan Carter: el quarterback titular, capitán del equipo, rostro conocido en los carteles del campus y el tipo que parece tener

una historia diferente con una chica diferente cada semana.

Nunca necesité crear esa reputación.

Simplemente apareció.

Una foto en una fiesta. Un abrazo prolongado. Una chica que decidió contarles a sus amigas que yo había coqueteado con ella. Un comentario exagerado en el vestuario.

Después de un tiempo, a nadie más le importó descubrir la verdad.

Era más fácil creer que yo me había llevado a la cama a la mitad del campus.

— Estás callado — comenta Ryan.

— Estoy cansado.

— Siempre dices eso cuando no quieres responder.

Cierro la puerta de la taquilla con más fuerza de la que pretendía.

— No hay nada que responder.

— ¿Hay alguna chica?

La pregunta parece casual, pero mi cuerpo reacciona antes de que yo consiga controlarlo. Mis hombros se tensan. Aparto la mirada y empiezo a buscar mi cartera dentro de la mochila.

— No.

— ¿Ni una?

— Ni una.

— Entonces eso es lo que está mal.

— No hay nada mal.

Ryan apoya la espalda en la taquilla de al lado y cruza los brazos.

— Logan, tienes veintidós años.

— Gracias por el recordatorio.

— Hablo en serio.

— Yo también.

— Eres capitán de un equipo universitario, conoces gente todo el tiempo y recibes invitaciones a fiestas a las que yo ni siquiera consigo entrar. ¿Cómo puedes no estar interesado en nadie?

— Tal vez soy selectivo.

— No eres selectivo. Eres raro.

Suelto una risa corta, intentando convertir aquello en broma.

— Siempre supe que nuestra amistad terminaría así.

— Aún no terminamos. Pero estoy empezando a considerar la posibilidad.

Agarra la mochila y pasa por mi lado, pero se detiene antes de llegar a la puerta.

— Sabes que no necesitas demostrarle nada a nadie, ¿verdad?

La frase queda entre nosotros.

Finjo no entender.

— ¿Demostrar qué?

Ryan me mira fijamente durante unos segundos. Esta vez, no hay provocación en su rostro.

— Que eres igual que los otros tipos.

Se me contrae el estómago.

Él no lo sabe.

No sabe que cada vez que alguien hace una broma sobre chicas, experiencias y noches inolvidables yo sonrío solo para no levantar sospechas. No sabe que, cuando mis compañeros cuentan historias en el vestuario, yo presto atención a cada detalle como si estudiara un idioma que nunca aprendí a hablar.

No sabe que nunca besé a nadie.

Mucho menos me acosté con alguien.

Y no sabe cuánto odio que eso parezca tan importante.

— No estoy intentando demostrar nada — respondo.

Ryan inclina la cabeza.

— Entonces, ¿por qué te pones tan a la defensiva?

— Porque estás haciendo demasiadas preguntas.

— Esa es la respuesta más sospechosa que podrías dar.

Agarro la mochila y paso por su lado.

— Vámonos.

Me sigue, aún sonriendo, pero no insiste. Es una de las razones por las que confío en él. Ryan sabe cuándo seguir y cuándo dejarme respirar.

Fuera, el campus está iluminado por las farolas repartidas a lo largo de los caminos. Los estudiantes cruzan el césped en grupos, hablando sobre exámenes, fiestas y partidos. Algunas personas reconocen mi cara y saludan con la mano. Yo respondo automáticamente.

Una chica cerca de la entrada del centro estudiantil me sonríe durante demasiado tiempo.

Ryan se da cuenta.

— ¿Lo ves? — dice. — Prácticamente te está invitando a hablar.

— Tal vez solo está siendo amable.

— Nadie te mira así por amabilidad.

— No puedes estar seguro.

— Sí puedo. Tengo ojos.

La chica sigue mirando. Cuando nuestras miradas se encuentran, se acomoda el pelo y vuelve a sonreír.

Podría acercarme.

Sería fácil.

Bastaría con decir algo gracioso, preguntarle su nombre y llevar la conversación hasta que todos a nuestro alrededor creyeran que aquello era natural para mí.

Tal vez ella esperaba que yo hiciera exactamente eso.

Pero mis piernas no se mueven.

No es timidez. Al menos es lo que me repito a mí mismo.

Es falta de ganas.

Es elección.

Es esperar a la persona correcta.

Durante años, usé todas esas justificaciones como si fueran suficientes. Mis padres siempre dijeron que yo no debería hacer nada solo para seguir a los demás. Que la primera vez debería ocurrir cuando yo realmente quisiera, con alguien en quien pudiera confiar.

Les creí.

Y aún les creo.

Solo que no contaba con que llegar a los veintidós haría que cada broma pareciera más pesada.

— ¿Vas a seguir mirando o vas a hablar con ella? — pregunta Ryan.

— Ninguna de las dos cosas.

— Eres un caso perdido.

— Y, aun así, sigues caminando conmigo.

— Porque alguien necesita impedir que mueras solo en medio de una biblioteca.

— Pretendo morir en un lugar más interesante.

— ¿Una fiesta?

— Tal vez.

Ryan se ríe, y seguimos hasta la residencia de los atletas.

Mi habitación es más grande que el dormitorio común, pero sigue pareciendo impersonal. Una cama, un escritorio, un armario, algunos trofeos en una estantería y una fotografía del equipo de la temporada pasada.

Dejo la mochila en el suelo y me quito las zapatillas.

El celular vibra encima de la mesa.

La pantalla muestra mensajes acumulados: compañeros preguntando por el entrenamiento, invitaciones para el viernes y comentarios sobre el próximo partido. Abro uno de ellos.

Jade: ¿Vas a estar en la fiesta?

No conozco a Jade lo suficiente como para saber de dónde consiguió mi número. Tal vez fue alguien del equipo. Tal vez una amiga de una amiga. Tal vez yo ya respondí algún mensaje suyo en una noche que no recuerdo.

Me quedo mirando la pantalla.

Ryan se tira en la cama de al lado, sin pedir permiso.

— ¿Quién es?

— Nadie.

— ¿Ese es su nombre?

— Jade.

— Entonces no es nadie.

— Es solo una chica preguntando por la fiesta.

— ¿Y vas a responder?

Escribo algunas palabras, borro. Escribo de nuevo.

Yo: Tal vez. ¿Tú vas?

Ryan se inclina para mirar.

— ¿Eso fue una respuesta?

— Lo fue.

— ¿Estás coqueteando?

— Estoy preguntando si va a estar allí.

— Logan.

— ¿Qué?

— Necesitas dejar de actuar como si cada conversación fuera una prueba.

Apago la pantalla.

— No quiero llevarme a nadie a la cama.

Ryan se queda en silencio.

La frase salió más rápido de lo que debería.

Me mira, luego al celular en mi mano.

— Yo no dije que tuvieras que hacerlo.

— Pero es lo que todo el mundo espera.

— Entonces deja que esperen.

— Hablas como si fuera simple.

— Y lo es. Solo lo complicas porque te importa demasiado lo que piensan los demás.

Me siento en el borde de la cama y me paso las manos por la cara.

La habitación parece pequeña de repente.

— ¿Alguna vez imaginaste lo que pasaría si todos lo descubrieran?

Ryan frunce el ceño.

— ¿Descubrieran qué?

El corazón me late más fuerte.

Por un segundo, pienso en contarlo.

Pienso en decir que no tengo ninguna experiencia, que todas las historias sobre mí son inventos y que ni siquiera sé por dónde empezar. Pienso en confiar en él como confío dentro del campo, entregando el balón y creyendo que estará en el lugar correcto.

Pero las palabras no salen.

— Que no soy tan bueno como ellos piensan — digo.

Ryan me observa con atención.

— ¿En el fútbol?

— En todo.

— Eres el mejor jugador que conozco.

— No estoy hablando del fútbol.

No responde de inmediato. Tal vez esté intentando entender. Tal vez esté demasiado cerca de la verdad.

Me levanto antes de que pueda hacer otra pregunta.

— Necesito ducharme.

— Logan.

— ¿Qué?

— No estás obligado a hacer nada antes de estar listo.

La sencillez de esa frase casi me desarma.

Asiento, porque no confío en mi voz.

En el baño, dejo que el agua caliente caiga sobre mi cara y cierro los ojos. Intento pensar en el entrenamiento, en las jugadas, en la fiesta del viernes. En cualquier cosa que no sea la sensación de estar atrasado con respecto al resto del mundo.

Veintidós años.

Capitán del equipo.

El hombre que todos imaginan conocer.

Y completamente solo cuando se trata de intimidad.

Cuando vuelvo a la habitación, Ryan ya se está yendo.

— Voy a dejar que duermas — dice.

— Gracias.

— Y respóndele a la chica.

— No lo haré.

— Respóndele.

— Buenas noches, Ryan.

Me señala, amenazando con continuar la discusión, pero termina sonriendo.

— Viernes. Vas a la fiesta.

— Tal vez.

— Eso significa que sí.

Después de que se va, el silencio se apodera de la habitación.

Agarro el celular de nuevo.

El mensaje de Jade sigue abierto. Escribo una respuesta corta y la envío antes de poder cambiar de idea.

Yo: Voy a estar allí.

La respuesta llega casi en el mismo instante.

Jade: Entonces espero que bailes conmigo.

Me quedo mirando esas palabras.

Cualquier otro tipo respondería con facilidad. Tal vez haría una broma. Tal vez fijaría una hora para encontrarse con ella. Tal vez sabría exactamente cómo convertir esa conversación en algo.

Yo no lo sé.

Dejo el celular sobre la mesa y me acuesto.

El viernes, voy a la fiesta.

Voy a sonreír, conversar y fingir que sé lo que estoy haciendo.

Tal vez nadie perciba la verdad.

Tal vez consiga seguir ocultándola por un semestre más, un año más, el tiempo que sea necesario.

Pero, por primera vez, la idea de permanecer exactamente como estoy no parece tranquilizadora.

Parece una cuenta regresiva.

CAPÍTULO 3

El lugar a su lado

El viernes, Sophie me abandona en medio del auditorio.

No literalmente. Ella solo encuentra a una compañera dos filas más adelante, me hace un gesto como si me pidiera permiso y desaparece entre los estudiantes antes de que yo consiga protestar.

— Traidora — murmuro.

— Oí eso — responde, ya alejándose.

— Era para que lo oyeras.

Sophie se ríe y ocupa el lugar al lado de la amiga. Yo me quedo parada en el pasillo, apretando mi cuaderno contra el pecho, mientras busco una silla vacía.

El auditorio está casi lleno. La clase empieza en menos de dos minutos, y los pocos lugares disponibles parecen haber sido guardados por alguien que salió solo a comprar café. No tengo paciencia para averiguarlo.

Miro hacia el fondo de la sala.

Hay una silla vacía al lado de un chico que reconozco de inmediato.

Logan Carter.

Aunque no supiera el nombre, sería imposible no saber quién es. Aparece en los carteles repartidos por el campus, en las fotos del equipo y en las conversaciones de casi todo el mundo. Capitán, atleta, demasiado guapo para parecer real y siempre rodeado de gente.

En ese momento, sin embargo, está solo.

Está sentado con los codos apoyados en las rodillas, el cuaderno abierto y un bolígrafo girando entre los dedos. El pelo todavía parece húmedo, como si hubiera salido del entrenamiento hace poco. Lleva una camiseta oscura bajo una chaqueta deportiva y tiene la expresión concentrada de alguien que preferiría estar en cualquier lugar, menos allí.

La silla a su lado sigue vacía.

No sé por qué dudo.

Tal vez porque Logan es exactamente el tipo de persona que yo suelo evitar durante el día. La gente popular atrae atención, y la atención casi siempre viene acompañada de expectativas. Tal vez porque él parece tan consciente de todos a su alrededor como yo lo soy.

O tal vez solo estoy cansada de estar de pie.

Camino hasta el fondo y me detengo delante de la silla.

— ¿Está ocupada?

Logan levanta la vista.

Por un instante, tengo la impresión de que se sorprende de que yo le esté hablando. Luego mira la silla vacía y vuelve a mirarme.

— No.

Su voz es más baja de lo que esperaba.

— Genial.

Me siento antes de que pueda cambiar de idea.

Pongo el cuaderno sobre la mesa y destapo el bolígrafo. Logan sigue mirando hacia delante, pero percibo el movimiento discreto de su hombro, como si aún estuviera intentando entender por qué elegí ese lugar.

El profesor entra en el auditorio, y todos empiezan a acomodarse.

— ¿Siempre llegas justo a tiempo? — pregunta Logan, sin mirarme.

— Solo cuando estoy intentando causar una buena impresión.

La comisura de su boca se levanta.

— Está funcionando.

Giro la cara para mirarlo.

— ¿Estás impresionado?

— Todavía estoy evaluando.

— Entonces me esforzaré más.

Esta vez, sonríe de verdad.

Es una sonrisa bonita. No esa sonrisa ensayada que reparte por el campus cuando alguien le pide una fotografía, sino algo más espontáneo, casi tímido. La expresión transforma por completo su

rostro.

Aparto la mirada antes de que se dé cuenta de que me quedé observándolo.

El profesor empieza a hablar sobre la actividad del semestre, e intento seguirlo. Logan anota todo con una atención que no encaja con la imagen de atleta que yo tenía de él. Su letra es pequeña y ordenada. La mía ocupa media página sin decir gran cosa.

Después de unos minutos, inclina el cuaderno hacia mí.

En el margen, escribió:

¿Estás entendiendo algo?

Agarro el bolígrafo y respondo debajo.

Estoy fingiendo muy bien.

Él lo lee y contiene la risa.

Eso explica tu cara de confianza.

Mi cara es naturalmente confiada.

Claro.

¿Estás dudando de mí?

Todavía estoy evaluando.

Lo miro.

— ¿Solo sabes decir eso?

— Es una frase útil.

— Parece una manera perezosa de no responder.

— Tal vez esté evaluando si siempre eres tan engreída.

— ¿Y cuál es el resultado?

Logan apoya la barbilla en la mano, como si considerara la pregunta con seriedad.

— Todavía inconcluso.

— Eres irritante.

— Ya oí eso antes.

— ¿Muchas veces?

— Lo suficiente como para saber que, por lo general, la gente sigue hablando conmigo después.

No tengo una respuesta inmediata. Lo dice sin arrogancia, casi como una simple observación. Tal vez eso es lo que me sorprende. Yo esperaba que Logan fuera engreído. Esperaba una postura de quien sabe que es deseado y se divierte con eso.

Pero parece más cómodo haciendo bromas sobre sí mismo que recibiendo elogios.

Vuelvo a mirar al pizarrón.

— Entonces, ¿sueles irritar a mucha gente?

— Solo a las interesantes.

— Qué conveniente.

— Me esfuerzo.

Intento no sonreír. No puedo.

La clase continúa, y nuestra conversación disminuye. Aun así, su presencia a mi lado empieza a parecer natural demasiado rápido. De vez en cuando, nuestros brazos se rozan cuando escribimos. Cada vez que eso ocurre, Logan aparta el codo de inmediato, como si tuviera miedo de invadir mi espacio.

No es un gesto que yo esperaría de él.

La mayoría de los hombres que conozco se empeña en ocupar más espacio del que debería. Logan parece preocupado por no ocupar ninguno.

Al final de la clase, el profesor libera a los alumnos unos minutos antes. El auditorio se llena de voces, sillas arrastrándose y mochilas cerrándose.

Agarro mi celular y encuentro un mensaje de Sophie.

Sophie: Desapareciste. ¿Estás viva?

Miro hacia delante. Ella todavía conversa con la compañera, completamente ajena al hecho de que me dejó sola.

Yo: Me abandonaron.

Sophie: ¿Encontraste otro lugar?

Yo: Encontré.

Sophie: ¿Con alguien interesante?

Levanto la vista sin pensar.

Logan está guardando los materiales en la mochila. Se da cuenta de mi mirada y alza una ceja.

— ¿Qué?

— Nada.

— Me estabas analizando.

— Estaba mirando a la nada.

— ¿La nada se parece a mí?

— A veces.

Él se ríe, negando con la cabeza.

Mi celular vibra otra vez.

Sophie: ¿Maya?

Yo: Después te cuento.

— ¿Tu amiga está preguntando quién es la nada? — pregunta Logan.

— Mi amiga es demasiado curiosa.

— ¿Ella sabe que estás sentada al lado de un atleta famoso?

— Ella sabe que estoy sentada al lado de alguien que habla demasiado.

— Esa es una descripción injusta.

— Me hablaste durante la clase.

— Tú empezaste.

— Pregunté si la silla estaba ocupada.

— Exactamente. Fue muy audaz de tu parte.

Guardo el celular en el bolsillo y me levanto.

— No te acostumbres.

— ¿A qué?

— A mi compañía.

Logan se cuelga la mochila de un hombro.

— Estaba pensando en invitarte a tomar café.

La frase es tan inesperada que me quedo mirándolo.

No hay malicia en su rostro. Ninguna sonrisa engreída. Parece solo esperando una respuesta, aunque sus dedos aprieten la correa de la mochila con fuerza.

— ¿Invitas a todas las chicas que se sientan a tu lado?

— No. Algunas huyen antes de que termine la clase.

— Tal vez asustas a la gente.

— Soy muy amable.

— ¿Esa también es una evaluación inconclusa?

— Todavía estoy decidiendo.

Da un paso a un lado, dejando espacio para que yo pase por el pasillo.

— Entonces ven a tomar café mientras decides.

Debería rechazarlo.

Es lo que siempre hago cuando alguien intenta convertir una conversación casual en algo fuera del aula. Rechazo antes de que la persona tenga tiempo de crear expectativas. Rechazo para mantener la situación simple.

Pero Logan no parece estar esperando nada de mí. No está intentando impresionarme, no me está mirando como los hombres de las fiestas suelen mirar. Solo hay una curiosidad tranquila entre nosotros.

Tal vez sea justamente por eso que acepto.

— Está bien.

La sonrisa que aparece en su rostro es rápida, pero suficiente para calentar algo dentro de mí.

— ¿Está bien?

— No pongas esa cara. Puedo cambiar de idea.

— No estoy poniendo ninguna cara.

— Estás poniendo una cara de victoria.

— Me gané el derecho de tomar café contigo. Es una victoria pequeña, pero sigue siendo una victoria.

— Eres dramático.

— Y tú sigues viniendo conmigo.

Salimos del auditorio juntos.

El pasillo está lleno, y tenemos que caminar despacio. Logan podría avanzar con facilidad, ya que es más alto y conoce a casi todo el mundo que pasa junto a nosotros. Aun así, reduce el paso para acompañar el mío.

No lo comenta. Yo tampoco.

Afuera, el campus está más movido que por la mañana. El sol aparece entre las nubes, iluminando los edificios de ladrillo y los céspedes húmedos. Logan se dirige hacia la cafetería, pero, después de unos metros, me mira.

— ¿Prefieres ese lugar o la cafetería cerca de la biblioteca?

— La cafetería cerca de la biblioteca tiene café malo.

— Estoy de acuerdo.

— Entonces, ¿por qué preguntaste?

— Quería saber si tenías una opinión fuerte sobre eso.

— Tengo opiniones fuertes sobre casi todo.

— Ya me di cuenta.

— ¿Y tú?

— Tengo opiniones, pero normalmente espero a que alguien pregunte.

— Eso explica por qué pareces tan callado.

— Yo no soy callado.

— ¿No?

— Solo no me gusta hablar sin motivo.

— Yo siempre tengo motivo.

— Eso también ya me di cuenta.

Entramos en la cafetería principal. Logan saluda al empleado por su nombre, y el chico sonríe al verlo. Dos chicas cerca de la ventana cuchichean cuando él pasa. Una de ellas me mira, luego lo mira a él, como si intentara entender qué estamos haciendo juntos.

No me molesta.

O al menos eso es lo que me digo a mí misma.

Tomamos nuestros cafés y encontramos una mesa vacía en un rincón. Logan se sienta frente a mí. Por unos segundos, nos quedamos en silencio.

No es un silencio incómodo. Solo nuevo.

— ¿Siempre tomas café negro? — pregunta.

— Siempre.

— ¿Sin azúcar?

— Sin azúcar.

— ¿Eso es una elección o una amenaza?

— Depende de quién lo pregunte.

Prueba su propio café y hace una mueca.

— El mío está demasiado dulce.

— Puedes cambiarlo.

— No quiero molestar.

— ¿Logan Carter, el hombre que pasa la mayor parte del día siendo atendido por otras personas, está preocupado por molestar?

— Yo no paso la mayor parte del día siendo atendido.

— ¿No?

— A veces paso solo la mitad.

Me río, y él parece satisfecho de haberlo logrado.

La conversación sigue con una facilidad que me desarma. Hablamos sobre la clase, sobre el profesor y sobre cómo nadie entendió bien el trabajo que dejó. Logan pregunta qué estudio, y yo respondo. Descubro que está en el último año y que su rutina se divide entre clases, entrenamientos, reuniones del equipo y obligaciones que describe como "cosas de capitán".

— ¿Te gusta eso? — pregunto.

— ¿Ser capitán?

— Todo. La presión, la gente esperando que sepas qué hacer.

Él hace girar el vaso entre las manos.

— Me gusta el equipo. Me gusta jugar. Lo demás viene con ello.

— Esa no fue la pregunta.

Logan me mira.

El ruido de la cafetería sigue a nuestro alrededor, pero parece disminuir por unos segundos. Sus ojos son más claros de lo que yo había notado en el auditorio. Hay algo en ellos que no encaja con la seguridad que intenta mostrar.

— No lo sé — responde.

Es la primera vez que no hace una broma.

— Puedes decir que no te gusta.

— ¿Puedo?

— Creo que sí.

— ¿Incluso siendo el capitán?

— Sobre todo siendo el capitán.

Baja la mirada al café.

— A veces me gusta saber que la gente cuenta conmigo. Otras veces, tengo ganas de desaparecer por un día y dejar que todo el mundo descubra que no sabe hacer nada sin mí.

— Eso sería cruel.

— Lo sé.

— Pero tentador.

— Mucho.

Sonrío.

Hay algo diferente en esa respuesta. Tal vez porque lo entiendo. Tal vez porque también sé lo que es ser definida por una imagen que no siempre corresponde a lo que se siente.

— ¿La gente cree que sabe mucho sobre ti? — pregunta.

— La gente cree que lo sabe todo sobre todo el mundo.

— No respondiste.

— Tú tampoco.

— Estoy intentando descubrir si eso es una característica tuya.

— ¿Qué?

— Responder una pregunta con otra.

— Es una forma eficiente de no revelar nada.

— ¿No revelas nada?

— Revelo lo necesario.

— ¿Y lo necesario es cuánto?

Me inclino un poco sobre la mesa.

— Todavía estoy evaluando.

Logan sonríe, reconociendo sus propias palabras.

— Aprendes rápido.

— Soy una alumna excelente.

— Eso todavía es inconcluso.

— Vas a tener que convivir conmigo más tiempo para decidir.

La frase sale antes de que pueda pensarla.

Logan se queda callado un instante. No parece incómodo, solo sorprendido. Yo también me quedo, aunque intento ocultarlo mientras agarro el vaso.

Convivir conmigo más tiempo.

No fue una invitación. No exactamente. Pero sonó como una.

Él no convierte eso en algo más grande. Solo asiente.

— Tal vez sí tenga que hacerlo.

Cuando terminamos el café, Logan se ofrece a llevar mi vaso vacío junto con el suyo. Caminamos hasta el basurero y luego seguimos sin prisa por el camino que lleva al edificio de clases.

— ¿Vas a la fiesta hoy? — pregunta.

— Sophie está intentando obligarme.

— Entonces vas.

— Probablemente.

— ¿Eso también significa sí?

— Tal vez.

— ¿Estás empezando a darte cuenta de lo irritante que es oír eso?

— No. Pero me gusta verte intentando entender.

Él se ríe.

Cerca de la entrada del edificio, nos encontramos con Ryan. Viene hacia Logan usando la chaqueta del equipo y se detiene al vernos.

— Por fin — dice. — Estaba a punto de ir a buscarte.

— ¿Por qué?

— Porque no respondiste a los mensajes.

— Estaba tomando café.

Ryan me mira, luego mira a Logan.

— Ya veo.

— Maya, este es Ryan. Ryan, Maya.

— ¿La chica del auditorio? — pregunta Ryan.

— ¿Ya oíste hablar de mí?

— Logan mencionó que una chica se sentó a su lado y sobrevivió a toda la clase.

Me vuelvo hacia Logan.

— ¿Hablaste de mí?

— Solo dije que eras peligrosa.

— No parecía asustado — comenta Ryan.

— Me acostumbro rápido — responde Logan.

Ryan sonríe, pero no se queda. Solo avisa que el entrenador quiere hablar con Logan antes del próximo compromiso y se dirige hacia el césped.

— ¿Siempre aparece así? — pregunto.

— Por lo general con menos curiosidad.

— ¿Es tu mejor amigo?

— Sí.

— Parecen cercanos.

— Lo somos.

— ¿Él lo sabe todo sobre ti?

Logan me mira un segundo más de lo que debería.

— Casi todo.

La respuesta queda entre nosotros.

Antes de que pueda preguntar qué significa ese casi, Sophie aparece en la puerta, agitando el celular.

— Maya, por fin te encontré.

— Me dejaste sola.

— Yo sabía que sobrevivirías.

Ella mira a Logan y sonríe de una manera que me hace querer pisarle el pie.

— Hola.

— Hola — responde él.

— ¿Vas a la fiesta hoy?

— Voy.

— Genial. Maya también va.

— Yo no dije eso.

— Lo dijiste cuando aceptaste tomar café con él.

— Esa lógica no tiene sentido.

— Para mí, sí.

Logan baja la cabeza, sonriendo.

— ¿Entonces te veo más tarde?

La pregunta va dirigida a mí, no a Sophie.

Lo miro.

— Tal vez.

— Voy a considerar eso un sí.

— Eres muy confiado.

— Estoy aprendiendo de ti.

Se aleja con Ryan, pero mira hacia atrás una vez antes de entrar en el edificio del otro lado del campus.

Sophie espera hasta que desaparece.

— No digas nada — advierto.

— No dije.

— Pero estás pensando en voz alta.

— Estoy pensando que pasaste cuarenta minutos tomando café con Logan Carter y no intentaste huir.

— Hablamos sobre la clase.

— Claro.

— Y sobre café.

— Un tema muy íntimo.

— Sophie.

Ella levanta las manos, fingiendo rendición.

— Está bien. No voy a presionarte.

— Gracias.

— Solo voy a decir una cosa.

— Acabas de prometer que no dirías nada.

— Prometí no presionar. Es diferente.

Empezamos a caminar hacia la siguiente clase.

— ¿Qué vas a decir?

Sophie me mira con una sonrisa satisfecha.

— Que él te miró como si ya estuviera intentando averiguar cuál es tu historia.

— A todo el mundo le gusta descubrir cosas.

— No de esa manera.

— Te lo estás inventando.

— Tal vez.

— Entonces deja de evaluar a la gente por mí.

— Solo hago eso porque tú te niegas a evaluar a cualquiera el tiempo suficiente.

No respondo.

Mi atención está atrapada en el recuerdo de la sonrisa de Logan, en la manera en que redujo el paso para caminar a mi lado y en la honestidad inesperada en su voz cuando admitió que no siempre le gustaba su propia rutina.

Fue solo un café.

Una conversación.

Un lugar a su lado en el auditorio.

Nada que merezca demasiado espacio en mi cabeza.

Aun así, esa noche, cuando el celular vibra sobre la cama, mi corazón se acelera incluso antes de que mire la pantalla.

Logan: ¿Todavía vas a la fiesta?

Me quedo mirando el mensaje durante unos segundos.

Luego, respondo:

Yo: ¿No dijiste que ibas a considerar eso un sí?

La respuesta llega casi de inmediato.

Logan: Quería estar seguro.

Sonrío a solas.

Yo: Entonces sí. Voy.

Esta vez, tarda un poco más.

Logan: Genial. Voy a guardarte un lugar.

Leo la frase dos veces.

No sé por qué parece diferente de todos los otros mensajes que ya recibí. Tal vez porque Logan no escribió que me esperaría cerca del bar, ni preguntó qué me pondría, ni hizo ningún comentario sobre besos o sobre la posibilidad de que salgamos juntos.

Solo me guardaría un lugar.

Como si ya esperara que yo fuera a buscarlo.

Como si el espacio a su lado en el auditorio no hubiera sido ocupado por casualidad.

Yo: No te acostumbres.

Logan: Demasiado tarde.

Mi sonrisa desaparece por un instante.

Luego vuelvo a mirar la pantalla, sintiendo una expectativa nueva formarse dentro del pecho.

La fiesta aún ni siquiera ha empezado.

Y yo ya sé exactamente a quién voy a buscar cuando llegue.

CAPÍTULO 4

El lugar que guardé

Pasé toda la tarde diciéndome a mí mismo que la fiesta no significaba nada.

Era solo una fiesta.

Una casa llena de estudiantes, música alta, demasiadas bebidas y conversaciones que olvidaría antes del amanecer. Ya he ido a decenas de fiestas así. Algunas veces, ni recuerdo por qué aparecí.

Pero, esa noche, elijo mi camiseta con más cuidado del que debería.

Me cambio de ropa dos veces. Me arreglo el cabello. Me pongo perfume.

Ryan observa todo sentado en mi cama, con los brazos cruzados y una expresión demasiado satisfecha.

— ¿Estás intentando impresionar a alguien?

— Estoy intentando no parecer que salí directo del entrenamiento.

— Saliste directo del entrenamiento.

— Entonces estoy intentando ocultarlo.

— ¿Con esa camisa?

Miro la camiseta oscura que elegí.

— ¿Qué tiene de malo?

— Nada. Ese es el problema. Normalmente eliges lo primero que encuentras.

— Tal vez estoy evolucionando.

Ryan suelta una risa.

— ¿Maya va a estar allí?

La pregunta me hace detenerme frente al espejo.

— Dijo que sí.

— Eso no responde si te estás arreglando por ella.

— No lo estoy.

— Logan.

— ¿Qué?

— Te pasaste todo el día hablando de ella.

— No me pasé todo el día hablando de ella.

— Comentaste que le gusta el café negro.

— Eso fue una observación.

— Dijiste que odia la cafetería cerca de la biblioteca.

— Una observación importante.

— Y dijiste que siempre responde preguntas con otra pregunta.

— Porque es verdad.

Ryan levanta las cejas.

— Sabes que eso se llama hablar de alguien, ¿verdad?

Agarro el reloj sobre la mesa y me lo pongo en la muñeca.

— Estás muy interesado en mi vida.

— Alguien tiene que estarlo.

— Mi vida está genial.

— Tu vida amorosa no existe.

— No estamos hablando de eso.

— Estamos hablando exactamente de eso.

Abro la puerta del cuarto antes de que pueda continuar.

— Vamos.

— Ni siquiera respondiste.

— Porque no hay nada que responder.

Ryan pasa junto a mí, sonriendo.

— Claro. Y yo soy el rector.

La fiesta ocurre en la casa de uno de los jugadores del equipo. El lugar queda a pocos minutos del campus, rodeado de coches estacionados de cualquier manera y grupos de estudiantes esparcidos por la acera. La música puede oírse incluso antes de que salgamos del coche.

En cuanto cruzamos la puerta, varias personas me saludan.

Alguien me da una palmada en el hombro. Una chica me abraza. Dos compañeros del equipo gritan mi nombre del otro lado de la sala. Respondo a todos, sonrío cuando esperan que sonría y acompaño a Ryan hasta la cocina.

Pero mi atención permanece atrapada en la entrada.

Maya todavía no ha llegado.

— Deja de mirar la puerta — dice Ryan.

— No estoy mirando la puerta.

— Estás mirando la puerta desde que entramos.

— Estoy verificando quién está llegando.

— ¿Eres el anfitrión ahora?

— No.

— Entonces deja de verificar.

Agarro un vaso de refresco sobre la encimera.

— Tal vez no venga.

— Dijo que vendría.

— Dijo tal vez.

— Después dijo que sí.

— La gente cambia de idea.

Ryan me mira durante unos segundos.

— ¿Estás nervioso?

— No.

— Sí lo estás.

— No lo estoy.

— Tu mano está apretando el vaso como si hubiera ofendido a tu familia.

Miro los dedos. Tiene razón. Aflojo la mano y doy un sorbo.

— Solo quiero hablar con ella.

— Entonces habla.

— No es tan simple.

— Es exactamente simple. Te acercas, dices hola y preguntas cómo está.

— ¿Y después?

— Después lo averiguas.

— Haces que parezca que sé lo que estoy haciendo.

— Eres un quarterback. Estás acostumbrado a tomar decisiones rápidas.

— En el campo es diferente.

— ¿Por qué?

Observo la sala llena de gente. En el fútbol, hay una jugada definida. Cada jugador tiene una posición, un movimiento, una responsabilidad. Sé dónde correr, cuándo parar y a quién lanzar el balón.

Con Maya, no tengo nada de eso.

No sé qué espera ella de mí. No sé si aceptó el café porque realmente quiso o solo porque Sophie la empujó a eso. No sé si el mensaje que envié pareció demasiado interesado.

No sé ni siquiera si debería estar pensando tanto.

— Porque ella no es una jugada — respondo.

La sonrisa de Ryan desaparece un poco.

— No la traté como si lo fuera.

— Lo sé.

— Entonces deja de actuar como si tuvieras que acertarlo todo a la primera.

Antes de que pueda responder, la música cambia. La gente en la sala empieza a gritar y a apartarse para abrir espacio para quien

decide bailar en medio del cuarto.

Ryan agarra otro vaso.

— Voy a encontrar al resto del equipo.

— ¿Vas a dejarme solo?

— Sobreviviste a una clase entera al lado de Maya. Estoy seguro de que puedes sobrevivir a una fiesta.

— Ryan.

— Cuando ella llegue, no huyas.

— Yo no huyo.

— Desapareces de manera estratégica.

— Es diferente.

— No lo es.

Se aleja antes de que yo consiga responder.

Me quedo cerca de la cocina por unos minutos más, fingiendo prestar atención a la conversación de mis compañeros. Hablan sobre el próximo partido, sobre el entrenamiento y sobre una chica que está bailando cerca de la escalera. Participo cuando es necesario, pero no consigo concentrarme.

Entonces la puerta se abre.

Sophie entra primero, usando un vestido claro y una sonrisa que anuncia problemas. Maya viene justo detrás.

Por un instante, me olvido de respirar.

Lleva una blusa roja, exactamente como había comentado con Sophie durante la clase. La tela acompaña su cuerpo sin parecer elegida para llamar la atención, aunque la llama. El cabello está suelto, cayendo sobre los hombros, y su maquillaje es lo bastante simple como para que yo perciba el brillo natural de los ojos.

Maya mira alrededor de la sala.

Después, sus ojos encuentran los míos.

Sonríe.

No es una sonrisa abierta. Es pequeña, casi secreta, como si perteneciera solo a ese momento.

Aun así, siento que algo se desplaza dentro del pecho.

Ryan aparece a mi lado.

— Respira.

— Estoy respirando.

— No lo parece.

Maya y Sophie cruzan la sala. Algunas personas saludan a Sophie, y ella se detiene varias veces para conversar. Maya permanece a su lado, pero sigue mirándome de vez en cuando.

Cuando por fin llegan cerca, Sophie cruza los brazos.

— ¿De verdad guardaste un lugar para ella?

— Dije que lo guardaría.

— ¿Dónde?

Señalo el sofá en la esquina de la sala, que está parcialmente ocupado por algunas mochilas.

— Allí.

Sophie mira a Maya.

— Él estaba esperándote.

— No estaba — respondo.

— Sí estaba.

— Sophie.

Ella sonríe, satisfecha por hacerme sentir incómodo.

— Voy a buscar algo para beber.

— No vas a dejarme sola — dice Maya.

— Estás en una fiesta llena de gente.

— Exactamente por eso.

— Logan está aquí.

Maya me lanza una mirada.

— ¿Eso debería tranquilizarme?

— Todavía lo estoy evaluando — respondo.

Su sonrisa crece.

Sophie parece a punto de decir algo, pero Maya la empuja suavemente en dirección a la cocina.

— Ve a buscar tu bebida.

— Ya voy.

Cuando nos quedamos solos, el ruido alrededor parece aumentar. No porque la música se haya puesto más alta, sino porque ahora soy consciente de cada segundo de silencio entre nosotros.

— Viniste — digo.

— Te avisé.

— Dijiste tal vez.

— Después dije que sí.

— Lo sé. Solo estoy confirmando.

— ¿Estabas preocupado?

— No.

Maya inclina la cabeza.

— Tu respuesta fue demasiado rápida.

— Tal vez esté aprendiendo a responder preguntas con preguntas.

— No va contigo.

— Puedo ser sorprendente.

— Todavía lo estoy evaluando.

Sonrío.

Ella mira el sofá.

— ¿Ese es el lugar que guardaste?

— Sí.

— Parece ocupado.

— Las mochilas no se van a quejar si las trasladan.

Retiro las cosas del sofá y las pongo sobre una silla cercana. Maya se sienta, y yo ocupo el espacio a su lado, dejando una distancia segura entre nuestros cuerpos.

Una distancia que parece demasiado grande.

— ¿No vas a bailar? — pregunta.

— Yo no bailo.

— Todo el mundo baila.

— Eso no significa que yo tenga que hacerlo.

— Eres el capitán del equipo. La gente espera que sepas hacer todo.

— Bailar no está incluido en mis responsabilidades.

— Tal vez debería estarlo.

— ¿Tú bailas?

— Cuando quiero.

— ¿Y ahora?

Ella mira la pista improvisada en el centro de la sala.

— Todavía no lo decidí.

— ¿Tú también estás evaluando?

— Estoy evaluando muchas cosas hoy.

— Me di cuenta.

La música continúa, y algunas personas pasan delante de nosotros. Una chica se detiene para hablar conmigo, me toca el brazo y pregunta sobre el entrenamiento. Respondo con educación, pero no tarda en darse cuenta de que mi atención está puesta en Maya.

Cuando se va, Maya sigue su movimiento con los ojos.

— Conoces a mucha gente.

— Conozco a algunos.

— Ella parecía conocerte muy bien.

— Conoce mi nombre.

— ¿Y tu número?

— Tal vez.

Maya me mira.

— ¿No lo sabes?

— No estoy seguro.

— ¿Eso pasa con frecuencia?

— A veces la gente consigue mi número por amigos del equipo.

— ¿Y tú respondes?

— No siempre.

— Pero le respondiste a Jade.

La mención de su nombre me sorprende.

— ¿Sabes quién es Jade?

— Sophie me lo contó.

— Sophie habla demasiado.

— Dijo que Jade preguntó si irías a la fiesta.

— Preguntó.

— Y tú respondiste.

— Respondí.

— Entonces ella es una excepción?

No sé qué decir. Maya mantiene los ojos en mí, esperando una respuesta que no sea una broma.

— Quería asegurarme de que vendrías.

La expresión de ella cambia de manera casi imperceptible.

— ¿Por qué?

La pregunta es simple. La respuesta, no.

Porque me pasé el día recordando el café. Porque me gustó la manera en que se reía sin intentar parecer impresionada. Porque me hizo sentir menos como el personaje que todos esperan que sea. Porque, a su lado, no necesité fingir que sabía lo que estaba haciendo.

— Porque quería hablar contigo — digo.

Maya no aparta la mirada.

— Podrías hablar con cualquiera aquí.

— Lo sé.

— Entonces ¿por qué conmigo?

— Porque tú no hablas conmigo como si ya supieras quién soy.

Ella parece sorprendida.

— Yo no sé quién eres.

— La mayoría de la gente cree que sí.

— ¿Y quién creen que eres?

Me encojo de hombros.

— El capitán. El atleta. El tipo que siempre está rodeado de chicas.

— ¿No lo eres?

— Soy el capitán. Soy atleta.

— ¿Y las chicas?

— Algunas se quedan cerca.

— ¿No te gusta?

— No es eso.

— Entonces ¿qué es?

Miro la pista, evitando la intensidad de sus ojos.

— Es agotador ser observado todo el tiempo. A veces parece que la gente no está interesada en mí. Está interesada en lo que espera encontrar.

Maya permanece en silencio.

No intenta consolarme. No dice que entiende. Solo se queda ahí, escuchando.

Es más de lo que hace la mayoría de la gente.

— Pareces muy diferente de lo que dicen — comenta.

— ¿Eso es bueno?

— Todavía lo estoy evaluando.

Me río bajo.

— ¿Vas a usar esa frase contra mí el resto de la noche?

— Tal vez.

La música cambia otra vez. Ahora es más lenta, pero aún tiene un ritmo bailable. Algunas parejas se acercan en el centro de la sala. Otras siguen conversando, balanceando el cuerpo de cualquier manera.

Maya observa todo.

— ¿De verdad no bailas? — pregunta.

— Podría bailar.

— Eso no fue lo que pregunté.

— No bailo bien.

— Yo tampoco.

— Pareces demasiado segura para alguien que no baila bien.

— Confianza y habilidad son cosas diferentes.

— Esa frase parece peligrosa.

— Tal vez por eso me gustó.

Ella se levanta.

— Ven.

Mi corazón se acelera.

— ¿Adónde?

— A bailar.

— Maya.

— Acabas de decir que podrías.

— Dije que podría bailar. No que bailaría.

— ¿Tienes miedo?

— No.

— Entonces demuéstralo.

Ella extiende la mano.

Me quedo mirando sus dedos por un instante.

Es un gesto simple. No debería significar tanto.

Aun así, cuando tomo su mano, siento el calor atravesar mi piel. Maya no aprieta mis dedos, solo me conduce hasta el área donde algunas personas se mueven al son de la música.

Nos quedamos uno frente al otro.

— No pienses demasiado — dice.

— No estoy pensando.

— Estás pensando tanto que casi puedo oírlo.

— ¿Siempre eres tan mandona?

— Solo cuando es necesario.

— ¿Y ahora es necesario?

— Mucho.

Empiezo a moverme de manera torpe. Maya se ríe, pero no de un modo cruel. Se acerca, acompaña el ritmo y pone las manos en mis hombros.

Todo mi cuerpo se tensa.

— Relájate — murmura.

— Estoy relajado.

— Estás pareciendo alguien a punto de recibir un golpe.

— Tal vez me esté preparando.

— ¿Para qué?

No respondo.

Sus manos siguen sobre mis hombros. El perfume es suave, pero puedo sentirlo a pesar de la música, de las voces y del calor de la sala. Maya está lo bastante cerca como para que yo perciba su respiración.

Se mueve con naturalidad. Yo intento acompañar.

— Te está yendo mejor — dice.

— Estás mintiendo.

— Un poco.

— Al menos eres honesta.

— Intento serlo.

Nuestros cuerpos se acercan cuando alguien me empuja por detrás. Le sujeto la cintura para impedir que pierda el equilibrio.

Mi mano encuentra su piel por encima de la tela de la blusa.

Maya levanta la mirada.

El contacto dura solo unos segundos, pero ninguno de los dos se aparta de inmediato.

Hay una pregunta silenciosa entre nosotros.

¿Puedo continuar?

¿Debo soltar?

Ella no responde con palabras. Solo permanece cerca.

Entonces retiro la mano despacio.

— Perdón.

— No necesitas pedir perdón.

— Yo no quería—

— Lo sé.

La manera en que lo dice vuelve todo aún más difícil.

Seguimos bailando, pero ahora existe una conciencia nueva entre nosotros. Cada movimiento parece más lento. Cada vez que nuestras manos se rozan, siento como si estuviera frente a algo que todavía no sé nombrar.

Maya acerca el rostro al mío para hablar.

— Estás muy callado.

— Estoy intentando no pensar.

— ¿Está funcionando?

— No.

Ella sonríe.

— Por fin una respuesta sincera.

— Haces preguntas difíciles.

— Hago preguntas simples. Eres tú quien convierte todo en una cuestión de vida o muerte.

— Tal vez porque tú me pones nervioso.

Las palabras se me escapan.

Maya deja de moverse.

— ¿Yo te pongo nervioso?

Ahora no hay forma de volver atrás.

Asiento.

— Un poco.

— No pareces nervioso.

— Pasé mucho tiempo aprendiendo a no parecerlo.

Ella me observa con atención. No hay diversión en su rostro esta vez. Hay curiosidad, pero también algo más suave.

— No necesitas fingir conmigo.

El pecho se me aprieta.

— Dices eso como si me conocieras.

— No te conozco.

— Entonces ¿cómo lo sabes?

Maya da un pequeño paso hacia atrás, pero no suelta mi mano.

— Porque yo también finjo algunas cosas.

La música termina, y otra empieza justo después. La gente alrededor celebra, pero el sonido parece distante.

— ¿Qué? — pregunto.

Ella baja la mirada a nuestras manos unidas.

— Que nada me afecta.

La respuesta me golpea con una fuerza inesperada.

Maya siempre parece segura. Libre. Como si pudiera entrar y salir de cualquier situación sin llevarse nada consigo.

Pero, en ese instante, veo una grieta en esa imagen.

— ¿Y afecta? — pregunto.

Ella levanta la mirada.

— A veces.

No sé qué hacer con esa verdad. No quiero presionarla, pero tampoco quiero dejar que se escape.

— Puedes contármelo si quieres.

— Lo sé.

— Y si no quieres, está bien.

— Eso también lo sé.

Ella sonríe levemente, pero no suelta mi mano.

Nos quedamos quietos en medio de la fiesta, rodeados de música y gente, como si hubiéramos creado un pequeño espacio solo nuestro.

— ¿Vas a seguir sosteniéndome la mano? — pregunta.

Miro nuestros dedos entrelazados.

— ¿Quieres que la suelte?

Maya tarda en responder.

— Todavía lo estoy evaluando.

— Entonces esperaré el resultado.

Ella se ríe bajo.

Después, en vez de soltar mi mano, me tira de vuelta hacia cerca.

No ocurre un beso.

No todavía.

Pero su rostro queda a pocos centímetros del mío, y la expectativa es tan intensa que casi parece más íntima que cualquier contacto.

Maya inclina la cabeza.

— Guardaste un lugar para mí.

— Lo guardé.

— ¿Por qué?

Esta vez, no intento ocultarlo.

— Porque esperaba que vinieras.

Su sonrisa desaparece despacio, sustituida por una expresión que no consigo interpretar.

— Logan…

— Lo sé. Es pronto.

— Lo es.

— Pero es verdad.

Ella respira hondo. Sus dedos aprietan los míos.

— Eres más sincero de lo que pareces.

— Y tú eres más fácil de leer de lo que imaginas.

— ¿Eso es una acusación?

— No. Es solo una evaluación.

Maya sonríe otra vez.

— ¿Todavía inconclusa?

— Mucho.

Ella niega con la cabeza, pero permanece cerca.

Cuando la música cambia otra vez, no necesitamos discutir. Seguimos bailando, ahora sin la distancia cuidadosa que existía antes. No hay promesas, declaraciones ni nada que convierta esa noche en algo definitivo.

Solo existe su mano en la mía.

Su cuerpo junto al mío.

La mirada que se demora más de lo que debería.

Y la certeza de que, por primera vez, no quiero desaparecer antes de la medianoche.

Quiero quedarme.

Quiero descubrir qué hay en ese espacio entre nosotros.

Y, cuando Maya apoya la cabeza en mi hombro mientras bailamos, comprendo que tal vez ya había empezado a esperarla mucho antes de saber que estaba haciendo eso.

CAPÍTULO 5

Lo que quedó después de la fiesta

Me despierto con el celular vibrando a mi lado.

Todavía estoy somnolienta cuando estiro la mano y tomo el aparato. La pantalla ilumina el cuarto oscuro, revelando un mensaje recibido hace unos minutos.

Logan: ¿Llegaste bien a casa?

Me quedo mirando esas palabras por más tiempo del que debería.

La fiesta terminó hace unas horas. Después de bailar conmigo durante casi toda la noche, Logan me acompañó hasta la puerta. No intentó besarme. No pidió mi número de manera arrogante. Solo esperó a que Sophie llamara al coche y se quedó a mi lado hasta que entré.

Antes de cerrar la puerta, se inclinó un poco.

— ¿Puedo mandar un mensaje cuando llegues?

Podría haber respondido que no hacía falta.

En lugar de eso, sonreí.

— Puedes intentarlo.

Ahora, veo que lo intentó.

Escribo una respuesta y la borro. Escribo otra y la borro también.

No sé por qué una pregunta tan simple parece exigir tanto cuidado.

Yo: Llegué. ¿Y tú?

La respuesta aparece casi de inmediato.

Logan: Ahora sí.

Mi corazón da un salto pequeño e inconveniente.

Yo: ¿Estabas esperando mi confirmación para dormir?

Logan: Tal vez.

Sonrío contra la almohada.

Yo: Está empezando a volverse predecible.

Logan: ¿Todavía estás evaluando?

Yo: El proceso es lento.

Logan: Entonces voy a necesitar más tiempo contigo.

Leo el mensaje dos veces.

El cuarto sigue silencioso, pero algo dentro de mí parece haberse despertado por completo.

Yo: ¿Estás planeando esto?

Esta vez, tarda unos segundos.

Logan: Estoy esperando a que aceptes.

No sé qué responder.

La noche pasada regresa en pequeños recuerdos: su mano sosteniendo la mía, el cuidado con que me tocó cuando alguien chocó contra su cuerpo, la manera en que admitió que yo lo ponía nervioso.

Logan Carter no debería ponerme nerviosa a mí también.

Él es exactamente el tipo de hombre que aprendí a observar desde lejos. Popular, guapo, deseado. El tipo que podría elegir a cualquier chica en una fiesta y probablemente sería elegido por todas ellas.

Aun así, cuando me mira, no parece estar buscando a alguien para exhibir.

Parece estar intentando verme.

Yo: Tal vez acepte.

Logan: ¿Vas a seguir usando esa palabra hasta el fin de los tiempos?

Yo: Tal vez.

Logan: Buenas noches, Maya.

Yo: Buenas noches, Logan.

Dejo el celular sobre la cama, pero no consigo volver a dormir.

La imagen de él permanece en mi cabeza, especialmente el instante en que nos quedamos parados en medio de la sala, con los rostros

cerca y las manos unidas. Yo sabía que él quería besarme. También sabía que esperaba que yo diera alguna señal.

No la di.

No porque no quisiera.

Solo porque quería que ese momento durara más.

El lunes, Sophie se da cuenta de que hay algo diferente incluso antes de que yo me siente.

Me espera en la entrada del edificio con dos cafés en las manos y una expresión que no intenta ocultar la curiosidad.

— Estás sonriendo.

— No estoy.

— Sí que lo estás.

— Es el café.

— El café está dentro del vaso.

— Entonces es el vaso.

Sophie me entrega la bebida y empieza a caminar a mi lado.

— ¿Logan te mandó un mensaje?

— ¿Por qué estás preguntando eso?

— Porque estás mirando el celular desde que llegaste.

— Estoy viendo la hora.

— Viste la hora cuatro veces en dos minutos.

— El reloj de mi celular es muy interesante.

Ella se detiene.

— Maya.

Sigo caminando, obligándola a acompañarme.

— ¿Qué?

— ¿Se besaron?

— No.

— ¿Casi?

— Tal vez.

— ¿Estás enamorada?

— Sophie.

— Solo estoy intentando entender el tamaño del desastre.

— No existe ningún desastre.

— Fuiste a una fiesta, bailaste con Logan Carter, le tomaste la mano y saliste de allí sin besarlo. Eso es exactamente el comienzo de un desastre.

— Solo bailamos.

— Odias bailar.

— Yo no odio bailar.

— Dijiste que preferías hacer un examen de cálculo a bailar en público.

— Cambié de opinión.

— Por él.

No respondo.

Sophie sonríe como si mi silencio fuera una confesión.

— Te gustó.

— Me gustó la conversación.

— ¿Y su mano?

— ¿Su mano formaba parte de la conversación?

— Sabes lo que quiero decir.

Lo sé.

Ese es el problema.

Entramos en el aula, y mis ojos encuentran a Logan antes de que yo pueda impedirlo. Está sentado dos filas delante, conversando con Ryan. Lleva una camiseta gris y mantiene el cabello ligeramente despeinado, como si se hubiera pasado la mano por él varias veces.

Como si sintiera mi mirada, gira el rostro.

Nuestras miradas se encuentran.

Logan sonríe.

No es la sonrisa que les ofrece a las personas en el pasillo. Es la misma sonrisa discreta de la llegada a la fiesta, reservada para mí.

Se me encoge el estómago.

— Está mirando — susurra Sophie.

— Me di cuenta.

— Y tú estás mirando de vuelta.

— También me di cuenta.

— Esto se está poniendo serio.

— Solo nos estamos mirando.

— Para algunas personas, así es como empieza.

Antes de que responda, Logan se levanta. Ryan sigue sentado, pero acompaña el movimiento del amigo con una expresión divertida.

Logan cruza el espacio entre los pupitres y se detiene a mi lado.

— Buenos días.

— Buenos días.

Sus ojos recorren rápidamente mi rostro.

— ¿Dormiste bien?

La pregunta es simple, pero recuerdo de inmediato el mensaje enviado de madrugada.

— Lo suficiente.

— Yo también.

— ¿Siempre preguntas eso a la gente después de una fiesta?

— No.

— ¿Entonces debo sentirme especial?

— Tal vez.

Sonrío, y él parece satisfecho.

Sophie se aclara la garganta.

— Estoy aquí.

— Lo sabemos — digo.

— Genial. Porque nadie parece recordarlo.

Logan la mira.

— ¿Estás bien?

— Perfectamente. Solo estoy intentando no interrumpir una conversación importante sobre el sueño.

— Es un tema delicado — responde él.

Sophie me mira, pero yo niego con la cabeza discretamente.

— No empieces.

— Ni siquiera dije nada.

— Lo dijiste con los ojos.

Logan se ríe.

El profesor entra en el aula, obligándonos a ocupar nuestros lugares. Logan vuelve al pupitre de delante, pero, antes de sentarse, deja algo sobre mi mesa.

Un pequeño papel doblado.

Espero unos segundos antes de abrirlo.

¿Todavía me estás evaluando?

Tomo mi bolígrafo y escribo debajo.

El resultado sigue siendo inconcluso.

Doblo el papel y se lo devuelvo cuando se gira.

Poco después, me lo entrega de nuevo.

¿Qué falta para llegar a una conclusión?

Miro su nuca, intentando decidir si respondo con sinceridad.

Más información.

Él lo lee en cuanto lo recibe.

¿Qué tipo de información?

La importante.

Puedes hacer preguntas.

¿Responderías?

Si preguntaras.

Pienso unos instantes.

¿Qué quieres de mí?

Logan permanece inmóvil.

Por un momento, creo que fui demasiado lejos. Tal vez la pregunta parezca demasiado directa, demasiado íntima. Tal vez doble el papel y decida no responder.

Entonces sus dedos aparecen sobre la mesa, y escribe.

Quiero seguir conociéndote.

Mi corazón late más fuerte.

La respuesta no trae promesas, ni exageros. No intenta convencerme de que ya existe algo entre nosotros.

Tal vez sea exactamente por eso que le creo.

Escribo debajo:

¿Por qué?

Esta vez tarda más.

Porque me gusta cómo me siento cuando estoy contigo.

El bolígrafo se detiene entre mis dedos.

Leo la frase de nuevo.

No sé cómo alguien puede decir algo tan simple y hacer que parezca tan importante.

Doblo el papel sin responder. No porque no tenga respuesta, sino porque ninguna de las palabras que encuentro parece suficiente.

Durante el resto de la clase, intento prestar atención. Fracaso.

Cuando el profesor libera a los alumnos, Logan me espera en el pasillo. Ryan está unos pasos atrás, conversando con otro compañero, pero no interfiere.

— Te quedaste callada — dice Logan.

— Estaba prestando atención.

— ¿En la clase?

— Esa era la idea.

— ¿Y lo lograste?

— No completamente.

Él sonríe.

— Yo tampoco.

Caminamos juntos hacia la cafetería. Esta vez, no necesito preguntar adónde vamos. Logan reduce el paso de manera natural,

manteniéndose a mi lado mientras cruzamos el patio.

— ¿Vas a entrenar hoy? — pregunto.

— Voy.

— ¿Y todavía consigues asistir a clases, fiestas y cafeterías?

— Con dificultad.

— Me lo imaginé.

— Podrías acompañarme hasta el campo.

Lo miro.

— ¿Eso fue una invitación?

— Lo fue.

— ¿Invitas a todas las chicas a ver tus entrenamientos?

— No.

— ¿Jade ya fue?

— Probablemente.

— ¿No lo sabes?

— No me pongo a contar quién ve mis entrenamientos.

— Pero sabes que ella preguntó por ti en la fiesta.

— Porque tú me lo contaste.

— Y lo recordaste.

— Recuerdo muchas cosas.

— Eso es peligroso.

— ¿Sigues creyendo que soy peligroso?

— Todavía no lo decidí.

— Entonces ven al entrenamiento y ayúdame a decidir.

La cafetería aparece delante de nosotros. Me detengo antes de entrar.

— Yo no entiendo nada de fútbol.

— No necesitas entender.

— Entonces, ¿qué voy a hacer?

— Quedarte en la grada.

— Eso parece extremadamente útil.

— Para mí, lo será.

Su tono cambia ligeramente.

No hay broma en esa frase.

Está hablando en serio.

— ¿Vas a poder jugar sabiendo que estoy mirando?

— Lo intentaré.

— ¿Te pones nervioso cuando te miro?

— Ya dije que sí.

— ¿Y aun así quieres que yo vaya a ver?

Logan se acerca un poco.

— Principalmente por eso.

El sonido del campus sigue a nuestro alrededor. La gente pasa, conversa y se ríe. Aun así, siento como si solo existiera ese espacio estrecho entre nosotros.

— Logan…

— No necesitas responder ahora.

— ¿Siempre eres tan paciente?

— No.

— Entonces, ¿por qué conmigo?

Él baja la mirada por un instante, luego vuelve a mirarme.

— Porque parece que necesitas tiempo.

La respuesta me atraviesa.

No me gusta que se den cuenta de eso. Pasé años haciendo parecer que nunca necesito nada, que puedo dejar a cualquiera atrás antes de que tenga la oportunidad de decepcionarme.

Pero Logan no habla como si me estuviera juzgando.

Habla como si hubiera comprendido.

— Iré al entrenamiento — digo.

Su sonrisa aparece despacio.

— Está bien.

— No pongas esa cara de victoria.

— Tú misma dijiste que yo podría considerar eso un sí.

— Estoy empezando a arrepentirme.

— Demasiado tarde.

Entramos en la cafetería.

Esta vez, nos sentamos lado a lado, no frente a frente. Nuestros hombros se rozan levemente, y ninguno de los dos se aparta.

Logan pide el mismo café de antes. Yo observo mientras él pone demasiado azúcar en el vaso.

— ¿Nunca vas a aprender?

— Tal vez me guste así.

— Hiciste una mueca el viernes.

— Tal vez hice una mueca bonita.

— Eso no existe.

— Todavía tienes mucho que aprender sobre mí.

Giro el rostro hacia él.

— Pensé que yo era la que necesitaba más información.

— Podemos intercambiar.

— ¿Qué quieres saber?

Logan apoya el brazo sobre la mesa.

— ¿Qué te hace sonreír cuando no estás intentando impresionar a nadie?

La pregunta me toma desprevenida.

No es el tipo de cosa que alguien suele preguntar. Por lo general quieren saber dónde vivo, qué estudio, con quién salgo. Quieren información fácil, que puedan usar para llenar espacios vacíos.

Logan quiere saber qué hay cuando nadie está mirando.

— Películas antiguas — respondo después de un momento. — Café en días fríos. Música alta cuando estoy sola.

— ¿Cantas?

— Muy mal.

— Me gustaría oírte.

— No.

— Acabas de decir que te gusta la música alta.

— Eso no significa que alguien tenga que oír mi voz.

— Tal vez me guste.

— No lo sabes.

— Todavía estoy evaluando.

Me río, y él sonríe.

— Ahora tú — digo. — ¿Qué te hace sonreír?

Logan piensa.

— Cuando Ryan intenta parecer serio y no puede. Cuando mi padre llama después de los partidos fingiendo que no estaba nervioso. Cuando alguien del equipo acierta una jugada que entrenamos durante semanas.

— ¿Y fuera del fútbol?

Él me mira.

— Conversaciones inesperadas.

— ¿Como esta?

— Exactamente como esta.

La sonrisa que siento nacer es imposible de ocultar.

Después del café, seguimos hasta el siguiente edificio. Antes de separarnos, Logan toca mi muñeca de manera cuidadosa.

— A las cuatro.

— Lo sé.

— Puedes desistir, si quieres.

— ¿Tienes miedo de que no aparezca?

— Tal vez.

— Entonces apareceré.

— ¿Por qué?

Miro su mano todavía cerca de la mía.

— Porque yo también quiero seguir conociéndote.

La expresión de Logan se suaviza.

Durante unos segundos, ninguno de los dos dice nada.

Él podría inclinarse. Yo podría quedarme quieta. El momento parece abierto, esperando solo una decisión.

Pero Logan solo suelta mi muñeca.

— Hasta las cuatro, Maya.

— Hasta las cuatro.

Se aleja, y yo sigo mirando mientras cruza el pasillo.

Todavía no hay un beso.

Ninguna promesa.

Solo una expectativa que crece despacio, ocupando todos los espacios que antes parecían vacíos.

Y, por primera vez, no siento ganas de huir de ella.

CAPÍTULO 6

Cuando ella mira

A las cuatro menos diez, ya estoy en el campo.

Eso no debería significar nada. Normalmente, llego temprano a los entrenamientos. Me gusta sentir el césped antes de que aparezca el resto del equipo, escuchar el silencio del estadio vacío, organizar mi cabeza antes de que todo se convierta en ruido, órdenes y jugadas repetidas.

Pero hoy no estoy aquí por disciplina.

Estoy mirando la entrada.

Ryan se da cuenta, claro.

Él siempre se da cuenta.

— ¿Vas a poder entrenar o debemos cancelar todo hasta que aparezca Maya?

Finjo ajustar la protección en la muñeca.

— Estoy concentrado.

— En la entrada del campo.

— También forma parte del campo.

— Técnicamente, no.

Le lanzo una mirada.

— Estás muy gracioso hoy.

— Y tú eres pésimo para disimular.

No respondo, porque no hay respuesta que me ayude. Desde que Maya dijo que vendría, alguna parte ridícula de mí empezó a contar las horas. Pasé toda la tarde intentando convencerme de que era solo una invitación casual, una forma de continuar la conversación, nada más.

Pero es más.

Porque Maya no es solo alguien más que viene a ver un entrenamiento.

Es ella.

La chica que me hizo guardar un lugar en una fiesta. La chica que me sostuvo la mano en medio de la música y no la soltó. La chica que me mira como si estuviera intentando separar lo que soy de lo que todos dicen que soy.

Y yo quiero, con una intensidad que me asusta un poco, que le guste lo que encuentre.

— Ella viene —dice Ryan, más bajo.

Lo miro.

— Lo sé.

— Entonces deja de actuar como si estuvieras esperando el resultado de una cirugía.

— No estoy así.

— Acabas de atarte el cordón dos veces.

Miro hacia abajo. Tiene razón.

Genial.

Antes de que pueda responder, el entrenador pita, llamando al equipo para el calentamiento. Me pongo en movimiento por instinto. Corro con los demás, estiro, escucho las primeras instrucciones, repito las jugadas de siempre.

Aun así, parte de mi atención permanece fuera del campo.

Entonces la veo.

Maya aparece en la parte alta de la grada con Sophie al lado. El sol le da en el cabello, creando un brillo suave alrededor del rostro. Lleva vaqueros, una blusa blanca y una expresión que intenta parecer indiferente.

Falla.

Porque, cuando sus ojos se encuentran con los míos, ella sonríe.

Pequeño. Discreto. Solo para mí.

El aire sale de mi pecho despacio.

— ¡Carter! —grita el entrenador—. ¿Está con nosotros?

— Sí, señor.

Ryan pasa corriendo a mi lado y murmura:

— Casi convincente.

Ignoro.

El entrenamiento empieza de verdad. Primero, pases cortos. Después, desplazamientos, lectura de defensa, repetición de jugadas. Intento mantener la cabeza en el campo, pero cada vez que corro hacia atrás, cada vez que giro el cuerpo para lanzar, siento la presencia de ella en la grada.

No necesito mirar para saber que Maya está ahí.

Y, aun así, miro.

En la primera pausa, agarro la botella de agua y camino hasta la banda. Maya está sentada en la segunda fila. Sophie dice algo, pero Maya parece prestar más atención al entrenamiento de lo que yo esperaba.

Cuando se da cuenta de que la estoy mirando, levanta una ceja.

Yo sonrío.

Ella no sonríe de vuelta inmediatamente. Solo inclina la cabeza, como si me evaluara.

Entonces levanta el pulgar en un gesto contenido.

Su aprobación me golpea con más fuerza que cualquier aplauso que haya recibido.

Ryan aparece a mi lado.

— Estás oficialmente perdido.

— Cállate.

— Ella levantó el pulgar y tú pareces que ganaste un campeonato.

— Ryan.

— Estoy feliz por ti.

— Te estás divirtiendo a mi costa.

— Las dos cosas pueden ser verdad.

El entrenador canta la siguiente jugada, y vuelvo al campo. Esta vez, juego mejor. Tal vez porque ella está mirando. Tal vez porque necesito demostrar que puedo ser yo mismo incluso cuando su mirada está sobre mí.

Recibo el balón, retrocedo tres pasos, leo el movimiento de la defensa y lanzo a Ryan en la banda. Él la atrapa en el momento justo, atraviesa la marca y corre hasta la línea de fondo.

El equipo celebra.

Sin pensar, miro a Maya.

Ahora está de pie.

Aplaudiendo.

Mi sonrisa aparece antes de que pueda controlarla.

El entrenador grita algo sobre concentración, y vuelvo a mi posición, pero por dentro hay una sensación nueva. No es vanidad. No es orgullo de ser observado.

Es otra cosa.

Es querer compartir un pedazo de mi vida con alguien y darme cuenta de que tal vez esa persona está realmente interesada en verlo.

Cuando el entrenamiento termina, estoy sudado, cansado y extrañamente nervioso. El equipo empieza a dispersarse, algunos yendo al vestuario, otros quedándose en el campo para conversar. Ryan me da una palmada en el hombro.

— Ve a hablar con ella antes de que empieces a ensayar frases.

— Yo no ensayo frases.

— Ensayaste en el baño antes de la fiesta.

— ¿Me oíste?

— La pared era fina.

Cierro los ojos por un segundo.

— Necesito cambiarme de cuarto.

Ryan se ríe y se aleja.

Agarro una toalla, me la paso por la cara y camino hacia la grada. Maya baja los escalones despacio, mientras Sophie se queda atrás hablando con alguien que conoce.

Cuando Maya se acerca, intenta mantener una expresión seria.

— Así que este es el famoso entrenamiento.

— ¿Y?

— Ruidoso.

— ¿Ese es tu análisis técnico?

— También parece cansado.

— Mejoró.

— Y tú corres mucho.

— Esa parte forma parte.

Ella mira el campo, luego me mira a mí.

— Juegas bien.

Oír eso de ella hace que algo en mi pecho se caliente.

— Gracias.

— No te pongas tan engreído. No entiendo nada de fútbol.

— Aun así, lo voy a aceptar.

— Parecías diferente allí.

— ¿Diferente cómo?

Maya piensa un instante.

— Más ligero.

La respuesta me toma desprevenido.

— ¿Ligero?

— Sí. Como si, en el campo, no necesitaras pensar tanto en quién está mirando.

Suelto una risa baja.

— Qué curioso. Hoy pensé bastante en quién estaba mirando.

La boca de ella se curva.

— ¿Te estorbé?

— No.

— ¿Seguro?

— Ayudaste.

Su sonrisa disminuye, volviéndose más suave.

— ¿Ayudé cómo?

La pregunta parece simple. Con Maya, casi ninguna pregunta es simple.

— Quería jugar bien porque estabas aquí.

Ella baja la mirada un instante, y yo me doy cuenta de que la respuesta la alcanzó.

— Dices esas cosas como si fueran fáciles.

— No lo son.

— Entonces, ¿por qué las dices?

Doy un paso para acercarme.

— Porque contigo tengo ganas de ser sincero antes de que encuentre una manera de huir.

Maya me observa en silencio.

Hay otras personas alrededor. Voces, risas, silbatos a lo lejos. Pero nada de eso se mete entre nosotros.

— ¿Huyes mucho? —pregunta ella.

— Más de lo que debería.

— ¿De qué?

— De conversaciones que importan.

— ¿Y esto importa?

La miro.

— Sí.

La respuesta sale sin vacilación.

Maya respira hondo, como si no esperara tanta franqueza. Tal vez yo tampoco lo esperaba. Pero desde la fiesta, desde la nota en clase, desde el mensaje de madrugada, siento que estamos caminando

hacia algo. Despacio, pero caminando.

Y no quiero fingir que no me doy cuenta.

— Estás haciendo eso otra vez —dice ella.

— ¿Qué?

— Mirarme como si estuvieras intentando descubrir mi historia.

— Tal vez lo esté.

— ¿Y si no quiero contarla?

— Espero.

Ella entrecierra los ojos, pero no parece irritada.

— Eres peligroso justamente por eso.

— ¿Por esperar?

— Por no presionar.

— ¿Eso es peligroso?

— Mucho. Se vuelve más difícil inventar excusas.

Sonrío.

— ¿Estabas intentando inventar una?

— Algunas.

— ¿Alguna buena?

— Ninguna excelente.

— Entonces quédate.

Maya me mira.

— ¿Quedarme dónde?

Señalo el campo vacío.

— Conmigo. Solo un poco.

Ella observa el césped, luego mira por encima del hombro hacia Sophie. La amiga está demasiado distraída como para interferir.

— ¿No necesitas ir al vestuario?

— Necesito.

— Entonces ve.

— Dentro de un rato.

— ¿Vas a quedarte ahí todo sudado?

— ¿Esa es tu forma educada de decir que estoy horrible?

Maya se ríe.

— Yo no dije eso.

— ¿Lo pensaste?

Ella me mira de arriba abajo, y la evaluación lenta hace que mi corazón reaccione de una manera absurda.

— No —responde—. No lo pensé.

La forma en que lo dice me deja inmóvil por un segundo.

Maya se da cuenta. Claro que se da cuenta.

— Ahora, ¿quién está nervioso?

— Yo nunca dije que hubiera dejado de estarlo.

Ella sonríe, pero esta vez hay algo tímido en su expresión. Algo que intenta esconder con ironía y que me dan ganas de acercarme más.

No me acerco.

Todavía no.

Caminamos hasta la banda del campo, donde hay un banco apartado del movimiento del equipo. Nos sentamos uno al lado del otro. El sol empieza a bajar, dejando el aire más suave. Maya apoya los codos en las rodillas y observa el césped.

— ¿Siempre supiste que querías jugar? —pregunta ella.

— Desde niño.

— ¿Nunca quisiste otra cosa?

— Quise. Pero el fútbol siempre fue lo que tenía más sentido.

— ¿Y ahora?

— Todavía lo tiene. Solo que a veces parece que todo lo demás desaparece.

Ella gira el rostro hacia mí.

— ¿Qué demás?

— Yo.

La palabra sale baja.

Maya no responde de inmediato. Solo me mira de una manera que me hace querer continuar, aunque una parte de mí prefiera parar.

— Todo el mundo sabe lo que Logan Carter hace en el campo —digo —. Cuántos pases acierta, cuántos partidos gana, cuántas personas quieren sentarse a su lado en fiestas. Pero a veces tengo la sensación de que, si dejara de jugar mañana, mucha gente no sabría qué seguiría existiendo aquí.

Toco suavemente el centro del pecho.

Maya sigue el gesto.

— Yo sabría algunas cosas.

— ¿Sabrías?

— Le pones demasiado azúcar al café.

Sonrío.

— ¿Eso es importante?

— Mucho. Dice bastante sobre tu juicio.

— Justo.

— Te pones nervioso cuando quieres parecer tranquilo.

— ¿Eso también es importante?

— Sí.

— ¿Qué más?

Maya me mira fijamente un segundo.

— Le sostienes la mano a alguien como si estuvieras pidiendo permiso para quedarte.

La frase me deja callado.

Ella parece darse cuenta de que habló de más, porque desvía el rostro de vuelta al campo.

— Perdón —murmura.

— No pidas perdón.

— Fue raro.

— Fue verdadero.

Ella cierra los ojos un instante, luego suelta una risa pequeña, sin humor.

— Yo no suelo hablar así.

— Lo sé.

— No lo sabes.

— Estoy aprendiendo.

Maya me mira otra vez.

— ¿Y qué aprendiste hasta ahora?

La respuesta viene antes de que pueda protegerla.

— Que pareces lista para correr, pero te quedas cuando quieres mucho.

Ella traga saliva.

— ¿Y tú crees que yo quiero quedarme?

— Creo.

— ¿Eso es confianza o esperanza?

— Las dos.

El silencio que viene después es diferente. No pesa. Se acomoda entre nosotros como una pausa necesaria.

Maya baja la mirada a mis manos. Una de ellas está apoyada en el banco, demasiado cerca de la suya para parecer casual. Me doy cuenta en el mismo instante. Podría apartarla. Tal vez debería.

Pero ella mueve los dedos primero.

Suavemente.

Lo suficiente para rozar con la punta de los dedos los míos.

Todo mi cuerpo presta atención a ese toque mínimo.

No la miro de inmediato. Tengo miedo de que, si miro, ella retroceda. Así que me quedo quieto, respirando despacio, permitiendo que ese contacto exista sin exigirle nada.

Después de unos segundos, Maya entrelaza nuestros dedos.

Mi pecho se aprieta.

— ¿Esto forma parte de la evaluación? —pregunto, intentando sonar normal.

— Forma.

— ¿Y cómo voy?

— Mejor de lo que esperaba.

Giro el rostro hacia ella.

Maya está más cerca de lo que imaginaba.

Lo bastante cerca como para que vea el brillo en sus ojos. Lo bastante cerca como para recordar la fiesta, la música lenta, el casi beso que quedó suspendido entre nosotros como una promesa no dicha.

— Maya —digo bajo.

— ¿Qué?

— ¿Puedo hacer una pregunta?

— Acabas de hacerla.

— Otra.

Ella sonríe, pero la sonrisa tiembla un poco.

— Puedes.

Miro su boca un instante antes de volver a sus ojos.

— Si intento besarte ahora, ¿vas a correr?

Su respiración cambia.

Debería arrepentirme de la pregunta. Debería pensar que fui demasiado directo. Pero no me arrepiento, porque Maya merece una elección clara. Merece saber que no quiero quitarle nada. Quiero que venga porque quiere.

Si quiere.

Ella tarda.

Cada segundo parece demasiado largo.

Entonces Maya aprieta mis dedos.

— No.

La palabra es baja, casi escondida.

Pero es suficiente.

Me inclino despacio. Le doy tiempo para que cambie de idea. Para que retroceda. Para que convierta todo en una broma.

Ella no hace nada de eso.

Maya se queda.

Cuando mi boca toca la suya, el mundo no explota. No hay música perfecta, ni aplausos, ni nada que parezca hecho para impresionar a alguien.

Es mejor.

Es silencioso.

Cálido.

Cuidadoso.

El primer roce es leve, casi una pregunta. Maya responde inclinando el rostro, acercándose un poco más. Su mano libre sube hasta mi hombro, y siento sus dedos cerrarse en la tela de mi camiseta.

Pierdo la noción del campo, del entrenamiento, de las personas a lo lejos.

Solo existe ella.

Su boca en la mía.

La forma en que respira cuando nos separamos por un segundo y volvemos a encontrarnos.

La certeza absurda de que esperé este beso desde antes de saber que quería besarla.

Cuando nos separamos, Maya permanece con los ojos cerrados un instante.

Luego los abre.

— ¿Eso también formaba parte de tu estrategia?

Me río bajo, todavía demasiado cerca de ella.

— No tengo estrategia contigo.

— ¿No?

— Ninguna que funcione.

Ella sonríe, y la mano sigue en mi hombro.

— Fue mejor así.

— ¿Sin estrategia?

— Sin estrategia.

Me quedo mirándola, intentando guardar el momento entero. La luz baja, el campo vacío, su mano aún prendida a la mía. El beso que no parece un final, sino un comienzo.

— Estás callado —dice ella.

— Estoy intentando no estropearlo.

— ¿Crees que lo vas a estropear?

— Contigo, siento que cualquier palabra equivocada puede hacer que huyas.

Maya baja la mano de mi hombro, pero no suelta mis dedos.

— Yo no huí.

— Me di cuenta.

— Y tal vez no quiera huir ahora.

La forma en que dice tal vez me hace sonreír.

— ¿Todavía estás evaluando?

— Siempre.

— ¿Y el beso?

Ella finge pensar.

— Inconcluso.

— ¿Inconcluso?

— Tal vez necesite más información.

Mi corazón late fuerte.

— Puedo ayudar con eso.

Maya se ríe, pero esta vez es ella quien se acerca.

El segundo beso llega menos cuidadoso y más seguro. Aún suave, aún contenido por el lugar y el tiempo, pero lleno de una decisión que ninguno de los dos dice en voz alta.

Cuando nos separamos otra vez, Sophie grita desde la grada:

— ¡Los estoy viendo!

Maya cierra los ojos.

— Sabía que iba a hacer eso.

Ryan aparece al lado de Sophie y grita también:

— ¡Por fin!

Suelto una risa, y Maya esconde el rostro un segundo en mi hombro.

Ese gesto casi me desarma más que el beso.

Porque se siente natural.

Como si ella pudiera quedarse allí.

Como si yo pudiera ser el lugar donde descansa unos segundos antes de volver a fingir que nada la afecta.

— Voy a matar a Sophie —murmura.

— Ryan también se merece una advertencia.

— Van a ser insoportables.

— Probablemente.

Maya levanta el rostro.

— ¿Te importa?

La miro, a los ojos aún brillantes, a la boca levemente enrojecida por el beso, a la forma en que intenta parecer tranquila cuando claramente no lo está.

— No.

La respuesta sale simple.

— No me importa.

Ella se pone seria por un segundo.

— Logan…

— ¿Sí?

— Todavía no sé qué significa esto.

Le aprieto la mano con más firmeza.

— Está bien.

— No quiero que pienses que yo—

— Maya.

Ella se detiene.

— No necesito que decidas todo hoy.

— Lo dices ahora.

— Voy a seguir diciéndolo.

— ¿Incluso si estoy confundida?

— Sobre todo.

Ella me observa, como si buscara un fallo en la respuesta.

No lo encuentra.

— Eres demasiado paciente —murmura.

— Solo contigo.

— Eso no ayuda.

— Ayuda un poco.

Ella se ríe, y el sonido se me queda pegado.

A lo lejos, Ryan hace algún comentario que no consigo oír. Sophie responde con entusiasmo. El mundo sigue moviéndose, pero, por unos minutos, no me levanto.

Maya tampoco.

Nos quedamos lado a lado en el banco, dedos entrelazados, como si el entrenamiento hubiera terminado solo para que ese momento pudiera empezar.

Y, por primera vez en mucho tiempo, no pienso en el próximo partido, en la próxima jugada o en la próxima expectativa que alguien puso sobre mí.

Pienso solo en ella.

En cómo Maya vino.

En cómo se quedó.

En cómo me devolvió el beso.

Y en cómo, ahora que sé el sabor de su boca, va a ser imposible fingir que yo solo quería conocerla un poco más.

CAPÍTULO 7

Después del primer beso

Paso el resto del día intentando actuar como si nada hubiera cambiado.

Fallo de una manera vergonzosa.

No porque esté sonriendo sola todo el tiempo, aunque Sophie insiste en que sí. No porque me quede mirando el celular cada dos minutos, esperando un mensaje de Logan, aunque eso también pasa. El verdadero problema es que mi cuerpo parece haber memorizado el beso incluso antes de que mi cabeza lograra entender lo que significaba.

Su boca.

Su mano entrelazada con la mía.

El cuidado casi absurdo con el que preguntó si yo huiría antes de acercarse.

Eso no se me va.

— Estás muy callada — dice Sophie, dejándose caer en mi cama como si el cuarto fuera suyo.

Estoy sentada en el suelo, con la espalda apoyada en el costado de la cama y el celular en la mano. La conversación con Logan está abierta, pero no ha aparecido ningún mensaje nuevo desde que

escribió que necesitaba ducharse y después iba a estudiar.

Yo respondí solo: Buena suerte intentando concentrarte.

Él respondió: ¿Después de hoy? Imposible.

Y desde entonces, nada.

Nada.

Cuarenta y dos minutos de nada.

No es que esté contando.

— Estoy normal — digo.

Sophie suelta una risa corta.

— Maya, besaste a Logan Carter en el campo de fútbol y estás mirando el celular como si fuera a revelar el futuro.

— Tal vez estoy leyendo.

— La pantalla está apagada.

Aprieto el botón lateral, solo para probar un punto que no existe.

— Ahora no lo está.

— Te gusta.

— Me pareció bueno el beso.

— Eso no es una respuesta.

— Es la única que vas a recibir.

Ella se da la vuelta boca abajo y apoya la barbilla en las manos.

— ¿Fue muy bueno?

La miro.

Sophie abre una sonrisa enorme.

— Lo fue.

— Yo no dije nada.

— Tu cara lo dijo.

Me llevo una mano a la frente.

— Debería haber venido a vivir sola.

— ¿Y perder mi supervisión emocional? Jamás.

— Eso no es supervisión. Es tortura.

— Es amistad con observación cuidadosa.

No consigo evitar una sonrisa. Sophie se da cuenta y se queda aún más satisfecha, como si hubiera ganado alguna disputa secreta.

— ¿Él fue tierno después? — pregunta.

La pregunta me hace recordar el campo. Después de que Ryan y Sophie empezaron a gritar desde la grada, Logan no se apartó de mí como si lo hubieran pillado haciendo algo malo. Solo se rió, mantuvo sus dedos en los míos y preguntó si quería salir de allí antes de que

los dos convirtieran el momento en un espectáculo.

Yo quise.

Entonces me acompañó hasta cerca del estacionamiento. No intentó besarme otra vez. No forzó una conversación sobre nosotros. Solo caminó a mi lado, con su mano rozando la mía de vez en cuando, como si dejara la elección siempre conmigo.

Al despedirse, dijo:

— Quería besarte otra vez.

Y yo, sin saber cómo lidiar con eso, respondí:

— Me di cuenta.

Él sonrió.

— Estoy intentando ser respetuoso.

— Y lo estás siendo.

— ¿Eso significa que puedo intentarlo en otro momento?

Yo debería haber bromeado. Debería haber dicho tal vez, como siempre.

Pero lo miré y respondí:

— Significa.

Sophie chasquea los dedos delante de mi cara.

— Te fuiste a otro planeta.

— Estaba pensando.

— En él.

— En cosas.

— ¿Él es una cosa?

Le tiro un cojín. Sophie se ríe y consigue esquivarlo.

El celular vibra en mi mano.

Mi corazón da un salto ridículo.

Sophie se queda inmóvil.

— ¿Es él?

— No sé.

— Sí lo sabes.

Miro la pantalla.

Logan: ¿Estás ocupada?

Me muerdo el labio antes de responder.

Yo: Depende.

Logan: ¿De qué?

Yo: Del motivo de la pregunta.

La respuesta llega rápido.

Logan: Quiero oír tu voz.

Me quedo quieta.

Sophie se sienta inmediatamente.

— ¿Qué dijo?

— Nada.

— Maya.

Me giro el celular contra el pecho.

— Preguntó si puede llamar.

— ¿Y estás pensando?

— Estoy.

— ¿Por qué?

— Porque puedo parecer rara por teléfono.

— Eres rara en persona y te besó igual.

— Muchas gracias.

— Fue un cumplido.

Miro de nuevo el mensaje.

Quiero oír tu voz.

Esas cinco palabras parecen demasiado simples como para afectarme. Pero lo hacen. Porque no es una invitación arrogante. No

es un intento de acelerar las cosas. Es solo Logan diciendo, a su manera directa, que quiere un pedazo de mí esa noche.

Escribo antes de echarme atrás.

Yo: Puedes llamar.

El celular suena pocos segundos después.

Sophie abre la boca, pero señalo la puerta.

— Fuera.

— Yo vivo aquí.

— Fuera por diez minutos.

— Veinte.

— Sophie.

Ella se levanta riendo.

— Está bien. Pero después quiero detalles.

— No va a haber detalles.

— Siempre los hay.

Cuando la puerta se cierra, contesto.

— Hola.

Hay una pequeña pausa del otro lado.

— Hola.

La voz de Logan suena más baja que en el campus. Más cercana también, aunque esté lejos.

Me siento mejor en el suelo.

— ¿Llamaste y ahora te quedaste callado?

— Estoy escuchando.

— Eso es raro.

— Un poco.

— Logan.

Él se ríe, y el sonido me llega cálido al oído.

— Perdón. De verdad quería oír tu voz.

Se me oprime el pecho.

— ¿Y ahora que la oíste?

— Ahora estoy intentando no decir algo que haga que cuelgues.

— ¿Crees que yo colgaría?

— Creo que lo considerarías.

— Tal vez.

— Esa palabra otra vez.

Sonrío.

— Funciona.

— Funciona demasiado.

Nos quedamos unos segundos en silencio. No es incómodo. Es nuevo. Íntimo de una manera que me asusta un poco, porque el cuarto está quieto, su voz está cerca, y no existe nada entre nosotros más que la conversación.

— ¿Estás bien? — pregunta.

— Estoy.

— ¿Después de hoy?

Cierro los ojos por un instante.

— Sí.

— Me preocupé por si había sido demasiado rápido.

— No lo fue.

La respuesta sale antes de que pueda medirla.

Del otro lado, Logan suelta el aire despacio.

— Qué bien.

— Preguntaste antes.

— Quería estar seguro.

— Lo sé.

Y eso es lo que lo complica todo.

Porque lo sé.

Si hubiera sido demasiado seguro de sí mismo, yo habría encontrado una excusa para retroceder. Si hubiera actuado como si el beso fuera una victoria, yo me habría cerrado. Pero Logan hizo justamente lo contrario. Trató el momento como si importara.

Y tal vez por eso importó aún más.

— ¿Maya?

— Hola.

— ¿Puedo decir una cosa sin que la conviertas en broma?

Abro los ojos.

— Puedo intentarlo.

— Pensé en el beso todo el día.

Se me calienta la cara.

— El día todavía ni terminó.

— Entonces probablemente voy a seguir pensando.

Aprieto los dedos en el borde de la camiseta.

— Eres muy directo.

— Estoy intentando serlo.

— ¿Por qué?

— Porque cuando escondo las cosas, tú te das cuenta.

Eso me arranca una sonrisa pequeña.

— Sí me doy cuenta.

— Y porque no quiero fingir que fue casual.

La frase queda entre nosotros.

Mi corazón late más fuerte.

— No fue casual — digo en voz baja.

Logan no responde inmediatamente.

Cuando habla, su voz está más suave.

— Quería que dijeras eso.

— No te acostumbres.

— Demasiado tarde.

Me río, y él se ríe conmigo.

La tensión disminuye, pero no desaparece. Solo cambia de forma. Se vuelve más dulce. Más posible.

— ¿Mañana tienes clase temprano? — pregunta.

— Tengo.

— Yo también.

— Entonces deberías dormir.

— Debería.

— ¿Pero no vas a hacerlo?

— Todavía no.

Apoyo la cabeza contra el costado de la cama.

— ¿Siempre desobedeces los buenos consejos?

— Solo cuando la persona que da el consejo es más interesante que el consejo.

— ¿Eso estaba ensayado?

— No.

— Lo pareció.

— Lo voy a tomar como un cumplido.

— No lo era.

— También lo voy a tomar.

Sonrío al techo.

— Eres imposible.

— ¿Dijiste eso antes de besarme o después?

— No me acuerdo.

— Yo me acuerdo.

El silencio vuelve.

Esta vez, trae el beso consigo.

Recuerdo su boca tocando la mía con cuidado. El segundo beso, más firme, cuando fui yo quien se acercó. Su mano apretando la mía como si estuviera intentando no tirarme demasiado.

— ¿Logan?

— ¿Sí?

— ¿Vas a estar diferente ahora?

— ¿Cómo así?

Tardo un poco en responder, porque la pregunta parece revelar más de lo que me gustaría.

— Algunas personas cambian después de conseguir lo que quieren.

Él se queda callado.

Por un segundo, creo que arruiné el ambiente. Pero cuando Logan habla, no hay irritación en su voz.

— Yo no conseguí lo que quería, Maya.

Se me contrae el estómago.

— ¿No?

— No.

— Entonces, ¿qué querías?

La respuesta llega baja.

— A ti. Pero no como una cosa que yo gano después de un beso.

Me quedo sin aire por unos instantes.

No sé cómo responder a eso. No con ironía. No con defensa. No con las frases rápidas que uso cuando quiero mantener todo bajo control.

Logan continúa:

— Me gustó besarte. Mucho. Pero también me gustó sentarme contigo en el campo. Me gustaron las notas en clase. Me gustó oírte provocándome con lo del café. Me gustó verte intentando fingir que no estabas nerviosa cuando lo estabas.

— Yo no estaba nerviosa.

— Sí lo estabas.

— Un poco.

— Yo también.

Me paso la mano por la cara, intentando no ocultarle a nadie la sonrisa que aparece.

— Entonces, ¿qué pasa ahora?

— ¿Ahora?

— Sí.

— Seguimos.

— ¿Seguimos qué?

— Hablando. Viéndonos. Tal vez tomando café. Tal vez besándonos cuando tú quieras.

Mi corazón tropieza con la última parte.

— ¿Cuando yo quiera?

— Cuando nosotros queramos — corrige. — Pero me gusta cuando tú eliges quedarte.

Se me aprieta la garganta.

Me esfuerzo por mantener la voz ligera.

— Tienes respuestas peligrosas.

— Ya me dijiste que soy peligroso.

— Lo estoy confirmando.

Él se ríe bajo.

— ¿Y tú? ¿Qué quieres?

La pregunta me alcanza de una manera diferente.

Porque podría decir que no lo sé. Sería verdad. Podría decir que es temprano. También sería verdad. Pero hay otra verdad debajo de

esas dos, una que he estado intentando evitar desde la fiesta.

Quiero seguir.

Quiero verlo mañana.

Quiero saber si sonríe de la misma manera cuando está cansado. Quiero descubrir qué hace cuando no está intentando ser perfecto en el campo. Quiero sentir otra vez su mano buscando la mía sin prisa.

— Quiero ir despacio — respondo.

— Está bien.

— Pero no quiero parar.

El silencio de él es tan intenso que casi puedo sentirlo.

— Está bien — dice, por fin.

Dos palabras simples.

Pero su voz hace que suenen como una promesa.

Apoyo la frente en las rodillas y sonrío de una manera que, si Sophie viera, nunca me dejaría en paz.

— Te pusiste feliz — digo.

— Me puse.

— Lo oí.

— No intenté esconderlo.

— Deberías. Fue muy evidente.

— Contigo, me estoy volviendo malo para esconder las cosas.

— Tal vez eso sea bueno.

— ¿Tal vez?

— Logan.

— Está bien. Lo voy a aceptar.

Hablamos unos minutos más sobre cosas pequeñas. La clase de mañana. El entrenamiento de la semana. Sophie gritando en la grada como si estuviera viendo el final de una película. Ryan siendo insoportable de una manera casi cariñosa.

Nada importante.

Todo importante.

Cuando bostezo sin poder contenerme, Logan se da cuenta.

— Tienes sueño.

— No tengo.

— Sí tienes.

— Un poco.

— Voy a colgar.

— No hace falta.

— Sí hace falta. Tienes clase temprano.

— ¿Ahora quién está dando buenos consejos?

— Estoy intentando parecer responsable.

— ¿Está funcionando?

— Tal vez.

Él se ríe.

Me quedo en silencio, sosteniendo el celular junto al oído. No quiero colgar. Eso me sorprende más de lo que debería.

— Buenas noches, Maya — dice.

— Buenas noches, Logan.

— ¿Puedo verte mañana?

Sonrío.

— Tenemos clase.

— Quise decir después.

— ¿Para café?

— Para cualquier cosa.

Cierro los ojos.

— Café.

— Café está perfecto.

— Y sin demasiado azúcar.

— No puedo prometerlo.

— Entonces tal vez lo reconsidere.

— Me voy a esforzar.

— Buenas noches.

— Buenas noches.

La llamada termina.

Me quedo mirando la pantalla apagada unos segundos, con el celular todavía en la mano.

La puerta se abre despacio.

Sophie mete solo la cabeza.

— ¿Ya puedo volver o están eligiendo nombres de hijos?

— Entra antes de que te deje afuera con llave.

Ella entra riendo y cierra la puerta.

— Por tu cara, fue bueno.

— Fue solo una llamada.

— Maya.

— Fue buena — admito.

Sophie se deja caer en la cama otra vez, satisfecha.

— Lo sabía.

— No empieces.

— No voy a empezar. Solo voy a decir una cosa.

— Eso siempre es peligroso.

— Le gustas.

Miro el celular en mi regazo.

Esta vez, no lo niego.

— Lo sé.

Sophie se queda callada un instante, tal vez sorprendida de que yo no haya huido de la frase.

— ¿Y a ti?

Paso el dedo por el costado del aparato, recordando su voz diciendo que le gustaba cuando yo elegía quedarme.

— Estoy intentando ir despacio.

— Eso no fue lo que pregunté.

Lo sé.

Pero es la única respuesta que puedo dar sin sentirme demasiado expuesta.

— Me gusta cómo me siento con él.

Sophie sonríe, pero no bromea.

— Entonces ve despacio. Pero ve.

La miro.

— ¿Desde cuándo te volviste sabia?

— Siempre lo fui. Tú es que estabas ocupada fingiendo que no necesitabas consejos.

Le tiro otro cojín. Esta vez, le doy.

Más tarde, cuando las luces se apagan y Sophie ya está callada, me quedo despierta en la oscuridad.

Pienso en Logan en el campo.

En Logan al teléfono.

En Logan preguntando, con esa valentía tranquila, si yo huiría.

No huí.

Esa tal vez sea la parte que más me asusta.

Porque besarlo fue fácil.

Querer besarlo otra vez también.

Lo difícil es darme cuenta de que, después del beso, yo todavía quería quedarme.

Quería conversar.

Quería oír su voz.

Quería que me viera de cerca, incluso sabiendo que, cuanto más cerca llega alguien, más difícil se vuelve esconder las grietas.

El celular vibra una última vez.

Lo agarro rápido, antes de que Sophie se despierte.

Logan: Sé que ya te di las buenas noches, pero olvidé una cosa.

Mi corazón se acelera.

Yo: ¿Qué?

Logan: Mañana, en el café, voy a intentar usar menos azúcar.

Sonrío en la oscuridad.

Yo: Eso es un gran paso.

Logan: Lo estoy haciendo por ti.

Aprieto el celular contra el pecho por un segundo antes de responder.

Yo: Entonces tal vez aparezca.

La respuesta de él llega casi inmediata.

Logan: Te voy a guardar tu lugar.

Leo el mensaje varias veces.

Y, por primera vez, la idea de que alguien me guarde un lugar no parece una trampa.

Parece una invitación.

Un comienzo.

Una pequeña, cuidadosa y aterradoramente bonita oportunidad de quedarme.

CAPÍTULO 8

El lugar guardado

Llego a la cafetería antes que ella.

Otra vez.

Esta vez, no intento fingir que es coincidencia.

Elijo la mesa cerca de la ventana, la misma donde nos sentamos el otro día, y dejo mi mochila en la silla de al lado. El lugar de Maya. Parece una cosa pequeña, casi tonta, pero me quedo mirando la silla vacía como si significara más de lo que debería.

Tal vez signifique.

Después de ayer, todo parece cargar una importancia nueva.

El beso en el campo. La llamada por la noche. El mensaje antes de dormir. La manera en que dijo que quería ir despacio, pero no quería parar.

Pasé la madrugada repitiendo esa frase.

No quiero parar.

Es poco y es mucho al mismo tiempo.

— Llegaste temprano — dice Ryan, deteniéndose delante de la mesa con dos cafés en la mano.

Levanto la vista.

— Tú también.

— Yo vine a comprar café. Tú viniste a guardar territorio.

— No es territorio.

Él mira la silla con mi mochila.

— Claro. Es una reserva diplomática.

Agarro uno de los cafés de su mano antes de que continúe.

— Gracias.

Ryan se sienta en la silla de enfrente, no en la que dejé para Maya. Por lo menos eso.

— Entonces — dice, con una sonrisa que ya me irrita incluso antes de empezar. — Besaste a Maya.

— Lo sé. Yo estaba allí.

— Y la llamaste después.

Lo miro.

— ¿Cómo lo sabes?

— Sophie.

Cierro los ojos por un segundo.

— Debí haberlo imaginado.

— Dijo que Maya se quedó sonriéndole al celular.

Mi pecho se calienta antes de que pueda evitarlo.

Ryan se da cuenta.

— Dios mío, te pusiste feliz.

— Hablas como si eso fuera un problema.

— No lo es. Solo es raro verte así.

— ¿Así cómo?

Él apoya los codos en la mesa.

— Sin saber qué hacer con las propias manos.

Miro hacia abajo. Estoy girando el vaso de café entre los dedos.

Me detengo inmediatamente.

— Estoy normal.

— Estás esperando a que aparezca una chica e intentando parecer normal. Son cosas diferentes.

Antes de que pueda responder, la puerta de la cafetería se abre.

Maya entra con Sophie.

Y todo comentario de Ryan desaparece.

Ella lleva una falda negra, suéter gris y el pelo suelto sobre los hombros. No está demasiado arreglada. No parece haber intentado impresionar a nadie. Tal vez sea eso lo que me golpea primero: Maya parece ella misma.

Los ojos de ella encuentran los míos.

Por un segundo, la sonrisa aparece sin defensa.

Luego parece recordar que Sophie está al lado y controla la expresión, como si no estuviera pasando nada.

Pero yo lo vi.

Levanto la mano en un saludo discreto.

Ella viene hasta la mesa con Sophie casi saltando a su lado.

— Buenos días — dice Maya.

— Buenos días.

Mi voz sale más baja de lo que me gustaría.

Ryan tose, intentando esconder una risa. Sophie mira la silla donde dejé mi mochila y se le dibuja una sonrisa enorme.

— Qué delicado — dice.

Maya mira la silla también.

Yo quito la mochila inmediatamente.

— Te guardé tu lugar.

La frase sale simple.

Maya se queda quieta por un instante.

Entonces su rostro se suaviza.

— Me di cuenta.

Se sienta a mi lado, y la distancia entre nosotros parece demasiado pequeña para ser casual, pero demasiado grande para lo que yo quiero. Su brazo roza el mío cuando ella pone el bolso en el suelo.

Ninguno de los dos se aparta.

Sophie se sienta al lado de Ryan, frente a nosotros, con la expresión de quien está a punto de ver una escena entera.

— Entonces — empieza Sophie.

Maya le señala con un dedo.

— No.

— Ni siquiera dije nada.

— Ibas a decir.

— Tal vez.

Ryan sonríe.

— Esa palabra se está volviendo una marca registrada.

Maya me mira.

— ¿Le contaste?

— Ella también la usa conmigo.

— ¿Y te diste cuenta?

— Me di cuenta de muchas cosas.

La boca de ella se curva, pero desvía la mirada al menú antes de que la sonrisa crezca demasiado.

Me inclino un poco.

— ¿Café?

— Sí.

— ¿Sin demasiada azúcar?

— Para mí, sin nada de azúcar.

Me llevo una mano al pecho.

— Eso es casi cruel.

— Es madurez.

— Prometí intentar usar menos.

— Prometiste.

— Estoy cumpliendo.

Levanto mi vaso para que ella lo vea. Ryan observa la escena con curiosidad.

— Le puso solo un sobre — informa Ryan. — Fue emocionante.

Maya me mira como si yo hubiera hecho algo absurdamente importante.

— Estoy impresionada.

— Gracias.

— No dije que estuviera orgullosa.

— Pero lo pensaste.

— Tal vez.

Sophie hace un sonido bajo, casi un suspiro.

Maya gira el rostro despacio.

— Sophie.

— ¿Qué? Ustedes están tiernos. Es irritante, pero tierno.

— Solo estamos tomando café.

— Todavía ni lo tomamos — digo.

Maya me mira, y los dos nos reímos al mismo tiempo.

Eso es lo que me desarma.

No el beso, aunque todavía pienso en él con más frecuencia de lo que sería prudente. No su mano cerca de la mía, aunque soy muy consciente de eso. Es esa risa pequeña, compartida en medio de una mañana común, como si ya tuviéramos un idioma propio.

Ryan se levanta primero.

— Voy a buscar otro café.

Sophie se levanta junto.

— Yo también.

Maya entrecierra los ojos.

— Todavía tienes café.

Sophie agarra el vaso lleno.

— Este se enfrió.

— Lo acabas de comprar.

— Se enfrió emocionalmente.

Ryan muerde la sonrisa.

Los dos salen antes de que Maya pueda quejarse.

Nos quedamos solos en la mesa.

No completamente solos, claro. La cafetería está llena de alumnos, voces y ruido de tazas. Pero la ausencia de Ryan y Sophie crea una burbuja a nuestro alrededor.

Maya se acomoda la manga del suéter.

— Son pésimos.

— Lo son.

— Van a volverse insoportables ahora.

— Ya lo eran antes.

Ella se ríe, mirando la superficie de la mesa.

— Es verdad.

Me quedo observando su perfil por un segundo. La manera en que bajan las pestañas. La curva discreta de la sonrisa. El intento de parecer tranquila cuando sé que no lo está del todo.

— ¿Dormiste bien? — pregunto.

Ella me mira.

— Más o menos.

— ¿Por qué?

— Pensé demasiado.

Mi pecho se aprieta.

— ¿En qué?

Maya sostiene el menú cerrado entre los dedos, como si necesitara ocupar las manos.

— En ayer.

No puedo evitar la sonrisa.

— Yo también.

— Me lo imaginé.

— ¿Cómo?

— No pareces el tipo de persona que besa a alguien y se olvida.

— Contigo, no.

La respuesta la deja callada.

Por un instante, creo que fui demasiado directo. Pero Maya no se aparta. Solo respira hondo y apoya el antebrazo en la mesa, dejando la mano cerca de la mía.

— ¿Haces eso a propósito? — pregunta.

— ¿Qué?

— Dices cosas que me dejan sin respuesta.

— No. Lo digo porque es verdad.

— Eso es peor.

Sonrío.

— ¿Por qué?

— Porque no sé defenderme de verdad.

La frase sale baja. Honesta.

Y siento ganas de tocarla.

No lo hago de inmediato. Aprendí rápido que, con Maya, el tiempo importa. El espacio también. Entonces miro su mano cerca de la mía

y espero.

Ella se da cuenta.

Claro que se da cuenta.

— ¿Estás pidiendo permiso en silencio? — pregunta.

— Lo estoy.

Los ojos de ella se suavizan.

— Eso también es peligroso.

— Puedes decir que no.

— Lo sé.

Ella mueve los dedos primero.

La punta de sus dedos toca los míos. Pequeño. Leve. Suficiente para hacer que todo el ruido de la cafetería parezca distante.

Yo giro la mano despacio y entrelazo nuestros dedos sobre la mesa.

Maya mira nuestras manos unidas.

— Ahora van a volver y se van a volver locos.

— Probablemente.

— ¿Te importa?

— No.

Ella levanta la vista.

— A mí todavía me importa un poco.

— Entonces suelto.

Empiezo a apartar mi mano, pero ella sujeta mis dedos con más firmeza.

— No dije que soltaras.

Mi corazón hace una cosa idiota.

— Está bien.

Ella muerde la comisura de la boca, intentando esconder la sonrisa.

— No pongas esa cara.

— ¿Qué cara?

— De victoria.

— Estoy intentando ser discreto.

— Estás fallando.

— Contigo, estoy fallando en muchas cosas.

Maya me mira fijamente por un segundo, y el aire entre nosotros cambia.

No es una tensión pesada. Es esa misma sensación del campo, antes del beso. Como si estuviéramos siempre a pocos centímetros de cruzar una línea nueva.

Las ganas de besarla ahí, en medio de la cafetería, son absurdas.

Pero ella dijo que todavía le importa un poco.

Así que me quedo.

Solo le sostengo la mano.

— Gracias — dice de repente.

Frunzo el ceño.

— ¿Por qué?

— Por no hacer de esto una presentación.

Entiendo lo que quiere decir.

— No quiero que te sientas expuesta.

— Ayer me sentí un poco.

— ¿Por culpa de ellos?

— Un poco. Pero también porque... fue real.

La manera en que dice real me atrapa por completo.

— Lo fue.

— No lo esperaba.

— ¿El beso?

— El después.

— ¿Qué hubo después?

Ella mira nuestras manos.

— Todavía quise hablar contigo.

Sonrío despacio.

— ¿Eso es malo?

— Es nuevo.

— Lo nuevo puede ser bueno.

— También puede dar miedo.

— Lo sé.

Maya vuelve a mirarme.

— ¿De verdad lo sabes?

Pienso en todas las veces que mantuve las cosas simples porque era más fácil. En todas las chicas que le sonreían a Logan Carter, el jugador, y no querían saber lo que existía cuando el campo quedaba vacío. En cómo Maya parece ver justamente las partes que yo no sé mostrar bien.

— Lo sé — respondo. — Yo también estoy asustado.

Ella parece sorprendida.

— ¿Tú?

— Yo.

— ¿Por qué?

— Porque me gustas de una manera que no cabe en la manera en que suelo hacer las cosas.

Maya se queda inmóvil.

Por un segundo, solo existe su mano en la mía y la respiración que ella contiene.

— Logan...

— No estoy pidiendo nada ahora — digo, antes de que ella necesite retroceder. — Solo estoy siendo sincero.

Ella baja la mirada, pero no suelta mi mano.

— Me gusta cuando eres sincero.

— ¿Incluso cuando asusta?

— Sobre todo cuando asusta.

Sophie y Ryan vuelven en ese exacto momento.

Sophie se detiene a mitad de camino al ver nuestras manos.

Ryan me mira con la expresión más satisfecha del mundo.

Maya cierra los ojos.

— No digan nada.

Sophie aprieta los labios, claramente sufriendo.

Ryan se sienta.

— Yo no dije nada.

— Pero estás pensando — acusa Maya.

— Muchas cosas.

— Piensa en silencio.

— Estoy intentando.

Sophie se sienta, pero sigue mirando nuestras manos.

— Solo quiero dejar constancia de que estoy siendo muy madura.

Maya suelta mi mano para agarrar el café que Sophie trajo. Echo de menos el contacto inmediatamente, lo cual es ridículo, porque fueron solo unos minutos.

Maya da un sorbo, hace una mueca y mira a Sophie.

— ¿Esto tiene azúcar?

Sophie sonríe.

— Agarré el equivocado.

Maya empuja el vaso hacia mí.

— Es tuyo.

Agarro el café y lo pruebo.

Demasiado dulce.

Perfecto.

— Lo hiciste a propósito — le dice Maya a Sophie.

— Yo jamás interferiría en el desarrollo natural de un romance.

Ryan casi se atraganta con el café.

Maya se pone roja.

Y yo, que debería ayudar, me quedo atrapado en la palabra romance saliendo de la boca de otra persona.

Maya se da cuenta.

— No me mires así.

— ¿Así cómo?

— Como si te hubiera gustado.

— Me gustó.

— Logan.

— Del café — digo, levantando el vaso.

Ella entrecierra los ojos, pero sonríe.

La mañana continúa de esa manera. Ligera. Llena de provocaciones pequeñas, miradas que duran más de lo que deberían y silencios que dicen cosas que todavía no estamos listos para decir.

Cuando Sophie y Ryan empiezan una discusión sobre una fiesta el fin de semana, Maya se inclina un poco hacia mí.

— ¿Tienes entrenamiento hoy?

— Tengo gimnasio más tarde.

— ¿Y después?

— Libre.

Ella mira el café.

— Yo también.

Mi corazón presta atención.

— ¿Eso fue una información o una invitación?

— Depende.

— ¿De qué?

Ella me mira fijamente.

— De tu respuesta.

Sonrío.

— Mi respuesta es sí.

— Ni siquiera dije la invitación.

— Aun así.

Ella se ríe bajo.

— Eres fácil.

— Solo contigo.

La sonrisa de ella falla por un segundo, volviéndose más tímida.

— Iba a preguntarte si quieres caminar después de clase.

— Quiero.

— Sin Ryan. Sin Sophie.

— Solo nosotros dos.

— Solo nosotros dos — repite ella.

La frase queda entre nosotros como una promesa pequeña.

Después del café, seguimos juntos hasta el edificio de las clases. Sophie va adelante con Ryan, los dos fingiendo discreción de una manera pésima. Maya camina a mi lado, las manos en los bolsillos del suéter.

Quiero sostenerle la mano otra vez.

No la sostengo.

En medio del pasillo, sin embargo, ella apoya el hombro en el mío.

Suave.

Como si fuera un accidente.

La miro.

Maya mantiene la mirada al frente.

— No pongas esa cara.

— ¿Qué cara?

— La misma de antes.

— Solo estoy caminando.

— Mentiroso.

Sonrío, pero obedezco. No digo nada.

En la puerta de su aula, nos detenemos. Hay alumnos entrando, gente conversando, pasos apresurados. Maya mira hacia adentro, luego hacia mí.

— ¿Después de clase?

— Estaré aquí.

— ¿No tienes clase en otro edificio?

— Tengo.

— Entonces no estarás aquí.

— Estaré cuando salgas.

Ella intenta parecer contrariada.

— Eres insistente.

— Tú me invitaste.

— A caminar después.

— Estoy empezando temprano.

Maya se ríe y niega con la cabeza.

— Guardas lugares, apareces en puertas, reduces azúcar en el café...

— Estoy armando un currículum.

— ¿Para qué?

Doy un paso más cerca, lo suficiente para que mi voz baje.

— Para seguir siendo elegido por ti.

La sonrisa de ella desaparece despacio, pero no de una manera mala. Es como si la frase la tocara en algún lugar más profundo.

— No necesitas esforzarte tanto — dice.

— Sí necesito.

— ¿Por qué?

— Porque tú vales el esfuerzo.

Maya respira hondo.

Por un segundo, creo que va a entrar al aula sin responder. En lugar de eso, mira alrededor, se asegura de que nadie esté prestando atención, se pone de puntillas y besa mi mejilla.

Es rápido.

Suave.

Casi inocente.

Y aun así, me deja sin reacción.

Cuando se aparta, hay un brillo divertido en sus ojos.

— Para el currículum — dice.

Antes de que pueda responder, entra al aula.

Me quedo parado en el pasillo demasiado tiempo.

Ryan aparece a mi lado como si hubiera surgido de la nada.

— Estás sonriéndole a una puerta.

— Vete.

— ¿Te besó la mejilla?

— Vete más rápido.

Él se ríe, pero yo sigo mirando hacia el aula por unos segundos más.

Porque ayer Maya me devolvió el beso.

Hoy, ella me eligió en público de una manera pequeña, a su ritmo.

Y tal vez sea eso lo que hace que mi pecho se sienta demasiado lleno.

No estamos corriendo.

No estamos definiendo todo.

No estamos prometiendo lo que todavía no sabemos cumplir.

Pero ella apareció.

Se sentó en el lugar que guardé.

Me sostuvo la mano.

Me invitó a caminar.

Y, cuando entró al aula, dejó en mi piel un beso corto que pareció decir:

Yo todavía estoy aquí.

Sonrío una última vez antes de seguir hacia mi clase.

Esta vez, no intento esconderlo.

CAPÍTULO 9

La caminata

Paso toda la clase fingiendo que estoy prestando atención.

No lo estoy.

La profesora habla sobre un texto que leí la noche anterior, los alumnos anotan cosas, alguien detrás de mí deja caer un bolígrafo, y yo debería estar concentrada, porque eso es lo que hago. Yo presto atención. Yo organizo mis ideas. Yo mantengo el control.

Pero mi cuerpo todavía sabe exactamente dónde estaba Logan antes de que yo entrara en el aula.

En el pasillo.

Demasiado cerca.

Sonriendo como si el beso en la mejilla hubiera sido más importante de lo que debería.

Y tal vez lo fue.

No debería haber hecho eso. No en público. No de esa manera. No después de haberme dicho a mí misma, mil veces, que ir despacio significaba mantener suficiente distancia para pensar.

Solo que, cuando él dijo que estaba intentando armar un currículum para seguir siendo elegido por mí, algo dentro de mi pecho cedió.

No de una manera débil.

De una manera peligrosa.

Porque quise mostrar que él estaba siendo elegido.

Aunque fuera solo con un beso rápido en la mejilla.

Aunque me hubiera ido antes de ver toda la reacción.

Ahora, sentada en el aula, con el cuaderno abierto y ninguna frase útil escrita, pienso si él todavía está sonriendo.

El celular vibra sobre la mesa.

Miro rápido a la profesora antes de girar la pantalla.

Logan: Todavía estoy pensando en el beso en la mejilla.

Mi corazón da un salto.

Debería ignorarlo hasta el final de la clase. Debería ser una persona madura, centrada, responsable.

Escribo a escondidas.

Yo: Fue solo para el currículum.

La respuesta llega casi inmediata.

Logan: Entonces lo voy a enmarcar.

Me muerdo el labio para no reír.

Yo: Eres dramático.

Logan: Solo cuando el asunto es importante.

Me quedo con los dedos sobre la pantalla.

Importante.

Logan usa palabras simples como si no supiera el peso que tienen. O tal vez lo sabe. Tal vez esa sea la parte que me deja sin suelo: él lo sabe y, aun así, lo dice.

Guardo el celular antes de que yo responda algo que revele demasiado.

Cuando la clase termina, recojo mis cosas despacio. Demasiado despacio. Como si cada libro metido en la mochila pudiera prepararme para encontrarlo afuera.

Sophie me espera cerca de la puerta, con una sonrisa imposible de ignorar.

— Está ahí fuera — dice.

— No pregunté.

— Pero querías saber.

— ¿Tienes algún compromiso que implique no meterte en mi vida?

— ¿Hoy? No.

Paso junto a ella, intentando mantener la expresión seria. Fallo cuando llego al pasillo.

Logan está apoyado en la pared de enfrente, con la mochila en un solo hombro y el celular en la mano. Levanta la vista en el mismo instante en que me ve.

La sonrisa llega despacio.

No es esa sonrisa abierta que le da a Ryan cuando se está riendo de algún chiste. No es la sonrisa segura que usa en el campo. Es otra. Más tranquila. Más mía.

Mía.

La palabra aparece en mi cabeza antes de que pueda impedirlo.

— Hola — dice él.

— Hola.

Sophie se detiene a mi lado.

— Voy a desaparecer ahora, porque soy una amiga excelente.

— ¿A dónde vas? — pregunto.

— A cualquier lugar que no sea entre ustedes dos.

— Sophie.

Ella me abraza de lado, rápido.

— Diviértete en la caminata sin ninguna tensión romántica.

Logan se ríe bajo.

Cierro los ojos.

— Vete.

— Ya voy.

Ella se aleja por el pasillo, todavía riéndose, y yo me quedo con Logan.

Solo nosotros dos.

La frase que yo misma dije más temprano vuelve a mí con fuerza.

— De verdad viniste — digo.

— Dije que vendría.

— Tenías clase en otro edificio.

— Caminé rápido.

— Eso no es eficiente.

— Fue por una buena causa.

Pongo los ojos en blanco, pero se me escapa la sonrisa.

— Estás imposible hoy.

— Creo que estoy feliz.

La sinceridad me agarra desprevenida.

Logan no parece incómodo después de decirlo. Solo me observa, como si fuera justo que yo lo supiera.

Aprieto la correa del bolso.

— ¿Por el café?

— Por ti.

Se me calienta la cara.

— Tienes que dejar de responder así.

— ¿Por qué?

— Porque me da vergüenza.

La sonrisa de él crece un poco.

— Me gusta cuando te da vergüenza.

— No me da.

— Te está dando ahora.

— Vamos a caminar antes de que me arrepienta.

Se aparta de la pared de inmediato.

— Sí, señora.

— No me llames así.

— Anotado.

Salimos del edificio juntos. El campus está lleno, pero no caótico. Hay alumnos repartidos por los bancos, grupos sentados en el césped, bicicletas pasando despacio por los caminos de piedra. La tarde tiene esa luz dorada que deja todo más bonito de lo que merece.

Logan camina a mi lado sin intentar llenar cada silencio.

Eso me gusta.

Y me asusta.

Porque el silencio con él no parece vacío. Parece espacio.

— ¿A dónde vamos? — pregunta.

— ¿Aceptaste la invitación sin saberlo?

— La acepté.

— Pésima estrategia.

— Ya sabes que no tengo estrategia contigo.

Lo miro de reojo.

— Sigo pensando que eso es sospechoso.

— Yo también.

Nos reímos bajo.

Seguimos por el camino lateral, donde los árboles dan sombra sobre la acera. No es un lugar aislado, pero es más tranquilo. El tipo de lugar en el que se puede conversar sin sentir que el mundo entero está escuchando.

Mis manos están en los bolsillos del suéter.

Las suyas están sueltas a los lados del cuerpo.

Me doy cuenta demasiado.

Es irritante darse cuenta tanto.

— Estás callada — dice él.

— Estoy caminando.

— Puedes caminar y hablar.

— No me subestimes. A veces elijo el silencio para crear misterio.

— Está funcionando.

— Genial.

Él sonríe, mirando hacia adelante.

Después de unos pasos, pregunta:

— ¿Te arrepentiste?

Se me encoge el estómago.

— ¿De qué?

— De esta mañana. De mi mano. Del beso en la mejilla. De invitarme a caminar.

Dejo de caminar.

Logan también se detiene.

Hay una preocupación real en sus ojos. No inseguridad disfrazada de encanto. No reproche. Solo una pregunta honesta.

— No — respondo.

Él suelta el aire despacio.

— Está bien.

— ¿Pensaste que me había arrepentido?

— No sé. A veces pareces entrar en pánico después de hacer algo que querías hacer.

Me quedo callada.

Porque acertó.

Y odio un poco cuando acierta.

— Eso fue muy específico — digo.

— Fue una observación.

— Me estás observando demasiado.

— Sí.

La respuesta me quita el equilibrio por dentro.

Logan da un paso más cerca, pero no lo suficiente como para acorralarme. Solo lo suficiente para que su voz quede más baja.

— Si eso te molesta, paro.

— No molesta.

Las palabras salen pequeñas.

Pero salen.

Su rostro se suaviza.

— Entonces voy a seguir observando.

— De una manera menos intensa, tal vez.

— Puedo intentarlo.

— Gracias.

Volvemos a caminar.

Esta vez, la distancia entre nosotros parece menor. Nuestros hombros casi se tocan de vez en cuando. Cada casi contacto me deja ridículamente consciente del cuerpo de él a mi lado.

— ¿Puedo hacer una pregunta? — digo.

— Puedes.

— ¿Siempre eres así?

— ¿Así cómo?

— Cuidadoso.

Él tarda un poco en responder.

— No sé.

— ¿No sabes?

— Creo que no siempre.

Lo miro.

Logan se pasa la mano por el pelo, como si estuviera intentando ordenar una respuesta que no suele dar.

— Con algunas personas, no necesité serlo. O tal vez no pensé lo suficiente como para serlo.

— ¿Eso debería preocuparme?

— No. Quiero decir… — Respira hondo. — No fui malo con nadie, Maya. Solo creo que, antes, las cosas eran más simples. A alguien le gustaba yo, a mí me gustaba la atención, salíamos algunas veces, y después cada uno seguía. No había mucho espacio para pensar.

— ¿Y conmigo lo hay?

Él me mira.

— Contigo, pienso antes, durante y después.

Se me aprieta el pecho.

— Eso suena agotador.

— Lo es un poco.

Suelto una risita, y él también.

— Gran cumplido, Logan.

— No terminé.

— Entonces mejora.

Se detiene cerca de un árbol, y yo me detengo con él.

— Es agotador porque quiero hacerlo bien — dice. — Pero también es la mejor parte de mi día.

La necesidad de apartarme es casi automática.

Lo hago con los ojos, mirando el césped, a un grupo de alumnos a lo lejos, cualquier cosa que no sea él. Pero no consigo escapar del todo de la frase.

— Eres bueno en esto — digo.

— ¿En qué?

— En dejarme sin defensa.

— No quiero dejarte indefensa.

Vuelvo a mirarlo.

La respuesta no viene como coqueteo. Viene seria.

— Solo quiero que no necesites defenderte de mí — completa.

Listo.

Eso es.

Es exactamente este tipo de cosa la que me desordena.

Porque sé lidiar con alguien que intenta impresionarme. Sé lidiar con alguien que me presiona. Sé lidiar con alguien que lanza encanto como si fuera un deporte.

No sé lidiar con Logan cuando habla como si mi calma importara más que vencer cualquier distancia entre nosotros.

— No sé hacer eso — confieso.

— ¿Qué?

— No defenderme.

Él se queda callado.

— Entonces no tienes que hacerlo de golpe.

El viento mueve un mechón de mi pelo. Logan mira, pero no toca.

Yo quería que tocara.

Ese pensamiento me asusta tanto que casi doy un paso atrás.

En lugar de eso, me quedo.

— Puedes — digo.

Él entiende sin que yo explique.

Levanta la mano despacio y aparta el mechón de mi rostro, sujetándolo detrás de mi oreja. Sus dedos rozan mi piel por un instante demasiado corto.

Aun así, siento como si el toque se quedara.

— ¿Así? — pregunta.

Mi voz falla un poco.

— Así.

Su mano baja, pero no se aparta del todo. Se queda entre nosotros, como una pregunta.

Esta vez, soy yo quien la sostiene.

Entrelazo nuestros dedos sin mirar las manos.

Logan mira.

Yo miro hacia adelante.

— No hagas comentario — advierto.

— No iba a hacerlo.

— Sí ibas.

— Iba a sonreír.

— Tampoco hagas eso.

— Demasiado tarde.

Lo miro, y de verdad está sonriendo.

No con victoria.

Con ternura.

Mi corazón se ablanda de una manera inconveniente.

Seguimos caminando de la mano.

Al principio, pienso en todas las personas que pueden ver. Luego pienso menos. Luego casi no pienso. El calor de su mano alrededor de la mía se vuelve más importante que cualquier mirada posible.

— ¿Esto cuenta como ir despacio? — pregunta después de unos minutos.

— ¿Agarrarse de las manos?

— Sí.

— Creo que sí.

— Bien.

— ¿Por qué?

— Porque me gusta.

Aprieto los dedos en los suyos antes de que mi valentía desaparezca.

— A mí también.

Logan no responde.

Pero su pulgar se desliza despacio sobre mi mano, y la respuesta está ahí.

Seguimos hasta una parte más vacía del campus, donde hay un banco de madera cerca de un jardín pequeño. Me siento primero. Logan se sienta a mi lado, dejando un espacio educado entre nosotros.

Miro ese espacio.

Él se da cuenta.

— ¿Qué?

— Nada.

— Maya.

— Te sentaste lejos.

— Me senté respetuosamente.

— Parece distancia de reunión académica.

Él se ríe.

— ¿Quieres que me acerque más?

Se me calienta la cara.

— No hagas parecer que yo lo pedí.

— Más o menos lo pediste.

— Yo observé.

— Una observación muy específica.

— Logan.

Él se acerca un poco, todavía sonriendo.

Ahora nuestros brazos se rozan.

Mucho mejor.

Nos quedamos mirando el jardín por unos instantes. Hay flores pequeñas, hojas moviéndose, sol entre los árboles. Nada grandioso. Solo lo bastante bonito.

— Me pones nerviosa — digo, antes de pensar demasiado.

Logan gira el rostro hacia mí.

— ¿De una manera mala?

— No.

— ¿Entonces de qué manera?

Apoyo la espalda en el banco.

— De una manera que me hace querer ser honesta antes de estar lista.

— ¿Eso es malo?

— Todavía lo estoy decidiendo.

— ¿Tal vez?

Sonrío.

— Tal vez.

Él se ríe bajo, pero no insiste.

Eso también me gusta.

La manera en que me deja respirar entre una respuesta y otra.

— Me quedé pensando en una cosa — digo.

— ¿Qué?

— Ayer, cuando preguntaste si yo iba a correr.

Su rostro se pone atento.

— ¿Sí?

— Casi dije que sí.

Él no parece herido. Solo escucha.

— No porque yo no quisiera besarte — continúo. — Yo quería. Mucho. Pero porque querer me asustó.

— ¿Y ahora?

— Ahora también asusta.

— Pero estás aquí.

Miro nuestras manos.

— Estoy.

— Entonces voy a considerar eso una buena señal.

— Puedes considerarlo una señal moderada.

— ¿Moderada?

— No te pongas engreído.

— Estoy intentando no ponerme.

— ¿Fallando?

— Un poco.

Me río, y la tensión se deshace lo suficiente para que yo respire mejor.

Logan mira nuestras manos unidas.

— Yo también tuve miedo ayer.

— Lo dijiste.

— No lo expliqué.

Espero.

Él pasa el pulgar una vez más sobre mi piel.

— Tuve miedo de querer más de lo que tú podías dar.

Se me aprieta la garganta.

— Logan…

— Lo sé. Despacio. Lo oí.

— No es solo eso.

Él espera, paciente.

Cierro los ojos por un segundo. Cuando los abro, digo la verdad de la manera más simple que puedo:

— Me gustas. Pero todavía no sé el tamaño de esto.

Su rostro cambia.

No mucho. Solo lo suficiente para que yo vea que mis palabras llegaron.

— Está bien — dice.

— Siempre dices eso.

— Porque es verdad.

— ¿Y si tarda?

— Entonces tarda.

— ¿Y si lo complico?

— Ya lo complicas.

Le doy un golpecito suave en el brazo con la mano libre.

— Eh.

Él se ríe.

— Me gusta.

— ¿La complicación?

— La tuya. No todas.

Lo miro intentando mantener la expresión seria, pero es imposible.

— ¿Tienes algún defecto?

— Tengo varios.

— Cita tres.

— Soy demasiado competitivo, pésimo para dormir temprano y le pongo demasiado azúcar al café.

— El último es grave.

— Estoy trabajando en eso.

— ¿Solo eso?

— También me impaciento cuando no consigo entender una jugada.

— ¿Y conmigo?

Él inclina la cabeza.

— Contigo, soy paciente.

La respuesta es demasiado simple.

Demasiado bonita.

Giro el rostro para esconder la sonrisa, pero él la ve.

— Sonreíste.

— No sonreí.

— Sonreíste.

— Fue un reflejo involuntario.

— Lo aceptaré.

El silencio entre nosotros cambia otra vez.

Logan está cerca. Demasiado cerca. Su brazo rozando el mío, la mano sosteniendo la mía, el rostro inclinado hacia mí. Si me muevo solo un poco, puedo besarlo.

Y quiero.

Quiero tanto que me irrito conmigo misma.

Porque ayer yo pensaba que el beso sería el gran acontecimiento, la línea que, después de cruzada, me dejaría satisfecha o lo bastante asustada como para retroceder.

Pero no.

El beso abrió una puerta.

Ahora quiero pasar por ella despacio, mirando todo, tocando las paredes, entendiendo a dónde estoy entrando.

Logan mira mi boca.

Solo por un instante.

Luego vuelve a mis ojos.

— Estoy intentando ser respetuoso — murmura.

Mi corazón se acelera.

— Lo sé.

— Está siendo difícil.

La honestidad me hace reír bajo, nerviosa.

— Para mí también.

Él se queda inmóvil.

— ¿Puedo?

Me gusta que pregunte.

Me gusta tanto que la respuesta sale sin defensa.

— Puedes.

Logan se acerca despacio, como hizo en el campo. El primer toque de su boca en la mía es suave. Casi familiar ahora. Aun así, mi cuerpo reacciona como si fuera novedad.

Suelto su mano solo para tocar su hombro.

Él respira contra mi boca, y ese detalle pequeño me marea.

El beso no dura mucho.

No porque falte ganas.

Porque existe cuidado.

Porque estamos en un banco en el campus, en medio de una tarde común, y aun así eso parece demasiado íntimo como para tratarlo como cualquier cosa.

Cuando nos separamos, Logan apoya la frente en la mía por un segundo.

— Hola — dice, bajito.

Me río.

— Ya habías dicho hola.

— Después de besarte, parece necesario decirlo de nuevo.

— Eso no tiene sentido.

— Muchas cosas no tienen sentido desde que apareciste.

Cierro los ojos, sonriendo.

— Dramático.

— Importante — corrige.

Abro los ojos.

Estamos demasiado cerca para fingir normalidad. Y, por primera vez, no lo intento.

— Quería besarte otra vez desde ayer — confieso.

Logan se pone serio de una manera tan bonita que se me aprieta el pecho.

— Yo también.

— Me lo imaginé.

— ¿Fue evidente?

— Un poco.

— Necesito mejorar mi discreción.

— No demasiado.

Él sonríe.

— ¿No?

Niego con la cabeza.

— Me gusta saberlo.

La frase sale baja, pero él la oye.

Claro que la oye.

Logan levanta la mano y me toca la mejilla con los dedos, como si todavía pidiera permiso incluso después del beso.

Inclino el rostro casi sin darme cuenta.

Su mirada se suaviza.

— Estás teniendo menos miedo — dice.

— No exageres.

— Un poco menos.

— Tal vez.

— Lo aceptaré.

Nos reímos juntos.

Y es extraño, porque nada está resuelto. No somos oficialmente nada. No hablamos de nombres, límites, expectativas. Yo todavía tengo miedo. Él todavía parece demasiado cuidadoso para alguien que también se está arriesgando.

Pero, sentada en ese banco con él, siento una calma inesperada.

Como si yo no necesitara definirlo todo para reconocer que me gusta lo que está naciendo.

Después de un rato, mi celular vibra.

Sophie.

Sophie: ¿Todavía están caminando o ya se volvieron estatua romántica en algún rincón del campus?

Le muestro la pantalla a Logan.

Él se ríe.

— Ella es persistente.

— Ella es imposible.

Yo: Estamos vivos.

La respuesta aparece rápido.

Sophie: Eso no respondió nada.

Guardo el celular sin responder.

— Me va a interrogar después — digo.

— Ryan también.

— ¿Qué vas a decir?

Logan me mira, y algo en mi pecho se prepara.

— Que caminé contigo.

— ¿Solo eso?

— Que te agarré la mano.

— Logan.

— Que te besé en el banco.

— ¿Vas a contar eso?

Él sonríe.

— No. Esa parte es nuestra.

Nuestra.

La palabra se queda en mí.

Esta vez, no huyo de ella.

— Buena respuesta — digo.

— ¿Estoy mejorando el currículum?

— Estás.

— ¿Cuánto?

Finjo pensar.

— Nota siete.

— ¿Siete?

— Siete y medio.

— ¿Después de ese beso?

— El beso no formaba parte de la evaluación.

— Debería.

— Queja registrada.

Él se ríe y se levanta, extendiéndome la mano.

La agarro antes de levantarme.

Volvemos por el camino de los árboles. La luz ya está más baja, y el campus parece menos apurado. Esta vez, no escondo nuestras manos unidas. No balanceo los brazos a propósito, no hago demostración. Solo agarro.

Parece pequeño.

Parece enorme.

Cuando llegamos cerca del edificio principal, sé que tenemos que separarnos. Él tiene gimnasio. Yo tengo un trabajo para empezar y

una Sophie para sobrevivir.

Me detengo antes de la entrada.

— Gracias por la caminata.

— Gracias por la invitación.

— ¿Dices gracias por todo?

— Cuando quiero que pase de nuevo.

Sonrío.

— Fue una caminata.

— Fue mi parte favorita del día.

— El día todavía no terminó.

— Estoy abierto a cambios en el ranking.

Se me calienta la cara.

— Eres imposible.

— Ya establecimos eso.

Nos quedamos parados, todavía de la mano, sin saber exactamente cómo terminar.

O sabiendo demasiado.

Logan mira alrededor, luego a mí.

— ¿Puedo besarte antes de irme?

Mi corazón responde primero.

Yo respondo después.

— Puedes.

El beso es rápido, porque estamos demasiado cerca del edificio y porque todavía hay una parte de mí aprendiendo a ser vista. Pero no es escondido. No es robado. No es disimulado.

Es mío.

Es de él.

Es nuestro.

Cuando me aparto, Logan sonríe de esa manera tranquila.

— ¿Hasta más tarde?

— ¿Me vas a mandar mensaje?

— Probablemente antes de lo que debería.

— Entonces hasta más tarde.

Suelto su mano despacio.

Doy dos pasos hacia el edificio antes de mirar hacia atrás.

Él todavía está ahí.

Todavía sonriendo.

Esta vez, no le digo que pare.

Solo le sonrío de vuelta.

Y entro.

Sophie me está esperando en el pasillo como si hubiera sido convocada por el destino.

— ¿Y? — pregunta.

— ¿Y qué?

— Maya.

Sigo caminando.

— Fue una caminata.

Ella acompaña mis pasos.

— Tus mejillas discrepan.

— Mis mejillas no tienen opinión.

— Sí la tienen. Y están enamoradas.

— Sophie.

— Está bien, está bien. Voy a reformular. Tus mejillas están románticamente interesadas.

Me río antes de poder evitarlo.

Ella me señala.

— Lo sabía.

— No sabes nada.

— Sé que estás feliz.

La frase hace que reduzca el paso.

Sophie también desacelera.

— Estoy — admito.

La palabra parece frágil y fuerte al mismo tiempo.

Sophie sonríe, esta vez sin provocación.

— Qué bueno.

Miro la puerta por la que entré. Logan ya no está visible, pero todavía siento su mano en la mía, su boca en la mía, su voz diciendo que esa parte era nuestra.

— Sí — digo bajo. — Qué bueno.

Más tarde, cuando estoy en el cuarto, el celular vibra.

Logan: ¿Ranking actualizado?

Sonrío incluso antes de responder.

Yo: La caminata subió a ocho.

Logan: ¿Y el beso?

Miro la pantalla por unos segundos.

Se me calienta el pecho.

Yo: El beso no está compitiendo.

Su respuesta tarda un poco más.

Logan: ¿Porque perdió?

Me río sola.

Yo: Porque ganó.

Esta vez, él no responde de inmediato.

Y me gusta imaginar que dejé a Logan Carter sin palabras por unos segundos.

Cuando llega el mensaje, es simple.

Logan: Buenas noches, Maya.

Apoyo el celular en el pecho.

Todavía es temprano.

Todavía tenemos trabajos, clases, entrenamientos, miedos y todas las cosas que hacen que la vida siga fuera de esta burbuja delicada entre nosotros.

Pero, por ahora, esto basta.

La caminata.

La mano.

El beso.

La certeza pequeña e insistente de que, si Logan sigue guardándome lugares, tal vez yo siga apareciendo.

Tal vez yo siga quedándome.

Y, por primera vez, esa posibilidad no parece tan aterradora como bonita.

CAPÍTULO 10

La forma en que ella se queda

Debería estar concentrado en el entrenamiento.

Esa sería la versión ideal de mí.

La versión que entra al gimnasio, fija la mente en el cuerpo, cuenta repeticiones, ignora el celular y deja el resto del mundo afuera por una hora.

Pero la versión real está sentada en el banco del vestuario, mirando la pantalla del teléfono como si Maya acabara de entregarme una victoria mayor que cualquier marcador.

Maya: Porque ganaste.

Leo el mensaje por cuarta vez.

Tal vez quinta.

Perdí la cuenta después de la segunda, lo cual ya es una señal pésima para alguien que debería estar intentando mantener la compostura.

Ryan pasa junto a mí con una toalla en el hombro y se detiene.

— Estás sonriéndole al celular otra vez.

Bloqueo la pantalla.

— No lo estoy.

— Sí lo estás. Y esa es la misma sonrisa de la puerta.

Levanto la vista despacio.

— ¿Qué puerta?

— La puerta del aula de ella. Aquella a la que te quedaste mirando hoy como si acabaras de ver una revelación espiritual.

— Hablas demasiado.

— Y tú mientes mal cuando estás enamorado.

La palabra golpea algún lugar dentro de mí antes de que yo esté preparado.

Enamorado.

Es exagerado. Tiene que ser exagerado. No se puede llamar así tan rápido a algo que todavía está empezando, algo que todavía camina con cuidado, paso a paso, mano a mano, beso a beso.

Pero tampoco consigo reírme.

Ryan se da cuenta.

Claro que se da cuenta.

Se sienta en el banco frente a mí y apoya los codos en las rodillas.

— ¿Se está poniendo serio?

Me paso la mano por el pelo.

— No sé.

— ¿No sabes o no quieres decir?

— Las dos cosas.

Asiente, como si esa respuesta tuviera más sentido del que debería.

— Parece que le gustas.

El pecho se me aprieta de una manera ridícula.

— ¿Parece?

Ryan sonríe.

— Dios mío, mírate.

— No empieces.

— Logan Carter pidiendo confirmación emocional. Nunca pensé que vería ese día.

Le tiro la toalla.

Ryan se ríe y la atrapa en el aire.

— Hablo en serio — digo. — Maya es... diferente.

— ¿Diferente cómo?

Miro la pantalla apagada del celular, viendo el reflejo de mi cara sin poder evitar pensar en ella.

— Ella no me deja ser automático.

Ryan se queda callado.

— Con otras personas, sé qué decir — continúo. — Sé bromear, coquetear, irme cuando se complica, dejarlo todo ligero. Con ella, pienso antes de tocar. Antes de responder. Antes de acercarme. No porque sea malo. Porque parece importar.

Ryan me observa con menos broma ahora.

— Eso suena serio.

— Suena aterrador.

— ¿Para ti o para ella?

Suelto una risa sin humor.

— Para los dos, probablemente.

Se apoya de espaldas en el armario.

— Entonces ve despacio.

— Lo estoy intentando.

— No, estás intentando demasiado. Hay diferencia.

Frunzo el ceño.

— ¿Qué significa eso?

— Significa que te quedas calculando cada paso para no asustar a la chica, y eso es tierno, pero también puede volverse presión. A veces,

ella solo necesita que seas normal.

— Yo soy normal.

Ryan me mira fijamente.

— Guardaste un lugar, esperaste en la puerta, hiciste caminata, pediste permiso para besar, probablemente mandaste buenas noches con puntuación perfecta...

Lo miro.

— ¿Qué problema hay con la puntuación?

— Ninguno. Ese es exactamente el problema.

No quiero reír, pero me río.

Se levanta, satisfecho por haberme quebrado.

— Solo no conviertas cada momento en una prueba. Le gustas, tío. Se nota.

Me quedo quieto, sosteniendo el celular entre las manos.

— ¿Se nota?

Ryan suspira.

— Se nota. Y tú la quieres.

No respondo.

Esta vez, no porque no esté de acuerdo.

Porque la respuesta parece demasiado grande para decirla en el vestuario, antes de una serie de ejercicios, con Ryan mirándome como si estuviera viendo algo que yo todavía no he conseguido admitir en voz alta.

Entonces guardo el celular en el armario.

— Vamos a entrenar.

— Ahora se escapó.

— Ahora va a levantar peso.

Ryan se ríe.

— Lo mismo, dependiendo del tema.

Debería replicar, pero lo dejo pasar.

Porque, por primera vez en mucho tiempo, no quiero ganar una conversación.

Quiero entender qué hacer con lo que Maya se está volviendo dentro de mí.

El entrenamiento ayuda.

Un poco.

El cuerpo toma el control por unos minutos. Peso, respiración, movimiento, dolor bueno en los músculos. La familiaridad de eso me ordena. Pero, entre una serie y otra, mi mente vuelve al banco cerca del jardín.

Maya sosteniendo mi mano.

Maya diciendo que le gustaba, pero que todavía no sabía el tamaño de eso.

Maya dejándome besarla otra vez.

No fue solo el beso.

Esa es la parte que me deja más perdido.

Yo ya he besado antes. Ya he querido antes. Ya he sentido atracción, curiosidad, prisa.

Pero con Maya existe el después.

Las ganas de seguir hablando. De saber cómo llegó a su cuarto. De entender si sonrió cuando leyó mi mensaje. De descubrir si ella también se quedó recordando la forma en que nuestras manos parecían encajar.

Cuando el entrenamiento termina, Ryan va a ducharse y yo agarro el celular incluso antes de abrir la botella de agua.

No hay mensaje nuevo.

Está bien.

No soy adolescente.

Puedo sobrevivir a unos minutos sin respuesta.

Tres minutos después, estoy escribiendo.

Yo: Entrenamiento oficialmente terminado.

Borro.

Demasiado seco.

Escribo de nuevo.

Yo: Sobreviví al entrenamiento.

Borro.

Ridículo.

Me paso la mano por la cara.

Ryan aparece detrás de mí.

— ¿Estás escribiendo un mensaje o una tesis?

— Ve a ducharte.

— Ya me duché.

— Dúchate otra vez.

Se ríe y pasa junto a mí.

— Escribe cualquier cosa. A ella le gustas tú, no tu revisión textual.

Miro la pantalla.

Tal vez tenga razón.

Eso es irritante.

Escribo antes de pensarlo demasiado.

Yo: Todavía estoy asimilando la victoria del beso en el ranking.

Envío.

Mi corazón se queda alerta como si acabara de lanzar una pelota decisiva.

La respuesta llega cuando estoy saliendo del gimnasio.

Maya: ¿Vas a ponerte insoportable con eso?

Sonrío en medio de la acera.

Yo: Probablemente.

Maya: Entonces voy a retirar la declaración.

Yo: Demasiado tarde. Ya la guardé.

Tarda un poco.

Después:

Maya: Tú guardas muchas cosas.

Dejo de caminar.

La frase es simple. Pero con Maya, las cosas simples siempre parecen tener otra capa.

Yo: Las importantes, sí.

Veo aparecer los tres puntitos.

Desaparecer.

Aparecer de nuevo.

Maya: Lo estás haciendo a propósito.

Yo: Un poco.

Esta vez, ella responde rápido.

Maya: Demasiado honesto.

Yo: Dijiste que te gustaba.

Maya: Dije que me gustaba principalmente cuando asustaba. No dije que fuera fácil.

Apoyo el hombro en la pared del edificio al lado del gimnasio, ignorando a los alumnos que pasan junto a mí.

Yo: ¿Quieres que sea más fácil?

Maya: No.

Leo la palabra una vez.

Luego otra.

Es solo un no.

Pero la forma en que reacciona mi pecho es absurda.

Maya: Pero tal vez un poco menos peligroso.

Me río bajo.

Yo: Puedo intentarlo.

Maya: Siempre dices eso.

Yo: Porque contigo sí que lo intento.

Aparecen los puntitos.

Desaparecen.

Nada.

Guardo el celular en el bolsillo antes de quedarme parado allí toda la noche.

Pero vibra antes de que llegue a la residencia.

Maya: Buen intento.

Es pequeño.

Es de ella.

Y me gusta más de lo que debería.

Al día siguiente, me despierto demasiado temprano.

No porque tenga entrenamiento. No porque haya sonado mi alarma. Me despierto porque, en algún lugar entre el sueño y la conciencia, recuerdo que tal vez vea a Maya antes de la primera clase.

Tal vez.

Esa palabra se volvió una especie de contraseña entre nosotros. Un espacio donde ella se esconde cuando quiere decir sí sin entregarlo todo de una vez.

Me ducho, me pongo una camiseta limpia, agarro la mochila y, camino a la cafetería, me odio un poco por estar pensando si

debería comprarle café.

No lo compro.

Ryan tendría razón. Estoy intentando demasiado.

Entro en la cafetería y compro solo el mío.

Sin demasiado azúcar.

Un sobre.

Estoy orgulloso de mí exactamente por tres segundos, hasta ver a Maya en la fila.

Está de espaldas, el pelo suelto, la mochila en un hombro, una de las manos sosteniendo el celular. No está haciendo nada extraordinario.

Aun así, mi cuerpo cambia de ritmo.

Voy hacia ella.

— Buenos días.

Maya gira la cara.

La sonrisa aparece antes de la respuesta.

— Buenos días.

Es rápido, pero lo veo.

Ella también sabe que lo veo, porque baja la mirada al vaso vacío que sostiene.

— Llegaste temprano — digo.

— Yo suelo llegar temprano.

— Yo también.

— Tú no solías.

Sonrío.

— ¿Me estás observando?

Ella levanta una ceja.

— Antes eras demasiado imposible como para pasar desapercibido.

— ¿Antes?

— Antes de reducir el azúcar y guardar lugares.

— Evolución de personaje.

Ella se ríe.

La empleada llama al siguiente, y Maya hace el pedido. Café solo. Sin azúcar. Claro.

Cuando ella intenta pagar, la chica señala la máquina de tarjeta.

— ¿El pedido de los dos?

Maya me mira.

Yo levanto las manos.

— No hice nada.

— Todavía — dice ella.

— Me estoy conteniendo.

Ella paga su propio café, satisfecha, y yo respeto eso con todo el esfuerzo que tengo.

Agarramos los vasos y nos alejamos hacia una mesa en la esquina. Esta vez, no está Ryan. No está Sophie. Solo nosotros dos y el ruido suave de la cafetería empezando a llenarse.

Maya se sienta primero.

Yo me siento enfrente.

Por algún motivo, eso se siente diferente a sentarme a su lado. Más expuesto. Como si tuviera que mirar directamente todo lo que siento.

Ella sopla el café antes de beber.

— ¿Tienes clase ahora?

— Dentro de cuarenta minutos.

— Entonces, ¿por qué viniste temprano?

La pregunta es demasiado casual como para ser inocente.

Apoyo los brazos en la mesa.

— Tal vez quería verte.

Ella intenta esconder la reacción llevando el vaso a la boca.

— ¿Tal vez?

— Estoy aprendiendo de ti.

— Pésimo uso de mi palabra.

— No estoy de acuerdo.

Maya da un sorbo y pone una expresión satisfecha.

— Sin nada de azúcar — digo.

— Perfecto.

— Demasiado fuerte.

— Tú llamas demasiado fuerte a cualquier cosa sin sabor a azúcar.

— Eso es una acusación seria.

— Es una observación.

Sonrío.

— ¿Muy específica?

Ella aprieta los labios, intentando no reír.

— Prestas demasiada atención.

— Solo a ti.

La frase sale antes de que yo la filtre.

Maya se queda callada.

Por un segundo, creo que cargué toda la mesa con demasiadas palabras. Pero ella no se aleja. Solo mira su propio café, los dedos rodeando el vaso.

— Eso todavía me deja sin respuesta — dice.

— Lo sé.

— Podrías facilitarlo.

— Puedo intentarlo.

Ella levanta la vista.

— Logan.

— ¿Qué?

— Estás sonriendo.

— Porque dijiste mi nombre de esa manera.

— ¿De qué manera?

— Como si me estuvieras regañando, pero te gustara un poco.

La cara se le pone roja.

— También eres imposible por la mañana.

— Soy consistente.

Ella se ríe, y el sonido me atraviesa con una facilidad vergonzosa.

Nos quedamos conversando sobre cosas pequeñas. Su clase. El entrenamiento que tuve. Lo mucho que Ryan cree que entiende de relaciones solo porque puede leer expresiones faciales. Lo mucho que Sophie probablemente está esperando un informe completo.

Nada importante.

Todo importante.

En algún momento, Maya mueve el vaso y pregunta:

— ¿Ryan lo sabe?

— ¿Sabe qué?

— Lo de nosotros.

Nosotros.

La palabra se posa entre nosotros.

Maya se da cuenta de lo que dijo en el mismo segundo. Su cara cambia. No de arrepentimiento. De susto.

Yo podría bromear.

Quiero bromear.

Pero no bromeo.

— Él sabe que me gustas — respondo.

Ella contiene la respiración por un instante.

— ¿Le dijiste eso?

— No exactamente.

— Entonces, ¿cómo lo sabe?

— Porque soy pésimo para esconderlo.

Maya baja la mirada, y su sonrisa es demasiado pequeña para alguien que está intentando parecer tranquila.

— No pareces pésimo para esconder.

— Con otras cosas, no.

— ¿Y conmigo?

— Contigo, estoy descubriendo que no tengo ningún talento.

Ella pasa el pulgar por el borde del vaso.

— Sophie sabe que me gustas.

Mi corazón se detiene.

Luego vuelve con fuerza.

— ¿Lo sabe?

Maya me mira.

— Yo también soy pésima para esconder.

La cafetería sigue ruidosa a nuestro alrededor, pero por unos segundos todo parece distante. Solo existe ella, sentada frente a mí, admitiendo algo que yo ya esperaba y, aun así, necesitaba oír.

— Me gusta saberlo — digo.

Ella sonríe, tímida.

— Me lo imaginé.

— ¿Quedó evidente?

— Un poco.

— Necesito mejorar mi discreción.

— No mucho.

La repetición nos hace reír juntos.

Es casi absurdo lo mucho que esto ya parece nuestro.

Maya mira la puerta de la cafetería y luego me mira a mí.

— No quiero que la gente convierta esto en un espectáculo.

— Yo tampoco.

— Pero tampoco quiero actuar como si estuviera mal.

Se me aprieta la garganta.

— No está mal.

— Lo sé.

Lo dice mirándome. Sin apartar la vista.

Y esa pequeña valentía suya me golpea más que cualquier declaración enorme podría.

— Podemos hacerlo a tu ritmo — digo.

— Tú también siempre dices eso.

— Porque es verdad.

— ¿Y tu ritmo?

La pregunta me toma desprevenido.

— ¿Qué pasa con él?

— Hablas mucho de mi ritmo, de mis límites, de mi miedo. ¿Pero y tú?

Me quedo callado.

Maya inclina la cabeza.

— Tú también estás dentro de esto, Logan.

Dentro de esto.

No noviazgo. No relación. No etiqueta.

Esto.

El comienzo sin nombre.

El lugar donde estamos pisando con cuidado.

— Mi ritmo quiere correr — admito.

Ella no parece sorprendida. Tal vez ya lo sabía.

— ¿Y tú?

— Yo quiero no estropearlo.

Sus ojos se suavizan.

— ¿Crees que puedes estropearlo?

Suelto una risa baja.

— Todo el mundo puede.

— Sí. Pero tú hablas como si estuvieras esperando cometer un error.

Bajo la mirada al café.

Ella me está observando ahora.

Y entiendo, con una opresión extraña en el pecho, que Maya también presta atención. Tal vez de una manera más silenciosa, más protegida. Pero presta.

— Yo no soy siempre cuidadoso — digo.

— Ya dijiste eso.

— Pero contigo quiero serlo. Y a veces tengo miedo de que ese querer se vuelva una actuación. Como si estuviera intentando ser la versión perfecta de mí para convencerte.

Maya no responde de inmediato.

Solo me mira.

Y, por algún motivo, eso me pone más nervioso que cualquier pregunta.

— Yo no quiero una versión perfecta — dice por fin.

La frase entra despacio.

— ¿No?

— No. Creo que ni siquiera confiaría en ella.

Sonrío un poco.

— Justo.

— Me gusta cuando eres cuidadoso. Me gusta de verdad. Pero también me gusta cuando te ríes de una tontería. Cuando te metes conmigo. Cuando te quedas sin saber qué responder.

— Yo nunca me quedo sin saber qué responder.

Ella levanta las cejas.

— Ayer dije que el beso ganó.

Me quedo callado.

Maya sonríe.

— Exactamente.

Niego con la cabeza, riéndome.

— Te estás volviendo peligrosa.

— Tal vez estoy aprendiendo de ti.

— Pésimo uso de mi influencia.

Ella bebe otro sorbo de café, todavía sonriendo.

Las ganas de tocarle la mano sobre la mesa aparecen despacio. No lo hago de inmediato. Primero miro.

Maya se da cuenta.

Siempre se da cuenta.

Ella pone la mano más cerca de la mía.

No toca.

Solo la deja ahí.

Es casi una invitación.

Casi.

— ¿Lo estás haciendo a propósito? — pregunto.

— Un poco.

Mi sonrisa llega antes de que yo consiga impedirlo.

Deslizo los dedos sobre la mesa y toco los suyos. Suave. Sin prisa.

Maya mira nuestras manos.

— ¿Esto cuenta como discreto?

— Creo que sí.

— Bien.

Entrelazo nuestros dedos.

Ella no se aparta.

Nos quedamos así, en silencio, con los cafés entre nosotros y las manos unidas sobre la mesa. Nadie parece prestar atención. Tal vez alguien vea. Tal vez no. Por primera vez, eso no parece importar tanto.

— Quería preguntarte una cosa — digo.

Maya me mira.

— Pregunta.

— ¿Quieres salir conmigo el sábado?

Ella parpadea.

— ¿Salir?

— Sí.

— Tipo... ¿cita?

Se me aprieta el pecho, pero mantengo los ojos en los suyos.

— Tipo cita.

Maya no responde.

Su mano sigue en la mía, pero los dedos se ponen un poco tensos. No como rechazo. Como susto.

— Sin presión — digo rápido. — Podemos solo tomar café otra vez, o caminar, o hacer cualquier cosa simple. Solo pensé que tal vez sería bueno tener un momento que no haya ocurrido por casualidad entre una clase y otra.

Ella respira hondo.

— ¿Pensaste en eso?

— Pensé.

— ¿Antes o después de la caminata?

— Durante. Después. Antes de dormir. Hoy temprano.

Ella se ríe bajito, nerviosa.

— Eso es mucha preparación.

— Lo sé.

— Logan...

— Puedes decir que no.

— Sé que puedo.

— Puedes decir tal vez.

Ella me mira fijamente.

— Te gustaría demasiado eso.

— Tal vez.

Ella se ríe otra vez, y la tensión en su cara disminuye.

Sus dedos aprietan los míos.

— Quiero.

Por un segundo, no entiendo.

— ¿Quieres?

— Quiero salir contigo el sábado.

El pecho se me llena demasiado.

— ¿Como una cita?

Maya mira la mesa, pero no suelta mi mano.

— Como una cita.

Yo debería responder algo normal.

Algo maduro.

Algo que no me delate por completo.

Pero todo lo que consigo hacer es sonreír.

Maya levanta la vista y me señala con la mano libre.

— No pongas esa cara.

— ¿Qué cara?

— Esa.

— Yo solo estoy asimilando una información.

— Estás pareciendo que ganaste algo.

— Gané una cita.

La cara se le pone roja otra vez.

— Eres muy directo.

— Estoy intentando ser honesto.

— Demasiado honesto.

— Te gusta.

Ella suspira, pero sonríe.

— Principalmente cuando asusta.

— Entonces el sábado.

— El sábado.

— ¿Puedo planear?

Ella entrecierra los ojos.

— Depende.

— ¿De qué?

— Del nivel de producción.

— Bajo.

— Logan.

— Medio-bajo.

— Nada exagerado.

— Nada exagerado.

— Nada con público.

— Sin público.

— Nada que haga que Sophie grite.

— Eso no lo puedo garantizar. Sophie parece capaz de gritar por cualquier cosa.

Maya se ríe.

— Verdad.

— Pero prometo que la cita es para ti. No para los demás.

Ella se pone seria de una manera suave.

— Entonces está bien.

La frase es pequeña.

Pero yo sé lo que entrega.

Confianza.

No entera. No ciega. No sin miedo.

Aun así, confianza.

Y yo quiero merecerla.

Su clase se acerca primero. Maya mira la hora en el celular y hace una mueca.

— Tengo que irme.

— Te acompaño.

— Tu edificio está del otro lado.

— Camino rápido.

— Ya usaste esa excusa ayer.

— Funcionó.

Ella niega con la cabeza, pero se levanta.

Salimos de la cafetería juntos. Nuestras manos se sueltan cuando pasamos por la puerta, no por vergüenza, sino porque ella necesita acomodarse la mochila. Lo echo de menos inmediatamente.

Eso debería preocuparme.

No me preocupa.

En el camino hasta su edificio, caminamos lado a lado. El campus está más movido ahora. Demasiada gente, demasiados pasos, demasiadas voces. Aun así, Maya no se aleja.

Cerca de la entrada, ella se detiene.

— No necesitas esperarme después de clase hoy.

— Iba a preguntarte si podía.

— Lo sé.

— ¿Estoy siendo predecible?

— Un poco.

— ¿Eso es malo?

Ella piensa por un segundo.

— No. Pero hoy tengo un trabajo con Sophie.

— Vale.

— ¿Y tú tienes entrenamiento?

— Más tarde.

— Entonces, ¿hablamos después?

— Probablemente antes de lo que debería.

Su sonrisa aparece otra vez.

— Me gusta cuando eres predecible así.

Se me calienta el pecho.

— Buena clase, Maya.

Ella da un paso hacia la puerta.

Luego vuelve.

Mi corazón ya entiende antes que yo.

Maya mira alrededor rápidamente. Hay alumnos entrando, conversando, demasiado ocupados con su propia vida.

Entonces se pone de puntillas y me besa.

No en la mejilla esta vez.

En la boca.

Es rápido. Suave. Todavía tímido.

Pero es lo bastante público como para ser una elección.

Cuando se aparta, sus ojos están brillando.

— Para el currículum — dice.

Me quedo sin respuesta.

Completamente.

Maya sonríe como si supiera exactamente lo que acaba de hacer.

— Hasta más tarde, Logan.

Entra en el edificio antes de que yo consiga decir cualquier cosa.

Me quedo parado afuera por unos segundos, mirando la puerta.

Otra vez.

Ryan nunca me va a dejar en paz si se entera.

Pero, esta vez, no me importa.

Porque Maya dijo que sí al sábado.

Porque me besó primero.

Porque tal vez su tiempo se esté acercando al mío, no por prisa, sino por ganas.

Mi celular vibra.

Por un instante, creo que es ella.

Es Ryan.

Ryan: ¿Estás sonriendo a una puerta otra vez?

Miro alrededor, asustado, hasta verlo al otro lado del camino, riéndose con el celular en la mano.

Le muestro el dedo medio discretamente.

Se ríe más.

El celular vibra de nuevo.

Esta vez, es Maya.

Maya: Te quedaste sin respuesta.

Sonrío a la pantalla.

Yo: Me quedé.

Maya: Me gustó.

Mi corazón hace esa cosa idiota otra vez.

Yo: Peligrosa.

La respuesta llega casi inmediata.

Maya: Tal vez.

Guardo el celular en el bolsillo y por fin empiezo a caminar.

Todavía tengo clase. Entrenamiento. Un sábado para planear sin exagerar. Una cita que necesita ser lo bastante simple como para no asustarla y lo bastante importante como para decir lo que todavía no sé poner en palabras.

Pero, por primera vez, la duda no parece un problema.

Parece una cosa viva entre nosotros.

Una cosa que crece despacio.

Y descubro, mientras cruzo el campus con la sonrisa imposible de esconder, que tal vez ir despacio no signifique contener lo que siento.

Tal vez signifique sentirlo todo.

Solo que con cuidado.

Con ella.

A su tiempo.

Al nuestro.

CAPÍTULO 11

El primer encuentro

Paso demasiado tiempo mirando el armario.

Demasiado tiempo, de verdad.

El tipo de tiempo que convierte ropa perfectamente normal en decisiones existenciales.

Sophie está sentada en mi cama, con las piernas cruzadas, sosteniendo un cojín contra el pecho como si estuviera viendo el episodio más importante de una serie.

— Vas a salir con él, Maya. No vas a declarar en el tribunal.

— Deja de hablar como si estuviera nerviosa.

— Llevas doce minutos parada sosteniendo dos blusas iguales.

Miro mis manos.

No son iguales.

Una es blanca. La otra es crema.

Eso es completamente diferente.

— Son tonos diferentes — digo.

Sophie inclina la cabeza.

— Claro. Una dice "soy casual y linda sin esfuerzo". La otra dice "soy casual y linda sin esfuerzo, pero pensé en esto durante cuarenta minutos".

Le tiro la blusa crema.

Sophie se ríe y abraza la tela.

— Ponte la blanca.

— ¿Por qué?

— Porque te gustó primero.

Miro la blusa blanca.

El problema es que me gustó.

El problema mayor es que quiero que a Logan también le guste.

Ese pensamiento debería irritarme. Un poco, irrita. Yo nunca fui del tipo que se arregla pensando en la reacción de alguien. Siempre usé lo que quería, como quería, cuando quería.

Pero ahora existe una parte de mí imaginando la mirada de él bajando por mi rostro antes de sonreír de ese modo silencioso.

Y esa parte está ganando.

— Estás sonriendo — comenta Sophie.

Aprieto la blusa contra el pecho.

— No lo estoy.

— Maya, tienes que aceptar que tu cara renunció a la función de esconder las cosas.

— Mi cara trabaja muy bien.

— Trabajaba. Antes de Logan Carter.

Su nombre cambia el aire del cuarto.

No de un modo dramático. Solo lo suficiente para que mi estómago haga esa cosa inconveniente.

Hoy es sábado.

Nuestro primer encuentro.

Tipo encuentro.

Lo había repetido en mi cabeza tantas veces desde la cafetería que la palabra casi perdió el sentido. Casi. Porque cada vez que recordaba la voz de él preguntando, "¿como una cita?", mi corazón respondía antes que yo.

— ¿Dijo adónde van? — pregunta Sophie.

— No.

— ¿Nada?

— Dijo que era simple.

— Los hombres dicen "simple" y aparecen con una idea absurda.

— Logan prometió nada exagerado.

Sophie hace una mueca pensativa.

— Parece el tipo que se tomaría esa promesa en serio.

— ¿Parece?

— Parece. Lo cual es irritante, porque yo quería meterme con él.

Sonrío a pesar de mí.

— Te metes con él igual.

— Con cariño.

Me pongo la blusa blanca, unos vaqueros y paso algunos minutos intentando decidir si el pelo suelto parece casual o demasiado pensado. Al final, lo dejo suelto. Luego lo recojo. Luego lo suelto otra vez.

Sophie observa todo con una paciencia falsa.

— ¿Puedo decir una cosa?

— Si es "relájate", no.

— No lo es.

La miro por el espejo.

Sophie se pone más seria.

— No necesitas ir perfecta. Solo necesitas ir.

Mi mano se detiene en el pelo.

— Lo sé.

— ¿De verdad lo sabes?

No respondo enseguida.

Porque la verdad es que una parte de mí quiere ir. Otra parte todavía quiere encontrar una manera de convertir el miedo en prudencia y la prudencia en excusa.

Pero Logan me pidió una cita sin empujarme hacia ella.

Y yo dije que sí porque quise.

No porque Sophie insistió. No porque él sonrió. No porque sería educado.

Porque quise.

— Lo sé — digo, más firme.

Sophie sonríe.

— Genial. Entonces ve.

Mi celular vibra encima de la mesa.

Logan: Estoy abajo. Sin prisa.

Se me oprime el pecho.

Sin prisa.

Claro que él escribiría eso.

Claro que me gustaría.

Sophie se levanta antes que yo.

— Voy a abrir la ventana.

— ¿Para qué?

— Para inspeccionar.

— Sophie.

— Verificación de calidad.

Abre la cortina y mira hacia abajo.

— Está ahí.

Mi corazón se acelera.

— ¿Y?

— Camiseta oscura. Chaqueta. Pelo irritantemente arreglado. Sosteniendo una cosa.

Me giro rápido.

— ¿Qué cosa?

— No sé. Parece... ¿flores?

Se me congela el cuerpo entero.

— ¿Flores?

Sophie mira otra vez.

— Una flor. Solo una.

Cierro los ojos por un segundo.

Una flor.

No un ramo enorme. No una escena. No una declaración pública.

Una flor.

Entendió lo de "nada exagerado" del modo más peligroso posible.

— Maya — dice Sophie, con la voz más suave. — Ve.

Agarro mi bolso, respiro hondo y salgo antes de que el valor cambie de idea.

Cada escalón hasta la entrada parece demasiado largo. No porque quiera huir. Porque hay demasiada expectativa dentro de mí, llenando todos los espacios.

Cuando abro la puerta del edificio, Logan está ahí.

Sophie tenía razón.

Camiseta oscura. Chaqueta. Pelo arreglado, pero no demasiado. Y una flor blanca en la mano.

Me ve y se queda quieto por un segundo.

Solo un segundo.

Pero yo lo veo.

Veo el modo en que sus ojos pasan por mí y vuelven a mi rostro. Veo la sonrisa aparecer despacio. Veo la respuesta incluso antes de que diga cualquier cosa.

— Hola — dice.

Toda mi piel parece oír.

— Hola.

Logan mira la flor, casi como si acabara de recordar que existe.

— Sé que dijiste nada exagerado.

— Lo dije.

— Entonces es solo una.

Me tiende la flor.

La tomo con cuidado. Es pequeña, bonita, simple.

Exactamente el tipo de cosa que parece poco para cualquiera y mucho para mí.

— Gracias — digo.

— ¿Te gustó?

Lo miro.

— Me gustó.

La respuesta sale demasiado baja, pero Logan oye.

Él siempre oye.

— Estás bonita — dice.

Se me calienta la cara.

— Tú también.

Su sonrisa se agranda.

— ¿Yo estoy bonita?

— No uses eso contra mí.

— Jamás.

— Logan.

— Lo estoy guardando, no usando.

Pongo los ojos en blanco, pero sonrío. Él lo nota. Claro.

Por un instante, nos quedamos parados en la entrada del edificio como si ninguno de los dos supiera exactamente cómo iniciar una primera cita después de que ya nos hubiéramos tomado de las manos, compartido cafés y besado en el campus.

Entonces Logan extiende la mano.

No toma la mía.

Solo ofrece.

La elección queda entre nosotros.

Y me gusta tanto eso que casi me enojo.

Le tomo la mano.

Sus dedos se cierran alrededor de los míos con una naturalidad que todavía me asusta.

— ¿Adónde vamos? — pregunto.

— Hay un lugar cerca del lago. Caminata corta. Café después, si quieres.

— ¿Eso fue pensado para parecer casual?

— Completamente.

Me río.

— Al menos lo admites.

— Estoy intentando ser demasiado honesto.

— Lo estás logrando.

Caminamos lado a lado. El campus de sábado parece otro lugar. Menos prisa, menos voces, menos gente atravesándolo todo como si estuviera retrasada para una vida entera. El sol está más bajo, dorando las hojas y dejando el camino hasta el lago con cara de escenario que yo no admitiría encontrar bonito en voz alta.

Logan no intenta llenar todos los silencios.

Eso me ayuda.

Su mano está caliente en la mía, firme sin apretar demasiado. A veces, su pulgar se mueve levemente sobre mi piel, y yo finjo que no lo noto para no tener que lidiar con el efecto.

— ¿Sophie te interrogó? — pregunta.

— ¿Antes o después de revisarte por la ventana?

Él se ríe.

— ¿Te revisó?

— Verificación de calidad.

— ¿Aprobé?

— Parcialmente.

— ¿Parcialmente?

— La flor ayudó.

Logan mira nuestras manos.

— ¿No fue demasiado?

La pregunta viene ligera, pero yo escucho el cuidado detrás.

Aprieto mis dedos en los suyos.

— Fue la correcta.

No responde enseguida.

Cuando miro de lado, está sonriendo.

— Esa respuesta va a volverme insoportable.

— Ya lo eras.

— Entonces no hay daño adicional.

— Exactamente.

Llegamos al lago después de algunos minutos. Hay bancos alrededor, árboles reflejados en el agua y algunas personas dispersas por el césped, leyendo, conversando, existiendo sin prisa.

Logan me lleva hasta una parte más tranquila, cerca de un árbol grande.

Hay una manta doblada en el suelo y una bolsa pequeña al lado.

Me detengo.

— Logan.

Él levanta las manos.

— Nada exagerado.

— ¿Eso es un picnic?

— Técnicamente, es una manta con comida simple.

— Eso es un picnic.

— Un picnic pequeño.

Miro la manta. Luego a él.

— Planeaste un picnic pequeño.

— Lo planeé.

— Después de que yo dijera nada exagerado.

— Hay sándwiches, frutas y café. Ninguna orquesta escondida.

Intento contener la sonrisa.

Fallo.

— Eres ridículo.

— ¿De un modo malo?

La pregunta viene con esa media sonrisa, pero sus ojos esperan de verdad.

Niego con la cabeza.

— No.

Nos sentamos en la manta. Logan saca las cosas de la bolsa con una concentración casi seria: dos cafés, sándwiches envueltos, uvas, fresas y servilletas. Todo simple. Todo elegido.

Se me ablanda el corazón.

— ¿Investigaste lo que me gustaba? — pregunto.

— Presté atención.

— Eso es peor.

Él se ríe bajo.

— ¿Peor?

— Peor en el sentido peligroso.

— Entonces estoy manteniendo el tema.

Agarro una fresa y lo miro.

— ¿Siempre haces eso?

— ¿Picnics pequeños?

— Prestar atención.

Logan se queda callado un instante.

— No así.

La respuesta me golpea de un modo injusto.

Aparto la mirada hacia el lago, intentando reorganizar algo dentro de mí.

— Dices esas cosas muy naturalmente.

— Estoy intentando no ensayar demasiado.

— ¿Y ensayaste?

— Un poco.

Lo miro otra vez.

Logan se pasa la mano por la nuca, casi torpe.

— Quería que hoy fuera bueno para ti.

No sé qué responder.

Porque hay una parte de mí que todavía busca trampas en gestos bonitos. Que intenta descubrir dónde empieza la presión, dónde termina la intención, dónde alguien va a cobrar de vuelta el cuidado que ofrece.

Pero Logan solo está sentado frente a mí, con café y fresas, diciendo que quería que mi día fuera bueno.

Nada más.

Nada escondido.

— Ya lo está siendo — digo.

Me mira como si mi frase hubiera valido toda la planificación.

— Qué bien.

Comemos conversando sobre cosas pequeñas. Me cuenta que casi compró un ramo, entró en la floristería, entró en pánico y salió con una sola flor porque "menos posibilidad de equivocarme". Me río tanto que él finge ofenderse. Le cuento que Sophie se quedó analizando tonos de blusa como si mi armario fuera una comisión de juicio, y él dice que le gustaría agradecer oficialmente la elección de la blanca.

— No voy a contarle eso — aviso.

— ¿Por qué?

— Porque se va a creer responsable del éxito de la cita.

— ¿Y no lo es?

— Logan.

— Perdón. Del picnic pequeño.

— Mejor.

Él sonríe, da un sorbo de café y hace una mueca discreta.

— ¿Sin azúcar? — pregunto.

— Un sobre.

— Evolución.

— Sufrida.

Agarro mi café y lo pruebo. Está perfecto.

— Compraste el mío sin azúcar.

— Sí.

— Y el tuyo con un sobre.

— Sí.

— Estoy orgullosa.

— ¿Eso vale puntos?

— Tal vez.

— ¿En el ranking?

— Estás muy interesado en rankings.

— Solo en los tuyos.

Pongo los ojos en blanco, pero la sonrisa aparece antes de que yo consiga evitarlo.

Logan lo ve.

El problema de Logan es ese.

Él ve.

Y, cuando ve, no lo usa como victoria. Lo guarda como si fuera algo delicado.

Después de un tiempo, el silencio llega otra vez. Un silencio cómodo, pero lleno. El agua se mueve despacio. El viento mueve la flor a mi lado. Logan está lo bastante cerca para que yo sienta su presencia, lo bastante lejos para que yo respire.

— ¿Puedo preguntar una cosa? — digo.

— Siempre.

— ¿Por qué estabas nervioso?

Frunce el ceño.

— ¿Hoy?

— Sí. Parecías tranquilo, pero no lo estabas.

Logan mira el lago antes de responder.

— Porque era importante.

— ¿Una cita?

— Contigo.

Se me oprime el pecho.

— Logan...

— Lo sé. Demasiado honesto.

— No. Solo... directo.

— ¿Quieres que pare?

Pienso.

La respuesta antigua sería sí.

La respuesta fácil sería sí.

Pero la verdadera no lo es.

— No.

Él gira el rostro hacia mí.

— ¿No?

Niego con la cabeza.

— Todavía me asusto. Pero no quiero que dejes de ser sincero solo porque yo estoy aprendiendo a recibir.

Su mirada cambia.

Se vuelve más suave. Más seria.

— Eso fue algo bonito de oír.

— No hagas esto grande.

— Ya lo es.

— Logan.

Él sonríe.

— Está bien. Mediano.

— Pequeño.

— Mediano-pequeño.

— Acepto.

Nos reímos, y algo dentro de mí se relaja.

Me gusta cómo él no convierte mis límites en pared. Los trata como puerta. Espera. Toca suavemente. Pregunta si puede entrar.

Y lo más peligroso es que yo empiezo a querer abrir.

Logan se recuesta boca arriba en la manta, apoyando un brazo detrás de la cabeza. Mira hacia arriba, hacia las ramas del árbol.

— Puedes contarme algo aleatorio sobre ti.

— ¿Aleatorio?

— Sí. Algo que yo todavía no sepa.

— ¿Quieres convertir la cita en entrevista?

— No. Quiero saber cosas.

— Eso se parece.

— Menos formal.

Me quedo pensando.

— Tengo la manía de releer mensajes antiguos cuando estoy nerviosa.

Él gira el rostro hacia mí, todavía recostado.

— ¿Míos?

Se me calienta la cara.

— Dije mensajes antiguos. No especificé.

— Maya.

— Tal vez algunos tuyos.

Su sonrisa aparece despacio.

— ¿Cuáles?

— No voy a alimentar tu ego.

— Solo uno.

— No.

— ¿El del ranking?

Miro el lago.

— Tal vez.

— ¿El de "buenas noches"?

— Tal vez.

— ¿El de "contigo sí que lo intento"?

Me quedo callada.

Error.

Logan se incorpora un poco, apoyando el peso en el codo.

— ¿Ese?

— Eres muy observador.

— Solo contigo.

— Tienes que dejar de decir eso.

— ¿Por qué?

— Porque funciona.

La confesión sale antes de que yo pueda contenerla.

Logan se queda inmóvil.

Y entonces sonríe.

No de ese modo engreído que yo esperaba.

Una sonrisa pequeña. Casi aliviada.

— ¿Puedo guardar esa también?

— Ya la guardaste.

— Ya.

Se sienta otra vez, más cerca ahora.

No demasiado cerca.

Pero cerca.

Su mano queda sobre la manta, entre nosotros. Yo miro. Él lo nota. Esta vez, soy yo quien alcanza primero.

Pongo mi mano sobre la suya.

Logan gira la palma y entrelaza nuestros dedos.

Fácil.

Aterradoramente fácil.

— Mi turno — dice.

— ¿De qué?

— Cosa aleatoria.

— Vale.

Mira nuestras manos.

— Me quedé mirando la puerta de tu edificio después de que entraste porque estaba intentando recordar el beso del modo correcto.

Mi corazón tropieza.

— ¿El modo correcto?

— Sí.

— ¿Existe un modo incorrecto de recordar un beso?

— Existe recordar demasiado rápido. Como si fuera solo una escena. Yo quería guardar la sensación.

No consigo hablar.

Durante algunos segundos, solo lo miro.

Logan parece darse cuenta de que fue lejos, porque suelta una risa baja, medio avergonzada.

— ¿Eso fue demasiado?

Aprieto su mano.

— No.

— ¿Estás segura?

— Lo estoy.

Y lo estoy de verdad.

Porque el miedo todavía está aquí, pero no lo ocupa todo. Hay otra cosa compartiendo espacio con él.

Ganas.

Confianza.

Ese calor silencioso en el pecho.

Me acerco un poco.

Logan acompaña el movimiento con los ojos, pero no avanza.

Siempre dejándome decidir el último paso.

— Puedes — digo.

La frase ya parece nuestra.

Él entiende al instante.

Su mano libre toca mi rostro con cuidado, los dedos leves en mi mejilla. Inclino el rostro sin pensar. Logan se acerca despacio, y cuando su boca encuentra la mía, el mundo se reduce hasta caber en ese pedazo de manta, en ese viento, en esa mano entrelazada con la mía.

El beso empieza suave.

Luego se vuelve más largo.

No apresurado. No desesperado. Solo más cierto.

Mi mano sube hasta su hombro. Siento a Logan respirar hondo, como si se estuviera conteniendo y sintiendo todo al mismo tiempo. Eso me marea. Eso me hace querer acercarme más.

Entonces me acerco.

Un poco.

Lo suficiente para que nuestras rodillas se toquen.

Logan interrumpe el beso por un instante, la frente casi tocando la mía.

— ¿Todo bien?

Abro los ojos.

Su rostro está demasiado cerca para que yo finja cualquier cosa.

— Todo.

La palabra sale baja.

Él sonríe antes de besarme otra vez.

Esta vez, soy yo quien agarra su chaqueta, tirando solo lo suficiente para decir quédate. Logan entiende. Su mano baja de mi rostro a mi nuca, sin fuerza, solo presencia, y mi cuerpo entero parece suspirar.

Cuando nos separamos, estoy sin aire.

Él también.

Eso me deja menos avergonzada.

— ¿El picnic pequeño subió en el ranking? — pregunta, con la voz más baja.

Me río contra mi voluntad.

— Arruinaste el momento.

— ¿Lo arruiné?

— Un poco.

— ¿Puedo intentar recuperarlo?

Se me calienta la cara.

— Eres imposible.

— ¿Eso es un sí?

— Es una crítica.

— ¿Con apertura a revisión?

No puedo evitar reír.

— Tal vez.

Logan sonríe.

Y me doy cuenta, con una claridad casi aterradora, de que estoy feliz.

No solo menos asustada.

Feliz.

De un modo simple. Presente. Como si mi cuerpo hubiera dejado de prepararse para correr y hubiera empezado a entender que quedarse también era una elección.

Pasamos el resto de la tarde ahí. Conversando, bebiendo café, compartiendo fresas, riéndonos de cosas pequeñas. Me cuenta sobre juegos, no como quien quiere impresionarme, sino como quien abre una parte de su propia vida. Yo cuento sobre mis miedos sin entregarlo todo, y él no intenta sacar más de lo que yo ofrezco.

En algún momento, me recuesto boca arriba en la manta también, mirando las ramas arriba.

Logan se queda a mi lado.

Nuestras manos siguen unidas entre nosotros.

— ¿Sabes qué es extraño? — digo.

— ¿Qué?

— Yo pensé que una cita oficial me iba a poner más nerviosa.

— ¿No te puso?

— Me puso. Al principio.

— ¿Y ahora?

Giro el rostro hacia él.

— Ahora parece solo tú.

Sus ojos se suavizan de un modo que casi duele.

— ¿Eso es bueno?

— Lo es.

La respuesta es pequeña, pero no escondida.

Logan vuelve a mirar hacia arriba, sonriendo como si necesitara un segundo para lidiar con eso.

Me gusta provocarle eso.

Me gusta más de lo que debería.

Cuando el sol empieza a bajar de verdad, recogemos las cosas. Logan dobla la manta, guarda los vasos vacíos, verifica que no dejáramos nada atrás. Es una atención común, pero yo observo igual.

En el camino de vuelta, me toma la mano otra vez.

Esta vez, no espera tanto.

Y eso también me gusta.

Cerca de mi edificio, la noche ya está llegando. Las luces del campus empiezan a encenderse, una por una, dejando todo más íntimo de lo que debería.

Nos detenemos en la entrada.

Yo sostengo la flor contra el pecho.

— Gracias por el picnic pequeño.

— Gracias por aceptar la cita.

— Agradeces mucho.

— Cuando quiero que pase de nuevo.

Se me calienta el corazón.

— ¿Quieres?

Logan me mira como si la respuesta fuera demasiado obvia para caber en una palabra.

— Quiero.

Trago saliva.

— Yo también.

Él sonríe despacio.

— ¿Segunda cita?

— ¿Ya la estás pidiendo?

— Estoy consultando disponibilidad futura.

— Suena formal.

— Estoy nervioso.

La confesión me toma por sorpresa.

— ¿Todavía?

— Contigo, sí.

Se me oprime el pecho otra vez, pero esta vez no duele.

Doy un paso más cerca.

— El sábado que viene tal vez.

Él sonríe.

— ¿Tal vez?

— Te gusta esa palabra.

— Me gusta cuando quiere decir sí.

— Entonces tal vez.

Logan se ríe bajo y toca mi mano, todavía sosteniendo la suya.

— ¿Puedo besarte antes de que entres?

Miro la puerta. El camino. A él.

Podría preocuparme por quién está mirando.

Podría pensar demasiado.

Podría convertir este instante en una lista de consecuencias pequeñas.

Pero no quiero.

Entonces me pongo de puntillas y beso a Logan antes de responder.

Él tarda medio segundo en reaccionar, como si yo todavía pudiera sorprenderlo. Luego su mano toca mi cintura levemente, cuidadosa, y la otra sostiene mi flor para que no se aplaste entre nosotros.

Eso me hace sonreír en medio del beso.

Cuando me aparto, Logan me está mirando de ese modo.

— ¿Qué? — pregunto.

— Nada.

— Logan.

— Lo estoy guardando.

Se me ablanda ridículamente el corazón.

— Buenas noches.

— Buenas noches, Maya.

Entro antes de quedarme ahí para siempre.

Subo las escaleras con la flor en la mano y la boca todavía recordando la suya. Cuando abro la puerta del cuarto, Sophie está sentada en la cama exactamente como la dejé, solo que ahora con una expresión imposible.

— ¿Y?

Apoyo la puerta detrás de mí.

Intento parecer normal.

Fallo completamente.

Sophie mira la flor, luego mi rostro.

— Ay, Dios mío.

— No empieces.

— Estás feliz.

La palabra me detiene.

Feliz.

Podría negarlo. Podría hacer una broma. Podría decir que fue solo un picnic pequeño, una cita simple, nada del otro mundo.

Pero sería mentira.

Y tal vez esté cansada de mentirme a mí misma sobre Logan.

Bajo la mirada hacia la flor blanca.

Sonrío.

— Lo estoy.

Sophie se lleva la mano al pecho, dramática.

— Por fin.

— No lo arruines.

— No lo haré. Hoy solo voy a celebrar en silencio.

Se queda callada exactamente dos segundos.

— ¿Fue un beso bueno?

— ¡Sophie!

— Eso no es silencio, es investigación necesaria.

Le tiro el cojín, pero me estoy riendo.

Más tarde, después de que Sophie se duerme y el cuarto queda quieto, pongo la flor en un vaso con agua cerca de la ventana. Se ve pequeña ahí.

Pequeña e importante.

Mi celular vibra.

Logan: ¿Llegaste viva al interrogatorio?

Sonrío.

Yo: Parcialmente.

Logan: ¿Debo preocuparme?

Yo: Sophie aprobó la flor.

Logan: ¿Y tú?

Miro la flor.

Luego la pantalla.

Se me calienta el pecho.

Yo: Yo también.

Su respuesta tarda poco.

Logan: Bien. Porque casi compré tres y pensé que una era más Maya.

Me quedo mirando el mensaje.

Más Maya.

No perfecta.

No grandiosa.

No exagerada.

Solo la correcta.

Yo: Lo era.

Los puntitos aparecen.

Desaparecen.

Aparecen otra vez.

Logan: Hoy fue mi parte favorita de la semana.

Me muerdo el labio para contener la sonrisa.

Yo: La semana todavía no terminó.

Logan: Estoy abierto a cambios en el ranking.

Me río sola, recordando el día anterior.

Yo: El picnic pequeño está fuerte.

Logan: ¿Y el beso?

Miro la pantalla durante algunos segundos.

Esta vez, no tengo ganas de huir de la respuesta.

Yo: Todavía no está compitiendo.

Logan: ¿Porque volvió a ganar?

Mi corazón responde antes que los dedos.

Yo: Porque fue nuestro.

La respuesta tarda.

Y me gusta imaginar que, esta vez, dejé a Logan sin palabras otra vez.

Cuando llega el mensaje, es simple.

Logan: Buenas noches, Maya.

Apoyo el celular en el pecho.

Todavía tengo miedo.

Un poco.

Tal vez siga teniendo miedo por algún tiempo. Tal vez haya partes de mí que necesiten aprender despacio que el cuidado no es una trampa, que el cariño no necesita volverse cobro, que gustar de

alguien no significa desaparecer dentro de esa persona.

Pero hoy Logan me dio una flor.

Un café sin azúcar.

Un picnic pequeño.

Un beso que no pidió prisa.

Y yo le di mi sí.

No entero para todo.

No definitivo para el futuro.

Pero verdadero para hoy.

Para sábado.

Para el modo en que mi mano buscó la suya.

Para las ganas de verlo de nuevo.

Cierro los ojos, sonriendo en la oscuridad.

Tal vez quedarse no ocurra de una vez.

Tal vez quedarse sea esto.

Una cita simple.

Una flor blanca.

Un mensaje antes de dormir.

Y la certeza pequeña, insistente, bonita, de que quiero descubrir el próximo paso.

Con Logan.

Despacio.

Pero quedándome.

CAPÍTULO 12

El día siguiente

Logan se despierta antes del despertador.

Eso, por sí solo, ya debería ser motivo de preocupación.

No es exactamente el tipo de persona que se despierta en paz, con el alma ligera y disposición para enfrentarse al mundo. Normalmente, Logan Carter negocia con la alarma como si estuviera en guerra. Cinco minutos. Tres más. Solo hasta el próximo timbre.

Pero aquella mañana, sus ojos se abren de golpe.

Y lo primero en lo que piensa es en Maya.

No en el entrenamiento. No en las clases. No en los mensajes acumulados en el celular. Maya.

La flor blanca en las manos de ella. La sonrisa pequeña cuando se dio cuenta del pícnic. La manera en que dijo "ahora pareces solo tú", como si le hubiera entregado una parte del pecho sin darse cuenta.

Logan se queda inmóvil, mirando el techo del cuarto.

Está sonriendo.

Otra vez.

— No — gruñe Ryan desde la cama de al lado, la voz ronca de sueño. — Puedo sentirlo.

Logan gira el rostro despacio.

— ¿Sentir qué?

Ryan hunde la cara en la almohada.

— Tu felicidad insoportable atravesando el cuarto.

Logan se ríe bajo y le lanza una almohada.

— Duerme.

— Estaba durmiendo. Hasta que empezaste a irradiar romance.

— Eso ni tiene sentido.

Ryan levanta la cabeza, el pelo despeinado y los ojos entrecerrados.

— Sí lo tiene. Tienes cara de quien pasó el sábado agarrando una mano y mirando un árbol.

Logan intenta no reaccionar.

Falla.

Ryan lo señala.

— Ay, Dios mío. ¿Hubo árbol de verdad?

— Cállate.

— Hubo árbol. Lo sabía. Eres demasiado predecible cuando estás enamorado.

La palabra cae en el cuarto.

Enamorado.

Logan no responde de inmediato.

Antes, lo habría negado por reflejo. Habría hecho una broma. Habría desviado la conversación con alguna provocación barata, de las que siempre funcionan cuando necesita esconder algo.

Pero ahora la negación parece demasiado pequeña.

Y demasiado mentirosa.

— No empieces — dice, pero sin fuerza.

Ryan se apoya en el codo, más despierto ahora.

— Logan.

— ¿Qué?

— Estás en silencio.

— Estoy pensando.

— Exactamente. Eso es grave.

Logan agarra el celular de la mesita de noche para huir de su expresión. La pantalla se enciende.

Ningún mensaje de Maya.

Todavía.

No es que esté esperando.

Lo está.

Mucho.

La última conversación de la noche anterior sigue abierta.

Maya: Porque fue nuestro.

Logan lee la frase otra vez.

Por décima vez.

Tal vez por vigésima.

No lo sabe.

Solo sabe que ningún mensaje debería tener el poder de golpearlo de esa manera. Pero ese lo tiene. Porque Maya no escribe cosas así para llenar espacio. Cuando dice algo, aunque sea pequeño, hay elección.

Y ella eligió decir nuestro.

— Estás releyendo mensajes — acusa Ryan.

Logan bloquea el celular demasiado rápido.

— No lo estoy.

— Sí lo estás.

— No viste nada.

— Vi tu cara. Fue peor.

Logan se pasa la mano por la cara, riéndose a pesar de sí mismo.

— Fue una cita buena.

Ryan se queda callado un instante.

Cuando vuelve a hablar, la voz sale menos bromista.

— ¿Buena de verdad?

Logan mira el celular en la mano.

— Buena de verdad.

— ¿Ella estuvo bien?

La pregunta hace que Logan lo mire.

Ryan provoca, bromea, exagera todo. Pero conoce a Maya lo suficiente como para saber que algunas cosas importan más que el romance bonito por fuera.

Logan asiente.

— Estuvo. Creo que sí. Pareció... cómoda.

— ¿Contigo?

— Sí.

Ryan sonríe, pero no de manera burlona.

— Entonces fue importante.

Logan respira hondo.

— Lo fue.

El celular vibra antes de que Ryan pueda responder.

Logan mira rápido.

Maya: Buenos días.

Solo eso.

Dos palabras.

Ridículo.

Sonríe como si hubiera recibido una declaración.

Ryan cae de espaldas en la cama.

— Estamos perdidos.

Logan lo ignora.

Logan: Buenos días. ¿Sobreviviste al interrogatorio post-cita?

La respuesta llega después de unos segundos.

Maya: Sophie hizo demasiadas preguntas.

Logan: ¿Las respondiste todas?

Maya: No.

Logan: ¿Cuáles quedaron sin respuesta?

Hay una pausa.

Logan se queda mirando los puntitos aparecer y desaparecer.

Entonces llega el mensaje.

Maya: Las que eran solo mías.

Se detiene.

Ryan, del otro lado del cuarto, levanta la cabeza.

— Por tu cara, ella ganó otra vez.

Logan ni siquiera puede negarlo.

Logan: Me gusta saber que existen partes solo tuyas.

Esta vez, Maya tarda más.

Maya: Hablas demasiado bonito por la mañana.

Logan: Sigo sin defensa después de ayer.

Maya: Bien.

Logan se ríe bajo.

Ella se está volviendo peligrosa.

Y a él le gusta más de lo que debería.

Aquella mañana, Maya también se despierta pensando en él.

Lo cual es irritante.

No porque sea malo. Justamente ese es el problema. Es demasiado bueno despertarse con el recuerdo de Logan sentado en la manta cerca del lago, sosteniéndole la mano como si no necesitara demostrar nada más que presencia.

Maya se queda acostada unos minutos, mirando la flor blanca en el vaso cerca de la ventana.

Parece delicada a la luz de la mañana.

Y terca.

Como si hubiera decidido seguir ahí.

Sophie todavía duerme, abrazada a una almohada, con la mitad de la manta en el suelo. Maya toma el celular con cuidado para no hacer ruido.

La conversación con Logan está abierta.

Lee el último mensaje de él.

Logan: Me gusta saber que existen partes solo tuyas.

Maya aprieta los labios para contener la sonrisa.

Logan tenía ese defecto terrible de decir cosas que parecían simples y, aun así, abrían puertas dentro de ella.

Partes solo tuyas.

Le gustaba eso.

Le gustaba que él no pareciera ofendido por no tenerlo todo. Le gustaba que él no intentara convertir el cuidado en posesión. Le gustaba que, cuando ella se preservaba, él no actuara como si

estuviera siendo rechazado.

Eso la dejaba más dispuesta a acercarse.

Tal vez así era exactamente como funcionaba la confianza.

No como alguien tirando.

Como alguien quedándose ahí.

Maya se levanta despacio, se lava la cara y pasa unos minutos intentando actuar como una persona normal. No una persona que sonríe a las flores. No una persona que relee mensajes. No una persona que respondió "porque fue nuestro" la noche anterior y después se quedó mirando el techo, sin saber dónde poner el tamaño de su propio valor.

Sophie se mueve en la cama.

— ¿Estás sonriéndole a la flor?

Maya se sobresalta.

— Estabas durmiendo.

— Tengo instinto.

— Eso da miedo.

Sophie abre un ojo.

— Más miedo da verte enamorada intentando fingir que solo estás hidratando una planta cortada.

— Es una flor.

— Una flor dada por Logan Carter en la primera cita.

Maya agarra una toalla del armario.

— Tú dramatizas todo.

Sophie se sienta, completamente despierta ahora.

— Ayer dijiste que estabas feliz.

Maya se detiene.

— Lo dije.

— Eso no es pequeño.

No. No lo es.

Maya lo sabe.

Tal vez por eso fue tan difícil dormir. La felicidad también podía dar miedo. No porque doliera, sino porque hacía que la persona quisiera más.

Y querer más significaba abrir espacio.

— Todavía no sé qué estamos haciendo — admite Maya.

Sophie suaviza la expresión.

— ¿Tienen que saberlo hoy?

— No.

— Entonces listo.

Maya mira a su amiga.

— ¿Desde cuándo te volviste tan sabia?

— Desde que empezaste a necesitar consejos que no fueran "bésalo ya".

Maya se ríe.

— Tú todavía piensas eso.

— Siempre. Pero ahora lo pienso con madurez.

— Claro.

El celular vibra en su mano.

Logan: ¿Tienes planes hoy?

Maya lee el mensaje.

El corazón responde primero, ansioso.

Respira.

No necesita correr.

No necesita huir.

Solo responder.

Maya: Estudiar. Fingir que voy a organizar mis apuntes. Tal vez café.

Logan: Ese tal vez parece una brecha.

Maya: Ves brechas donde quieres.

Logan: Principalmente cuando hay café de por medio.

Maya sonríe.

Sophie la observa con interés exagerado.

— ¿Él quiere verte?

— Tal vez.

— Maya.

— Preguntó si tengo planes.

— Traducción: quiere verte.

Maya mira la pantalla.

Ella también quiere.

Ese es el punto más aterrador.

Y el más simple.

Maya: ¿Tienes entrenamiento?

Logan: Más tarde. Antes de eso, estoy libre para estorbar tu falso plan de organización.

Maya se muerde el labio.

Piensa en decir que necesita estudiar. En dejarlo para otro día. En sostener un poco más la felicidad para que no crezca tan rápido.

Pero entonces recuerda el beso cerca del edificio. La mano de él sosteniendo la flor para no aplastarla. La forma en que preguntó antes de tocar.

No había un motivo real para decir que no.

Solo miedo.

Y el miedo no tenía por qué elegir todo por ella.

Maya: Una hora. Café. Sin pícnic pequeño.

La respuesta llega casi inmediata.

Logan: Prometo mantener bajo el nivel de producción.

Maya: Bajísimo.

Logan: ¿Medio-bajo?

Maya se ríe sola.

Maya: Bajo, Logan.

Logan: Bajo. ¿Paso por ahí en veinte minutos?

El corazón de ella se acelera.

Maya: Treinta.

Logan: Sin prisa.

Maya apoya el celular en el pecho por un segundo.

Sophie suspira.

— Eso fue un sí, ¿no?

Maya intenta parecer indiferente.

— Café.

— Con Logan.

— Café con Logan.

— Al día siguiente de la primera cita.

Maya le lanza la toalla.

— No empieces.

Sophie se ríe.

Treinta minutos después, Logan está en la entrada del edificio.

Esta vez, sin flor.

Sin bolsa.

Sin ningún intento visible de convertir el encuentro en acontecimiento.

Solo él.

Y tal vez eso sea aún peor.

Maya baja con una sudadera clara, jeans y el pelo recogido de cualquier manera. No lo pensó demasiado. Al menos intenta convencerse de eso.

Cuando abre la puerta, Logan levanta la vista.

Y sonríe como si ella hubiera hecho algo extraordinario.

— Hola — dice él.

— Hola.

Él mira las manos vacías.

— Sin flor hoy.

— Me di cuenta.

— Solo para dejar claro que sé obedecer instrucciones.

— Estás muy orgulloso de eso.

— Estoy creciendo como persona.

Maya se ríe.

— Vamos antes de que lo arruines.

Caminan juntos por el campus. No de la mano al principio. Maya nota la ausencia y también nota que Logan no intenta resolver eso por ella.

Tal vez por eso, después de unos pasos, ella roza su mano con la de él.

Suavemente.

Logan mira hacia abajo.

Luego a ella.

— ¿Eso fue a propósito?

— Un poco.

Él sonríe.

— Me gusta cuando haces cosas un poco a propósito.

Maya pone los ojos en blanco, pero entrelaza los dedos con los de él.

La cafetería está más vacía que durante la semana. Eligen una mesa cerca de la ventana, sin prisa, sin el ruido habitual del campus tragándose todo alrededor.

Logan trae los cafés. El de ella, sin azúcar. El de él, con un sobrecito.

Maya lo nota.

— Lo mantuviste.

Él se sienta frente a ella.

— Estoy comprometido con mi evolución.

— Impresionante.

— Gracias. Sufrí mucho para llegar hasta aquí.

Ella sonríe al vaso.

Durante unos minutos, la conversación es ligera. Logan cuenta que Ryan lo acusó de irradiar romance por el cuarto. Maya cuenta que Sophie fingió dormir y se despertó exactamente en el momento en

que ella miraba la flor.

— Deberían formar un dúo — dice Logan.

— ¿Ryan y Sophie?

— Sería peligroso.

— Sería insoportable.

— Para nosotros.

— Principalmente para nosotros.

Se ríen juntos.

Y es fácil.

Eso todavía sorprende a Maya.

La facilidad.

Con otras personas, siempre sintió que tenía que calcular. Qué decir. Cuánto entregar. En qué momento sonreír. Cuándo retroceder. Con Logan, el cálculo no desaparece por completo, pero pierde fuerza. Él no le va tirando de ella una versión lista. Parece gustarle incluso las pausas.

Logan mueve el vaso.

— ¿Puedo preguntar una cosa sin arruinar el café?

— Esa introducción casi lo arruinó.

— Justo.

— Pregunta.

Él la mira.

— ¿Ayer fue demasiado en algún momento?

Maya se queda callada.

La pregunta podría sonar insegura. Y tal vez lo sea. Pero no es un reclamo. Es cuidado.

Ella pasa el pulgar por el borde del vaso.

— No.

— ¿Estás segura?

— Lo estoy.

Logan asiente, pero espera. Como si supiera que tal vez hay más.

Y lo hay.

Maya respira hondo.

— Me puse nerviosa antes. Mucho. En el momento en que Sophie dijo que estabas abajo con una flor, casi quise tardar más solo para ordenar mi cabeza.

El rostro de él cambia.

— ¿La flor fue demasiado?

— No. Eso fue lo que me asustó.

Él frunce el ceño, intentando entender.

Maya sonríe pequeño.

— Fue demasiado acertada.

Logan se queda quieto un segundo.

— Ah.

— Sí.

— ¿Eso es bueno?

— Sí. Pero las cosas buenas también asustan.

Él baja la mirada al café, pensativo.

— Lo entiendo.

Maya observa su rostro.

— ¿Lo entiendes?

— Más de lo que parece.

La respuesta abre una curiosidad dentro de ella. Pero Logan no dice más. Y, por primera vez, Maya se da cuenta de que él también tiene partes guardadas. Partes que no aparecen en las provocaciones, en la sonrisa fácil, en la manera confiada con la que cruza el campus.

Ella aprieta el vaso entre las manos.

— No necesitas ser perfecto en esto — dice.

Logan levanta la vista.

— ¿En esto?

— Conmigo.

Él no responde.

Maya siente que el corazón se le acelera, pero continúa.

— Me gusta tu cuidado. Me gusta mucho. Pero no quiero que sientas que necesitas acertar cada gesto para que yo me quede.

La palabra sale antes de que pueda arrepentirse.

Quedarme.

Logan se da cuenta.

Claro que se da cuenta.

Sus ojos se suavizan.

— ¿Quieres quedarte?

Maya desvía la mirada hacia la ventana, pero no huye del todo.

— Hoy quise tomar café contigo.

— Eso no respondió exactamente.

— Respondió a mi manera.

Logan sonríe despacio.

— Entonces lo voy a guardar a tu manera.

Ella lo mira otra vez.

— Guardas muchas cosas.

— Contigo, sí.

— Logan.

— ¿Fue demasiado honesto?

— Fue demasiado Logan.

Él se ríe, y Maya siente esa alegría pequeña expandirse otra vez.

Después del café, caminan sin destino durante unos minutos. El campus está tranquilo. El cielo tiene esa luz clara de final de mañana, y Maya intenta no pensar que podría acostumbrarse a esto: caminar con Logan, reírse de comentarios tontos, sentir la mano de él buscando la suya en silencio.

Cerca de un edificio menos concurrido, él se detiene.

— Tengo que ir al entrenamiento dentro de poco.

— Lo sé.

— Quería más tiempo.

Su sinceridad ya no la toma tan desprevenida.

Igual calienta.

Pero no la derriba.

— Yo también — dice Maya.

Logan sonríe como si ella acabara de entregarle otro pedazo importante.

— Te estás volviendo peligrosa.

— Tal vez solo me estoy volviendo sincera.

— Peor todavía.

Ella se ríe.

Se quedan frente a frente, cerca de la sombra de un árbol. No hay mucha gente cerca, pero sigue siendo público. Sigue siendo real.

Logan mira la boca de ella.

Luego los ojos.

— ¿Puedo?

Maya debería estar acostumbrada a la pregunta.

No lo está.

Le gusta siempre.

— Puedes.

El beso llega suave, como si continuara el de ayer sin prisa. Maya agarra la parte delantera de la camiseta de él por un instante. Logan le toca la cintura con cuidado, acercándose solo lo suficiente para que el mundo se haga más pequeño.

No dura mucho.

Pero dura lo suficiente para que Maya lo eche de menos cuando termina.

Logan apoya la frente en la de ella por un segundo.

— Eso también fue mi plan de producción baja.

Ella se ríe bajito.

— Lo estás haciendo bien.

— ¿Todavía en el ranking?

— Bien posicionado.

— ¿Por encima del pícnic?

— No fuerces.

Él se ríe, alejándose despacio.

El celular de él vibra. Logan mira y hace una mueca.

— Ryan está diciendo que, si me atraso para el entrenamiento, te va a culpar a ti.

Maya levanta las cejas.

— Ni siquiera sabe que estás conmigo.

Logan le muestra la pantalla.

Ryan: Si estás con Maya, dile que yo apoyo el amor, pero odio correr por su culpa.

Maya se ríe.

— Es imposible.

— Lamentablemente, sí.

— Ve.

— Ya voy.

Pero no se mueve.

Maya se da cuenta y sonríe.

— Logan.

— ¿Qué?

— Estás parado.

— Estoy asimilando una información.

— ¿Qué información?

— Que voy a echarte de menos incluso antes de salir de aquí.

El pecho de ella se le aprieta.

Esta vez, Maya no desvía.

— Entonces mándame un mensaje después del entrenamiento.

Logan sonríe.

— ¿Eso fue una petición?

— Fue una autorización.

— Peligrosa — repite él.

— Ve a entrenar.

Él da un paso atrás, todavía mirándola.

— Hasta luego, Maya.

— Hasta luego.

Maya se queda quieta unos segundos mientras Logan se aleja. Él mira hacia atrás una vez. Ella intenta fingir que no estaba observando.

Falla.

Él sonríe.

Ella también.

Cuando vuelve al cuarto, Sophie está sentada con el portátil abierto, pero cierra la pantalla en el mismo instante en que Maya entra.

— ¿Y entonces?

Maya se detiene en la puerta.

— Necesitas un hobby.

— Tengo uno. Tú y Logan.

— Eso es preocupante.

— ¿Fue bueno?

Maya deja el bolso en la silla e intenta contener la respuesta.

Pero la verdad aparece en la cara antes.

Sophie abre una sonrisa.

— Lo fue.

Maya se sienta en la cama, abrazando una almohada.

— Fue simple.

— ¿Simple bueno?

Ella mira la flor cerca de la ventana.

Sigue ahí.

Sigue blanca.

Sigue terca.

— Simple bueno.

Sophie no bromea esta vez. Solo sonríe, satisfecha de una manera tranquila.

Por la tarde, Maya intenta estudiar.

Lo intenta de verdad.

Abre los textos, organiza los bolígrafos, hace una lista de tareas. Todo muy responsable. Todo muy inútil cuando el celular está al lado, demasiado silencioso.

Lee la misma frase tres veces.

A la cuarta, el aparato vibra.

Maya lo agarra demasiado rápido.

Logan: Sobreviví al entrenamiento.

Ella sonríe.

Maya: ¿Ryan corrió por tu culpa?

Logan: Él dice que sí. Yo digo que se queja por deporte.

Maya: Estás vivo, así que está todo bien.

Logan: Casi. Necesito una cosa para una recuperación completa.

Maya entrecierra los ojos, sonriendo.

Maya: ¿Agua? ¿Estiramiento? ¿Descanso?

Logan: Tú diciendo que me echaste de menos.

El corazón de ella tropieza.

Maya mira la pantalla.

Eso era demasiado directo.

Demasiado Logan.

Y, otro día, tal vez habría hecho una broma para escapar.

Hoy, respira hondo.

Maya: Un poco.

Los puntitos aparecen inmediatamente.

Logan: Lo voy a aceptar. Con entusiasmo.

Maya se ríe sola.

Maya: No te acostumbres.

Logan: Demasiado tarde.

Ella apoya el celular en el pecho y mira el techo.

Está pasando.

Despacio, como él prometió.

Pero está pasando.

Y tal vez la parte más aterradora no sea que le guste Logan.

Tal vez sea darse cuenta de que, cerca de él, que le guste no parece una caída.

Parece un camino.

Uno que ella todavía no conoce entero.

Uno que todavía da miedo.

Pero, por primera vez, Maya no quiere volver atrás.

Quiere dar el siguiente paso.

Aunque sea pequeño.

Aunque sea solo un mensaje.

Aunque sea solo admitir, para sí misma, en el silencio del cuarto, que lo echó de menos incluso antes de que el día terminara.

El celular vibra otra vez.

Logan: ¿La segunda cita el sábado que viene todavía es tal vez?

Maya mira la flor.

Sonríe.

Maya: Tal vez.

Después de unos segundos, completa:

Maya: Pero de ese tipo que parece sí.

La respuesta de él llega rápido.

Logan: Mi palabra favorita.

Maya se ríe, guardando el celular al lado del cuaderno.

Esta vez, cuando vuelve a estudiar, logra leer la frase entera.

Pero la sonrisa sigue ahí.

Pequeña.

Insistente.

Como la flor en la ventana.

Como el comienzo de algo que todavía no tiene un nombre completo.

Como Logan entrando poco a poco en la vida de ella, sin invadir, sin correr, sin exigir.

Solo quedándose.

Y, por primera vez, Maya se da cuenta de que tal vez ella también se esté quedando.

CAPÍTULO 13

Sábado Tal vez

Durante la semana, Maya descubre que existe una diferencia enorme entre esperar una cita y fingir que no está esperando una cita.

La primera opción es simple.

La segunda es humillante.

Porque ella intenta actuar con naturalidad. Intenta estudiar, responder mensajes, hablar con Sophie de cualquier cosa que no involucre a Logan Carter. Intenta cruzar el campus sin buscarlo entre la gente.

Falla en casi todo.

Logan tampoco ayuda.

Él no exagera. No asfixia. No convierte cada mensaje en una declaración imposible. Pero aparece. De una manera pequeña, constante, peligrosa.

El lunes, manda una foto de su café con un sobrecito de azúcar al lado.

Logan: Prueba documental de mi evolución.

Maya se ríe sola antes de responder.

Maya: Estoy casi impresionada.

Logan: Casi es mi zona favorita.

El martes, él pregunta si ella logró terminar el texto que estaba intentando leer desde el domingo. El miércoles, envía un mensaje después del entrenamiento diciendo que Ryan todavía lo culpa por el "retraso romántico" de la semana anterior. El jueves, cuando Maya pasa junto a él cerca de la biblioteca, Logan no hace nada grande.

Solo sonríe.

Y esa sonrisa se queda con ella el resto de la tarde.

El viernes por la noche, Maya está sentada en la cama, mirando tres blusas dobladas delante de sí como si una de ellas pudiera responder preguntas sobre sentimientos.

Sophie observa desde su propia cama, con un paquete de galletas en el regazo.

— Me gusta la azul.

— Ni siquiera sabes adónde voy.

— Voy a fingir que eso importa.

Maya toma la blusa azul y luego la blanca.

— Logan dijo que era algo simple.

— Logan también dijo que el picnic era pequeño.

— Era pequeño.

Sophie levanta las cejas.

— Había manta, café, frutas, sándwiches y una flor.

— Una sola flor.

— Ah, sí. Minimalismo extremo.

Maya intenta contener la sonrisa y falla. Vuelve a poner la blusa blanca en la cama y se sostiene la azul contra el cuerpo.

— No quiero parecer que lo pensé demasiado.

— Lo pensaste demasiado.

— Sophie.

— El problema no es pensar demasiado. El problema es fingir que no lo pensaste.

Maya se sienta, abrazando la blusa.

— Estoy nerviosa.

La confesión sale baja.

Sophie deja de masticar y suaviza la mirada.

— ¿Por qué?

Maya mira hacia la ventana. La flor blanca de la primera cita ya no está perfecta, pero aún permanece en el vaso. Los pétalos empezaron a cansarse en las puntas, y aun así Maya no logró tirarla.

— Porque se está volviendo real — admite. — Antes yo podía fingir que eran mensajes, provocaciones, una cosa pasando sin nombre. Ahora él me invita a salir y yo quiero ir. Él me besa y yo quiero que continúe. Él manda un mensaje y yo sonrío antes de darme cuenta.

Sophie no interrumpe.

Maya respira hondo.

— Y eso me asusta porque no quiero perderme dentro de esto.

— ¿Crees que lo harás?

— No lo sé. Pero ya me perdí antes intentando ser lo que alguien quería.

Su voz se hace más pequeña al final.

Sophie se levanta y se sienta a su lado.

— Logan no parece querer que seas otra cosa.

— Lo sé.

— Entonces tal vez no necesites entrar en esto entera de una vez. Tal vez solo necesites ir a la cita de mañana.

Maya mira a su amiga.

— ¿Solo eso?

— Solo eso. Ponte la blusa azul, ve a encontrarte con el chico que recuerda cómo te gusta el café y mira si él sigue siendo bueno para ti.

Maya se ríe bajito.

— Hablas como si fuera fácil.

— No lo es. Pero es posible.

Maya baja la mirada hacia la blusa.

Tal vez eso sea lo que la deja tan inquieta.

No la certeza.

La posibilidad.

El sábado, Logan llega cinco minutos antes.

Maya lo sabe porque está mirando por la ventana, incluso después de prometerse a sí misma que no lo haría.

Él está parado cerca de la entrada del edificio, usando jeans oscuros, camiseta gris y una chaqueta negra simple. Nada de más. Nada demasiado planeado.

Solo Logan.

Y eso ya parece suficiente para desordenarlo todo.

El celular vibra en su mano.

Logan: Llegué temprano. Sin presión.

Maya mira el mensaje.

Él llegó temprano, pero escribió sin presión.

Claro que escribió.

Porque Logan parecía entender que la parte más importante del cuidado no era aparecer. Era dejar espacio.

Maya toma el bolso, respira hondo y sale antes de empezar a pensar demasiado.

Cuando abre la puerta del edificio, Logan levanta la vista.

Su sonrisa aparece despacio.

— Hola.

— Hola.

Él mira la blusa azul.

— ¿Sophie ganó?

Maya frunce el ceño.

— ¿Cómo lo sabes?

— Ella tiene cara de quien defendería el azul.

Maya se ríe, sorprendida.

— Eso no tiene sentido.

— Tiene sentido para mí.

— ¿Andas creando teorías sobre mi amiga?

— Solo cuando te involucran a ti.

Maya pone los ojos en blanco, pero sonríe.

Logan lo nota.

Como siempre.

— Estás bonita — dice.

Simple.

Directo.

Sin convertir la frase en un espectáculo.

Aun así, su rostro se calienta.

— Gracias.

— Ensayé no decir eso en los primeros treinta segundos.

— Y fallaste.

— Completamente.

Maya se ríe, y la tensión dentro de ella disminuye un poco.

— ¿Adónde vamos?

Logan mete las manos en los bolsillos de la chaqueta.

— Hay una librería-cafetería a unos quince minutos de aquí. Pequeña. Tranquilita. Pensé que te gustaría.

Maya lo mira.

— ¿Pensaste?

— Presté atención.

Debería estar acostumbrada.

No lo está.

— Esto sigue siendo peligroso.

— Estoy manteniendo el tema — dice él, repitiendo la frase del picnic.

Maya sonríe antes de poder evitarlo.

Empiezan a caminar lado a lado.

Al principio, las manos permanecen separadas. Maya siente la presencia de la mano de él cerca de la suya, el balanceo de los dedos, la distancia demasiado pequeña para ser accidental. Logan no toma su mano.

Él espera.

Y tal vez sea justamente por eso que ella toma la de él primero.

Logan mira hacia abajo.

Luego hacia ella.

— ¿Un poco a propósito?

Maya aprieta los dedos de él.

— Tal vez.

— Mi palabra favorita.

— Vas a gastar esa palabra.

— Nunca contigo.

Su pecho se pone caliente.

La librería-cafetería está en una calle tranquila, con fachada verde oscura y ventanas grandes. Dentro, hay estanterías de madera, mesas pequeñas y olor a café recién hecho. No hay música alta. No hay demasiado movimiento. Solo algunas personas leyendo, hablando bajo, existiendo sin prisa.

A Maya le gusta de inmediato.

Logan observa su rostro.

— ¿Acerté?

Ella intenta no sonreír tanto.

— Tal vez.

Él inclina la cabeza.

— ¿Del tipo que parece que sí?

— Del tipo que parece que sí.

Logan sonríe como si hubiera recibido un premio.

Eligen una mesa cerca de la ventana. Logan va a pedir los cafés y vuelve con el de ella sin azúcar, el de él con un sobrecito, y un trozo de pastel de limón en el medio.

Maya mira el plato.

— ¿Esto estaba en el plan simple?

— El pastel me estaba mirando.

— ¿El pastel?

— Con mucha intención.

— Logan.

— Y pensé: a Maya tal vez le guste el pastel de limón.

Ella lo mira por un segundo.

— Me gusta.

La sonrisa de él aparece pequeña, satisfecha.

— Bien.

Maya toma el tenedor.

— Te estás poniendo engreído.

— Me estoy poniendo motivado.

Comparten el pastel mientras conversan sobre libros, clases, entrenamientos, cosas pequeñas. Logan cuenta que solía venir allí cuando quería un lugar donde nadie hablara de partidos. Maya pregunta si a él le molesta eso, que todo el mundo vea primero al atleta antes de ver a la persona.

Logan se queda callado un instante.

— A veces.

Maya se da cuenta de que esa respuesta carga más de lo que parece.

— No tienes que hablar si no quieres.

Él la mira.

— Quiero. Solo estoy eligiendo bien.

La frase queda entre los dos.

A Maya le gusta eso. Que él también necesite elegir. Que él también tenga puertas internas que no abre con cualquier empujón.

Logan pasa el pulgar por el costado del vaso.

— Creo que me acostumbré a ser útil cuando estoy ganando. Cuando hago punto. Cuando juego bien. Cuando soy el tipo que la gente espera que sea.

Maya no habla. Solo escucha.

— Contigo es diferente — continúa. — Y sé que digo eso mucho, pero es verdad. Tú no pareces interesada en la versión fácil.

— Tal vez porque yo no confío mucho en versiones fáciles.

Él sonríe levemente.

— Eso también.

Maya apoya los brazos sobre la mesa.

— Me gustas así.

Logan se detiene.

El silencio cambia.

Maya siente su propio corazón latir más fuerte, pero no retira la frase.

Él la mira como si estuviera intentando guardarla sin romperla.

— ¿Así cómo?

Ella traga saliva.

— Cuando no estás intentando parecer invencible.

Logan baja la mirada por un segundo. Cuando vuelve a mirarla, hay algo más quieto en su rostro.

— Te das cuenta de demasiadas cosas.

— Solo contigo.

La frase sale antes de que Maya calcule.

Logan sonríe despacio.

— Esa fue mía.

Ella pone los ojos en blanco, avergonzada.

— No empieces.

— No voy a hacerlo. La estoy guardando en silencio.

— Tú no sabes guardar en silencio.

— Estoy aprendiendo.

Maya se ríe, pero siente el pecho lleno.

Después del café, recorren la librería. Logan camina a su lado entre las estanterías, dejando que Maya se detenga cuando quiera. Ella toca lomos, lee sinopsis, comenta portadas. Él escucha con una atención casi absurda.

En una de las estanterías, Maya toma una novela de tapa azul.

— Esta la leí en primer año.

— ¿Te gustó?

— Me gustó. Pero me irritó.

— Eso parece contradictorio.

— Las buenas novelas irritan un poco.

Logan apoya el hombro en la estantería.

— ¿Por qué?

Maya hojea el libro.

— Porque hacen que uno quiera cosas.

Él se queda callado.

Ella se da cuenta demasiado tarde de lo que dijo.

Cuando levanta la vista, Logan la está mirando de esa manera que la deja sin defensa.

— ¿Y eso es malo? — pregunta.

Maya cierra el libro despacio.

— No siempre.

— ¿Hoy?

Su corazón tropieza.

Logan no se acerca. No toca. Solo pregunta.

Maya podría hacer una broma. Podría devolver con ironía. Podría esconderse detrás de cualquier cosa.

Pero está cansada de huir de todo lo que siente como si todo sentimiento fuera una trampa.

— Hoy no — dice.

La expresión de él se suaviza.

— Bien.

Maya vuelve a poner el libro en la estantería, pero Logan extiende la mano y toma otro al lado.

— Este parece dramático.

Ella mira la portada.

— Mucho.

— ¿Final feliz?

— Espero.

— ¿Te gusta el final feliz?

Maya piensa.

— Me gusta cuando es merecido.

— ¿No fácil?

— No. Si es demasiado fácil, desconfío.

Logan pasa los dedos por la portada del libro, pensativo.

— Entonces tengo trabajo.

Maya lo mira.

— ¿Trabajo?

Él la mira fijamente.

— Para merecerlo.

Su respiración se detiene.

— Logan...

— No lo digo para asustarte. Solo digo que lo entiendo.

— ¿Entiendes qué?

— Que no necesitas creerme porque yo quiera. Tengo que seguir mostrando.

Maya siente que algo se le aprieta en el pecho.

No es dolor.

Es ternura.

Una ternura tan grande que llega a asustar.

— Ya lo muestras — dice bajo.

Logan no sonríe de inmediato. Primero, parece recibir la frase con cuidado. Después, la comisura de la boca se eleva.

— ¿Puedo besarte aquí?

Maya mira alrededor. Hay una señora leyendo cerca de la ventana, un empleado detrás del mostrador, una pareja susurrando al fondo. Nadie parece prestarles atención.

Aun así, el mundo parece demasiado visible.

Maya vuelve a mirar a Logan.

— Puedes.

Él se acerca despacio.

Su mano toca el costado del rostro de ella, leve, como en el picnic. El beso empieza pequeño. Casi tímido. No por falta de ganas, sino por respeto al lugar, al momento, a ella.

Maya agarra la manga de su chaqueta.

Solo eso.

Pero Logan lo nota.

Él siempre lo nota.

Su boca se demora un segundo más en la de ella antes de apartarse.

Cuando abre los ojos, Maya siente que sonrió en medio del beso.

Peor: Logan lo vio.

— ¿Qué? — pregunta ella, ya sabiendo que no debería.

— Nada.

— Logan.

— Lo estoy guardando.

Ella aprieta los labios para no sonreír más.

— Eres imposible.

— Estoy oyendo eso como un cumplido.

— Claro que sí.

Compran el libro de tapa azul antes de salir. Logan insiste en pagar, Maya insiste en que no, y terminan haciendo un acuerdo: ella paga el libro, él paga los cafés la próxima vez.

— ¿Próxima vez? — pregunta Logan, intentando parecer casual.

Maya guarda el libro en el bolso.

— Acabas de negociar una.

Su sonrisa crece.

— Solo verificaba si el contrato estaba claro.

— Muy formal.

— Estoy nervioso.

Maya lo mira en la acera.

— ¿Todavía?

— Contigo, sí.

Esta vez, la respuesta no la asusta tanto.

Da un paso más cerca y le acomoda el cuello de la chaqueta, sin pensar. El gesto es demasiado íntimo. Demasiado simple. Cuando se da cuenta, ya lo hizo.

Logan se queda inmóvil.

— Perdón — murmura ella, apartando la mano.

Él sujeta sus dedos antes de que ella se retire del todo.

— No pidas perdón por eso.

Maya mira la mano de él sosteniendo la suya.

— Lo hice sin pensar.

— A mí me gustó sin pensar.

Su risa sale baja, nerviosa.

— Siempre tienes respuesta.

— No. A veces me quedo sin palabras.

— ¿Cuándo?

Logan acerca los dedos de ella a su propia boca y besa suavemente sus nudillos.

Maya pierde completamente el hilo de pensamiento.

Él sonríe.

— Ahora, por ejemplo.

— Eso no parece quedarse sin palabras.

— Fue improvisación.

Ella niega con la cabeza, pero tiene la cara caliente.

Vuelven caminando despacio. El cielo empieza a cambiar de color, y las luces del campus se encienden cuando llegan cerca de los edificios. Maya siente esa pequeña melancolía de fin de cita, como si su cuerpo ya supiera que la despedida se acerca.

Logan también parece saberlo, porque aprieta su mano un poco más.

En la entrada del edificio, se detienen.

Por unos segundos, ninguno de los dos habla.

Maya mira los dedos entrelazados.

— Hoy estuvo bien.

Logan respira como si la frase hubiera acertado en algún lugar profundo.

— Fue mi parte favorita de la semana.

Ella sonríe.

— Dijiste eso del picnic también.

— La semana cambió.

— ¿Entonces el ranking cambió?

— Mucho.

Maya se ríe bajito.

— Tú y tus rankings.

— Solo los tuyos importan.

Ella debería poner los ojos en blanco. Hacer una broma. Suavizar el momento antes de que se vuelva demasiado grande.

Pero no quiere.

Entonces da un paso más cerca.

— ¿Logan?

— ¿Sí?

— Yo todavía tengo miedo.

El rostro de él se pone serio al instante.

— Lo sé.

— Pero no es de ti.

Él no responde.

Maya aprieta su mano.

— Es del tamaño que las cosas pueden tomar.

Logan pasa el pulgar por los dedos de ella.

— Podemos dejarlo pequeño cuando haga falta.

Su pecho se aprieta.

— ¿Pequeño?

— Un café. Un mensaje. Un paseo. Una flor. Una cita a la vez.

Maya siente que los ojos le arden un poco, pero sonríe.

— Te estás volviendo muy bueno en esto.

— ¿En qué?

— En hacer que yo quiera quedarme.

La frase sale entera.

Verdadera.

Aterradora.

Logan se queda quieto, como si el mundo se hubiera pausado por un segundo.

Entonces sonríe.

No grande. No engreído.

Solo feliz.

— ¿Puedo guardar eso?

Maya se ríe, emocionada.

— Esa ya sabía que la ibas a guardar.

— Para siempre, probablemente.

— Dramático.

— Honesto.

Ella se pone de puntillas y lo besa antes de que él diga cualquier otra cosa capaz de desarmarla por dentro.

Logan la recibe con cuidado, pero hay más emoción en el beso ahora. Más certeza. Su mano toca su cintura, la otra permanece entrelazada con la de ella, y Maya siente que su propio cuerpo se relaja contra él como si una parte suya estuviera aprendiendo un nuevo idioma.

El idioma de quedarse.

Cuando se separan, Logan apoya la frente en la de ella.

— Buenas noches, Maya.

Ella sonríe.

— Buenas noches, Logan.

Maya entra en el edificio con el libro en el bolso y el corazón demasiado ligero como para fingir normalidad.

Cuando llega al cuarto, Sophie mira una sola vez su rostro y cierra el portátil.

— Azul ganó.

Maya se ríe, apoyándose en la puerta.

— Ganó.

— ¿Beso bueno?

— Sophie.

— Eso ya respondió.

Maya tira el bolso en la cama, pero no intenta negarlo. Saca el libro de dentro y pasa los dedos por la tapa azul.

Sophie observa.

— ¿Él lo compró para ti?

— Yo lo compré. Él consiguió un café futuro.

— Inteligente.

— Manipulador de un modo encantador.

— Romántico.

Maya mira la flor blanca en el vaso. Luego el libro nuevo.

Dos cosas pequeñas.

Dos pruebas de que Logan estaba entrando en su vida sin tirar nada.

Solo encontrando lugares.

Más tarde, cuando Sophie duerme, Maya abre el libro en la primera página. No logra leer mucho. La cabeza está demasiado llena de Logan, del beso en la librería, de su voz diciendo que podían dejarlo pequeño cuando hiciera falta.

El celular vibra.

Logan: ¿Llegaste bien al juicio de Sophie?

Maya sonríe.

Maya: Ella aprobó la blusa azul.

Logan: Yo también.

Maya: Apruebas demasiadas cosas.

Logan: Solo cuando son fáciles de aprobar.

Ella se muerde el labio, mirando la pantalla.

Logan: ¿Hoy fue bueno para ti de verdad?

Maya apoya la cabeza en la almohada.

Él podía aceptar la frase dicha en la puerta. Podía quedarse solo con la parte bonita. Pero Logan preguntaba de nuevo, no solo por inseguridad. Por cuidado.

Maya respira hondo y escribe antes de que se le pase el valor.

Maya: Lo fue. Me puse nerviosa algunas veces, pero quise estar allí todo el tiempo.

La respuesta tarda.

Y, por primera vez, a Maya le gusta la demora. Imagina a Logan leyendo, deteniéndose, guardando.

Cuando llega el mensaje, es simple.

Logan: Eso es mucho para mí.

Su corazón se ablanda.

Maya: No lo hagas grande.

Logan: ¿Medio-pequeño?

Maya se ríe sola.

Maya: Medio-pequeño.

Aparecen los puntitos.

Logan: Buenas noches, Maya. Gracias por quedarte hoy.

Ella se queda mirando el mensaje un rato.

Gracias por quedarte.

Como si él supiera que quedarse, para ella, no era automático. Era una elección.

Maya mira la flor, el libro, la blusa azul tirada en la silla.

Luego responde:

Maya: Buenas noches, Logan. Gracias por dejarme quedarme despacio.

Lo envía antes de arrepentirse.

Esta vez, él tarda más.

Cuando responde, Maya ya tiene los ojos pesados y el celular apoyado en el pecho.

Logan: Despacio es perfecto, si es contigo.

Maya sonríe en la oscuridad.

Todavía existe miedo.

Todavía existe una parte de ella que mira sentimientos bonitos y busca dónde pueden romperse.

Pero, esa noche, el miedo no gana.

Porque Logan no pidió todo.

No exigió promesas.

No intentó correr.

Él solo caminó a su lado, compartió café, besó su boca entre estanterías y aceptó el ritmo de sus manos temblorosas como si eso también fuera precioso.

Maya cierra los ojos.

Tal vez gustar de alguien no necesite parecer una caída.

Tal vez pueda parecer un paseo.

Un paso.

Luego otro.

Una blusa azul.

Un libro nuevo.

Un beso guardado.

Y Logan, siempre Logan, esperándola en el espacio exacto entre el miedo y las ganas.

Sin tirar.

Sin soltar.

Solo quedándose.

Y, por primera vez, Maya se duerme sin intentar convencerse de que aquello era pequeño.

Porque tal vez no lo fuera.

Tal vez estuviera creciendo.

Y tal vez, solo tal vez, ella quisiera dejarlo.

CAPÍTULO 14

Su manera

El domingo por la mañana, Maya se despierta antes del despertador.

Eso, por sí solo, ya sería irritante.

Aún más irritante es darse cuenta de que se despertó sonriendo.

Se queda unos segundos acostada, mirando el techo de la habitación, intentando recordar en qué punto exacto su vida había empezado a incluir este tipo de cosas. Sonreír incluso antes de abrir los ojos. Buscar el móvil antes de lavarse la cara. Sentir que el corazón se le aprieta de una manera buena solo porque había un mensaje esperando en la pantalla.

Logan: Buenos días. Todavía estoy pensando en el libro azul.

Maya lee el mensaje dos veces.

Luego tres.

No porque sea difícil de entender, sino porque Logan tenía ese talento injusto de transformar frases simples en algo que se quedaba dentro de ella.

Maya: Tú ni siquiera leíste el libro azul.

La respuesta llega unos segundos después.

Logan: No dije que estuviera pensando en la historia.

Maya se muerde el labio para contener la sonrisa.

Demasiado tarde.

Sophie se mueve en la cama de al lado, todavía con los ojos cerrados.

— Si es Logan, dile que las ocho de la mañana de domingo es demasiado temprano para el romance.

Maya se sobresalta y casi deja caer el móvil.

— Estabas durmiendo.

— Lo estaba. Pero tu sonrisa hizo ruido.

— Eso no existe.

Sophie abre un ojo.

— Existe cuando es ridículo.

Maya pone los ojos en blanco, pero no consigue borrar la sonrisa. Mira de nuevo la pantalla.

Logan: Te veías bonita sosteniendo aquel libro.

Siente que se le calienta la cara.

No era justo.

Logan Carter debería venir con algún aviso. Alguna etiqueta. Algo como: cuidado, frases aparentemente inofensivas pueden causar

falta de concentración.

Maya: ¿Estás intentando dejarme sin respuesta tan temprano?

Logan: Estoy intentando ser honesto.

Maya: Peor.

Logan: Yo también lo pensé.

Maya se ríe bajito, escondiendo la cara en la almohada.

Sophie se da la vuelta en la cama, ahora más despierta.

— Dios mío. Está grave.

— No está grave.

— Escondiste la cara en la almohada.

— Era sueño.

— Era Logan.

Maya no responde porque, por desgracia, Sophie tiene razón.

Deja el móvil sobre el pecho y mira hacia la ventana. La flor blanca de la primera cita sigue en el vaso, cada vez más cansada, pero todavía ahí. El libro azul está sobre la mesa, al lado de las anotaciones que ella debería haber organizado la noche anterior.

Pequeñas pruebas.

Así era como Logan estaba entrando.

No con promesas enormes. No con prisa. No intentando ocupar todo el espacio. Entraba por detalles: café sin azúcar, una librería silenciosa, una pregunta cuidadosa, un mensaje de buenos días.

Y tal vez por eso Maya ya no supiera cómo fingir que no importaba.

El móvil vibra de nuevo.

Logan: Hay partido hoy por la tarde.

Maya parpadea.

Sabía que él jugaba. Claro que lo sabía. Logan era atleta, tenía entrenamientos, uniforme, equipo, gente gritando su nombre como si estuviera hecho para ser visto. Pero una cosa era saberlo desde lejos. Otra era recibir un mensaje que parecía abrir una puerta a ese lado de su vida.

Maya: Lo sé.

Logan: ¿Vas a estar ocupada?

Maya se queda mirando la pantalla.

Sophie se sienta en la cama de golpe.

— ¿Qué preguntó?

— Nada.

— Maya.

— Preguntó si voy a estar ocupada.

Sophie abre los ojos de par en par.

— Quiere que vayas al partido.

— No dijo eso.

— Traducción emocional básica: quiere que vayas al partido.

Maya aprieta el móvil entre las manos.

Ir al partido significaba verlo en ese mundo. El mundo donde todos lo miraban. Donde Logan no era solo el chico que preguntaba antes de besarla, que le sostenía la mano sin tirar, que jugaba con la palabra quizá.

Allí, él sería Logan Carter.

El atleta.

El tipo que llamaba la atención sin intentarlo.

Y Maya no sabe si está lista para que la vean cerca de él en ese lugar.

Logan: No tienes que ir. Solo pensé en preguntar.

El corazón se le aprieta.

Claro.

Él siempre dejaba espacio.

Eso hacía más difícil decir que no.

Maya respira hondo.

Maya: ¿Quieres que vaya?

La respuesta tarda un poco.

Cuando llega, es simple.

Logan: Quiero. Pero solo si tú también quieres.

Maya cierra los ojos por un instante.

Eso era muy Logan.

Sophie espera, curiosa, pero esta vez no bromea.

— ¿Quieres ir? — pregunta.

Maya abre los ojos.

Quiere.

Esa es la parte complicada.

Quiere verlo. Quiere conocer esa parte de él. Quiere estar allí cuando él la busque en las gradas. Quiere descubrir cómo es animar a alguien que, de algún modo aterrador y bonito, está empezando a volverse suyo sin ser posesión, sin ser obligación, sin ser una palabra demasiado grande.

— Quiero — admite Maya.

Sophie sonríe.

— Entonces ve.

— ¿Y si es raro?

— Puede ser raro y aun así ser bueno.

Maya mira el móvil.

Tal vez esa sea la nueva regla de las cosas con Logan.

Pueden dar miedo y aun así ser buenas.

Maya: Voy.

La respuesta llega casi inmediata.

Logan: Ahora oficialmente me puse nervioso.

Maya sonríe.

Maya: Juegas delante de un montón de gente.

Logan: Ninguna de ellas eres tú.

Ella se detiene.

La habitación parece volverse más silenciosa.

Sophie inclina la cabeza, intentando leer su expresión.

— ¿Qué dijo?

Maya baja el móvil despacio.

— Que ninguna de ellas soy yo.

Sophie se lleva la mano al pecho.

— Apruebo a este chico.

— Tú apruebas fácil.

— No. Yo tengo criterios. Él está pasando en casi todos.

Maya debería hacer una broma, pero está demasiado ocupada sintiendo.

Por la tarde, se cambia de ropa tres veces.

En el primer intento, parece que se está esforzando demasiado. En el segundo, parece que no se esforzó nada. En el tercero, elige unos vaqueros, zapatillas, una blusa clara y la chaqueta azul que Sophie dice que combina con su "fase sentimental en negación".

Maya ignora el comentario.

Casi.

Cuando llegan al gimnasio, Sophie viene con ella, porque obviamente no perdería la oportunidad de observar "el evento histórico". Maya dice que está exagerando. Sophie responde que los romances necesitan testigos fiables.

El gimnasio está animado. Hay estudiantes repartidos por las gradas, conversaciones altas, risas, el sonido del balón botando en la cancha. Maya siente que se le aprieta el estómago incluso antes de verlo.

Entonces lo ve.

Logan está al otro lado, cerca del equipo, usando el uniforme. El pelo ligeramente húmedo, la postura concentrada, los hombros anchos, la forma distinta de existir cuando está en ese espacio.

Parece pertenecer a la cancha.

Y, por algún motivo, eso la afecta.

No porque lo haga parecer distante.

Sino porque ahora sabe que hay algo detrás de esa imagen. Sabe del chico que se pone nervioso. Del chico que guarda frases. Del chico que pregunta si fue demasiado. Del chico que besa despacio entre estanterías.

Logan levanta la vista hacia las gradas.

Busca.

Maya sabe el momento exacto en que él la encuentra.

Su expresión cambia.

No mucho. Solo lo suficiente para que ella se dé cuenta. La concentración deja espacio a una sonrisa pequeña, casi incrédula, como si, incluso habiéndoselo pedido, todavía no esperara realmente verla allí.

Maya levanta la mano en un saludo discreto.

Logan sonríe más.

Sophie le da un codazo en el brazo.

— Se olvidó del deporte por tres segundos.

— Para.

— Solo estoy relatando hechos.

Logan vuelve con el equipo, pero mira una vez más antes del inicio del partido.

Maya siente la cara caliente.

Durante el partido, intenta entender las reglas más de lo que entiende. Sophie comenta cosas aleatorias, la mitad correctas, la mitad inventadas. Maya se ríe, pero sus ojos vuelven siempre a Logan.

Él es bueno.

No de un modo vanidoso. No como alguien intentando probar que merece ser observado. Logan juega con intensidad, con atención, con una confianza que parece construida en años de esfuerzo. Corre, pasa, orienta a los compañeros, celebra sin exagerar. Cuando falla, respira hondo y sigue.

A Maya le gusta verlo así.

Le gusta más de lo que esperaba.

En un momento del segundo tiempo, Logan hace una jugada que levanta a parte de las gradas. La gente grita su nombre. Sophie también grita, sin ningún pudor.

Maya aplaude, riéndose.

Logan la mira a ella.

No a toda la afición.

A ella.

Y la sonrisa que él da después no parece ser la del atleta que acaba de hacer una buena jugada.

Parece ser la del chico de la librería.

Eso la desarma un poco.

Al final, el equipo de Logan gana.

La cancha se llena de movimiento. Los jugadores se saludan, amigos bajan, la gente llama nombres. Maya permanece de pie en las gradas, sujetando con fuerza la correa del bolso.

— Ve — dice Sophie.

— Está ocupado.

— Te está buscando.

Maya mira.

Logan está, de hecho, mirando alrededor.

Cuando la encuentra, viene hacia ella.

Aún jadeante. Aún sudado. Aún con esa energía del partido en el cuerpo.

Pero la sonrisa es toda de ella.

— Viniste — dice él, cuando se acerca.

Maya intenta parecer tranquila.

— Dije que venía.

— Lo sé. Solo me gustó verlo.

Sophie aparece al lado, sonriendo como quien se portó pésimamente y no se arrepiente.

— Buen partido, Carter.

Logan se ríe.

— Gracias, Sophie.

— No voy a mentir. Entendí la mitad.

— La mitad ya es más de lo que Ryan entiende a veces.

— Me gustó por eso.

Maya niega con la cabeza, pero sonríe.

Logan la mira de nuevo.

— ¿Y tú?

— Yo entendí menos que la mitad.

Él se ríe.

— Justo.

— Pero me gustó.

Su expresión cambia.

— ¿Te gustó?

Maya asiente.

— Me gustó verte jugar.

Logan se queda callado un segundo.

Sophie mira de uno a otro y da un paso atrás.

— Voy a comprar agua. O fingir que voy a comprar agua. Ustedes decidan la versión.

— Sophie — llama Maya, avergonzada.

— Estoy siendo madura.

Se va antes de que Maya pueda responder.

Logan se ríe bajito.

— Ella es sutil.

— Mucho.

Se quedan los dos allí, cerca del lateral de la cancha, rodeados de movimiento y ruido, pero con una burbuja extraña de silencio entre ellos.

Logan se pasa la toalla por la nuca.

— Quería abrazarte, pero estoy sudado.

Maya lo mira.

Debería decir que está bien, mejor no.

Pero la verdad es que pasó todo el partido queriendo saber cómo sería encontrárselo después.

Entonces da un paso adelante.

— Yo sobrevivo.

Logan se detiene.

— ¿Estás segura?

Maya sonríe un poco.

— Estoy segura.

El abrazo llega con cuidado, aun así. Logan pasa los brazos alrededor de ella sin apretar demasiado, como si todavía estuviera pidiendo permiso en el gesto. Maya apoya la cara en el pecho de él por un instante y siente el calor del cuerpo, la respiración acelerada, el olor a esfuerzo y jabón.

No es perfecto como escena de película.

Es mejor.

Porque es real.

— Gracias por venir — murmura él cerca del pelo de ella.

Maya cierra los ojos.

— Gracias por querer que viniera.

Logan se aparta solo lo suficiente para mirarla.

— Yo siempre te quiero cerca.

La frase le da de lleno.

Maya siente el miedo moverse dentro de ella, ese viejo impulso de retroceder cuando algo se vuelve demasiado bonito.

Pero Logan no parece pedir una respuesta enorme.

Solo dijo la verdad.

Entonces Maya decide responder con una verdad posible.

— Hoy me gustó estar cerca.

Su sonrisa aparece despacio, feliz y contenida.

— Voy a guardarlo.

— Ya lo sé.

— ¿Me estoy volviendo predecible?

— Un poco.

— Contigo, tal vez quiera serlo.

Maya baja la mirada, sonriendo a pesar del calor en la cara.

Antes de que consiga responder, Ryan aparece detrás de Logan, con una botella de agua en la mano y una expresión demasiado satisfecha.

— Así que esta es Maya.

Logan cierra los ojos por un segundo.

— Ryan.

— ¿Qué? Fui educado.

Maya intenta contener la risa.

— Hola, Ryan.

— Hola. Gracias por venir. Jugó mejor porque estabas aquí.

— Eso no es verdad — dice Logan.

Ryan lo señala.

— Es muy verdad. Se puso insoportablemente motivado.

Maya mira a Logan, divertida.

— ¿Insoportablemente?

— Ryan exagera.

— Yo observo — corrige Ryan. — Es diferente.

Logan se pasa la mano por la cara.

— ¿No tenías que ir a hacer algo?

— Tenía. Beber agua. Ya lo hice.

Maya se ríe, y Logan la mira con una expresión entre avergonzada y feliz.

Ryan parece notarlo. Y, para sorpresa de ella, suaviza el tono.

— Hablando en serio, estuvo bien que vinieras. Él quería mucho.

Logan mira al amigo.

— ¿Estás intentando matarme?

— Estoy ayudando.

— No lo estás.

Maya siente que se le calienta el pecho.

— Yo también quería venir — dice ella.

Logan gira la cara hacia ella.

El mundo parece encogerse de nuevo.

Ryan levanta las manos.

— Vale. Ahora sí que me voy de verdad antes de que esto se ponga demasiado dulce para el ambiente deportivo.

Se va, y Maya no puede evitar la risa.

— Me cae bien.

— Eso es preocupante.

— A él le gustas tú.

— Por desgracia.

— Mucho.

Logan mira a Ryan alejarse y luego vuelve a ella.

— Me conoce desde hace demasiado tiempo.

— ¿Eso te asusta?

— Un poco. Dice cosas que yo intento esconder.

Maya inclina la cabeza.

— ¿Como qué?

Logan sostiene su mirada.

— Como cuánto quería que vinieras hoy.

Maya no consigue bromear con eso.

No quiere.

— Vine.

— Viniste.

— Y tal vez venga otra vez.

Su sonrisa se abre, lenta.

— ¿Del tipo que parece que sí?

Maya respira hondo, fingiendo pensar.

— Quizá.

Logan se ríe bajito.

— Cruel.

— Dijiste que era tu palabra favorita.

— Sigue siéndolo.

Sophie vuelve con una botella de agua y una expresión de quien claramente tardó a propósito.

— ¿Interrumpí?

— Sí — dice Logan.

— Logan — reprende Maya, riéndose.

— Estoy siendo honesto.

Sophie le entrega la botella a Maya.

— Me gusta su honestidad.

Después del partido, salen del gimnasio juntos. Sophie se inventa que necesita encontrar a una compañera en la biblioteca, aunque sea domingo y la excusa no convenza a nadie. Maya no la cuestiona. Solo manda un mensaje discreto dando las gracias.

Sophie: De nada. No desperdicies al atleta sentimental.

Maya guarda el móvil antes de que Logan lo vea.

Pero él ve su sonrisa.

— ¿Qué fue?

— Nada.

— ¿Sophie?

— Tal vez.

— Esa palabra ahora está trabajando demasiado.

— Aguanta.

Logan se ríe.

Caminan por el campus al final de la tarde. Logan ya cambió la camiseta del uniforme por una camiseta limpia, pero todavía parece cargado de la energía del partido. A Maya le gusta ese contraste: el atleta que todos vieron en la cancha y el chico que ahora camina despacio a su lado para ajustar el paso al de ella.

— Te pones diferente jugando — dice ella.

Logan la mira.

— ¿Diferente cómo?

— Más... seguro de ti.

Él piensa un momento.

— ¿Y eso es bueno?

— Es. Pero me gusta más cuando te pones nervioso.

Logan tropieza en una risa.

— Eso fue inesperadamente cruel.

— No cruel. Solo honesto.

— ¿Te gusta verme nervioso?

Maya mira hacia delante, sonriendo.

— Me gusta saber que te pones.

Logan se queda en silencio unos pasos.

— Me pongo mucho.

Ella lo mira.

— ¿Mucho?

— Antes del pícnic. Antes de la librería. Hoy, cuando te mandé un mensaje preguntando si estabas ocupada. Cuando te vi en las gradas.

Maya siente que algo dentro de ella se ablanda.

— Pareces tan confiado.

— Lo parezco.

— ¿No es lo mismo?

— No siempre.

Ella aprieta la mano de él, que ni se dio cuenta de cuándo la tomó.

O tal vez se dio cuenta y solo lo aceptó.

— Me gustan las dos partes — dice Maya.

Logan la mira.

— ¿Cuáles?

— La que parece confiada. Y la que se pone nerviosa.

Su expresión cambia de una manera pequeña, vulnerable.

— Eso es mucho para guardar.

— Entonces guárdalo bien.

Él se ríe bajito.

— Lo intentaré.

Se detienen cerca de un banco bajo un árbol. El campus está más silencioso ahora, bañado por una luz dorada que hace que todo parezca un recuerdo incluso antes de suceder.

Logan se sienta primero, y Maya se sienta a su lado.

Durante un tiempo, no dicen nada.

El silencio no pesa.

Eso todavía sorprende a Maya.

Siempre pensó que el silencio entre dos personas necesitaba ser llenado antes de que se volviera incomodidad. Con Logan, a veces el silencio parecía solo otra forma de conversar.

— Me gustaste allí — dice Logan después de un rato.

Maya lo mira.

— ¿En las gradas?

Él asiente.

— Sé que puede ser raro. Todo el mundo mirando, el ruido, Ryan siendo Ryan.

— Fue un poco raro.

— Perdón.

— No fue malo.

Él espera.

Maya busca las palabras.

— Me puse nerviosa antes. Porque ese es tu mundo. Y yo no sabía si me iba a sentir fuera de lugar.

— ¿Te sentiste?

Ella piensa.

— Al principio. Después me miraste.

Logan se queda callado.

Maya siente que se le calienta la cara, pero continúa.

— Entonces pareció menos distante.

Él baja la mirada a las manos de los dos.

— Te busqué todo el partido.

— Me di cuenta.

— ¿Muy obvio?

— Un poco.

— Ryan me va a destruir por eso.

— Sophie también.

Logan se ríe.

Luego la risa se va apagando despacio.

— Quería que supieras que no necesitas que te guste todo este mundo para que te guste yo.

Maya gira un poco el cuerpo hacia él.

— Lo sé.

— ¿Lo sabes?

— Lo sé. Pero tal vez quiera conocer las partes que hacen que tú seas tú.

Logan la mira como si ella hubiera dicho algo demasiado precioso.

— Maya...

— ¿Qué?

— Dices cosas que me dan ganas de olvidar cómo se respira.

Ella se ríe, avergonzada.

— Dramático.

— Muy honesto.

— Usas eso como excusa para todo.

— Porque funciona.

Maya niega con la cabeza, pero está sonriendo.

Logan le roza la mano con el pulgar.

— ¿Puedo besarte?

La pregunta sale baja, incluso después de tantos besos.

Tal vez por eso sigue siendo importante.

Maya asiente.

— Puedes.

Logan se acerca sin prisa. El beso es suave al principio, casi una continuación del silencio. Maya siente el calor de la mano de él en la suya, su respiración todavía un poco pesada, el cuidado con que inclina el rostro para encontrar el ángulo del de ella.

Le gusta.

Le gusta demasiado.

Y esta vez no piensa en cuánto puede crecer esto.

Solo deja que crezca un poco.

Cuando se separan, Logan se queda cerca.

— Estás sonriendo — murmura.

— No estoy.

— Sí estás.

— Entonces deja de mirar.

— Imposible.

Maya se ríe bajito, apoyando la frente por un segundo en el hombro de él. El gesto sale natural. Íntimo. Pequeño y enorme al mismo tiempo.

Logan se queda inmóvil, como si no quisiera asustar ese momento.

Después apoya la cara suavemente en el pelo de ella.

— ¿Esto está bien? — pregunta.

Maya cierra los ojos.

— Está.

— ¿Medio-pequeño?

Ella sonríe contra el hombro de él.

— Medio-pequeño.

Se quedan así unos minutos, viendo el campus oscurecer poco a poco.

Maya sabe que no pasó nada grandioso.

Ninguna declaración pública. Ninguna promesa definitiva. Ningún giro dramático.

Solo un partido.

Un abrazo.

Una conversación en el banco.

Un beso.

Y, aun así, parece mucho.

Tal vez porque su romance se está construyendo justamente así: en cosas pequeñas que, juntas, empiezan a ocupar demasiado espacio como para ser ignoradas.

Más tarde, cuando Logan la acompaña hasta el edificio, la despedida llega despacio.

Maya se queda parada delante de la puerta, ya sintiendo su falta incluso antes de entrar.

Lo cual es ridículo.

Y verdadero.

— Gracias por hoy — dice ella.

Logan sonríe.

— Yo debería agradecer.

— Ya agradeciste.

— Puedo agradecer otra vez.

— Puedes.

Él da un paso más cerca.

— Gracias por venir a mi partido.

Maya lo mira.

— Gracias por buscarme en las gradas.

Su sonrisa falla por un segundo, como si la frase hubiera tocado algún lugar sensible.

— Siempre.

La palabra es pequeña.

Pero pesa.

Maya siente que el corazón se le acelera.

Logan parece darse cuenta y suaviza la mirada.

— Un partido a la vez — dice.

Ella se ríe bajito, emocionada.

— Un partido a la vez.

Él besa su frente antes de besar su boca.

Maya no espera el primer gesto, y tal vez por eso él la desarma tanto. El beso en la frente es demasiado dulce. Demasiado cuidadoso. Después el beso en la boca llega leve, lo bastante largo como para dejar añoranza.

Cuando él se aparta, Maya le sostiene la mano un segundo más.

— ¿Me mandas un mensaje cuando llegues?

Logan sonríe.

— ¿Eso fue una petición?

— Lo fue.

Parece que le gusta la respuesta.

Mucho.

— Mando.

Maya entra en el edificio antes de hacer algo aún más valiente, como pedirle que se quede cinco minutos más.

Cuando llega a la habitación, Sophie todavía no volvió. Maya se quita la chaqueta, se sienta en la cama y se queda en silencio.

No porque esté confundida.

Por primera vez, tal vez lo esté menos.

Toma el libro azul de la mesa y lo abre en la página marcada. Lee una frase. Luego otra. Consigue leer un párrafo entero antes de que el móvil vibre.

Logan: Llegué. Vivo. Ryan hizo comentarios, pero sobreviví.

Maya sonríe.

Maya: Sophie también los hará cuando llegue.

Logan: Estamos rodeados.

Maya: Por personas insoportables a las que les gustamos.

Logan: Me gusta más cuando eres tú.

Ella se detiene.

El corazón da ese salto conocido.

Pero ahora Maya no quiere huir de él.

Maya: A mí también me gusta cuando eres tú.

La respuesta tarda.

Maya imagina a Logan mirando la pantalla, tal vez sonriendo, tal vez quedándose sin saber qué decir.

Le gusta la imagen.

Cuando llega el mensaje, es simple.

Logan: Esta la voy a guardar diferente.

Maya se acuesta, abrazando la almohada.

Maya: ¿Diferente cómo?

Logan: Cerca.

Ella cierra los ojos por un instante.

Cerca.

Eso era.

Logan se estaba quedando cerca.

No demasiado cerca. No demasiado rápido. No de una manera que la hiciera desaparecer.

Cerca de la manera correcta.

Lo bastante cerca como para que lo echara de menos.

Lo bastante cerca como para que quisiera ir al partido.

Lo bastante cerca como para que, cuando él dijera siempre, ella no pensara en correr.

Pensara en creer un poco.

Maya mira la flor casi marchita en el vaso y el libro azul al lado de la cama.

Luego teclea:

Maya: Buenas noches, Logan.

Logan: Buenas noches, Maya. Gracias por un paso más.

Lee el mensaje despacio.

Un paso más.

Sí.

Eso era lo que estaban haciendo.

Un paso tras otro.

Sin atropellar el miedo.

Sin disminuir las ganas.

Maya deja el móvil al lado de la almohada y apaga la luz.

En la oscuridad, sonríe.

Porque, aquel domingo, descubrió que podía entrar un poco en el mundo de Logan sin perder el suyo.

Descubrió que podía ser vista a su lado y aun así sentirse ella misma.

Descubrió que el corazón podía latir fuerte no solo por miedo, sino por alegría.

Y, antes de dormir, con el recuerdo del abrazo después del partido todavía caliente en el cuerpo, Maya admite una verdad bajita, solo para sí:

Quería el próximo paso.

Y quería que fuera con él.

CAPÍTULO 15

Una invitación pequeña

El lunes, Maya intenta estudiar.

Lo intenta de verdad.

Abre el portátil, organiza los libros sobre la mesa de la biblioteca, se recoge el pelo, coloca una botella de agua al lado y decide que esa mañana será productiva. Una mañana seria. Académica. Absolutamente libre de pensamientos sobre Logan Carter.

Dura siete minutos.

En el octavo, relee la misma frase por tercera vez y se da cuenta de que no tiene idea de lo que acaba de leer.

Culpa de él.

Culpa de aquel partido. De aquel abrazo después de la cancha. Del mensaje de buenas noches. De la palabra "cerca" quedándose dentro de ella como si hubiera encontrado un lugar donde vivir.

Maya apoya la frente en la mano y suelta un suspiro.

— ¿Difícil estudiar cuando el atleta sentimental invadió tu cerebro?

Ella levanta la vista.

Sophie está parada al otro lado de la mesa, sosteniendo dos cafés y usando una expresión demasiado satisfecha.

— Necesitas dejar de aparecer de la nada — murmura Maya.

— Yo aparecí caminando. Tú solo estabas demasiado distraída pensando en él.

— Yo estaba leyendo.

Sophie mira la pantalla del portátil.

— ¿Sobre metodología de investigación?

— Sí.

— ¿Con esa cara de quien recibió flores?

Maya cierra el portátil despacio.

— Eres irritante.

— Soy necesaria.

Sophie pone uno de los cafés delante de ella y se sienta.

— Entonces. Después del partido, ¿mensaje? ¿Llamada? ¿Declaración? ¿Propuesta de matrimonio simbólica?

— Sophie.

— Estoy recopilando datos.

— Solo mandó un mensaje diciendo que llegó.

— ¿Y?

Maya toma el vaso de café.

— Y dijo gracias por un paso más.

Sophie se lleva la mano al pecho.

— Yo sabía que él tenía potencial.

— Hablas como si estuvieras entrenando a Logan para una competición.

— Estoy evaluando desempeño romántico. Le está yendo bien.

Maya intenta no sonreír. Falla.

Sophie lo nota, claro.

— ¿Ves? Gravísimo.

Maya mira la mesa, pasando el pulgar por el borde del vaso.

— Estoy intentando ir despacio.

— Lo sé.

— Y él también lo está.

— Yo también lo sé.

— Solo que a veces parece que, incluso despacio, va rápido.

Sophie suaviza la expresión.

— Tal vez porque es importante.

Maya se queda callada.

La biblioteca alrededor sigue igual: páginas pasando, teclados bajos, estudiantes susurrando, pasos discretos entre las estanterías. Pero dentro de ella hay un cambio difícil de nombrar. Antes, pensar en Logan era como entrar en una sala donde todas las luces se encendían de golpe. Ahora, todavía había claridad, pero no le hería tanto los ojos.

Se estaba acostumbrando.

Esa era la parte peligrosa.

— Me preguntó una cosa hoy temprano — dice Maya.

Sophie se inclina.

— ¿Qué?

Maya toma el móvil, abre la conversación y lee el mensaje otra vez, aunque ya conoce cada palabra.

Logan: ¿Tienes algo después de clase hoy? Nada grande. Lo prometo.

Nada grande.

Claro que él escribiría eso.

Como si conociera el tamaño exacto del miedo de ella.

— Quiere verte — dice Sophie.

— Lo sé.

— Y tú quieres verlo.

Maya se queda paralizada.

Sophie alza las cejas.

— Maya.

— Quiero.

La palabra sale baja.

Aun así, parece enorme.

Sophie sonríe, pero no bromea esta vez.

— Entonces responde.

Maya mira la pantalla. Sus dedos se quedan suspendidos sobre el teclado.

Maya: Depende. ¿Qué es nada grande?

La respuesta llega unos segundos después.

Logan: Un paseo. Diez minutos. Tal vez quince, si te gusta mucho mi compañía.

Maya se ríe sola.

Maya: Engreído.

Logan: Esperanzado.

Ella siente que el pecho se le ablanda.

Maya: Tengo clase hasta las cuatro.

Logan: ¿Te encuentro después?

Maya respira hondo.

Maya: Encuéntrame.

Al otro lado de la mesa, Sophie sonríe como si acabara de ver un final feliz en miniatura.

— No digas nada — advierte Maya.

— Ni iba a hacerlo.

— Sí ibas.

— Iba, pero me lo voy a guardar.

— ¿Aprendiste de él?

— Por desgracia, sí.

Maya se ríe e intenta volver al estudio.

Esta vez, logra leer casi una página entera.

Casi.

A las cuatro, sale del aula con el corazón haciendo mucho más ruido del que debería por culpa de un paseo de diez minutos. El pasillo está lleno, las voces se mezclan, las mochilas golpean las sillas, los estudiantes pasan apurados. Maya se ajusta la correa del bolso al

hombro e intenta parecer normal.

Logan está apoyado cerca de la salida del edificio.

Vaqueros. Camiseta oscura. El pelo un poco despeinado. Un vaso de café en una mano y otro en la otra.

Cuando la ve, el rostro de él cambia.

No de una manera exagerada.

Solo lo suficiente para que Maya sienta que la estaba esperando.

— Hola — dice él.

— Hola.

Él le entrega el vaso.

— Sin azúcar.

Maya lo acepta, intentando contener la sonrisa.

— Te estás volviendo predecible.

— Estoy intentando ser fiable.

Ella lo mira.

Logan parece darse cuenta de que dijo algo más grande de lo que pretendía. Baja la mirada por un segundo, luego sonríe levemente.

— Y también predecible.

Maya sostiene el café con las dos manos.

— ¿A dónde es este paseo nada grande?

— Al jardín detrás del edificio de artes.

— Eso es específico.

— Lo planeé.

— Pensé que no era nada grande.

— Planificación pequeña.

Maya se ríe, y Logan sonríe como si ese sonido hubiera valido todo el esfuerzo.

Caminan lado a lado. Al principio, hay una distancia discreta entre los brazos de los dos, pero va disminuyendo naturalmente, paso a paso, hasta que los dedos de él rozan los de ella.

Logan no le toma la mano de inmediato.

Solo deja la posibilidad ahí.

Maya se da cuenta.

Y, después de unos segundos, entrelaza sus dedos con los de él.

Logan mira las manos unidas.

Luego a ella.

— Hola otra vez — murmura.

Maya siente que se le calienta la cara.

— No lo arruines.

— No dije nada.

— Lo dijiste con la cara.

— Mi cara está muy feliz, lo siento.

Ella le aprieta la mano, fingiendo irritación.

— Eres imposible.

— ¿Pero de una manera que toleras?

Maya mira hacia adelante, mordiéndose una sonrisa.

— Tal vez.

Logan suelta una risa baja.

— Volvió mi palabra favorita.

El jardín detrás del edificio de artes es más pequeño de lo que Maya imaginaba. Un camino de piedra corta el césped, algunos árboles dan sombra sobre bancos antiguos, y hay macetas grandes cerca de una pared cubierta por enredaderas. No es un lugar escondido, pero es más tranquilo que el resto del campus.

Logan la conduce hasta un banco cerca de un árbol.

— Diez minutos — dice, sentándose a su lado. — Como prometí.

Maya mira alrededor.

— ¿Y si me gusta mucho tu compañía?

— Tengo argumentos para quince.

— ¿Argumentos?

Él alza el café.

— Traje bebida.

— Flojo.

— Recuerdo cómo lo tomas.

— Mejor.

— Y te eché de menos desde ayer.

Maya se detiene.

Logan también parece detenerse por dentro.

La frase queda entre ellos, demasiado simple para deshacerse.

Maya mira el café, luego a él.

— Ese argumento fue injusto.

— Fue verdadero.

— Peor aún.

Logan sonríe pequeño, pero sus ojos están atentos. Cuidadosos.

— ¿Demasiado?

Maya respira.

La pregunta no irrita. No disminuye el momento. Al contrario. Le gusta que él pregunte. Le gusta que Logan perciba cuando una frase puede tocar lugares demasiado profundos.

— No — responde ella. — Solo... acertó.

Él se queda callado un instante.

— ¿Puedo estar feliz con eso?

Maya lo mira, casi riéndose.

— Puedes.

— ¿Mucho?

— Medio.

— ¿Medio-pequeño?

— Hoy medio.

Logan abre una sonrisa lenta.

— Progreso.

Maya se ríe y apoya el hombro suavemente en el de él. El gesto es pequeño, pero ella siente que el cuerpo de él reacciona con esa inmovilidad cuidadosa, como si Logan tuviera miedo de moverse y perderlo.

— Puedes respirar — murmura ella.

Él suelta el aire, riéndose bajo.

— Estoy aprendiendo a no asustar momentos buenos.

Maya lo mira.

— ¿Crees que puedes asustar?

— A veces. Sé que me pongo intenso.

Ella piensa en eso.

En la manera en que él mira. Cómo guarda frases. Cómo hace que las cosas parezcan importantes sin intentarlo. Sí, Logan podía ser intenso. Pero la intensidad de él no parecía una presión. Parecía presencia.

— No me asustas cuando eres sincero — dice ella.

Logan baja la mirada.

— Eso también me lo voy a guardar.

— Tu colección debe de estar quedando enorme.

— Lo está. Y muy bien organizada.

— ¿Por categoría?

— Claro.

Maya sonríe.

— ¿En qué categoría entra esta?

Logan piensa, mirando las manos de los dos.

— Cosas que Maya dice sin darse cuenta de que me cambian el día entero.

Ella se queda sin palabras por un segundo.

— Logan...

— Lo sé. Medio.

Maya se ríe, pero siente que le arden un poco los ojos.

No de tristeza.

Ese era el problema con Logan: hacía que la ternura pareciera peligrosa.

Durante unos minutos, se quedan ahí, tomando café y hablando de cosas pequeñas. La clase de ella. El entrenamiento de él. Sophie. Ryan. El libro azul, que Maya todavía no terminó porque, según ella, "alguien" estaba estorbando su concentración.

Logan se lleva la mano al pecho.

— Fui acusado injustamente.

— Mandaste un mensaje de buenos días hablando del libro.

— Eso fue incentivo literario.

— Fue distracción romántica.

Él sonríe.

— Me gusta más tu nombre.

Maya niega con la cabeza, pero no logra fingir que no le gustó.

Cuando el café se acaba, Logan se recuesta un poco en el banco.

— ¿Puedo preguntarte una cosa?

Maya lo mira.

— Puedes.

— ¿Se lo contaste a alguien? ¿Sobre mí?

La pregunta viene ligera, pero ella percibe la inseguridad debajo.

— Sophie lo sabe.

— Sophie lo sabría aunque no se lo contaras.

— Verdad.

— ¿Alguien más?

Maya niega con la cabeza.

— No. Todavía no.

Logan asiente despacio.

— Está bien.

Ella frunce el ceño.

— ¿Querías que lo contara?

— Quiero que lo hagas a tu tiempo.

— ¿Pero?

Él la mira.

— Pero no quiero parecer un secreto del que te avergüenzas.

La frase entra en ella con delicadeza y peso.

Maya siente la mano de él en la suya, cálida, firme, pero sin sujetar.

— Tú no eres eso — dice ella al instante.

Logan observa su rostro, como si necesitara creerlo por la expresión antes que por las palabras.

— Sé que no es simple para ti.

— No es por vergüenza.

— Lo sé.

— Es por... cuando la gente sabe, opina. Mira. Espera. Convierte algo que todavía está naciendo en algo que necesita explicarse.

Logan escucha sin interrumpir.

Eso la hace continuar.

— Y me gusta lo que tenemos cuando nadie está intentando nombrarlo por nosotros.

La mirada de él se suaviza.

— A mí también me gusta.

Maya le aprieta los dedos.

— Pero no quiero esconderte.

Logan se queda muy quieto.

— ¿No?

— No.

Ella siente que su propio corazón se acelera, pero no retrocede.

— Solo quiero entender primero cómo sostener esto sin perderme.

La expresión de Logan cambia otra vez. Esa vulnerabilidad silenciosa, casi demasiado bonita.

— Maya, no quiero que te pierdas por mi culpa.

— Lo sé.

— Quiero estar en tu vida, no tomarla entera.

Maya respira hondo.

Era exactamente eso lo que la asustaba.

Porque él entendía.

Porque él decía las cosas correctas no como trucos, sino como verdades que parecían haber pasado por el mismo miedo antes de llegar hasta ella.

— Lo estás logrando — admite ella.

Logan traga saliva.

— ¿Lo estoy?

— Lo estás.

Él mira las manos de ellos.

— Entonces puedo esperar.

Maya siente que el pecho se le aprieta.

— Siempre dices eso.

— Porque es verdad.

— ¿Y si tardo?

Logan vuelve a mirarla.

— No estoy contando los días, Maya.

Ella se queda en silencio.

Él pasa el pulgar por la mano de ella.

— Estoy contando los momentos en que te quedas.

La frase la golpea tan hondo que Maya necesita mirar hacia otro lado por un segundo.

El jardín está tranquilo. Una hoja cae cerca del camino. Dos estudiantes pasan hablando bajo, sin prestarles atención. El mundo sigue siendo común.

Pero por dentro, Maya siente que algo cambia de lugar.

Siempre pensó que el amor empezaba con una caída.

Con pérdida de control.

Con alguien entrando demasiado rápido, dejando todo demasiado desordenado, haciendo que el corazón confundiera intensidad con seguridad.

Con Logan, no era así.

Era casi lo contrario.

Él no la derribaba.

Él se sentaba a su lado.

Esperaba.

Preguntaba.

Daba espacio.

Y, de algún modo, eso la hacía querer acercarse más.

— Mi madre me llamó ayer — dice Maya, antes de pensarlo demasiado.

Logan no cambia de postura, pero su atención se queda entera en ella.

— ¿Cómo fue?

Maya se encoge de hombros.

— Normal. Preguntó por las clases, por las notas, si estaba durmiendo bien. Esas cosas.

— ¿Y lo estabas?

— ¿Durmiendo bien?

— Sí.

Ella sonríe de lado.

— Más o menos.

— ¿Culpa mía?

— Parcialmente.

Logan intenta parecer culpable, pero falla.

— Lo siento.

— No pareces arrepentido.

— No completamente.

Maya se ríe, y él sonríe con ella.

Luego ella se pone seria otra vez.

— Casi hablé de ti.

Logan se detiene.

— ¿Casi?

Ella asiente.

— Fue extraño. Estábamos hablando de la semana, y pensé en decir que había ido a una librería con alguien. Que había ido al partido de alguien. Que había alguien.

La palabra queda suspendida.

Alguien.

Logan no sonríe de inmediato. Primero, recibe. Guarda. Respira.

— ¿Y por qué no lo dijiste?

— Porque me bloqueé.

— Está bien.

— No me pareció que estuviera bien.

— Maya.

La voz de él sale baja.

Ella lo mira.

— Casi hablaste — dice Logan. — Para mí, eso ya es un paso.

Maya siente ganas de llorar, lo cual es absurdo, porque él solo está siendo amable. Pero tal vez sea exactamente por eso.

— ¿No te cansas de ser paciente?

Logan inclina la cabeza.

— A veces me pongo ansioso. No cansado.

— ¿Cuál es la diferencia?

— Ansioso es querer mucho. Cansado es querer menos.

Maya se queda inmóvil.

Logan sostiene su mirada.

— Y yo no quiero menos.

El silencio que viene después no es pequeño.

Ni medio-pequeño.

Es grande.

Pero Maya no huye.

Ella lo mira, a este chico que todos creen demasiado confiado, demasiado fácil, demasiado brillante, y ve el cuidado detrás. El valor silencioso de querer sin exigir.

Entonces ella hace algo antes de que el miedo convenza a su cuerpo de lo contrario.

Suelta la mano de él.

Logan parpadea, tal vez pensando que ella se va a alejar.

Pero Maya lleva la mano al rostro de él.

Le toca la mejilla suavemente.

El asombro en los ojos de Logan es tan sincero que casi le parte el corazón.

— Yo tampoco quiero menos — dice ella.

La frase sale baja.

Imperfecta.

Pero entera.

Logan cierra los ojos por un segundo, como si necesitara sentir eso antes de responder. Cuando los abre, hay tanta emoción en el rostro de él que Maya olvida todos los argumentos que usaba para protegerse.

— ¿Puedo besarte? — pregunta él.

Maya sonríe.

— Pensé que no ibas a poder preguntar.

— Casi no pude.

— Puedes.

El beso empieza despacio, como todos los besos que Logan da cuando sabe que algo importante acaba de pasar. La mano de él toca su cintura con cuidado. Maya se acerca, los dedos aún en el rostro de él, y siente que la respiración de él falla cuando ella no retrocede.

Esta vez, es ella quien se demora un poco más.

Es ella quien sujeta el cuello de la camiseta de él.

Es ella quien convierte el beso en respuesta.

Cuando se separan, Logan se queda con la frente casi pegada a la de ella.

— Estoy intentando no decir una cosa muy grande — murmura él.

Maya cierra los ojos.

El corazón se dispara.

— Entonces no lo digas todavía.

— No lo voy a decir.

Ella abre los ojos.

Logan sonríe levemente, pero hay demasiada emoción ahí como para convertirse en broma.

— ¿Pero puedo sentirlo?

Maya siente que el pecho se le aprieta.

La pregunta la desarma.

Porque no pide prisa.

No exige respuesta.

Solo existe.

Ella pasa el pulgar por el lateral del rostro de él.

— Puedes.

Logan respira hondo, como si ese permiso fuera precioso.

Maya entiende, en ese instante, que algunas cosas ya estaban pasando incluso sin nombre. Incluso sin declaración. Incluso sin promesa.

Y tal vez estaba bien.

Tal vez no toda verdad necesita ser dicha antes de ser cuidada.

El móvil de ella vibra dentro del bolso, rompiendo el momento con un sonido pequeño. Maya se aparta un poco, toma el aparato y ve un mensaje de Sophie.

Sophie: Solo confirmando: ¿estás viva o fuiste absorbida por el paseo de diez minutos?

Maya se ríe.

Logan alza una ceja.

— ¿Sophie?

— Pregunta si estoy viva.

— Respóndele que sí. Pero emocionalmente comprometida.

— No voy a escribir eso.

— Cobarde.

Maya lo mira, fingiendo ofensa.

— Te estás volviendo atrevido.

— Me estoy volviendo feliz.

Ella pierde la pose.

Escribe una respuesta rápida.

Maya: Estoy viva. El paseo se convirtió en quince minutos.

Sophie responde casi de inmediato.

Sophie: Lo sabía. Escándalo.

Maya guarda el móvil, todavía sonriendo.

— ¿Quince minutos? — pregunta Logan.

— Parece que sí.

— Tengo argumentos para veinte.

— Logan.

— Último argumento.

— ¿Cuál?

Él la mira con una seriedad dulce.

— Me gusta estar contigo sin necesidad de hacer que pase nada.

Maya siente que la frase se posa.

No como impacto.

Como refugio.

Ella mira el jardín, el banco, el café vacío, las manos ahora cerca otra vez.

— Ese fue bueno — admite.

— ¿Lo bastante bueno?

— Para veinte.

Logan sonríe como si hubiera ganado algo importante.

Y tal vez lo había hecho.

Se quedan un poco más.

No conversan todo el tiempo. A veces, Maya habla de una profesora exigente. A veces, Logan cuenta sobre el entrenamiento de la semana. A veces, ninguno de los dos dice nada, y aun así todo parece lleno.

Cuando por fin se levantan, el cielo ya empieza a cambiar de color.

Logan camina con ella hasta cerca de la residencia. Esta vez, Maya no se preocupa tanto por quién pueda ver. Algunos estudiantes pasan. Una chica mira rápido. Un compañero de Logan saluda desde lejos. Nada se derrumba.

La mano de él sigue en la de ella.

Y Maya sigue siendo Maya.

En la entrada del edificio, se detienen.

Logan mira las manos unidas, luego a ella.

— Gracias por los veinte minutos.

— Fueron casi treinta.

— Mejor aún.

Maya sonríe.

— ¿Planeaste esto?

— Yo esperaba quince.

— Ambicioso.

— Contigo, siempre.

Ella siente ese calor en el pecho otra vez.

— ¿Logan?

— ¿Sí?

Maya respira hondo.

— Si mi madre llama otra vez... tal vez hable de ti.

Él se queda inmóvil.

— ¿Tal vez?

— Tal vez.

La sonrisa de él aparece despacio, emocionada y contenida.

— Mi palabra favorita.

— No lo hagas parecer enorme.

— No lo haré.

Pero los ojos de él lo hacen.

Maya se ríe bajito y se acerca para besarlo antes de que él diga cualquier cosa. El beso es corto, dulce, familiar de una manera nueva. Cuando ella se aparta, Logan parece un poco sin suelo.

A ella le gusta eso.

Le gusta saber que también puede afectarlo.

— Buenas noches — dice ella.

— Todavía es temprano.

— Buenas tardes, entonces.

— Pésima despedida.

— Te quejas demasiado.

— Solo cuando quiero cinco minutos más.

Maya niega con la cabeza, sonriendo.

— Mañana.

Logan se detiene.

La palabra se escapa antes de que Maya entienda su tamaño.

Mañana.

No tal vez.

No algún día.

Mañana.

Logan sonríe como si acabara de recibir algo raro.

— Mañana — repite.

Maya entra en el edificio con el corazón acelerado y una sensación extraña de valentía en los dedos.

Más tarde, en la habitación, intenta estudiar otra vez.

Esta vez, lo logra por casi media hora.

Luego el móvil vibra.

Logan: ¿Hoy fue pequeño?

Maya mira el mensaje y sonríe.

Piensa en el banco. En el café. En la mano de él esperando la de ella. En el beso. En la frase que él casi dijo y en la que ella casi permitió. Piensa en cómo nada de eso pareció pequeño de verdad.

Pero tal vez pequeño no fuera sobre importancia.

Tal vez fuera sobre cuidado.

Sobre caber en el ritmo de ella.

Sobre dejar espacio para respirar.

Ella escribe:

Maya: Fue del tamaño correcto.

La respuesta tarda.

Cuando llega, Maya siente que se le calienta el pecho entero.

Logan: Entonces mañana intento acertar otra vez.

Maya abraza la almohada, sonriendo a la pantalla.

Maya: Buenas noches, Logan.

Logan: Buenas noches, Maya. Hasta mañana.

Hasta mañana.

Lo lee dos veces.

Luego deja el móvil al lado y mira la flor blanca en el vaso. Está casi al final, los pétalos más frágiles, el tallo curvado. Aun así, Maya no quiere tirarla todavía.

Hay cosas que siguen siendo bonitas incluso cuando cambian de forma.

Apaga la luz y se acuesta.

Por primera vez, la idea de que Logan esté entrando en su vida no parece una amenaza.

Parece una puerta abierta.

No de par en par.

No exigiendo paso.

Solo abierta lo suficiente para que, cuando Maya quisiera, pudiera cruzarla.

Y esa noche, antes de dormir, admite en silencio que tal vez ya la estaba cruzando.

Un paseo.

Un beso.

Un mañana.

Un paso a la vez.

CAPÍTULO 16

Su nombre

El martes, Maya se despierta antes de que suene el despertador.

Durante unos segundos, se queda mirando al techo, todavía medio atrapada en el sueño, intentando entender por qué el pecho se siente demasiado ligero para una mañana común. Entonces lo recuerda.

Hasta mañana.

Logan había escrito eso.

Y ella lo había dejado.

Maya se gira de lado, toma el celular y encuentra la conversación todavía abierta. No hay mensaje nuevo, pero eso no le molesta. El último ya era suficiente. Había algo bonito en dormir con una promesa pequeña y despertar descubriendo que seguía ahí.

Se levanta, se ducha, elige una blusa clara y se recoge el cabello con más cuidado del que le gustaría admitir. Mientras se pone crema hidratante en las manos, Sophie abre un ojo en la cama del otro lado del cuarto.

— ¿Te estás arreglando para la clase o para el "mañana"?

Maya se detiene frente al espejo.

— Buenos días para ti también.

— Eso no fue una respuesta.

— Me estoy arreglando para la clase.

Sophie se sienta, el cabello despeinado y la expresión ya demasiado interesada para esa hora.

— ¿Con esa cara?

— ¿Qué cara?

— Cara de quien fue besada en un jardín y está intentando parecer académica.

Maya agarra la mochila.

— Eres insoportable antes de las ocho.

— Y después también. Pero antes de las ocho soy más honesta.

Maya intenta no sonreír, pero Sophie se da cuenta.

— ¿Él va a encontrarte hoy?

— Tal vez.

— Maya.

— Va.

Sophie se lleva las manos al pecho, dramática.

— Me encanta cuando ahorras resistencia.

— No estoy ahorrando nada. Solo... acepté.

— ¿Aceptaste qué?

Maya se queda callada por un instante, con la mano en la manija.

— Que quiero verlo.

Sophie suaviza la sonrisa.

— Eso es grande.

— Lo sé.

— ¿Y estás bien?

Maya piensa antes de responder. Está nerviosa. Está feliz. Está con miedo de gustarle demasiado despertarse pensando en alguien. Pero también está cansada de convertir todo sentimiento bonito en una amenaza incluso antes de entender su tamaño.

— Estoy — dice, por fin. — Creo que sí.

Sophie sonríe de una manera más tranquila.

— Entonces ve a clase antes de que me ponga sentimental.

— Demasiado tarde.

— Es verdad. Huye.

Maya sale riéndose.

El día pasa lento y rápido al mismo tiempo. Lento en las clases, cuando el profesor explica conceptos que deberían captar su atención y ella se sorprende pensando en la mano de Logan

esperando la suya en el jardín. Rápido en los intervalos, cuando mira el celular y encuentra un mensaje de él a media mañana.

Logan: Buenos días. Estoy siendo predecible y confiable.

Maya sonríe antes de poder evitarlo.

Maya: ¿Estás entrenando eso?

Logan: Mucho. Tengo metas.

Maya: ¿Cuáles?

La respuesta tarda unos minutos.

Logan: Hacerte sonreír al menos una vez antes del almuerzo.

Maya mira la pantalla, sintiendo que se le calienta el rostro.

Maya: Meta alcanzada.

Logan: Lo voy a guardar.

Debería estar acostumbrada a eso. Logan guardaba todo. Frases, detalles, pequeñas concesiones. Pero, de algún modo, cada vez que lo decía, parecía que una parte de ella dejaba de pasar desapercibida en el mundo.

Después de la última clase, Maya camina hasta la salida del edificio con el corazón latiendo de esa manera anticipada que empieza a reconocer. Antes, el nerviosismo la haría inventar una excusa, retrasarse, responder que estaba ocupada. Hoy, solo respira hondo y sigue.

Logan está cerca de la escalinata, conversando con Ryan.

Cuando ve a Maya, se detiene a mitad de la frase.

Ryan se da cuenta, claro. Mira a Logan, luego a Maya, y abre una sonrisa.

— Entendido. Yo desaparezco.

Logan se pasa la mano por la nuca.

— No tienes que hablar así.

— Sí tengo. Es mi papel social.

Maya se acerca, intentando contener la risa.

— Hola, Ryan.

— Hola, Maya. Me estoy yendo de forma madura y elegante.

— Lo estás anunciando — dice Logan.

— Porque la madurez necesita ser reconocida.

Ryan da dos pasos hacia atrás, señala a Logan y añade:

— Cuídala bien. Ella parece más inteligente que tú.

Maya se ríe.

Logan cierra los ojos por un segundo.

— Gracias, amigo.

— Siempre.

Ryan se va, satisfecho consigo mismo, y deja a los dos en un silencio que llega ya sonriendo.

Logan mira a Maya.

— Hola.

— Hola.

— Viniste.

— Estamos en la salida de mi edificio. Técnicamente, tú viniste.

— Justo. Pero tú no huiste.

Maya inclina la cabeza.

— ¿He estado huyendo mucho?

La pregunta sale más seria de lo que pretendía.

Logan se da cuenta. Su sonrisa se suaviza.

— Menos de lo que crees.

Maya lo mira, y algo dentro de ella se relaja.

— Eso fue amable.

— Fue verdad.

— Tu excusa favorita.

— Funciona porque es buena.

Ella sonríe.

Logan señala el camino a la derecha.

— ¿Tienes tiempo?

— ¿Para qué?

— Un café. O un paseo. O solo ir caminando hasta que decidas que ya fue suficiente.

Maya finge pensar.

— ¿Estás ofreciendo opciones para que no me asuste?

— Estoy ofreciendo opciones porque me gusta cuando eliges quedarte.

La frase acierta con delicadeza.

Maya baja la mirada por un instante.

— Café — decide.

La sonrisa de él aparece sin prisa.

— Café.

Caminan hasta una cafetería pequeña cerca del campus, una de esas con mesas en la acera y olor a pan caliente mezclado con granos molidos. Maya ya pasó por ahí muchas veces, pero nunca entró. Logan le sostiene la puerta, y el gesto, demasiado simple, le hace sentir una ternura medio tonta.

Eligen una mesa cerca de la ventana.

Logan pregunta qué quiere antes de ir al mostrador. Maya responde sin pensar:

— Capuchino. Poco azúcar.

Él sonríe.

— Lo sé.

— Entonces, ¿por qué preguntaste?

— Porque me gusta oír tu voz.

Maya se queda inmóvil.

Logan parece darse cuenta de la frase un segundo demasiado tarde.

— Eso salió más intenso de lo planeado.

— Un poco.

— ¿Puedo fingir que dije algo normal?

— No.

— Cruel.

— Honesta.

Él se ríe bajo y va al mostrador.

Maya lo observa mientras hace el pedido. Su postura es casual, pero ella ya empieza a reconocer las señales: la forma en que se pasa la mano por el cabello cuando está nervioso, cómo la mira rápido para confirmar que ella sigue ahí, cómo sonríe solo cuando se da cuenta

de que lo vieron.

Él parecía seguro para todo el mundo.

Para ella, empezaba a parecer conocido.

Cuando Logan vuelve con los cafés, pone el vaso de ella delante de ella y se sienta.

— Bien. Temas seguros: clases, café, clima.

— ¿Planeaste temas seguros?

— Planeé no decir algo que te haga querer vivir en una biblioteca para siempre.

Maya se ríe.

— Me gusta la biblioteca.

— Ese es el problema.

Ella lleva el vaso a los labios, todavía sonriendo.

Durante unos minutos, hablan de cosas simples. Logan cuenta que Ryan está convencido de que debería crear un manual de comportamiento para atletas enamorados, lo que le hace recibir una mirada mortal de Logan durante el entrenamiento. Maya cuenta que Sophie fingió discreción por exactamente veinte segundos antes de pedir detalles del día anterior.

— Deberían conocerse — dice Logan.

— ¿Sophie y Ryan?

— Sí. Así tal vez dejen de usarnos como entretenimiento.

Maya niega con la cabeza.

— O empeora.

— Es verdad. Pésima idea.

La risa de los dos se mezcla con el ruido bajo de la cafetería. A Maya le gusta eso. Cómo conversar con Logan podía ser ligero sin quedar vacío. Cómo él conseguía bromear y, aun así, mirarla como si cada respuesta importara.

Después de un rato, el celular de ella vibra sobre la mesa.

Maya mira la pantalla.

Mamá.

Su cuerpo se tensa antes de que pueda disimular.

Logan se da cuenta al instante.

— ¿Todo bien?

Maya sostiene el aparato, mirando el nombre.

— Es mi mamá.

— Puedes contestar.

— Lo sé.

Pero no contesta de inmediato.

La llamada sigue vibrando entre ellos. Logan no presiona. No pregunta nada. Solo se queda ahí, presente de una manera que no ocupa demasiado espacio.

Maya respira hondo y contesta.

— Hola, mamá.

La voz de su madre llega cariñosa del otro lado, preguntando si ya salió de clase, si comió bien, si está durmiendo mejor. Maya responde, primero con frases cortas, luego un poco más tranquila. Logan mira su propio café, dándole una privacidad delicada, aunque sigue sentado ahí.

— Estoy en una cafetería ahora — dice Maya.

La madre pregunta con quién.

Maya siente el corazón latir más fuerte.

Logan levanta la mirada.

No con expectativa. No con exigencia.

Solo porque oyó cambiar el silencio de ella.

Maya podría decir "con una amiga". Podría decir "sola". Podría esconderse dentro de una respuesta simple y nadie lo sabría.

Pero mira a Logan.

A su mano alrededor del vaso. A la paciencia silenciosa. Al chico que no quería ser un secreto del que ella se avergonzara.

Y se da cuenta de que no se avergüenza.

Tiene miedo.

Pero no vergüenza.

— Con Logan — dice ella.

Logan se queda inmóvil.

Del otro lado de la línea, la madre hace una pausa corta.

— ¿Logan?

Maya traga saliva.

— Sí. Un amigo.

La palabra amigo sale por costumbre, por protección, por todavía no saber qué otra palabra cabría sin apretar demasiado. Pero no parece mentira. Solo incompleta.

La madre pregunta si es compañero de clase.

— No exactamente. Juega al baloncesto. Nos conocimos en la universidad.

Maya siente que se le calienta el rostro, pero continúa.

— Él es... importante.

La palabra sale antes de que pueda filtrarla.

Logan baja la mirada.

Pero no antes de que Maya vea el impacto.

La madre se queda en silencio medio segundo. Luego su voz se suaviza de una manera que hace que Maya casi se arrepienta y casi sonría al mismo tiempo.

— Entonces un día me cuentas mejor.

— Cuento.

— ¿Te está tratando bien?

Maya mira a Logan.

Él todavía no levanta la mirada. Tal vez para no invadir. Tal vez porque está intentando respirar bien.

— Está — responde Maya. — Muy bien.

Logan aprieta la mano en el vaso por un instante.

La madre parece satisfecha. Dice algunas cosas más sobre las clases, le recuerda a Maya que coma, pregunta si necesita algo. Cuando termina la llamada, Maya deja el celular sobre la mesa y se queda mirándolo como si el aparato acabara de entregar una parte secreta suya al mundo.

Logan sigue callado.

Maya levanta la mirada.

— ¿Vas a decir algo?

Él suelta el aire despacio.

— Estoy intentando elegir algo que no sea demasiado grande.

Maya siente que aparece una sonrisa nerviosa.

— ¿Y lo lograste?

— No.

Ella se ríe bajito.

Logan la mira, los ojos emocionados de una manera que la desarma.

— Dijiste mi nombre.

— Lo dije.

— A tu mamá.

— Lo dije.

— Y dijiste que soy importante.

Maya aprieta los dedos en el vaso.

— ¿Oíste esa parte?

— Maya, voy a oír esa parte el resto de mi vida.

El pecho de ella se aprieta.

— Logan...

— Lo sé. Grande.

— Un poco.

— Perdón.

Pero no parece arrepentido. Parece demasiado feliz como para poder fingir.

Maya mira la mesa, avergonzada y conmovida al mismo tiempo.

— No planeé decir eso.

— Me di cuenta.

— Salió.

— Fue mi parte favorita.

Ella levanta la mirada.

— ¿Más que oír tu nombre?

— Empate difícil.

Maya se ríe, y la tensión se deshace un poco.

Logan apoya los antebrazos en la mesa, acercándose solo lo suficiente para hablar más bajo.

— Gracias.

— ¿Por qué?

— Por no esconderme hoy.

La frase toca exactamente donde hacía falta.

Maya siente moverse el miedo, pero no crece como antes. Tal vez porque Logan no está usando la gratitud como exigencia. Solo está reconociendo un paso.

Uno más.

— No quiero esconderte — dice ella.

— Lo sé.

— Todavía no sé explicar todo.

— No hace falta.

— Mi mamá va a preguntar.

— Probablemente.

— Sophie va a enloquecer.

— Con seguridad.

Maya sonríe, a pesar del nerviosismo.

— Ryan también.

— Ryan va a querer crédito por algo que no hizo.

— Parece el tipo.

— Es el tipo.

Los dos se ríen.

Entonces el silencio vuelve, pero esta vez tiene otra textura. Hay algo nuevo sentado entre ellos. Su nombre ahora existe fuera de la burbuja de los dos. Todavía pequeño. Todavía cuidadoso. Pero real.

Maya pensó que eso la haría querer correr.

No lo hace.

Ella toma el vaso, bebe el resto del capuchino y observa a Logan por encima del borde.

— Estás muy callado.

— Estoy feliz.

— ¿Te quedas callado cuando estás feliz?

— Cuando es demasiada felicidad para una frase decente, sí.

Maya baja el vaso.

— Eres dramático.

— Estoy siendo contenido.

— ¿Eso es contenido?

— No tienes idea de lo que está pasando dentro de mi cabeza.

Maya inclina el rostro, curiosa.

— ¿Qué está pasando?

Logan la mira fijamente por un segundo largo.

— Estoy pensando que quiero llamar a mi mamá y hablar de ti también.

Maya se detiene.

El mundo alrededor sigue igual. La máquina de café hace ruido. Una silla se arrastra por el suelo. Alguien se ríe cerca del mostrador.

Pero dentro de ella, todo queda suspendido.

— Ah — dice, porque es lo único que puede.

Logan se pasa la mano por la nuca.

— No lo voy a hacer ahora. No hace falta que pongas esa cara.

— ¿Qué cara?

— Cara de quien acaba de ver un cartel que dice peligro emocional.

Maya se ríe, nerviosa.

— Tal vez un poco.

— Solo lo dije porque es verdad.

— ¿Tú cuentas sobre... esas cosas a tu mamá?

— Algunas.

— ¿Y quieres hablar de mí?

Logan no aparta la mirada.

— Quiero.

Maya siente que algo delicado y aterrador se abre dentro de ella.

— ¿Qué dirías?

Él piensa.

— Que conocí a una chica que lee libros como si estuviera conversando con ellos.

Maya aprieta los labios para no sonreír.

— Eso es raro.

— Es bonito.

— Sigue.

Logan sonríe.

— Que intenta parecer más difícil de alcanzar de lo que es, pero solo porque aprendió a protegerse.

La sonrisa de ella disminuye.

Él suaviza la voz.

— Que tiene una mejor amiga intensa, un corazón cuidadoso y una manera cruel de decir tal vez.

— Logan...

— Y que, cuando ella me toma la mano, olvido que alguna vez fui bueno fingiendo que nada me afectaba.

Maya no consigue responder de inmediato.

Hay cosas que piden silencio antes de cualquier palabra.

Ella lo mira y entiende que la frase casi dicha en el jardín sigue ahí. No pronunciada. No exigida. Pero viva.

— Eso sería mucho para que una mamá lo oiga — murmura Maya.

Logan sonríe pequeño.

— Yo lo resumiría.

— ¿Para qué?

— Para: mamá, conocí a alguien.

Maya siente que el corazón le da un salto.

Alguien.

La misma palabra que ella había usado.

Ahora devuelta.

— Y ella preguntaría si yo te estoy tratando bien — continúa Logan.

— ¿Y tú dirías?

— Que estoy intentando merecer la manera en que me miras cuando te olvidas de tener miedo.

Maya siente que le arden los ojos.

— No puedes decir cosas así en cafeterías.

— ¿Dónde puedo?

Ella lo mira, emocionada y riéndose al mismo tiempo.

— En ningún lugar público.

— Entonces necesito una lista de lugares autorizados.

— Eres imposible.

— Pero viniste.

Maya respira hondo.

Sí.

Ella vino.

Y se quedó.

Después de la cafetería, salen a caminar sin prisa. Logan no le toma la mano de inmediato, tal vez porque algo en esa conversación fue lo bastante grande como para que él quiera dar espacio. Maya se da cuenta. Y le gusta.

Pero, después de una cuadra, es ella quien busca los dedos de él.

Logan mira las manos unidas con ese mismo asombro bonito.

— ¿Haces eso a propósito? — pregunta ella.

— ¿Qué?

— Pareces sorprendido cada vez.

Él sonríe, mirando al frente.

— Porque lo estoy.

— ¿Todavía?

— Siempre.

La palabra debería asustarla.

Esta vez, solo calienta.

Pasan por el jardín donde se habían sentado el día anterior. Maya mira el banco y siente una ternura extraña, como si ese lugar ya guardara una versión de ellos que existió por poco tiempo y, aun así, importó.

Logan sigue su mirada.

— Fue ahí donde dijiste que no querías menos.

Maya siente que se le calienta el rostro.

— De verdad guardas todo.

— Te lo advertí.

— Eso debe ser cansado.

— No cuando eres tú.

Ella aprieta la mano de él.

— Logan.

— Cierto. Lugar público. Perdón.

Maya se ríe.

Se detienen cerca del dormitorio cuando el final de la tarde empieza a dejar el campus dorado. El mismo lugar de despedida. Pero nada

parece exactamente igual.

Maya mira la puerta del edificio por un segundo.

Todavía podía entrar. Terminar el día ahí. Guardar el valor en un cajón y esperar hasta mañana.

Pero tal vez el valor no fuera algo que se guardaba.

Tal vez fuera algo que se usaba mientras todavía temblaba.

Se gira hacia Logan.

— Mi mamá va a llamarme de nuevo el fin de semana.

Él asiente, atento.

— Está bien.

— Probablemente va a preguntar por ti.

Logan sonríe levemente.

— Está bien.

— Y tal vez yo hable más.

La sonrisa de él crece, pero intenta contenerla.

— ¿Tal vez?

Maya pone los ojos en blanco, aunque está sonriendo.

— No lo arruines.

— No lo estoy arruinando.

— Estás brillando.

— Eso es diferente.

Ella se ríe, pero la emoción viene junto.

Logan da un paso más cerca.

— ¿Puedo abrazarte?

Maya asiente.

— Puedes.

Su abrazo es cálido y cuidadoso. Maya apoya el rostro en el pecho de él y cierra los ojos por un instante. Le gusta cómo Logan la envuelve sin sujetarla. Le gusta cómo el cuerpo de él parece relajarse cuando ella se queda.

— Gracias por hoy — murmura él.

— Ya agradeciste.

— Tengo mucho que agradecer.

Maya respira contra la camiseta de él.

— Fue solo un nombre.

— No para mí.

Ella entiende.

Para ella tampoco lo había sido.

Cuando se aparta, Logan toca suavemente el lateral del rostro de ella, esperando. Maya no necesita que él pregunte esta vez. Se acerca primero.

El beso es dulce. Tranquilo. Sin prisa por probar nada.

Tal vez por eso prueba tanto.

Cuando Maya se aparta, Logan sonríe como si estuviera intentando recordar cómo se habla.

— ¿Mañana? — pregunta él.

A Maya le gusta la pregunta.

Le gusta aún más ya saber la respuesta.

— Mañana.

Él cierra los ojos por un segundo, feliz.

— Voy a guardar esa también.

— Lo sé.

Maya entra en el edificio antes de pedirle que se quede cinco minutos más. Pero, esta vez, no entra huyendo. Entra llevando.

En el cuarto, Sophie está sentada en la cama, con el portátil en el regazo. Levanta la mirada en cuanto aparece Maya.

— Por tu cara, el "mañana" fue bien.

Maya cierra la puerta y se apoya en ella por un segundo.

— Hablé de él con mi mamá.

Sophie abre los ojos de par en par.

— ¿Tú qué?

Maya tira la mochila en la silla y se sienta en la cama, todavía medio aturdida.

— Ella llamó mientras yo estaba con él. Preguntó con quién estaba. Lo dije.

Sophie cierra el portátil despacio.

— Maya.

— Lo sé.

— Eso es enorme.

— Lo sé.

— ¿Y cómo reaccionó él?

Maya mira sus propias manos.

— Como si yo le hubiera dado el mundo.

Sophie sonríe, emocionada.

— Tal vez, para él, le diste una puerta.

Maya levanta la mirada.

— ¿Una puerta?

— Para entrar un poco en tu vida.

Maya se queda callada.

Porque era eso.

No el mundo entero. No una promesa imposible. Solo una puerta. Abierta lo bastante para que su nombre pasara.

Más tarde, después de la ducha, después de intentar estudiar, después de fallar menos de lo que esperaba, Maya recibe un mensaje.

Logan: Llegué. Ryan preguntó por qué estaba sonriendo. Dije que era efecto del café.

Maya sonríe.

Maya: Mentiroso.

Logan: Parcialmente. El café ayudó.

Maya: ¿Y el resto?

La respuesta tarda un poco.

Logan: El resto tenía tu nombre.

Maya lee el mensaje de pie, sintiendo el corazón latir fuerte.

Su nombre.

El de ella en el día de él.

El de él en la boca de ella.

Los nombres parecían cosas simples hasta que se volvían puentes.

Escribe despacio:

Maya: Hoy me gustó hablar de ti.

Lo envía antes de arrepentirse.

La respuesta llega casi inmediata.

Logan: Hoy me gustó existir un poco más en tu vida.

Maya aprieta el celular contra el pecho por un segundo, riéndose bajito sola.

Luego escribe:

Maya: Buenas noches, Logan.

Logan: Buenas noches, Maya. Hasta mañana.

Deja el celular al lado de la almohada y apaga la luz.

En la oscuridad, piensa en la llamada. En el café. En la manera en que Logan se quedó callado después de oír que era importante. Piensa en cómo todavía siente miedo, pero el miedo ya no parece mandar en todo.

Tal vez amar a alguien empezara así.

No con una certeza gigante.

Sino con el nombre de una persona cruzando sus labios por primera vez.

Con una mano elegida en medio del camino.

Con un mañana que deja de asustar.

Maya cierra los ojos.

Y, antes de dormir, entiende que el siguiente paso no había sido un beso.

Había sido decir su nombre.

Y querer decirlo de nuevo.

CAPÍTULO 17

Un paso más

A la mañana siguiente, Maya se despertó con un mensaje de Logan.

Logan: Buenos días. Estoy intentando no exagerar la felicidad de saber que existe un mañana.

Maya leyó la frase aún acostada, con el cabello esparcido sobre la almohada y el corazón despertando antes que el resto del cuerpo.

Sonrió.

Luego intentó no sonreír tanto.

Falló.

Maya: Ya exageraste.

La respuesta llegó casi de inmediato.

Logan: ¿Pero con elegancia?

Maya: Con esfuerzo.

Logan: Acepto.

Maya dejó el celular sobre el pecho y miró al techo. Había algo peligroso en esa nueva facilidad. No porque Logan la presionara. Justamente lo contrario. Entraba despacio. Llamaba antes. Esperaba

permiso. Y, aun así, cada pequeña presencia suya parecía ocupar un espacio mayor dentro de ella.

Al otro lado del cuarto, Sophie se movió en la cama.

— Si esa sonrisa es por culpa de un mensaje, voy a tener que cobrarle alquiler a Logan.

Maya giró el rostro.

— Buenos días, Sophie.

— Buenos días, chica que está intentando parecer normal y fracasando con ternura.

— Hablas demasiado antes del café.

— Y tú sonríes demasiado antes de admitir que estás enamorada.

Maya se sentó rápido.

— Yo no dije eso.

Sophie abrió un ojo.

— Yo tampoco dije que tú dijiste. Interesante tu defensa.

Maya agarró una almohada y se la tiró.

Sophie se rió, abrazando la almohada como si fuera un premio.

— Relájate. No voy a obligarte a ponerle nombre a nada. Pero voy a observar de cerca, porque está siendo mi entretenimiento favorito.

— Qué bueno saber que mi vida emocional tiene utilidad.

— Enorme.

Maya puso los ojos en blanco, pero no consiguió irritarse. Había algo bueno en que Sophie lo supiera. En tener a alguien que veía el miedo y la alegría al mismo tiempo, sin intentar transformar una cosa en la otra.

Se levantó, se bañó, se puso unos jeans y una blusa azul clara. Cuando volvió para agarrar la mochila, vio a Sophie apoyada en el codo, observando.

— ¿Lo vas a ver hoy?

Maya cerró el cierre de la bolsa.

— Creo que sí.

— Maya.

Ella suspiró.

— Sí. Lo voy a ver hoy.

Sophie sonrió, satisfecha.

— Mejor.

— Pareces mi conciencia.

— Yo soy más bonita que tu conciencia.

Maya se rió y salió del cuarto antes de que Sophie tuviera tiempo de decir algo más.

El campus estaba claro, con ese movimiento de mitad de semana que hacía que todo pareciera al mismo tiempo apresurado y

repetido. Maya fue a la primera clase intentando prestar atención, pero su pensamiento se escapaba en intervalos pequeños. En el nombre de Logan dicho a la madre. En el silencio de él después. En la forma en que él había agradecido sin convertir aquello en una deuda.

Durante el descanso, recibió otro mensaje.

Logan: Pregunta importante: ¿te gustan los panqueques?

Maya frunció el ceño, sonriendo.

Maya: ¿Esa es una pregunta importante?

Logan: Mucho. Puede definir el rumbo de una propuesta.

Maya: ¿Qué propuesta?

Logan: Cena. Hoy. Algo simple. Sin público. Sin Ryan. Con panqueques, si dices que sí.

Maya se detuvo en el pasillo.

Cena.

No un café rápido. No un paseo de diez minutos. Cena.

Algo en ella se apretó por reflejo.

Al mismo tiempo, una parte mayor, más honesta, le gustó.

Se apoyó en la pared cerca del aula, mirando la pantalla. Podía decir que tenía trabajos. Podía decir que estaba cansada. Podía elegir una excusa cómoda.

Pero recordó el banco. La cafetería. La palabra importante escapándose por la boca.

Un paso más.

No tenía que ser un salto.

Maya: Me gustan los panqueques.

La respuesta tardó un poco más esta vez.

Logan: Estoy sonriendo de una manera ridícula.

Ella se mordió el labio.

Maya: Eso no es una confirmación.

Logan: Maya, ¿quieres cenar conmigo hoy?

Maya respiró hondo.

Maya: Quiero.

Lo envió antes de que el miedo editara la respuesta.

Se quedó mirando la palabra.

Quiero.

Simple.

Entera.

Cuando Logan respondió, casi pudo imaginar la voz de él.

Logan: Voy a buscarte a las siete. Y voy a intentar actuar como una persona funcional hasta entonces.

Maya se rió sola.

Maya: Buena suerte.

Logan: La voy a necesitar.

El resto del día pasó con esa ansiedad dulce que no llegaba a doler. Maya estudió, almorzó con Sophie e intentó fingir que no estaba pensando en la cena. Sophie, obviamente, no colaboró.

— Entonces, ¿es una cita?

Maya movió el jugo con la pajita.

— Es una cena.

— Con un chico al que le gustas.

— Sí.

— Y que a ti te gusta.

Maya la miró.

— Sophie.

— Solo estoy organizando datos.

— Eres pésima con los datos.

— Soy genial. Resultado del análisis: cita.

Maya bajó la mirada al plato, pero la sonrisa se le escapó.

— Tal vez lo sea.

Sophie se quedó congelada por un segundo.

— Perdón. ¿Acabas de estar de acuerdo?

— No lo vuelvas dramático.

— Estoy siendo muy calmada.

— Tus ojos están brillando.

— Mis ojos son independientes de mí.

Maya se rió, pero pronto se quedó más callada.

— Tengo miedo.

Sophie también se suavizó.

— ¿De él?

— No. De mí. De acostumbrarme. De querer más. De que un día esto se convierta en algo que yo no consiga controlar.

— Tal vez no necesites controlarlo todo para seguir segura.

Maya la miró.

Sophie se encogió de hombros.

— No estoy diciendo que te lances sin pensar. Solo estoy diciendo que Logan no parece estar pidiéndote que saltes. Parece estar

extendiendo la mano para que bajes un escalón a la vez.

Maya se quedó en silencio.

Era exactamente esa la sensación.

Un escalón.

Luego otro.

A las siete menos cinco, Maya estaba lista demasiado temprano.

Eso la irritó.

Se quedó de pie frente al espejo, acomodándose por tercera vez la manga de la blusa. Llevaba un vestido simple, verde oscuro, con una chaqueta encima. Nada exagerado. Nada que gritara "cita". Pero tampoco era una ropa cualquiera, y admitir eso para sí misma parecía casi tan íntimo como admitir lo demás.

Sophie, sentada en la cama, levantó el pulgar.

— Bonita.

— Normal.

— Bonita normal.

— Mejor.

El celular vibró.

Logan: Estoy abajo. Sin prisa.

Maya le mostró la pantalla a Sophie.

— Sin prisa — leyó Sophie. — Él realmente sabe hablar contigo.

Maya sintió el pecho apretarse.

— Sabe.

La respuesta salió demasiado baja para ser broma.

Sophie sonrió con cariño.

— Ve.

Maya bajó.

Logan estaba cerca de la entrada del dormitorio, usando jeans oscuros y una camisa azul marino con las mangas dobladas. Cuando la vio, se quedó quieto por un segundo.

Maya se dio cuenta.

Y le gustó más de lo que debería.

— Hola — dijo ella.

Logan parpadeó, como si necesitara volver a sí.

— Hola.

— ¿Estás bien?

— Estoy intentando encontrar una frase normal.

— ¿Y?

— Ninguna disponible.

Maya sonrió, sintiendo que se le calentaba la cara.

— Podrías empezar con "¿vamos?".

Él soltó una risa baja.

— Vamos.

Logan la llevó a un restaurante pequeño a unas cuadras del campus. No era demasiado elegante, ni demasiado ruidoso. Tenía luz cálida, mesas de madera y un buen olor a mantequilla y café. Maya se dio cuenta enseguida de que lo había elegido pensando en ella.

— ¿Investigaste este lugar? — preguntó ella, mientras se sentaban.

Logan abrió el menú.

— Un poco.

— ¿Cuánto es "un poco"?

— Ryan me mandó tres opciones. Descarté dos porque tenían música alta.

Maya levantó la mirada.

— ¿Por mi culpa?

— Por nuestra conversación.

Ella se quedó callada.

Logan continuó, con cuidado:

— Me gusta cuando puedo escucharte.

Maya miró el menú, fingiendo leer.

— Te estás volviendo bueno en frases peligrosas.

— Entreno sin querer.

Ella se rió.

Pidieron panqueques salados, papas y dos jugos. La conversación empezó ligera. Logan habló del entrenamiento, de cómo el entrenador se había quejado de que él estaba distraído. Maya contó de una presentación que tendría la semana siguiente y de cómo odiaba hablar frente a la clase, aunque casi nadie lo creía porque ella siempre parecía calmada.

— Pareces calmada — dijo Logan.

— Parecer es diferente de ser.

— Lo sé.

Maya lo miró.

— ¿Lo sabes?

Él apoyó los brazos en la mesa.

— Tienes una forma muy bonita de parecer firme mientras estás intentando no temblar.

La frase la alcanzó hondo.

Maya desvió la mirada hacia el vaso.

— Eso suena triste.

— Para mí, suena valiente.

Ella respiró despacio.

— Tú haces eso.

— ¿Qué?

— Tomas una cosa que yo creo fea en mí y la dices como si fuera bonita.

Logan se puso serio.

— Tal vez porque yo lo veo desde otro ángulo.

— ¿Y si estás equivocado?

— Entonces voy a seguir mirando hasta entender mejor. Pero no creo que esté equivocado.

Maya sintió un nudo pequeño en la garganta.

— Eres difícil.

— ¿Yo?

— Sí. Porque no facilitas mis defensas.

Logan sonrió apenas.

— No quiero derribar tus defensas, Maya.

— ¿No?

— No. Solo quiero que, algún día, no necesites usar todas conmigo.

Ella no respondió.

No porque no tuviera qué decir.

Sino porque aquello merecía silencio.

La comida llegó, y la pausa ayudó. Comieron entre comentarios pequeños, risas bajas y miradas que se quedaban un poco más largas de lo necesario. Maya descubrió que a Logan le gustaban los panqueques dulces con una exageración absurda de miel. Logan descubrió que Maya separaba los pedazos más crujientes de la papa para comérselos al final.

— ¿Estás observando mi papa? — preguntó ella.

— Estoy aprendiendo.

— ¿Sobre papas?

— Sobre ti.

Maya intentó parecer indignada, pero se rió.

— Eso fue ridículo.

— Fue sincero.

— Tu defensa favorita volvió.

— Y sigue funcionando.

Después de la cena, Logan pagó antes de que ella discutiera. Maya protestó de todos modos. Él solo sonrió y dijo que ella podía pagar el próximo café.

El próximo.

La palabra se quedó ahí, discreta, como una promesa escondida.

Cuando salieron, la noche estaba fresca. Logan no le tomó la mano de inmediato. Caminó a su lado, lo bastante cerca para ser presencia, lo bastante distante para ser elección.

Maya se dio cuenta.

Una vez más.

Y, una vez más, fue ella quien buscó los dedos de él.

Logan miró las manos unidas.

— Todavía me sorprendo — dijo.

— Lo sé.

— Se está volviendo un problema.

— ¿Para quién?

— Para mi capacidad de parecer normal.

Maya se rió.

Caminaron sin prisa hasta una plaza pequeña cerca del campus. Había algunos bancos, árboles bajos y luces amarillas esparcidas por el camino. Logan se detuvo cerca de una fuente apagada.

— ¿Puedo contarte algo? — preguntó.

Maya asintió.

— Puedes.

Él miró la plaza antes de hablar.

— Se lo conté a mi madre.

Maya sintió que el corazón tropezaba.

— ¿Sobre mí?

Logan volvió los ojos hacia ella.

— Sobre ti.

— ¿Hoy?

— Después de que tú hablaste de mí ayer. Intenté esperar. No lo conseguí mucho.

Maya no supo si reírse o ponerse nerviosa.

— ¿Qué dijiste?

Logan respiró hondo, y su sonrisa salió tímida.

— Que conocí a alguien.

La palabra volvió entre ellos.

Alguien.

Maya bajó la mirada a las manos unidas.

— ¿Solo eso?

— No.

— Logan.

— Lo resumí. Pero mi madre hace preguntas.

— ¿Y tú respondiste?

— Algunas.

— ¿Cuáles?

Él dudó, pero no huyó.

— Preguntó si tú me hacías bien.

Maya levantó la mirada.

— ¿Y tú dijiste?

Logan la miró con una sinceridad casi difícil de sostener.

— Que sí. Incluso cuando me pones nervioso. Incluso cuando no sé exactamente dónde estoy pisando. Tú me haces bien.

Maya sintió que el pecho se le apretaba de una manera cálida.

— No deberías tener tanta certeza.

— La tengo.

— Eso me asusta un poco.

— Lo sé.

— Y aun así hablas.

— Porque también quiero que tú lo sepas.

La respuesta la dejó callada.

La plaza parecía existir alrededor de ellos sin interferir. Algunos estudiantes pasaron conversando. Un auto cruzó la calle cercana. Pero Maya sentía como si todo estuviera más bajo, más distante.

— ¿Qué dijo tu madre? — preguntó.

Logan sonrió.

— Dijo que tuviera cuidado contigo.

Maya parpadeó.

— ¿Conmigo?

— Sí.

— ¿Por qué?

— Porque yo dije que tú eras importante. Ella dijo que las cosas importantes no son lugares para la prisa.

Maya sintió que la emoción subía despacio.

— Me gustó ella.

— A ella le vas a gustar.

La frase salió demasiado simple.

Maya lo miró, asustada por la naturalidad.

Logan se dio cuenta y levantó la mano libre.

— No estoy marcando presentación. No estoy planeando nada. Solo... creo que sí le vas a gustar.

Maya respiró.

— Está bien.

— ¿Medio?

Ella sonrió apenas.

— Medio.

Él pareció aliviado.

Por un instante, se quedaron ahí, sin moverse. Logan pasó el pulgar sobre los dedos de ella, y el gesto era tan conocido ahora que Maya casi se asustó con eso. Conocido. En tan poco tiempo.

— ¿Puedo preguntar una cosa? — dijo ella.

— Siempre.

— ¿Tú no tienes miedo?

Logan la observó.

— ¿De qué?

— De gustarte más de lo que yo consigo devolver.

La pregunta salió antes de que pudiera suavizarla.

Logan no respondió de inmediato. Su silencio no pareció duda, sino cuidado.

— Tengo — dijo por fin.

Maya se quedó inmóvil.

— ¿Tienes?

— Tengo miedo de querer más rápido. De sentir antes. De decir algo demasiado grande y hacer que tú retrocedas. Tengo miedo de esperarte mal.

La honestidad de él la atravesó.

— ¿Esperarme mal?

— Sí. Como si mi paciencia fuera una forma de presión. No quiero que sientas que me debes un sentimiento solo porque yo estoy aquí.

Maya sintió que le ardían los ojos.

— Yo no siento eso.

— Qué bueno.

— Pero siento que tú estás aquí.

Logan le sostuvo la mano con un poco más de firmeza.

— Estoy.

— Y eso importa.

El rostro de él cambió.

Como si, de nuevo, ella hubiera puesto algo precioso en las manos de él.

— Maya...

— Lo sé. Grande.

Él sonrió, emocionado.

— Un poco.

Ella respiró hondo.

— Yo no sé decir las cosas como tú las dices.

— Tú las dices a tu manera.

— Mi manera es más torcida.

— Me gusta.

Maya soltó una risita pequeña, nerviosa.

— Claro que te gusta.

— De verdad me gusta.

Ella lo miró.

Al chico que le había contado de ella a su madre. Que elegía lugares silenciosos. Que se sorprendía cuando ella le tomaba la mano. Que sentía mucho, pero intentaba no convertir el sentimiento en urgencia.

Maya soltó la mano de él.

Logan miró hacia abajo, un reflejo de recelo cruzándole el rostro.

Antes de que él pudiera entender mal, ella dio un paso adelante y le pasó los brazos por la cintura.

Logan se quedó quieto por un segundo.

Luego la abrazó.

Despacio.

Como si hubiera recibido permiso para respirar.

Maya apoyó el rostro en el pecho de él y cerró los ojos.

— Me gusta estar aquí — murmuró.

El cuerpo de Logan pareció contener el aire.

— ¿Aquí conmigo?

— Sí.

Él bajó el rostro, la voz cerca del cabello de ella.

— ¿Puedo guardarlo?

Maya sonrió contra la camisa de él.

— Puedes.

Logan la abrazó un poco más.

No era un abrazo apresurado. No tenía el hambre de probar nada. Era solo presencia. Cálida, firme, entera. Maya se dio cuenta de que podría quedarse ahí más tiempo del que había planeado. Más de diez minutos. Más de veinte.

Tal vez ese fuera el peligro.

Tal vez esa fuera la belleza.

Cuando ella se apartó, Logan mantuvo las manos en la cintura de ella, sin sujetarla.

— ¿Puedo besarte?

Maya lo miró.

— ¿Todavía vas a preguntar siempre?

— Mientras yo crea que tú mereces elegir siempre, sí.

El corazón de ella se apretó tanto que casi dolió.

— Entonces puedes.

El beso empezó suave, como si los dos todavía estuvieran dentro de la conversación. Logan la besó con cuidado, pero había demasiada emoción para que fuera solo delicado. Maya agarró el frente de la camisa de él y se acercó más. Sintió la mano de él afirmarse en su cintura, sintió que la respiración de él fallaba, sintió que su propio miedo se disolvía por unos segundos.

Cuando se separaron, Logan se quedó cerca.

— Me gustas — dijo.

Maya se quedó sin aire.

La frase no era la más grande.

Pero era grande.

Lo bastante grande como para cambiar el silencio.

Logan cerró los ojos por un instante.

— Perdón. Intenté esperar más.

Maya le tocó el rostro.

— No pidas perdón por eso.

Él abrió los ojos.

— ¿No?

Ella negó despacio.

El miedo vino, sí.

Pero no vino solo.

Vino con ternura. Con ganas. Con ese impulso de quedarse.

— Tú también me gustas — dijo Maya.

La voz salió baja. Casi temblorosa.

Pero salió.

Logan se quedó completamente inmóvil.

Por un segundo, Maya pensó que él no había entendido.

Entonces el rostro de él se abrió en una emoción tan bonita que ella casi se arrepintió de no haberlo dicho antes.

— No necesitas decirlo solo porque yo lo dije — murmuró.

— Lo sé.

— Maya...

— Tú también me gustas, Logan.

Esta vez, lo dijo mirándolo.

Entera.

Logan soltó el aire, riéndose bajo, emocionado.

— Estoy intentando ser normal.

— Estás fallando.

— ¿Mucho?

— Bastante.

Él se rió de nuevo y apoyó la frente en la de ella.

— Está bien. Acepto fallar en eso.

Maya sonrió.

Y, por primera vez, decir lo que sentía no pareció una pérdida de control.

Pareció una elección.

Se quedaron unos minutos más en la plaza, hablando poco. No hacía falta llenar todo. La frase ya ocupaba lo suficiente.

Cuando Logan la acompañó de vuelta al dormitorio, la mano de él estaba en la de ella, y Maya no intentó soltarla al ver a otras personas cerca. Pasó un grupo, alguien miró rápido, pero nada dentro de ella se derrumbó. El mundo siguió. Ella siguió.

En la entrada del edificio, Logan se detuvo.

— Gracias por la cena — dijo ella.

— Gracias por ir.

— Me gustó.

— ¿Los panqueques?

— También.

Logan sonrió.

— ¿Medio?

Maya pensó por un segundo.

— Grande.

La palabra salió antes de que ella se asustara.

Logan se quedó quieto, como si tuviera miedo de arruinar el momento con cualquier movimiento equivocado.

— Grande — repitió.

— No pongas esa cara.

— ¿Qué cara?

— Esa.

— Esa es mi cara de quien va a recordar esto para siempre.

Maya se rió, pero sintió que le ardían los ojos.

— Eres imposible.

— Pero tú gustas de mí.

Ella fingió sorpresa.

— Engreído.

— Informado.

Maya negó con la cabeza, sonriendo.

Entonces se acercó y lo besó. Corto. Dulce. Con la valentía de quien ya había dicho lo suficiente por una noche, pero aún quería dejar una última respuesta.

— Buenas noches, Logan.

— Buenas noches, Maya.

Ella entró en el edificio sin prisa.

En el cuarto, Sophie estaba sentada en la cama, como si ya la estuviera esperando.

— ¿Entonces?

Maya cerró la puerta y se quedó apoyada en ella por un momento.

Sophie entrecerró los ojos.

— Ay, Dios mío.

— ¿Qué?

— Dijiste algo.

Maya bajó la mirada, sonriendo.

— Dije que me gusta.

Sophie se llevó las manos a la boca.

— Maya.

— No empieces.

— Voy a empezar muy poco, porque respeto tu momento, pero por dentro estoy dando un discurso enorme.

Maya se rió y se tiró en la cama.

— Fue bueno.

Sophie se suavizó.

— Estás feliz.

Maya miró al techo.

— Estoy.

La palabra parecía extraña y bonita.

Feliz.

Sin necesidad de completarla con miedo.

Más tarde, después de que Sophie se durmiera, Maya recibió un mensaje.

Logan: Llegué. Todavía estoy intentando ser normal.

Ella sonrió.

Maya: ¿Algún progreso?

Logan: Ninguno. Dijiste que te gusto. Eso arruinó mi capacidad de funcionar.

Maya se dio vuelta, abrazando la almohada.

Maya: Dramático.

Logan: Feliz.

Ella se quedó mirando la palabra.

Luego escribió:

Maya: Yo también.

La respuesta de él tardó unos segundos.

Logan: Buenas noches, Maya. Hasta mañana.

Maya cerró los ojos por un momento.

Hasta mañana ya no parecía una promesa aterradora.

Parecía algo de ellos.

Maya: Hasta mañana, Logan.

Dejó el celular a un lado y apagó la luz.

En la oscuridad, pensó que tal vez el amor no llegara siempre como una tormenta.

A veces, llegaba como una pregunta cuidadosa.

Como una cena simple.

Como alguien esperando su mano en el camino.

Como una frase dicha con miedo, pero dicha de todos modos.

Me gustas.

Maya sonrió en el silencio.

Todavía no sabía el nombre de todo.

Pero sabía el nombre de él.

Y, por ahora, eso bastaba.

CAPÍTULO 18

Cuando el Miedo Vuelve

Maya pensó que despertaría diferente.

Después de decirle a Logan que le gustaba, después de ver su rostro iluminarse como si aquella frase hubiera cambiado algo en el mundo, imaginó que la mañana siguiente llegaría ligera. Clara. Simple.

Pero no fue así.

Se despertó antes del despertador, con la habitación aún medio oscura y el celular silencioso al lado de la almohada. Por unos segundos, se quedó quieta, intentando entender la opresión en el pecho. No era arrepentimiento. Lo supo incluso antes de formular la palabra.

No se arrepentía de haberlo dicho.

No se arrepentía de que le gustara.

Justamente ese era el problema.

Que le gustara Logan ya no cabía en una idea pequeña. No era solo un chico guapo que la hacía reír. No era solo el capitán del equipo que se trababa cuando ella le sostenía la mano. Era Logan. Con sus cuidados, sus miradas pacientes, sus frases que parecían entrar donde ella escondía todo.

Y Maya se dio cuenta, con un miedo frío, de que él se estaba volviendo demasiado necesario.

El celular vibró.

Giró el rostro despacio.

Logan: Buenos días. Todavía estoy feliz. Aviso importante por si necesitas prepararte para eso.

Maya sonrió antes de poder evitarlo.

Después la sonrisa se deshizo.

La felicidad de él debería tranquilizarla. En vez de eso, la golpeó como una responsabilidad. Como si aquel sentimiento bonito de él estuviera en sus manos, y ella pudiera echarlo todo a perder sin querer.

Escribió una respuesta.

La borró.

Escribió otra.

La borró de nuevo.

Por fin, escribió:

Maya: Buenos días. Tengo clase temprano hoy.

La respuesta llegó poco después.

Logan: Entonces voy a desearte buena suerte de una manera discreta.

Justo después:

Logan: Buena suerte, Maya.

Miró la pantalla durante demasiado tiempo.

Era solo un mensaje. Solo cuidado.

Aun así, dejó el celular boca abajo y se levantó de la cama.

Sophie todavía dormía cuando Maya fue a ducharse. El agua caliente ayudó poco. Mientras se vestía, intentó organizar el día en tareas simples: clase, biblioteca, almuerzo, estudio, habitación. Cosas que conocía. Cosas que no pedían valor.

Cuando Sophie se despertó, encontró a Maya metiendo los libros en la mochila con una concentración exagerada.

— Estás haciendo esa mochila como si fueras a desactivar una bomba — dijo, somnolienta.

Maya cerró la cremallera.

— Solo voy tarde.

Sophie miró el reloj.

— Vas veinte minutos adelantada.

Maya no respondió.

Ese silencio fue suficiente para que Sophie se despertara de verdad.

— ¿Qué pasó?

— Nada.

— Maya.

Respiró hondo y se pasó la mano por el pelo.

— Solo me desperté rara.

Sophie se sentó en la cama, con el rostro más suave.

— ¿Rara cómo?

Maya apretó la correa de la mochila.

— Como si ayer hubiera sido demasiado grande.

La frase se quedó en la habitación.

Sophie no bromeó. No sonrió. No intentó convertir aquello en drama.

— ¿Tienes miedo porque dijiste que te gusta?

Maya miró hacia la ventana.

— Tengo miedo porque era verdad.

Sophie se quedó en silencio un segundo.

— Eso no es malo.

— Lo sé.

— ¿De verdad lo sabes?

Maya soltó una risa corta, sin humor.

— No de la manera en que debería.

Sophie se llevó la manta al regazo.

— ¿Quieres huir de él?

Maya se giró rápido.

— No.

La respuesta salió inmediata. Demasiado fuerte.

Sophie alzó las cejas.

Maya bajó la voz.

— No quiero huir de él. Solo quiero... respirar.

— Entonces respira. Pero no los lastimes a los dos fingiendo que no pasó nada.

Maya desvió la mirada.

Era exactamente lo que le daban ganas de hacer.

No porque Logan mereciera distancia. Sino porque, si ella pudiera retroceder un paso, tal vez el corazón dejaría de latir tan fuerte.

En la primera clase, Maya intentó prestar atención. Anotó casi todo, respondió cuando el profesor preguntó algo y fingió que no miraba el celular cada pocos minutos.

Logan no insistió.

Eso debería aliviar.

No alivió.

En el descanso, encontró un nuevo mensaje.

Logan: Prometí discreción, así que este es mi único intento de invitación: ¿café después de tu última clase?

Maya leyó el mensaje en medio del pasillo, rodeada de voces, pasos y puertas abriéndose. Sintió ganas de decir que sí. Ganas reales. La parte de ella que se había quedado en la plaza con los brazos alrededor de él quería cruzar el campus en ese instante.

Pero otra parte, más antigua, más asustada, susurró que decir que sí demasiado se volvía dependencia. Que gustar demasiado se volvía caída. Que las personas podían entrar con delicadeza y, aun así, dejar agujeros cuando se iban.

Escribió:

Maya: Hoy no puedo. Necesito estudiar.

Esta vez, la respuesta tardó.

Poco.

Pero Maya sintió cada segundo.

Logan: Claro. Estudia bien. ¿Te veo mañana?

El mañana.

Antes, la palabra calentaba.

En ese momento, apretó.

Maya: Tal vez. Depende de cómo termine las cosas.

Lo envió e inmediatamente se odió un poco por eso.

Logan respondió:

Logan: Está bien. Sin presión.

Sin presión.

Él estaba haciendo todo bien.

Y Maya se estaba alejando aun así.

Por la tarde, fue a la biblioteca. Se sentó en el mismo lugar de siempre, abrió el portátil, esparció los libros y se quedó mirando la pantalla durante quince minutos sin leer una línea. El silencio, que normalmente la protegía, parecía acusarla.

Pensaba en Logan leyendo sus respuestas. En la sonrisa disminuyendo un poco. En el intento de él de entender si había hecho algo mal.

No lo había hecho.

Esa era la peor parte.

Maya apoyó la frente en la mano.

— Estás escondida aquí.

Levantó la vista.

Logan estaba a pocos pasos de la mesa.

El corazón le dio un salto tan fuerte que casi pareció culpa.

Él no sonreía como de costumbre. No del todo. Había cuidado en su rostro, pero también una especie de incertidumbre que Maya nunca había visto allí.

— Hola — dijo ella.

— Hola.

Señaló la silla frente a ella.

— ¿Puedo?

Maya asintió.

Logan se sentó despacio, como si cualquier movimiento brusco pudiera hacer que ella se levantara.

— No vine a reclamar el café — dijo.

— Lo sé.

— Vine a devolverte tu marcador. Lo olvidaste en mi bolsillo ayer.

Sacó de la chaqueta un marcador de páginas verde, simple, con la punta un poco arrugada.

Maya miró el objeto en la mano de él.

— Ni me di cuenta.

— Yo me di cuenta cuando llegué a la habitación. Pensé en usarlo como excusa para verte.

Ella levantó la vista.

Logan sonrió un poco.

— Al parecer, funcionó.

Maya intentó sonreír también, pero no logró sostenerla.

Él dejó el marcador sobre la mesa, entre los libros.

Durante unos segundos, ninguno de los dos habló.

La biblioteca parecía demasiado silenciosa.

— ¿Estás bien? — preguntó Logan por fin.

Maya apretó los dedos bajo la mesa.

— Estoy.

Él la observó.

No con acusación.

Con conocimiento.

— Maya.

Ella odió la suavidad de su voz. La manera en que decía su nombre sin usarlo como una llave, pero aun así abría puertas.

— Estoy intentando estar bien — corrigió.

Logan asintió despacio.

— ¿Conmigo?

La pregunta dolió.

— No eres tú.

Él respiró hondo, mirando la mesa.

— Quiero creer eso.

— Es verdad.

— Sé que tal vez lo sea. Pero hoy pareció conmigo.

Maya cerró los ojos un instante.

Cuando los abrió, Logan seguía allí. Quieto. Paciente. Lo bastante herido como para que ella lo viera, lo bastante cuidadoso como para no echarle eso encima.

— Ayer fue grande — dijo ella.

— Lo fue.

— Y quise decirlo todo.

El rostro de él cambió un poco. Como si esa parte importara más que el resto.

— Vale.

— Pero hoy me desperté con miedo.

Logan se pasó la mano por la nuca.

— ¿De mí?

— De cómo me siento contigo.

Él se quedó inmóvil.

Maya tragó saliva y continuó antes de perder el valor.

— Tú te acercas y yo quiero dejarte. Tú preguntas y yo quiero responder. Tú te quedas y yo quiero que sigas. Y eso parece bonito cuando estoy contigo. Pero después, cuando me quedo sola, parece peligroso.

Logan la miró con una tristeza calma.

— Porque crees que depender de alguien es peligroso.

— Porque lo es.

— A veces.

— Casi siempre.

Él no discutió. Tal vez porque sabía que discutir con el miedo rara vez hacía que el miedo se fuera.

— No quiero ser algo que te asuste — dijo.

Maya sintió que se le cerraba la garganta.

— Pero lo eres.

La frase salió antes de que pudiera suavizarla.

Logan bajó la mirada.

Y Maya quiso recuperarla.

— No así — dijo rápido. — No porque hagas algo mal. Me asustas porque es bueno. Porque no sé qué hacer con alguien que me trata como si yo fuera fácil de querer.

Él levantó la vista otra vez.

— Lo eres.

Ella rió sin alegría, emocionada.

— ¿Ves? De eso estoy hablando.

Logan se quedó en silencio.

Luego habló más bajo:

— Me gustas, Maya. Pero no quiero que esto se convierta en un lugar donde te sientas atrapada.

— No me siento atrapada.

— Entonces, ¿qué necesitas?

La pregunta parecía simple.

Pero Maya no sabía responder.

Lo necesitaba cerca.

Lo necesitaba lejos.

Necesitaba que él entendiera sin hacerse daño.

Necesitaba ser otra persona por cinco minutos.

— Creo que necesito ir despacio — dijo.

Logan respiró despacio.

— Más despacio que ayer.

— Sí.

Él asintió.

— Puedo hacer eso.

La facilidad de la respuesta debería ser buena. Pero Maya percibió el esfuerzo escondido detrás de ella.

— Logan...

— Puedo — repitió, e intentó sonreír. — Solo necesito saber si despacio todavía significa conmigo.

La pregunta la golpeó entera.

Maya lo miró, las manos apoyadas en la mesa, el marcador entre los dos, al chico que estaba intentando ofrecer espacio sin desaparecer.

— Significa — dijo.

Logan cerró los ojos un instante breve.

Cuando los abrió, había alivio allí.

Y también dolor.

— Entonces está bien.

No lo estaba.

Los dos lo sabían.

Pero tal vez, por ahora, era lo máximo que podían decir.

Logan empujó el marcador un poco más cerca de ella.

— Estudia. No voy a molestar.

Se levantó.

Maya sintió un impulso fuerte de pedirle que se quedara. Tan fuerte que llegó a abrir la boca.

Pero la palabra no salió.

Logan esperó medio segundo, como si hubiera oído el silencio de ella casi convertirse en petición.

Luego sonrió, pequeño.

— Hasta mañana, tal vez.

Maya sintió el peso del "tal vez" volviendo hacia ella.

— Hasta mañana — dijo.

Sin tal vez.

Logan pareció guardar aquel pequeño cambio. Asintió una vez y se fue.

Maya se quedó mirando el marcador durante mucho tiempo.

Por la noche, en la habitación, Sophie lo escuchó todo sin interrumpir. Sentada en la cama, abrazada a una almohada, tenía la expresión de quien quería proteger a Maya de sí misma y a Logan del daño, pero sabía que no podía hacer ninguna de las dos cosas.

— Pediste ir despacio — dijo Sophie.

— Sí.

— Y él aceptó.

— Sí.

— Entonces, ¿por qué pareces peor?

Maya estaba sentada en el suelo, con la espalda apoyada en la cama.

— Porque aceptó triste.

Sophie suspiró.

— Le gustas. Claro que dolió un poco.

Maya cerró los ojos.

— No quería lastimarlo.

— Lo sé.

— Él no se lo merece.

— No, no se lo merece. Pero tú tampoco te mereces forzarte a una velocidad que te asusta.

Maya se pasó las manos por la cara.

— ¿Y si lo arruino todo?

Sophie tardó en responder.

— Tal vez la manera de no arruinarlo sea ser honesta antes de desaparecer.

Maya la miró.

— Fui honesta.

— Lo fuiste. Ahora necesitas seguir siéndolo.

El celular de Maya vibró sobre la cama.

Lo agarró demasiado rápido.

Logan: Llegué del entrenamiento. Espero que tu estudio haya rendido más que mi concentración hoy.

Maya sintió que el pecho se le hundía.

Maya: No rindió mucho.

La respuesta llegó después de unos segundos.

Logan: Entonces estamos empatados.

Se mordió el labio.

Maya: Perdón.

Esta vez, Logan tardó más.

Logan: ¿Por qué?

Maya miró la pantalla, los dedos quietos.

Por el miedo.
Por la distancia.
Por quererte y retroceder cuando te acercas.

Pero escribió:

Maya: Por hoy.

La respuesta llegó demasiado suave para ser justa.

Logan: Hoy también forma parte.

Maya sintió que le ardían los ojos.

Maya: ¿De qué?

Logan: De que nosotros aprendamos.

Se apretó el celular contra el pecho.

Sophie, al ver su expresión, preguntó:

— ¿Él volvió a ser bonito?

Maya soltó una risa débil.

— Sí.

— Qué rabia.

— Mucha.

Maya miró de nuevo la pantalla.

Quería decir algo que redujera la distancia. Algo pequeño, pero verdadero.

Maya: Quiero verte mañana.

La respuesta llegó casi inmediata.

Logan: Yo también quiero verte mañana.

Luego:

Logan: Despacio. Pero quiero.

Maya respiró hondo.

Maya: Despacio.

Se quedó esperando otro mensaje, pero Logan no envió. No completó con una frase grande. No empujó el momento hacia algo mayor.

Solo dejó la palabra de ellos allí.

Despacio.

Al día siguiente, Maya lo encontró cerca del jardín después de clase. Logan estaba apoyado en un árbol, sosteniendo dos vasos de café. Cuando la vio, sonrió. No aquella sonrisa entera de antes, pero una sonrisa real.

— Traje café — dijo. — Sin convertir esto en una cita, promesa o evento histórico.

Maya tomó el vaso, intentando no sonreír.

— Gracias.

— De nada.

Caminaban lado a lado por el campus. Durante unos minutos, hablaron de cosas simples. La clase de ella. El entrenamiento de él. Ryan quejándose de que Logan estaba "emocionalmente inútil", según las palabras de Logan, lo que hizo que Maya se riera a pesar de sí misma.

— ¿Dijo eso?

— Lo dijo. Después falló tres tiros y perdió el derecho de comentar mi vida.

Maya rió otra vez.

Logan la miró.

— Extrañé eso.

La risa de ella disminuyó.

— ¿Qué?

— Verte reír sin parecer que estás pidiendo perdón por eso.

Maya bajó la mirada al café.

— Logan...

— Lo sé. Despacio.

Ella lo miró, culpable.

— Vas a empezar a odiar esa palabra.

— No. Solo voy a aprender su tamaño.

La respuesta desarmó a Maya de una manera silenciosa.

Llegaron al banco del jardín, el mismo de antes, pero ninguno de los dos se sentó de inmediato.

Maya miró la madera, recordando la primera vez que había dicho que no quería menos. Parecía otra versión de ella. Más valiente, tal vez. O solo asustada de otra manera.

— ¿Puedo preguntarte algo difícil? — dijo Logan.

Maya asintió.

— Puedes.

Él sostuvo el vaso con las dos manos.

— Cuando dices despacio, ¿quieres decir menos sentimiento o menos velocidad?

Maya se quedó quieta.

La pregunta era demasiado exacta.

— Menos velocidad — respondió después de un tiempo.

Logan soltó el aire como si no se hubiera dado cuenta de que lo retenía.

— Vale.

— El sentimiento no sé disminuirlo.

La frase se le escapó.

Logan la miró.

Maya sintió que se le calentaba la cara.

— Eso salió sin permiso.

— Fue mi parte favorita del día.

Ella intentó poner los ojos en blanco, pero la emoción se lo impidió.

— No cambias.

— Estoy intentando cambiar la velocidad. No la sinceridad.

Maya sonrió un poco.

Logan señaló el banco.

— ¿Quieres sentarte?

Ella asintió.

Se sentaron con un espacio entre los dos. No enorme. Solo visible.

Maya se dio cuenta de que él dejó ese espacio a propósito.

Y eso la tocó.

Durante un tiempo, se quedaron observando el movimiento del campus. Personas pasaban cargando libros, cafés, prisa. El mundo

parecía normal, pero entre ellos había una delicadeza nueva, como si ambos estuvieran reaprendiendo dónde poner las manos.

Maya fue la primera en moverse.

Acercó los dedos despacio y tocó la mano de él sobre el banco.

Logan miró el contacto, pero no giró la mano de inmediato. Esperó.

Maya deslizó los dedos por los de él.

Solo entonces Logan entrelazó sus manos.

— ¿Esto todavía cuenta como despacio? — preguntó en voz baja.

Maya miró las manos unidas.

— Cuenta.

— Genial. Porque me gusta mucho esta parte.

Ella sonrió.

— Lo sé.

El silencio volvió, pero no era malo.

Maya respiró hondo.

— Ayer, cuando te fuiste de la biblioteca, quise pedirte que te quedaras.

Logan giró el rostro hacia ella.

— ¿Quisiste?

— Quise.

— ¿Por qué no lo pediste?

Ella miró el jardín.

— Porque también quería que te fueras.

Logan se quedó callado.

Maya apretó su mano.

— Es confuso.

— Lo entiendo.

— No sé si lo entiendes.

— Tal vez no de la misma manera. Pero entiendo querer dos cosas al mismo tiempo y quedarse atrapado en medio.

Ella lo miró.

— ¿Sientes eso conmigo?

Logan sonrió sin mucha alegría.

— Quiero tirarte hacia mí todo el tiempo. Y quiero darte espacio. A veces, las dos ganas pelean feo.

Maya sintió una ternura dolorosa.

— ¿Cuál gana?

Él miró sus manos.

— La que te cuida mejor a ti en ese momento.

Maya cerró los ojos un segundo.

— No puedes ser así.

— ¿Así cómo?

— Fácil de querer.

Logan se quedó inmóvil.

Luego sonrió, pero había demasiada emoción allí.

— Esa me la voy a guardar sin pedir.

Maya rió bajito, y el miedo cedió un poco.

No desapareció.

Pero cedió.

Apoyó el hombro en el de él.

Fue un gesto pequeño. Casi nada.

Para Logan, pareció todo.

Maya lo sintió por la manera en que él contuvo la respiración, luego se relajó despacio para no asustarla. Él no le pasó el brazo por encima. No convirtió el gesto en más de lo que era. Solo se quedó.

Y a Maya le gustó eso.

Le gustó tanto que volvió a asustar.

Pero esta vez no se alejó.

— No quiero desaparecer — dijo.

Logan giró un poco el rostro, la voz baja.

— Entonces no desaparezcas.

— A veces puedo parecer distante.

— Voy a intentar preguntar antes de concluir.

— Y yo voy a intentar responder antes de huir.

Él asintió.

— Parece un acuerdo.

Maya lo miró.

— ¿Otro contrato verbal?

Logan sonrió.

— Nuestro historial con contratos verbales es interesante.

— Empezó dudoso.

— Mejoró bastante.

Ella rió.

Logan miró su boca un instante, luego volvió a los ojos de ella. Maya lo percibió. El cuerpo entero lo percibió.

Él no lo pidió.

Tal vez por el despacio.

Tal vez porque estaba dejando que ella eligiera.

Maya sintió que el corazón se le aceleraba. Podría fingir que no lo había visto. Podría levantarse, terminar el café, volver a la habitación.

Pero, en vez de eso, levantó la mano y tocó el lado del rostro de él.

Logan se quedó muy quieto.

— Maya...

— Puedes besarme.

Su voz salió baja, pero firme.

Él buscó sus ojos.

— ¿Estás segura?

— Estoy segura.

Logan se acercó despacio, como si la palabra despacio se hubiera convertido en el idioma de los dos. El beso fue calmo. Tierno. Un poco triste al principio, como si cargara el miedo de la noche anterior, pero pronto se volvió más cálido, más seguro. Maya sostuvo el rostro de él por unos segundos, manteniéndolo cerca.

Cuando se separaron, Logan apoyó la frente en la de ella.

— ¿Esto también cuenta como despacio? — murmuró.

Maya sonrió.

— Cuenta.

— Estoy empezando a volver a gustar de esa palabra.

Ella rió, y Logan sonrió contra su frente.

Por un instante, Maya pensó que tal vez lo lograrían. No sin miedo. No sin tropiezos. Pero con suficiente honestidad para volver al mismo lugar.

Más tarde, cuando se despidieron cerca del dormitorio, Logan no preguntó si podía verla al día siguiente. Maya se dio cuenta.

Él estaba dejando espacio.

Esta vez, fue ella quien lo llenó.

— Mañana tengo clase hasta las cuatro.

Logan levantó la vista.

— Vale.

— Después puedo tomar café.

La sonrisa de él apareció despacio.

— ¿Café sin evento histórico?

— Tal vez con un evento pequeño.

— ¿Cuál?

Maya respiró hondo.

— Yo apareciendo.

Logan la miró como si la frase hubiera acertado algo profundo.

— Para mí, eso nunca es pequeño.

Maya sintió ganas de huir de la intensidad.

Pero se quedó.

— Buenas noches, Logan.

— Buenas noches, Maya.

Él no intentó besarla de nuevo. Solo apretó su mano antes de soltarla.

Maya entró al dormitorio con el corazón todavía inquieto, pero no tan pesado.

En la habitación, Sophie levantó la vista del portátil.

— ¿Cómo fue?

Maya cerró la puerta y se apoyó en ella.

Pensó en decir "normal".

Pensó en decir "bien".

Pero estaba intentando responder antes de huir.

Entonces dijo la verdad.

— Fue difícil. Y fue bueno.

Sophie sonrió levemente.

— Parece ustedes.

Maya caminó hasta la cama y se sentó.

El celular vibró unos minutos después.

Logan: Llegué. Estoy respetando el despacio, pero necesito registrar que hoy fue importante para mí.

Maya sonrió.

Maya: Tú registras todo.

Logan: Principalmente a ti.

Miró la pantalla, sintiendo que el miedo se movía otra vez.

Pero, esta vez, respondió antes de que creciera.

Maya: Hoy también fue importante para mí.

La respuesta tardó poco.

Logan: Buenas noches, Maya. Hasta mañana, en nuestro evento pequeño.

Maya rió bajito.

Maya: Hasta mañana, Logan.

Luego apagó la luz y se quedó mirando el techo oscuro.

El miedo todavía estaba allí.

Pero Logan también.

Y, por primera vez, Maya empezó a pensar que tal vez el valor no fuera dejar de tener miedo.

Tal vez fuera no entregarle a él todas las decisiones.

Tal vez fuera responder el mensaje.

Tocar la mano.

Aparecer al día siguiente.

Despacio.

Pero aparecer.

CAPÍTULO 19

El Evento Pequeño

Maya pasó toda la mañana pensando en el café.

No porque el café fuera importante.

No debería serlo.

Era solo una bebida caliente en un vaso desechable. Un encuentro rápido después de clase. Una conversación en el campus. Nada que mereciera la cantidad absurda de atención que ella le estaba dando a eso desde que abrió los ojos.

Pero no era el café.

Era ella apareciendo.

Eso fue lo que le dijo a Logan la noche anterior, con una valentía que parecía pequeña en el momento y enorme después. Yo apareciendo. Como si esa frase hubiera sido solo una broma, una forma de aliviar la tensión, cuando en realidad era casi una promesa.

Maya estaba intentando aprender a quedarse.

Y quedarse, descubrió, exigía más de ella que huir.

Durante la clase, anotó todo con demasiado esmero, como si una página organizada pudiera organizar también el pecho. El profesor hablaba sobre teoría, plazos y presentaciones futuras, pero la mente

de ella insistía en volver a Logan sentado en el banco, dejando espacio entre los dos. Logan esperando a que ella eligiera tocar su mano. Logan preguntando si despacio significaba menos sentimiento o menos velocidad.

Menos velocidad.

El sentimiento no sé disminuirlo.

Maya apretó el bolígrafo con fuerza.

Aún no sabía cómo esa frase había salido de ella. Tal vez porque, con Logan, algunas verdades encontraban caminos antes de que ella lograra cerrar la puerta con llave.

Cuando la clase terminó, los alumnos empezaron a salir en grupos. Maya guardó el material despacio, comprobando dos veces si no se había olvidado nada. El retraso era intencional. Una parte de ella quería llegar exactamente a la hora. Otra quería ganarse unos minutos para respirar.

Sophie, que tenía clase en el edificio de al lado, apareció en la puerta antes de que Maya lograra escaparse sola.

— Tienes cara de quien va a una entrevista de trabajo — dijo.

Maya cerró la mochila.

— Es un café.

— Eres tú yendo a encontrarte con el chico que te gusta después de casi entrar en pánico por gustarte. Así que, sí, es un café con currículum emocional.

Maya la miró.

— ¿Puedes hablar bajo?

— Puedo, pero pierdo impacto.

A pesar del nerviosismo, Maya se rió.

Sophie sonrió, más suave.

— ¿Quieres que vaya contigo hasta la mitad del camino?

Maya pensó por un segundo. Quería. No quería. Quería que la acompañaran y quería demostrarse a sí misma que podía ir.

— No hace falta.

Sophie asintió, entendiendo más de lo que Maya decía.

— Entonces ve. Y, Maya?

— ¿Qué?

— No tienes que llegar perfecta. Solo tienes que llegar.

La frase se quedó con ella.

Maya cruzó el campus sujetando la correa de la mochila con una mano y el celular con la otra. No había mensajes nuevos de Logan desde el "hasta mañana, en nuestro evento pequeño". Él no había preguntado si ella aún iría. No había confirmado de nuevo. No había llenado el silencio con ansiedad.

La confianza de él la tocaba de una manera extraña.

Como si él creyera que ella aparecería incluso antes de que ella estuviera segura.

Cuando se acercó al café pequeño cerca de la biblioteca, vio a Logan antes de que él la viera a ella.

Él estaba afuera, cerca de una mesa vacía, con las manos en los bolsillos de la chaqueta. No parecía tranquilo. Eso fue lo primero que Maya notó. Logan intentaba parecer casual, pero miraba hacia la dirección del edificio cada pocos segundos, como si estuviera luchando por no buscar demasiado.

El corazón de ella se apretó.

Él también estaba intentando.

Maya se detuvo por un instante, respiró hondo y siguió.

Logan la vio.

El rostro de él cambió de una manera discreta, pero completa. Como si el alivio hubiera pasado por él antes de la sonrisa.

— Hola — dijo.

— Hola.

Por unos segundos, se quedaron parados, uno frente al otro, como si estuvieran reaprendiendo la entrada de una conversación que antes parecía simple.

Logan señaló la puerta del café.

— Llegué temprano.

Maya alzó una ceja.

— ¿Cuánto temprano?

— Lo suficiente como para que el dependiente me preguntara si estaba esperando una entrevista.

Ella se rió.

— Entonces no fui solo yo la que tuvo esa impresión.

— ¿Tú también?

— Sophie dijo que yo tenía cara de entrevista de trabajo.

Logan sonrió, y algo en el aire se aflojó.

— Tal vez lo sea. Puesto disponible: persona intentando ir despacio sin estropearlo todo.

Maya bajó la mirada, sonriendo apenas.

— Parece una vacante difícil.

— Estoy dispuesto a aprender en el entrenamiento.

Ella lo miró, y la sonrisa de él se volvió más tímida.

— Perdón — dijo Logan. — ¿Fue grande?

Maya respiró despacio.

— Fue mediano.

— Progreso.

— Muy poco.

— Yo acepto poco.

Entraron al café. El lugar estaba casi vacío, con dos mesas ocupadas cerca de la ventana y una música baja que apenas se mezclaba con el sonido de la máquina de espresso. Logan dejó que Maya pidiera primero. Ella eligió un cappuccino pequeño. Él pidió café negro y una galleta, luego la miró.

— ¿Quieres compartir?

Maya miró la galleta en el mostrador.

— ¿Estás usando azúcar como estrategia de acercamiento?

— Estoy usando galleta como galleta. Pero si ayuda en el acercamiento, no me voy a quejar.

Ella intentó mantener una expresión seria.

— Un poco sospechoso.

— ¿Un poco eficiente?

— Tal vez.

Tomaron los pedidos y eligieron una mesa cerca de la esquina. No estaba demasiado escondida, ni demasiado expuesta. Maya notó que Logan esperó a que ella eligiera la silla antes de sentarse. Era un cuidado tan pequeño que podría pasar desapercibido.

Con él, casi nada pasaba.

Durante unos minutos, hablaron de temas fáciles. La clase de ella. El entrenamiento de él. La galleta, que Logan insistió en partir por la mitad, aunque una parte había quedado visiblemente más grande.

— Me diste el pedazo más grande — dijo Maya.

Logan miró los dos pedazos como si lo hubieran pillado cometiendo un crimen.

— Fue un error estructural.

— Claro.

— La geometría de la galleta me traicionó.

Maya mordió el pedazo más grande e intentó no reírse.

— Conveniente.

— Mucho.

La risa salió más natural esta vez.

Logan pareció notarlo, pero no comentó. Solo dio un sorbo de café y dejó que la conversación respirara.

A Maya le gustó eso.

Le gustó tanto que sintió ese miedo antiguo moverse, pero no creció como antes. Tal vez porque Logan no estaba intentando convertir cada gesto en prueba. Tal vez porque ella estaba allí por elección. Tal vez porque el miedo, cuando no era alimentado por el silencio, se quedaba un poco más pequeño.

— ¿Puedo preguntar una cosa? — dijo ella.

Logan apoyó el vaso en la mesa.

— Puedes.

— ¿Te quedaste pensando que yo no vendría?

Él no respondió demasiado rápido.

— Un poco.

Maya sintió culpa.

— Pensé en no venir.

Logan asintió despacio. No pareció sorprendido. Pareció triste, pero preparado para escuchar.

— ¿Qué hizo que vinieras?

Ella pasó el dedo por el borde del vaso.

— Dije que vendría.

— ¿Solo por eso?

Maya levantó la mirada.

— No. Porque quería verte.

El rostro de él se suavizó de inmediato.

Maya respiró hondo antes de que la valentía retrocediera.

— Pero decir eso todavía me asusta.

— Lo sé.

— Dices "lo sé" como si de verdad lo supieras.

— No lo sé todo. Pero estoy aprendiendo a reconocer cuándo estás siendo valiente en una frase pequeña.

Ella lo miró por demasiado tiempo.

— Haces eso otra vez.

— ¿Qué?

— Tomas una cosa mía y la dejas más bonita.

Logan se puso serio, pero no pesado.

— Tal vez solo te la devuelva de una manera en la que puedas mirarla por unos segundos.

Maya sintió el pecho apretarse de ternura.

— Eso fue grande.

Él cerró los ojos por un instante, como si hubiera roto una regla invisible.

— Perdón.

— No. — Ella negó con la cabeza. — No me estoy quejando.

Logan abrió los ojos.

— ¿No?

— No.

La palabra quedó entre ellos, pequeña y caliente.

Logan sonrió despacio, y Maya se dio cuenta de que tal vez también estaba aprendiendo a cuidarlo a él. No solo recibiendo cuidado. No solo siendo la persona asustada que necesitaba espacio. También podía notar cuándo él se retraía, cuándo intentaba medir cada frase,

cuándo tenía miedo de sentir demasiado cerca de ella.

— No necesitas estar disculpándote por ser tú — dijo ella.

Logan se quedó inmóvil.

La emoción cruzó el rostro de él antes de que lograra esconderla.

— Maya...

— ¿Fue grande?

Él soltó una risa baja, casi sin aire.

— Fue.

— Entonces estamos en paz.

Él la miró como si ese intercambio tonto hubiera significado más de lo que debería.

Tal vez lo había significado.

El café se enfrió un poco entre conversaciones. Maya habló de la presentación que tendría la semana siguiente y confesó que ya había reescrito la introducción cuatro veces. Logan escuchó con atención, haciendo preguntas simples, sin fingir entender más de lo que entendía. Luego contó que Ryan había sugerido que él "dejara de pensar con cara de poema" durante el entrenamiento, porque estaba asustando al equipo.

Maya se rió tanto que tuvo que bajar el vaso.

— ¿Cara de poema?

— Según Ryan, sí.

— ¿Cómo es una cara de poema?

Logan apoyó la barbilla en la mano e intentó poner una expresión dramática.

Maya se rió otra vez.

— Pésima.

— Entonces tal vez lo interpreté mal.

— Tal vez Ryan tenga razón.

— ¿Tú crees que yo pongo cara de poema?

Maya estudió el rostro de él por un segundo. Los ojos claros demasiado atentos, la boca intentando no sonreír, la expresión abierta de alguien que fingía bromear, pero guardaba cada respuesta de ella con cuidado.

— A veces — dijo ella.

Logan pareció demasiado satisfecho.

— Lo aceptaré como un elogio.

— Yo no dije que lo fuera.

— Pero tampoco dijiste que no lo fuera.

Maya negó con la cabeza.

— Eres imposible.

— Y tú apareciste.

La frase salió baja. Sin broma.

Maya sintió que la sonrisa se le achicaba.

Logan también notó el cambio y no intentó deshacerlo.

— Sé que parece pequeño — dijo él. — Pero sé que no lo fue.

Ella miró el vaso.

— Casi me di la vuelta a mitad de camino.

— Y aun así viniste.

— Sí.

— Gracias.

Maya levantó la mirada, sorprendida.

— ¿Por qué?

— Por intentarlo conmigo.

La garganta de ella se apretó.

Era exactamente eso. Intentar. No prometerlo todo. No saberlo todo. No estar lista para todo. Solo intentar.

— Tú también estás intentando conmigo — dijo ella.

Logan asintió.

— Lo estoy.

— ¿Está siendo difícil?

Él lo pensó.

— A veces. Pero no porque yo no quiera. Es difícil porque quiero acertar mucho y no existe un manual sobre ti.

Maya sonrió un poco.

— Menos mal.

— ¿Menos mal?

— Yo sería pésima con manuales.

— Me di cuenta.

Ella fingió ofensa.

— Logan.

— Tendrías notas al pie contradictorias.

Maya se rió.

— Probablemente.

La risa se calmó, pero dejó una ligereza en su lugar. Maya sintió ganas de tocar la mano de él. El impulso vino sin pánico esta vez. Miró la mesa, los dedos de Logan cerca del vaso, y pensó que podía elegir.

Entonces eligió.

Extendió la mano despacio y tocó los dedos de él.

Logan se detuvo a mitad de un movimiento.

No le tomó la mano a ella de inmediato. Esperó ese segundo que Maya ya empezaba a reconocer. El segundo en el que él dejaba que la decisión siguiera siendo de ella.

Maya entrelazó los dedos con los de él.

Solo entonces Logan la sostuvo.

— ¿El entrenamiento va bien? — preguntó él, la voz más baja.

Ella sonrió.

— No te pongas engreído.

— Demasiado tarde.

Maya se rió, pero no soltó la mano.

Se quedaron así mientras terminaban el café. La conversación se volvió más baja, más íntima, aunque no hablaran de nada prohibido o grandioso. Logan preguntó por el libro que ella estaba leyendo. Maya preguntó por la manía de él de llegar temprano a todos los lugares. Él confesó que odiaba la sensación de hacer esperar a alguien. Ella dijo que siempre llegaba temprano porque prefería observar antes de entrar. Él la miró con esa atención peligrosa y dijo que eso tenía sentido.

— Hablas como si yo fuera un estudio — dijo Maya.

— No un estudio. Un descubrimiento.

Ella apretó la mano de él.

— Grande.

— Lo sé. Pero esa no la retiro.

Maya intentó parecer firme.

Falló.

El celular de Logan vibró sobre la mesa. Él miró rápido la pantalla, lo apagó sin responder y volvió su atención a ella.

— ¿Entrenamiento? — preguntó Maya.

— Ryan preguntando si sobreviví al evento pequeño.

— ¿Él sabe?

— Él sabe que venía a tomar café contigo.

— ¿Y lo llamó evento pequeño?

— No. Esa parte es mía. Él lo llamó "la misión de no asustar a Maya".

Ella abrió la boca.

Logan se dio cuenta del error demasiado tarde.

— Lo dijo bromeando.

Maya soltó la mano de él.

No de forma brusca, pero lo suficiente para que Logan lo sintiera.

— ¿Hablaste de mí así?

La pregunta salió más baja de lo que ella esperaba.

Logan enderezó la postura.

— No como crítica. Yo solo... él se dio cuenta de que yo estaba nervioso. Yo dije que quería hacer las cosas bien, respetar tu ritmo.

Maya miró la ventana.

No quería sentir vergüenza. Pero la sintió. Como si el miedo de ella se hubiera convertido en tema entre otras personas. Como si, de repente, ella fuera demasiado frágil para ser tratada con normalidad.

Logan dijo su nombre con cuidado.

— Maya.

— Sé que no quisiste hacerlo con mala intención.

— De verdad que no.

— Pero no me gusta parecer un problema que necesita ser administrado.

La frase salió limpia.

Logan se quedó callado.

Maya lo miró, esperando defensa, explicación rápida, tal vez un intento de minimizar lo que había pasado.

Pero Logan solo asintió.

— Tienes razón.

Eso la desarmó más que cualquier justificación.

— ¿La tengo?

— La tienes. Yo estaba nervioso y hablé con Ryan porque es mi amigo, pero debería haber pensado en cómo sonaría para ti.

Maya respiró despacio.

— No quiero que no hables con nadie. No es eso.

— Lo entiendo.

— Sophie lo sabe todo.

— Entonces tú también tienes una persona.

— Tengo.

— Yo también necesito una persona a veces. Pero puedo elegir mejor las palabras.

Maya lo miró.

La respuesta de él no borraba la incomodidad, pero la cuidaba. No había orgullo en el camino. No había intento de ganar la conversación.

— No quiero ser injusta — dijo ella.

— No lo estás siendo.

— Lo estoy un poco.

— Estás siendo honesta. Nosotros acordamos eso, ¿recuerdas?

Maya pasó las manos por el vaso tibio.

— Responder antes de huir.

— Y preguntar antes de concluir — completó Logan.

Ella respiró hondo.

— Entonces pregúntame.

Logan la observó.

— ¿Tienes ganas de irte?

Maya pensó.

La respuesta antigua sería sí.

La respuesta automática sería tal vez.

La verdadera tardó unos segundos.

— No — dijo ella. — Pero tengo ganas de esconderme un poco.

Logan asintió.

— ¿Quieres salir de aquí? ¿Caminar? Menos mesa, menos mirarnos el uno al otro como si estuviéramos en una negociación delicada.

Maya casi sonrió.

— Estamos en una negociación delicada.

— Lo sé. Pero podemos negociar caminando.

Ella miró la puerta, luego a él.

— Podemos.

Salieron del café con los vasos vacíos. El aire del final de la tarde estaba más fresco, y el campus tenía ese movimiento lento de quien ya terminaba el día. Logan caminaba al lado de ella sin tocarle la mano. Maya notó la ausencia del toque y, por primera vez, no lo interpretó como distancia. Lo interpretó como espacio ofrecido.

Eso le hizo querer disminuir el espacio.

Después de unos pasos, ella apoyó el hombro en el brazo de él.

Logan miró hacia abajo.

— ¿Eso es parte de la negociación?

— Tal vez.

— Me gusta esa cláusula.

Maya se rió, y la incomodidad empezó a ceder.

Caminaron hasta el jardín, pasando por el banco donde habían conversado el día anterior. Maya no quiso sentarse. Siguió caminando, y Logan acompañó su ritmo.

— No quiero que tengas miedo de hablar sobre nosotros — dijo ella después de un tiempo.

Logan miró hacia adelante, atento.

— Está bien.

— Solo no quiero sentirme como si estuvieras explicándole mis dificultades a otra persona.

— Lo entendí.

— Y sé que eso es complicado, porque yo hablo con Sophie.

— No es complicado. Tú también puedes hablar. Yo solo necesito recordar que tú no eres un caso para resolver. Tú eres la chica que me gusta.

Maya sintió que el corazón le tropezaba.

— Tú dices eso muy fácil.

— No es fácil. Es verdadero.

Ella lo miró.

— ¿Hay diferencia?

— Para mí, sí.

Maya pensó en eso.

Tal vez Logan no decía las cosas porque fueran fáciles. Tal vez las decía porque, para él, guardarse demasiado era lo que parecía difícil.

Se detuvieron cerca de un árbol, donde la luz atravesaba las hojas en pedazos dorados. Logan mantuvo las manos en los bolsillos, como si no confiara en ellas cerca de Maya en ese momento.

Ella lo notó.

— Te estás conteniendo — dijo ella.

Él sonrió con torpeza.

— Un poco.

— ¿Por qué?

— Porque quiero tomar tu mano. Pero no sé si tú quieres.

Maya miró la mano de él escondida en el bolsillo.

Había algo casi doloroso en la delicadeza. No porque fuera triste, sino porque ella aún no estaba acostumbrada a que le preguntaran antes de alcanzarla.

— Yo quiero — dijo ella.

Logan se quedó quieto, como si necesitara estar seguro de que oyó.

Maya extendió la mano.

Él sacó la suya del bolsillo y la sostuvo.

El contacto llegó cálido. Familiar. Seguro de una manera que todavía asustaba, pero no hería.

— Me gusta cuando preguntas — dijo Maya.

— Y a mí me gusta cuando respondes.

Ella sonrió.

— Parece simple.

— Pero no lo es.

— No.

Logan pasó el pulgar por los dedos de ella.

— Está bien que no sea simple.

Maya lo miró. A ese chico que podría haberse alejado cuando ella pidió despacio, que podría haber convertido el miedo de ella en rechazo, que podría haberse ofendido con cada cuidado necesario. Pero él estaba allí. Aprendiendo. Equivocándose poco, corrigiendo rápido, quedándose.

— ¿Todavía estás feliz? — preguntó ella.

Logan frunció el ceño, sorprendido.

— ¿Con qué?

— Con lo de ayer. Con que yo haya dicho que me gustabas.

La expresión de él cambió.

— Lo estoy.

Maya tragó saliva.

— ¿Incluso con que hoy esté siendo difícil?

— Principalmente con que hoy esté siendo difícil.

Ella no entendió.

Logan se acercó medio paso, sin invadir.

— Ayer fue bonito. Pero hoy parece real.

Maya sintió que le ardían los ojos.

— Lo real asusta.

— Lo sé.

— ¿Pero te gusta?

Él sonrió levemente.

— Me gustas tú. Lo real viene junto.

Maya bajó la mirada a las manos unidas.

Por unos segundos, se quedó en silencio. No para huir. Para encontrar las palabras antes de que salieran demasiado torcidas.

— A mí también me gustas en lo real — dijo ella.

Logan soltó una risa baja, emocionada.

— Esa frase fue muy tuya.

— ¿Torcida?

— Bonita.

Ella levantó la mirada.

Logan la estaba mirando con una ternura que parecía casi imposible de sostener. Maya sintió que el miedo volvía, pero esta vez lo reconoció sin obedecer.

— Puedes besarme — dijo ella.

Logan parpadeó, sorprendido por la iniciativa.

— ¿Aquí?

Maya miró alrededor. Había estudiantes pasando a lo lejos, algunas personas sentadas en el césped, el mundo siguiendo.

— Aquí.

Él buscó el rostro de ella por un instante más.

— ¿Estás segura?

Maya asintió.

— Estoy segura.

Logan se acercó despacio y tocó el rostro de ella con la mano libre. El beso empezó suave, casi una pregunta. Maya respondió acercándose, los dedos apretando los de él. Sintió el cuidado de Logan, pero también la emoción contenida, el alivio, las ganas. No había prisa. No había exigencia. Solo los dos intentando caber en el mismo momento sin romper nada.

Cuando se separaron, Maya mantuvo los ojos cerrados por un segundo.

Logan apoyó la frente en la de ella.

— El evento pequeño se está volviendo grande — murmuró.

Maya sonrió.

— Mediano.

— Estás siendo generosa.

— Estoy intentando no asustarte.

Él se rió, y el sonido calentó algo dentro de ella.

— Demasiado tarde.

Maya abrió los ojos.

— Logan.

— Estoy bien. Asustado feliz.

Ella se rió también, y esta vez no intentó esconderlo.

Caminaron de vuelta cuando el cielo empezó a oscurecer. Cerca de la residencia, Maya se dio cuenta de que no quería terminar el día con una despedida rápida. Tampoco quería alargarlo hasta que el miedo encontrara una rendija.

Entonces se detuvo antes de la entrada.

— Mañana no sé si puedo café — dijo ella.

Logan asintió, atento.

— Está bien.

— Pero puedo mandarte un mensaje cuando salga de clase.

La sonrisa de él llegó lenta.

— Me va a gustar.

— ¿Aunque sea solo un mensaje pequeño?

— Principalmente si es tuyo.

Maya lo miró con un reproche leve.

— Grande.

— Perdón. Esa se me escapó.

— No pareces arrepentido.

— No lo estoy.

Ella negó con la cabeza, sonriendo.

Logan apretó su mano una última vez antes de soltarla.

— Buenas noches, Maya.

Ella dudó solo un segundo.

Luego se puso de puntillas y le besó la mejilla.

Fue rápido. Dulce. Casi tímido.

Cuando se apartó, Logan parecía haber olvidado cómo hablar.

— Buenas noches, Logan — dijo ella.

Entró al edificio antes de que la valentía desapareciera.

En la habitación, Sophie miró por encima del portátil en el instante en que Maya entró.

— Estás sonriendo.

Maya cerró la puerta.

— ¿Estoy?

— Estás.

Maya se tocó la cara, como si pudiera esconderlo demasiado tarde.

— Fue un evento pequeño.

Sophie entrecerró los ojos.

— ¿Pequeño cuánto?

Maya dejó caer la mochila al lado de la cama y se sentó.

Pensó en el café, en la conversación difícil, en el casi incomodidad, en la mano de él, en el beso en el jardín, en la forma en que Logan había dicho que hoy parecía real.

— Mediano — respondió.

Sophie sonrió.

— ¿En loganés o en mayaés?

Maya se rió.

— En mayaés.

— Entonces fue enorme.

Maya se dejó caer de espaldas en la cama, mirando al techo.

Tal vez lo había sido.

Más tarde, cuando la habitación quedó en silencio y Sophie apagó la luz, el celular de Maya vibró.

Logan: Llegué. Ryan preguntó si sobreviví. Dije que sí y que no diría nada más sin autorización oficial.

Maya se rió bajo.

Maya: Autorización concedida para decir que el café fue bueno.

La respuesta llegó rápido.

Logan: El café fue bueno.

Después de unos segundos:

Logan: Tú fuiste mejor.

Maya se mordió el labio, sintiendo que se le calentaba la cara.

Maya: Grande.

Logan: Lo sé. Estoy pésimo hoy.

Ella se quedó mirando la pantalla, sonriendo en la oscuridad.

Antes, habría dejado que la conversación muriera ahí para no alimentar demasiado el corazón. Pero estaba intentando aparecer. En persona. En mensaje. En las partes pequeñas.

Maya: Me gustó de todos modos.

La respuesta de él tardó un poco.

Logan: Voy a guardar eso también.

Maya cerró los ojos por un instante.

Maya: Buenas noches, Logan.

Logan: Buenas noches, Maya. Hasta tu mensaje pequeño de mañana.

Ella sonrió.

Maya: Hasta.

Dejó el celular a un lado y se subió la manta hasta el pecho.

El miedo todavía existía.

Pero ahora ya no ocupaba la habitación entera.

Había espacio para otras cosas.

Para el café tibio.

Para la mano de Logan esperando la de ella.

Para una disculpa aceptada sin orgullo.

Para un beso en el jardín.

Para un mensaje pequeño al día siguiente.

Maya respiró hondo, sintiendo que el sueño llegaba despacio.

Tal vez así era como aprenderían.

No con grandes promesas.

No con certezas perfectas.

Sino con un evento pequeño tras otro.

Y, por primera vez, Maya no pensó que eso fuera poco.

CAPÍTULO 20

Mensaje pequeño

Maya se despertó antes del despertador.

Durante unos segundos, se quedó inmóvil, mirando el techo claro de la habitación, intentando entender por qué el corazón parecía ya haber empezado el día antes que ella.

Entonces recordó.

El mensaje pequeño.

No era nada del otro mundo. Le había dicho a Logan que mandaría un mensaje cuando saliera de clase. Algo simple. Normal. La gente mandaba mensajes todos los días sin convertir eso en una prueba de valentía.

Pero Maya no estaba intentando ser cualquier persona.

Estaba intentando ser ella misma sin huir.

Se giró de lado y agarró el móvil de la mesita de noche. Había un mensaje de Logan de la noche anterior aún abierto en la pantalla.

Logan: Hasta tu mensaje pequeño de mañana.

Maya sonrió antes de poder evitarlo.

Era ridículo que una frase tan simple le calentara el pecho de ese modo. También era injusto. Logan tenía una habilidad irritante para convertir cosas pequeñas en lugares seguros.

Sophie aún dormía en la cama de al lado, envuelta en la manta, con la mitad del pelo esparcido sobre la almohada. Maya se levantó con cuidado, cogió ropa y fue a arreglarse al baño.

Mientras se cepillaba los dientes, miró su propio reflejo.

— Es solo un mensaje — murmuró.

El reflejo no pareció convencido.

La mañana pasó despacio. Maya intentó concentrarse en las clases, pero la promesa pequeña se quedó con ella como una nota doblada en el bolsillo. No pesaba tanto como antes. Aún daba miedo, pero de un modo distinto. Como si el miedo estuviera presente, pero sentado en un rincón, sin mandar sobre todo.

En la última clase, casi cogió el móvil tres veces antes de la hora. En todas, se lo impidió.

No necesitaba adelantarse.

No necesitaba huir.

Solo necesitaba cumplir lo que había dicho.

Cuando el profesor terminó, el aula se llenó de movimiento. Cuadernos cerrándose, mochilas siendo tiradas, voces mezclándose. Maya se quedó sentada unos segundos más, esperando a que el tumulto disminuyera.

Luego abrió la conversación de Logan.

Los dedos se quedaron suspendidos sobre el teclado.

Podía escribir algo demasiado simple.

Salí de clase.

Podía escribir algo más ligero.

Sobreviví a la clase.

Podía no escribir nada, fingir que se había olvidado y luego disculparse.

Esa última opción llegó con una familiaridad peligrosa.

Maya respiró hondo y tecleó antes de que el valor cambiara de idea.

Maya: Salí de clase ahora. Mensaje pequeño entregado.

Lo envió.

El corazón le latió fuerte, como si hubiera hecho una declaración pública en medio del campus.

La respuesta llegó casi un minuto después.

Logan: Recibida con honor.

Maya soltó una risita baja.

Antes de que pudiera responder, apareció otro mensaje.

Logan: Salgo del entrenamiento en veinte minutos. ¿Puedo verte diez? Sin convertirlo en un gran evento.

Maya miró la pantalla.

Diez minutos.

Diez minutos eran seguros. Pequeños. Posibles.

Y aun así eran Logan.

Se mordió el labio.

Maya: Puedes.

La respuesta llegó rápida.

Logan: ¿El lugar de siempre?

Maya: El lugar de siempre.

Guardó el móvil y salió del aula con el pecho inquieto, pero no pesado. Afuera, el campus estaba lleno de luz de final de tarde. Maya caminó sin prisa hasta el jardín. El banco de siempre estaba vacío.

Se sentó.

Durante unos minutos, se quedó observando a los estudiantes pasar. Parejas caminando de la mano. Grupos riendo. Alguien corriendo tarde con un vaso de café casi derramándose. El mundo parecía seguir existiendo sin darse cuenta de que, para ella, aparecer durante diez minutos era casi una revolución.

Logan llegó antes de los veinte minutos.

Venía con la mochila colgada de un hombro, el pelo un poco húmedo de sudor y la respiración aún de quien había salido demasiado rápido del entrenamiento. Cuando la vio, redujo el paso, como si no

quisiera llegar atropellando el momento.

Maya lo notó.

Siempre lo notaba.

— Llegaste en diecisiete minutos — dijo ella cuando él se detuvo delante de ella.

Logan sonrió.

— Estaba intentando parecer menos desesperado.

— No funcionó mucho.

— Me lo imaginé.

Ella sonrió también.

Logan señaló el espacio a su lado.

— ¿Puedo?

Maya asintió.

Él se sentó, dejando un pequeño espacio entre los dos. El espacio de siempre. El espacio que ahora parecía una pregunta silenciosa en vez de distancia.

— Hola — dijo él.

— Hola.

— Gracias por el mensaje pequeño.

Maya miró sus propias manos.

— Hablas como si hubiera hecho algo enorme.

— Para mí, tuvo tamaño.

Ella levantó la mirada.

— ¿Grande?

Logan respiró hondo, fingiendo pensar.

— Mediano con tendencia a grande.

Maya se rió.

— Estás aprendiendo a negociar.

— Tengo una buena profesora.

El silencio llegó después, pero era cómodo. Logan apoyó los codos en las rodillas y miró el jardín. Maya se dio cuenta de que él estaba intentando no mirarla demasiado.

Eso le hizo querer que la miraran.

La contradicción era irritante.

— ¿Cómo fue el entrenamiento? — preguntó ella.

— Mejor que ayer.

— ¿Sin cara de poema?

Logan giró el rostro hacia ella, ofendido.

— ¿Esto va a convertirse en persecución?

— Tal vez.

— Ryan dijo que hoy fui más útil.

— Qué cumplido tan bonito.

— En su vocabulario, es prácticamente una declaración de amor.

Maya se rió, y Logan sonrió al oírla.

— Me gusta cuando te ríes así — dijo él.

Ella respiró despacio.

— ¿Así cómo?

— Sin esconderte después.

Maya bajó la mirada, pero no perdió la sonrisa.

— Lo estoy intentando.

— Lo sé.

— Dices eso mucho.

— Porque es verdad muchas veces.

Ella lo miró de nuevo. Logan tenía una expresión tranquila, pero los ojos lo delataban. Había emoción ahí. Cuidado. Deseo. Y una paciencia que no parecía vacía, ni forzada, solo elegida.

Maya deslizó la mano por el banco hasta tocar la de él.

Logan miró el contacto.

Esperó.

Ella entrelazó los dedos con los de él.

Solo entonces él apretó.

— ¿Eso también entra en los diez minutos? — preguntó en voz baja.

— Entra.

— Excelente uso del tiempo.

Ella le apretó la mano suavemente.

— ¿Estás cronometrando?

— No. Pero puedo empezar si quieres una despedida dramática en el minuto exacto.

— No quiero drama.

— Entonces solo despedida normal.

Maya se quedó callada.

Logan notó el cambio.

— O todavía sin despedida — completó.

Ella lo miró.

— Siempre te das cuenta.

— No siempre.

— Casi siempre.

— Contigo, presto atención.

La frase se posó entre ellos con suavidad, pero Maya sintió el impacto de todos modos. No era una frase grande, no exactamente. Era íntima. Era el tipo de cosa que Logan decía como si fuera simple, cuando para ella tenía el peso de una confesión.

— Me gusta eso — admitió.

Logan se quedó inmóvil un segundo.

— ¿Que yo preste atención?

— Sí.

Él sonrió despacio.

— Lo voy a guardar.

— Guardas muchas cosas.

— Solo las importantes.

Maya miró las manos unidas.

— ¿Crees que soy difícil?

La pregunta se le escapó antes de que pudiera medirla.

Logan no respondió de inmediato. Eso, de algún modo, la tranquilizó. No estaba buscando la frase más bonita. Estaba

buscando la más honesta.

— Creo que eres cuidadosa con lo que sientes — dijo. — Y creo que a veces ese cuidado se convierte en miedo. Pero no creo que seas difícil como si fueras un problema.

Maya tragó saliva.

— ¿Entonces cómo crees?

Logan giró un poco el cuerpo hacia ella.

— Creo que eres lo bastante importante como para que yo quiera aprender tu manera.

Se le cerró la garganta.

— Eso fue grande.

— Lo fue.

— Ni siquiera intentaste negarlo.

— Porque quise decir grande de verdad.

Maya sintió ganas de reír y llorar al mismo tiempo. Le apretó la mano, intentando responder por ahí.

Logan entendió.

Durante unos minutos, se quedaron sin hablar. La tarde se movía a su alrededor. Las hojas se agitaban con el viento. La gente pasaba. El mundo no se detenía, pero parecía respetar.

Maya apoyó el hombro en el de él.

El cuerpo de Logan se tensó un instante, no de rechazo, sino de sorpresa. Luego se relajó despacio.

— Esto se está volviendo peligroso para los diez minutos — murmuró.

— ¿Peligroso?

— Estoy empezando a querer veinte.

Maya sonrió contra su hombro.

— Ambicioso.

— Mucho.

— Puedo darte quince.

Logan giró el rostro hacia ella, con los ojos brillantes.

— ¿Quince?

— No te pongas engreído.

— Demasiado tarde.

Ella se rió.

Logan no le pasó el brazo por encima. No intentó atraerla más cerca. Solo se quedó, dejando que el peso de su hombro contra el de él fuera suficiente.

Y, en ese momento, lo era.

Maya se dio cuenta de que estaba respirando mejor.

Tal vez eso era lo que la asustaba. No Logan en sí, sino cuánto su cuerpo empezaba a entender a Logan como descanso.

Después de un rato, él habló:

— ¿Puedo contarte una cosa sin que pienses que te estoy presionando?

Maya levantó la cabeza.

— Puedes.

— Hoy, después del entrenamiento, casi te mandé un mensaje antes.

Ella frunció el ceño.

— ¿Por qué no lo mandaste?

— Porque dijiste que mandarías cuando salieras de clase. Y yo quería dejar que tuvieras ese momento.

Maya se quedó mirándolo.

— Esperaste por mí.

— Sí.

La frase era simple. Pero dentro de ella había tantas cosas que Maya tuvo que desviar la mirada para no sentirse demasiado expuesta.

Logan le apretó la mano suavemente.

— ¿Fue malo que dijera eso?

— No.

— ¿Fue grande?

Ella soltó una risita pequeña.

— Fue bonito.

Logan se quedó callado.

Maya lo miró, sorprendida por el silencio.

— ¿Qué?

— Nada. Solo me gustó oírlo.

Ella sintió que se le calentaba la cara.

— No te acostumbres.

— Demasiado tarde otra vez.

Maya negó con la cabeza, pero sonreía.

La conversación se abrió después de eso. Hablaron de cosas simples, pero con una intimidad nueva por debajo. Logan contó que, cuando era niño, se ponía nervioso antes de los partidos y fingía que le dolía la barriga para intentar escapar. Maya confesó que, cuando tenía presentaciones, ensayaba hasta que la respiración parecía artificial. Él se rió de ella con cariño. Ella se rió de él sin defensa.

Entonces Logan miró el reloj.

— Quince minutos.

Maya sintió un pequeño pinchazo.

— ¿Ya?

— Ya.

Él no se levantó.

Ella tampoco.

— ¿Tienes algún lugar adonde ir? — preguntó ella.

— Tengo que ducharme antes de que Ryan declare que fui secuestrado por el jardín.

— ¿Esa sería una teoría suya?

— Probablemente la más sensata.

Maya se rió, pero no soltó la mano.

Logan se dio cuenta.

— Puedo quedarme un poco más — dijo.

Las ganas de ella fueron decir que sí.

Las ganas de ella fueron aferrarse a ese momento hasta que se volviera algo más grande, hasta pasar el límite seguro, hasta que el miedo despertara con fuerza.

Pero, esta vez, Maya reconoció el patrón antes de caer en él.

— No — dijo, con suavidad. — Ve.

Logan la observó.

— ¿Estás segura?

— Estoy segura. Quiero verte de nuevo sin terminar asustada hoy.

La honestidad quedó entre ellos.

Logan asintió.

— Eso tiene sentido.

— ¿Lo tiene?

— Lo tiene. Y me gusta que lo hayas dicho antes de huir.

Maya sonrió un poco.

— Estoy mejorando.

— Lo estás.

Él se levantó despacio, aún sosteniéndole la mano hasta el último segundo posible. Cuando la soltó, Maya sintió la ausencia, pero no como abandono. Solo como intervalo.

Logan se colgó la mochila al hombro.

— Gracias por los quince minutos.

— Ganaste cinco extra.

— Lo sé. Lo voy a registrar.

— No registres todo.

— Demasiado tarde.

Ella lo miró con falsa desaprobación.

Logan sonrió.

— Buenas tardes, Maya.

Maya se levantó también. No lo había planeado. Simplemente lo hizo.

Logan pareció sorprendido.

— ¿Qué?

Ella dio un paso hacia él.

— Estoy decidiendo una cosa.

— ¿Debería preocuparme?

— Tal vez.

Maya se puso de puntillas y besó a Logan.

Fue un beso rápido, pero no tímido como el de la mejilla de la noche anterior. Un beso elegido. Un beso de despedida. Un beso que decía: yo quiero, aunque vaya despacio.

Logan tardó un segundo en reaccionar, tal vez por sorpresa, tal vez por cuidado. Luego su mano subió hasta el rostro de ella, tocando apenas, como si sostuviera algo demasiado precioso para apretar.

Cuando Maya se apartó, él se quedó mirándola como si hubiera perdido el hilo de su propia frase.

— Eso — dijo, con la voz baja — lo voy a registrar en letras grandes.

Maya se rió, sintiendo la cara caliente.

— Ve a ducharte, Logan.

— Voy. Con dificultad, pero voy.

Ella negó con la cabeza.

Él dio unos pasos hacia atrás antes de darse la vuelta, como si quisiera guardar la imagen de ella allí. Maya se quedó quieta hasta verlo desaparecer por el camino del gimnasio.

Solo entonces se sentó en el banco de nuevo.

El corazón le latía fuerte.

Pero no estaba en pánico.

Estaba feliz.

Asustada, sí.

Pero feliz.

Cuando volvió al dormitorio, Sophie estaba sentada en la cama con un libro abierto y una expresión que Maya ya conocía bien.

— Lo besaste — dijo Sophie.

Maya se detuvo en la puerta.

— ¿Cómo lo sabes?

— Entraste con cara de quien besó a Logan e intentó fingir que todavía sabe funcionar.

Maya cerró la puerta.

— Odio que seas observadora.

— Me encanta que seas transparente cuando estás enamorada.

— Sophie.

— Maya.

Ella dejó la mochila y se sentó en la cama.

— Fue solo una despedida.

Sophie cerró el libro.

— ¿Una despedida con boca?

Maya le tiró un cojín.

Sophie se rió y se cubrió la cara.

— Está bien, está bien. No voy a provocarte.

— Sí que vas.

— Voy, pero menos.

Maya se tumbó boca arriba, mirando el techo. Aún podía sentir el toque de la mano de Logan en su rostro.

— Mandé el mensaje — dijo después de un rato.

Sophie se suavizó.

— ¿El pequeño?

— Sí.

— ¿Y cómo fue?

Maya pensó.

— Más pequeño de lo que imaginaba. Más grande de lo que debería.

Sophie sonrió.

— Suena a progreso.

— Suena a miedo con zapatos nuevos.

— También sirve.

Maya se rió.

Se quedaron en silencio unos segundos.

— Me detuve en el límite hoy — dijo Maya. — Quería quedarme más. Pero le pedí que se fuera porque quería terminar bien.

Sophie la miró con un orgullo discreto.

— Eso es bueno.

— ¿Lo es?

— Lo es. No huiste de él. Cuidaste el ritmo.

Maya absorbió la frase despacio.

Cuidaste el ritmo.

Tal vez sí era diferente.

No era alejar a Logan. No era castigarlo con distancia. Era aprender a no perderse dentro de lo que sentía.

El móvil vibró cerca de ella.

Maya lo agarró demasiado rápido.

Logan: Ducha tomada. Ryan preguntó por qué estaba sonriendo. Fui discreto y dije: quince minutos.

Maya se rió en voz alta.

Sophie levantó las cejas.

— ¿Él?

— Él.

Maya respondió:

Maya: Eres pésimo siendo discreto.

Logan: Lo sé. Pero no mencioné el beso. Ese está protegido.

Maya sintió que se le calentaba la cara.

Maya: ¿Protegido?

Logan: Sí. Algunas cosas son nuestras antes de convertirse en cualquier frase.

Maya se quedó quieta mirando la pantalla.

La respuesta de él la golpeó de un modo silencioso. Después de la conversación sobre Ryan, después de la incomodidad de parecer tema, Logan había entendido. No solo se había disculpado. Entendido.

Ella tecleó, borró, tecleó de nuevo.

Maya: Gracias.

La respuesta llegó después de unos segundos.

Logan: ¿Por guardar?

Maya: Por entender.

Esta vez, Logan tardó más.

Logan: Estoy intentando aprender tu manera.

Maya sonrió con los ojos ardiendo.

Maya: Estoy intentando dejar.

Lo envió antes de perder el valor.

La respuesta de él llegó casi inmediata.

Logan: Esa fue grande.

Maya se rió bajo.

Maya: Lo sé.

Logan: Estoy muy orgulloso e intentando no hacer discurso.

Maya: No lo hagas.

Logan: No lo haré.

Unos segundos después:

Logan: Pero estoy sonriendo.

Maya apretó el móvil contra el pecho.

Sophie la observaba con una sonrisa pequeña, sin ironía esta vez.

— ¿Él fue bonito otra vez?

Maya cerró los ojos.

— Lo fue.

— Qué sorpresa enorme.

— Cállate.

Sophie se rió y volvió al libro.

Más tarde, cuando cayó la noche y la habitación se quedó quieta, Maya releyó la conversación. No como quien buscaba peligro, sino como quien buscaba refugio. El mensaje pequeño estaba allí. La respuesta de él. Los quince minutos. El beso protegido. Todo parecía simple visto desde fuera.

Por dentro, no era simple.

Pero tampoco parecía ya imposible.

Maya apagó la luz y se quedó tumbada, escuchando la respiración tranquila de Sophie al otro lado de la habitación. El móvil estaba al alcance de la mano, pero no necesitaba mandar nada más. No necesitaba poner a prueba a Logan. No necesitaba pedir confirmación de que el día había importado.

Sabía que sí.

Y, por primera vez, consiguió dejar que ese saber descansara dentro de ella sin moverlo demasiado.

En la oscuridad, sonrió.

Tal vez el amor no llegara siempre como una caída.

Tal vez, a veces, llegara como un mensaje pequeño.

Como una mano esperando.

Como quince minutos que parecían suficientes porque prometían otros después.

Como un beso que no necesitaba ser explicado a nadie.

Maya cerró los ojos.

Mañana tal vez aún diera miedo.

Probablemente lo daría.

Pero hoy ella había aparecido.

Y Logan también.

Despacio.

Pero juntos.

CAPÍTULO 21

La manera de quedarse

Maya pasó toda la mañana intentando no mirar el celular.

Falló muchas veces.

No porque Logan hubiera prometido algo. No había una cita marcada, ni un café acordado, ni quince minutos separados en medio del día. Era justamente eso lo que hacía que todo fuera más extraño. Después de tantos pequeños pasos, el silencio normal parecía haber adquirido un tamaño injusto.

Sabía que él tenía entrenamiento temprano. Sabía que ella misma tenía dos clases seguidas y una reunión rápida con el grupo de la presentación. Sabía que la gente normal no necesitaba convertir unas cuantas horas sin mensaje en un examen del corazón.

Aun así, cuando la pantalla siguió apagada sobre la mesa, Maya sintió moverse el viejo impulso.

Tal vez estuviera cansado.

Tal vez se hubiera arrepentido de esperar tanto.

Tal vez el beso hubiera sido bonito ayer y pesado hoy.

Cerró el cuaderno con un poco más de fuerza de la que pretendía.

— ¿Estás peleándote con el papel? —preguntó Sophie, sentada en la cama con una taza en las manos.

Maya la miró.

— No.

Sophie alzó las cejas.

— ¿Entonces el papel pidió disculpas?

Maya respiró hondo y se pasó la mano por la cara.

— Estoy siendo ridícula.

— ¿Por Logan?

— Por mí.

Sophie se puso más seria. No de un modo pesado, sino de ese modo atento que hacía que Maya se sintiera vista sin sentirse acorralada.

— ¿Qué pasó?

— Nada. Ese es el problema. No pasó nada.

— Entiendo.

— No entiendes.

— Entiendo un poco.

Maya agarró el celular, vio que no había notificación y lo volvió a poner sobre la mesa como si el aparato tuviera la culpa.

— Ayer fue bueno. Muy bueno. Y ahora él no dijo nada desde temprano.

Sophie inclinó la cabeza.

— ¿Él suele entrenar por la mañana?

— Sí.

— ¿Tú estás en clase?

— Sí.

— Entonces tal vez la nada sea solo la nada.

Maya odió que eso tuviera sentido.

— Lo sé.

— Pero sentir no obedece al saber.

Maya la miró durante unos segundos.

— ¿Cuándo te volviste tan sabia?

— Entre tu tercera crisis silenciosa y la cuarta.

Maya soltó una risa corta, a pesar de sí misma.

Sophie sonrió.

— No necesitas castigarte por sentirte insegura. Solo necesitas no convertir la inseguridad en certeza.

Maya bajó la mirada al celular.

Ese era exactamente el peligro. A su mente le gustaba coser historias completas con hilos pequeños. Un retraso se volvía distancia. Un silencio se volvía desinterés. Un día normal se volvía el comienzo del fin.

Con Logan, eso era peor.

Porque él importaba.

Y lo que importaba tenía poder para asustar.

— Quiero mandar un mensaje —confesó Maya.

— Entonces manda.

— ¿Pero y si parece que estoy necesitada?

Sophie apoyó la taza en la mesa.

— Maya, ayer besaste al chico. Un mensaje hoy no es una propuesta de matrimonio.

— Hablas como si fuera simple.

— No es simple para ti. Pero tal vez pueda ser honesto.

Maya se quedó callada.

Honesto.

Ella y Logan habían repetido esa palabra tantas veces que empezaba a tener sabor a promesa.

Agarró el celular otra vez.

Abrió la conversación.

El último mensaje todavía era de él, de la noche anterior.

Logan: Pero estoy sonriendo.

Maya sonrió sin querer.

Escribió.

Borró.

Escribió de nuevo.

Maya: Hoy el silencio está pareciendo más grande de lo que debería. Esto es solo un mensaje honesto, no un reclamo.

Se quedó mirando la frase.

¿Era demasiado?

Tal vez.

¿Era verdad?

Sí.

Lo envió antes de desistir.

El arrepentimiento llegó inmediatamente, caliente y rápido. Maya bloqueó la pantalla, tiró el celular sobre la cama y se levantó.

— Lo mandé.

Sophie la observó.

— ¿Y sobreviviste?

— Todavía no lo sé.

El celular vibró menos de un minuto después.

Maya se congeló.

Sophie señaló la cama.

— Atiende al destino.

— No seas dramática.

— Te encanta un drama interno. Yo solo estoy acompañando.

Maya agarró el celular.

Logan: Gracias por decirlo. Estoy en el descanso del entrenamiento y estaba intentando no molestarte en clase.

Ella soltó el aire despacio.

Apareció otro mensaje.

Logan: El silencio no era distancia. Era cuidado mal explicado.

Maya sintió que le ardían los ojos de un modo irritante.

Maya: Yo pensé que tal vez habías cambiado de idea.

La respuesta tardó unos segundos.

Logan: ¿Sobre ti? No.

Después:

Logan: ¿Sobre querer verte hoy? Tampoco.

Maya apretó el celular entre las manos.

Sophie, del otro lado del cuarto, intentó fingir que no estaba siguiendo cada reacción.

Maya: ¿Puedes verme después de mi reunión?

Logan: Puedo. ¿Cuánto tiempo quieres darme hoy?

Maya rió bajo.

Era tan Logan preguntar de ese modo. Como si el tiempo con ella fuera algo precioso que él recibía, no algo que exigía.

Maya: Todavía no lo sé.

Logan: Entonces lo descubrimos en el momento.

Maya se quedó mirando la pantalla demasiado tiempo.

Maya: ¿El lugar de siempre?

Logan: El lugar de siempre.

Bloqueó el celular y se lo apoyó en el pecho.

Sophie sonrió.

— ¿La nada era solo la nada?

Maya cerró los ojos.

— Era cuidado mal explicado.

— Claro que lo dijo de ese modo.

— Lo sé.

— Y claro que te gustó.

Maya le tiró un almohadón, sin fuerza.

La tarde llegó despacio, pero ya no parecía una sala cerrada. Maya fue a la reunión, anotó lo que necesitaba, respondió cuando le preguntaron su parte y logró mantenerse presente. No perfecta. Presente.

Cuando salió del edificio, Logan ya estaba en el banco.

Llevaba una camiseta limpia y tenía el pelo todavía levemente húmedo, como si se hubiera duchado a las apuradas. En cuanto la vio, se levantó. No sonrió grande. Sonrió con cuidado. Como si quisiera primero entender el rostro de ella antes de celebrar su llegada.

Maya caminó hacia él.

— Hola —dijo.

— Hola.

Por un segundo, se quedaron solo mirándose.

Maya sintió esa vieja ganas de fingir ligereza. Hacer una broma. Decir que estaba todo bien. Pasar por encima del pequeño miedo para no parecer complicada.

Pero Logan esperó.

Y su espera abrió espacio.

— Me dio vergüenza después del mensaje —admitió ella.

El rostro de él se suavizó.

— ¿Por qué?

— Porque parecía que estaba necesitada.

— Para mí, pareció confianza.

Maya desvió la mirada.

— Siempre agarras algo mío y lo dejas bonito.

— Hoy no. Hoy ya venía bonito. Yo solo leí bien.

Maya cerró los ojos por un instante.

— Grande.

— Un poco.

— Mucho.

— Está bien. Mucho.

Ella rió, y el nudo en el pecho se aflojó.

Logan señaló el banco.

— ¿Quieres sentarte?

Maya miró el banco, luego a él.

— Quiero caminar.

— Genial.

Se quedó al lado de ella, sin tocarle la mano. Empezaron a caminar por el jardín, por el mismo camino de otras veces, pero hoy había una tensión más delicada entre ellos. No una tensión mala. Una conciencia. Como si los dos supieran que algo había cambiado y todavía estuvieran aprendiendo a poner las manos en eso sin apretar demasiado.

— No quería dejarte insegura —dijo Logan después de algunos pasos.

— Lo sé.

— Pero tampoco quiero mandar mensajes todo el tiempo y parecer que estoy invadiendo tu día.

Maya lo miró.

— ¿Pensaste en eso?

— Pensé.

— ¿Mucho?

Él sonrió de lado.

— Loganamente.

Ella rió.

— Eso no es una unidad oficial.

— Debería serlo. Significa pensar demasiado intentando parecer tranquilo.

A Maya le gustó la definición más de lo que quería admitir.

— Yo hago eso también —dijo ella.

— ¿Mayamente?

— Eso quedó horrible.

— Quedó.

Ella negó con la cabeza, sonriendo.

El viento le movió el pelo, y Logan miró por un instante, luego desvió la vista, como si lo hubieran pillado en algo íntimo.

Maya se dio cuenta.

Esta vez, en vez de esconderse, sintió crecer una pequeña valentía.

— Puedes mirar —dijo ella.

Logan giró el rostro hacia ella.

— ¿Puedo?

— Puedes.

— Estaba mirando.

— Lo sé.

— ¿Y no quisiste huir?

Maya pensó.

— Quise un poco.

— ¿Y aun así lo dejaste?

— Lo dejé.

Logan sonrió despacio, y había tanta ternura en esa sonrisa que Maya necesitó respirar hondo.

— Estoy intentando no hacer discurso —dijo él.

— Sigue intentando.

— Está difícil.

— Me imagino.

Caminaron hasta la parte más tranquila del campus, cerca de los árboles donde se habían besado el día anterior. Maya reconoció el lugar antes de llegar. El cuerpo también lo reconoció. El corazón se aceleró, pero no de miedo puro.

Logan pareció darse cuenta y disminuyó el paso.

— ¿Quieres volver?

Maya negó con la cabeza.

— No.

— ¿Quieres parar?

Ella miró el árbol, la luz atravesando las hojas, las manos de él sueltas al lado del cuerpo.

— Quiero.

Se detuvieron.

El silencio llegó con ellos.

Maya miró a Logan y se dio cuenta de que él se estaba conteniendo otra vez. No por frialdad. Por respeto. Esa contención suya, antes, la dejaría insegura. Ahora, empezaba a parecer una puerta abierta, no cerrada.

Ella extendió la mano.

Logan la sostuvo.

Así de simple.

Y aun así nada parecía simple.

— Me gusta cuando me buscas —dijo él en voz baja.

Maya sintió que se le calentaba la cara.

— Casi no te busqué.

— Pero me buscaste.

— Con miedo.

— Pero me buscaste.

Ella apretó los dedos de él.

— ¿Repites la parte buena hasta que yo lo crea?

— Si funciona.

— Tal vez funcione.

Logan sonrió.

— Entonces voy a seguir.

Maya miró las manos unidas.

— Creo que tengo miedo de gustar de ti de un modo que no puedo controlar.

Logan se quedó callado.

Ella se arrepintió por un segundo. La frase había salido demasiado grande, demasiado abierta, casi sin defensa. Pero él no pareció asustado. Solo acercó un poco el cuerpo, sin invadir.

— Yo también tengo miedo —dijo él.

Maya alzó los ojos, sorprendida.

— ¿Tú?

— Sí.

— ¿De qué?

Logan respiró hondo.

— De gustar de ti de un modo que te haga querer correr. De equivocarme en una palabra. De ser demasiado. De no ser

suficiente. Depende del minuto.

Maya se quedó mirándolo.

Era extraño imaginar a Logan con miedo. Él parecía tan firme cuando estaba con ella, tan atento, tan dispuesto a esperar. Pero tal vez esa firmeza no fuera ausencia de miedo. Tal vez fuera elección.

— Pareces calmado —dijo ella.

— Yo entreno.

— ¿Para los partidos?

— Para ti.

Maya soltó una risita pequeña, emocionada.

— Eso fue absurdo.

— Pero verdadero.

— Grande.

— Enorme.

Ella rió otra vez, y Logan sonrió como si hubiera conseguido lo que quería.

La mano de él subió despacio, deteniéndose cerca del rostro de ella sin tocar.

— ¿Puedo?

Maya asintió.

Logan le tocó la mejilla con la punta de los dedos. El gesto era leve, pero hizo que el mundo se volviera más pequeño. Maya cerró los ojos por un segundo, dejándose sentir. No huyó. No inventó una broma. No convirtió el toque en amenaza.

Cuando abrió los ojos, Logan la estaba mirando como si el silencio también fuera conversación.

— Quería besarte desde que llegaste —confesó él.

El corazón de ella tropezó.

— ¿Por qué no me besaste?

— Porque quería saber si tú querías llegar hasta aquí primero.

Maya sintió una ternura casi dolorosa.

— Llegué.

— Lo sé.

— Puedes besarme ahora.

Logan no respondió con palabras.

Se acercó despacio, dándole tiempo suficiente para cambiar de idea. Maya no cambió. Al contrario, fue ella quien agarró el frente de la camiseta de él y lo tiró un poco más cerca.

El beso empezó suave, pero no se quedó tímido por mucho tiempo. Había añoranza en él, aunque se hubieran visto el día anterior. Había alivio también. El mensaje honesto, el silencio explicado, el miedo confesado, todo parecía encontrar una salida en ese contacto.

Logan mantuvo una mano en el rostro de ella y la otra entrelazada en la suya. Maya se acercó más, sintiendo el calor de él, la respiración de él, la forma en que él todavía parecía cuidadoso incluso cuando el beso dejaba de ser pequeño.

Cuando se separaron, ella mantuvo los ojos bajos por un segundo.

Logan apoyó la frente en la de ella.

— ¿Estás bien?

Maya asintió.

— Estoy.

— ¿De verdad?

Ella respiró.

— De verdad. Solo estoy sintiendo mucho.

— ¿Malo?

— No.

La mano de él apretó la de ella levemente.

— ¿Bueno?

Maya sonrió, todavía cerca.

— Muy bueno.

Logan soltó el aire como si lo hubiera estado conteniendo desde el comienzo del beso.

— Genial. Porque yo también.

Ella rió bajito.

Se quedaron así un tiempo, cerca, sin prisa. Maya se dio cuenta de que no quería irse. Tampoco quería probar el límite hasta el punto de asustarse. Pero hoy había algo diferente. No quería huir del sentimiento solo porque crecía. Quería aprender su tamaño.

— ¿Puedo pedir una cosa? —dijo ella.

Logan se apartó solo lo suficiente para mirarla.

— Puedes.

— No necesitas desaparecer para darme espacio.

La expresión de él cambió.

— No quise desaparecer.

— Lo sé. Pero creo que prefiero que me preguntes si es demasiado, en vez de decidirlo solo.

Logan asintió despacio.

— Está bien.

— Porque así mi cabeza no inventa cosas.

— Como hoy.

— Como hoy.

Él pasó el pulgar por la mano de ella.

— Entonces puedo mandar mensaje.

— Puedes.

— Y tú puedes decir si es demasiado.

— Puedo.

— Y si te sientes insegura, puedes hablar antes de creer en la inseguridad.

Maya hizo una mueca.

— Esa parte es más difícil.

— Lo sé.

— Pero voy a intentar.

— Yo también.

Ella lo miró y sintió que algo encajaba en silencio. No una certeza perfecta. No una promesa gigante. Solo un acuerdo lo bastante simple como para caber en ellos.

Logan sonrió levemente.

— Entonces... ¿mensaje medio?

Maya rió.

— No abuses.

— ¿Pequeño con opción de medio?

— Tal vez.

— Lo voy a considerar una victoria.

— Tú consideras todo una victoria.

— Contigo, últimamente, casi todo lo parece.

Maya debería haber llamado a eso grande.

Pero no lo llamó.

Solo sonrió.

Logan se dio cuenta y sonrió también.

Caminaron un poco más después de eso, de la mano. El campus empezaba a ganar tonos de fin de tarde, y Maya sintió que el día, que había empezado con un silencio demasiado grande, estaba terminando con una paz que ella no sabía nombrar.

Cerca del dormitorio, ella se detuvo.

Logan se detuvo con ella.

— Hoy fue más que quince minutos —dijo él.

— Fue.

— ¿Te arrepientes?

Maya pensó.

El miedo todavía existía. Tal vez siempre apareciera primero, golpeando la puerta antes que cualquier cosa bonita. Pero, en ese

momento, no mandaba sobre ella.

— No.

El rostro de Logan se suavizó.

— Qué bueno.

Maya apretó la mano de él antes de soltarla.

— Pero quiero entrar ahora. Antes de cansarme de sentir.

— Está bien.

Lo dijo sin frustración. Sin drama. Sin convertir la elección de ella en un rechazo.

A Maya le gustó tanto eso que casi se quedó.

— Buenas noches, Logan.

— Buenas noches, Maya.

Ella dio dos pasos, luego volvió.

Logan se quedó quieto, sorprendido.

— Me olvidé de una cosa —dijo ella.

— ¿Qué?

Maya se puso de puntillas y lo besó otra vez.

Fue rápido. Dulce. Suficiente para dejar a Logan sonriendo contra la boca de ella.

Cuando se apartó, él parecía feliz de un modo casi desarmado.

— Esto va a volverme insoportable —dijo él.

— Que Ryan se las arregle.

Logan rió.

— Buenas noches otra vez.

— Buenas noches otra vez.

Maya entró al edificio antes de que la valentía se cambiara de ropa y se volviera vergüenza.

En el cuarto, Sophie estaba sentada en la cama, ya lista para preguntar algo. Maya levantó una mano antes de que ella abriera la boca.

— Fue bueno.

Sophie cerró la boca.

Luego sonrió.

— ¿Solo eso?

Maya dejó la mochila en el suelo y se tiró en la cama.

— Fue honesto.

Sophie se quedó callada un instante.

— Mejor todavía.

Maya se giró de lado, agarrando el celular cuando vibró.

Logan: Mensaje pequeño: llegué al dormitorio.

Ella sonrió.

Maya: Recibido con honor.

La respuesta llegó casi inmediata.

Logan: Me robaste mi frase.

Maya: Estoy aprendiendo tu manera.

Logan tardó un poco en responder.

Logan: Esta la voy a guardar en silencio, porque es nuestra.

Maya sintió que se le calentaba el pecho.

Esta vez, no le ardió de miedo.

O tal vez ardiera, pero había otra cosa junto.

Confianza.

Pequeña todavía.

Pero viva.

Maya: Buenas noches, Logan.

Logan: Buenas noches, Maya. ¿Mañana puedo mandar mensaje pequeño primero?

Maya miró la pantalla durante unos segundos.

Luego escribió:

Maya: Puedes.

La respuesta de él llegó como una sonrisa escrita.

Logan: Entonces mañana empieza conmigo.

Maya bloqueó el celular y apoyó la cara en la almohada.

Tal vez eso era lo que significaba quedarse.

No era no sentir miedo.

Era decir puedes.

Era mandar mensaje antes de que se volviera silencio.

Era permitir que alguien aprendiera tu manera sin entregarlo todo de una vez.

Era besar y después entrar al cuarto antes de perderse.

Era querer otra vez mañana.

Maya cerró los ojos.

Allá afuera, la noche seguía común.

Dentro de ella, algo había dado un paso más.

Pequeño, tal vez.

Pero esta vez, Maya no intentó disminuirlo.

Porque Logan tenía razón.

Algunas cosas tenían tamaño.

Y lo que nacía entre ellos, despacio y sin prisa, empezaba a ocupar un lugar que ella ya no quería vacío.

CAPÍTULO 22

Mañana Empieza Conmigo

El mensaje de Logan llegó incluso antes de que Maya saliera de la cama.

El celular vibró una vez sobre la mesa de noche, bajo, casi discreto. Todavía había poca luz entrando por la ventana, y Sophie dormía encogida del otro lado del cuarto, con la manta subida hasta la barbilla.

Maya abrió los ojos despacio.

Por un segundo, no recordó.

Después lo recordó todo.

La caminata. El beso. La conversación sobre el silencio. La pequeña promesa hecha la noche anterior.

Mañana empieza conmigo.

El corazón de ella se despertó de golpe.

Maya estiró el brazo y agarró el celular, intentando moverse sin hacer ruido. La pantalla se encendió.

Logan: Mensaje pequeño: buenos días, Maya. Empezó conmigo.

Ella sonrió antes de terminar de leer.

Era un mensaje simple. Corto. Casi nada.

Y aun así tenía una delicadeza que la alcanzaba por dentro, porque Logan se había acordado. No solo de la frase. Del sentido. Él había entendido que, para ella, empezar con él no era sobre control, ni exigencia, ni necesidad de atención constante.

Era sobre no tener que adivinar.

Maya se quedó mirando la pantalla, sintiendo la sonrisa crecer contra su voluntad.

Escribió:

Maya: Buenos días, Logan. Recibida con honor.

La respuesta llegó casi inmediata.

Logan: Me robaste mi frase otra vez.

Maya: Tal vez quede mejor conmigo.

Logan: Queda. Pero voy a fingir que no estoy de acuerdo para mantener algo de orgullo.

Maya se rió bajo, girando el rostro contra la almohada para amortiguar el sonido.

Sophie se movió en la cama.

— Si es él, no quiero oír suspiro antes de las siete de la mañana — murmuró, sin abrir los ojos.

Maya se congeló.

— Vuelve a dormir.

— Yo estaba durmiendo hasta que tú sonreíste fuerte.

— Nadie sonríe fuerte.

Sophie abrió un ojo.

— Tú sí.

Maya apretó el celular contra el pecho, intentando parecer indiferente. Falló. Sophie cerró el ojo otra vez, pero sonrió.

— ¿Él mandó primero?

Maya se quedó en silencio.

Sophie soltó una risita soñolienta.

— Mandó.

— Duerme, Sophie.

— Estoy durmiendo enamoradamente de ustedes dos.

Maya le tiró la punta de la manta, sin fuerza, y volvió a mirar el celular.

Apareció otro mensaje de Logan.

Logan: Hoy tengo clase hasta el mediodía y entrenamiento solo al final de la tarde. No estoy decidiendo solo si esto es invitación. Te estoy informando para que decidas conmigo.

Maya leyó dos veces.

Después una tercera.

Era exactamente eso. Él había escuchado. No desaparecía para dar espacio. No invadía para probar presencia. Ponía la posibilidad en medio de los dos y dejaba que ella también eligiera.

El pecho de ella se puso caliente.

Maya: Eso estuvo muy bien explicado.

Logan: Estoy entrenando.

Maya: ¿Para partidos?

Logan: Para ti.

Maya cerró los ojos, sonriendo.

Él no tenía derecho a repetir cosas bonitas tan temprano.

Maya: Ya usamos esa ayer.

Logan: Y sigue siendo verdadera hoy.

Maya se mordió el labio.

La ganas inmediatas eran decir que sí. Encontrarlo en el almuerzo. Caminar. Sentarse en el banco. Besarlo otra vez. Las ganas venían demasiado claras, casi sin la sombra antigua.

Casi.

Porque junto a ellas venía el miedo de querer demasiado.

Maya respiró hondo y decidió no huir de su propia verdad.

Maya: Quiero verte en el almuerzo.

Envió antes de transformar el deseo en análisis.

La respuesta llegó rápido.

Logan: Yo también quiero verte en el almuerzo.

Después:

Logan: ¿Lugar de siempre u otro lugar?

Maya pensó.

El lugar de siempre era seguro. El banco, el jardín, la rutina de ellos construida en pequeños pasos. Pero tal vez hoy ella quisiera otra cosa. No una cosa enorme. Solo un lugar común. Un almuerzo normal. Personas normales se veían para almorzar sin transformar eso en prueba final de valentía.

Maya: ¿Cafetería?

Hubo una pausa.

Logan: Cafetería.

Otra pausa.

Logan: Estoy sonriendo de una manera poco discreta.

Maya se rió.

Maya: Ryan va a sufrir.

Logan: Ryan siempre supo que la vida sería difícil.

Ella bloqueó el celular y se quedó acostada por unos segundos más, mirando al techo. La felicidad parecía una cosa pequeña y brillante dentro de ella, pero aún exigía cuidado. Maya no quería aplastarla intentando entender demasiado.

Cuando se levantó, Sophie estaba sentada en la cama, el pelo despeinado y la mirada curiosa.

— ¿Cafetería? — preguntó.

Maya entrecerró los ojos.

— ¿Estabas leyendo mis mensajes?

— No. Tu cara lo delató. Es cara de quien salió del banco del jardín y avanzó a un territorio público.

Maya agarró una blusa del armario.

— Hablas como si fuera una guerra.

— Para ti, un almuerzo con sentimientos es prácticamente una misión diplomática.

Maya intentó contener la risa, pero no pudo.

— Yo solo voy a almorzar.

— Con Logan.

— Sí.

— Después de besos.

— Sophie.

— Solo estoy organizando los hechos.

Maya entró al baño antes de que la amiga organizara alguna cosa más.

Las clases de la mañana pasaron con una lentitud casi ofensiva. Maya intentó concentrarse, anotó más de lo que necesitaba y respondió una pregunta del profesor con la sensación de estar operando mitad en el presente, mitad en el futuro cercano.

Al mediodía, salió del edificio con el corazón latiendo rápido.

La cafetería estaba llena, como siempre. Estudiantes ocupaban las mesas pequeñas, se formaban filas cerca del mostrador, sillas se arrastraban por el suelo, voces se mezclaban con el ruido de la máquina de café. El lugar no era íntimo. No era el jardín. No daba para fingir que el mundo había disminuido alrededor de los dos.

Tal vez por eso Maya lo había elegido.

Ella quería descubrir si lo que existía entre ella y Logan también cabía en lo común.

Vio a Logan cerca de la entrada antes de que él la viera.

Él estaba apoyado en la pared, mochila al hombro, mirando la puerta con una atención que hizo que el pecho de ella se apretara. Cuando sus ojos se encontraron con los de ella, el rostro de él cambió entero.

No de forma exagerada.

Solo se volvió más vivo.

Maya caminó hasta él.

— Hola — dijo.

— Hola.

Por un instante, se quedaron parados, sin saber si se abrazaban, si se besaban, si solo fingían casualidad.

Maya encontró gracia en la incomodidad.

— Estamos raros — dijo ella.

Logan soltó una risa baja.

— Mucho.

— Personas normales dicen hola y entran.

— ¿Intentamos?

— Intentemos.

Entraron lado a lado.

En la fila, Logan se quedó lo suficientemente cerca como para que los hombros casi se tocaran, pero no demasiado cerca. Maya notó el intento de equilibrio y sintió ganas de sonreír. Él siempre estaba intentando encontrar la medida. A veces se equivocaba por demasiado cuidado. A veces acertaba tanto que dolía.

— ¿Qué vas a pedir? — preguntó él.

— No sé.

— Tú siempre sabes.

— Hoy estoy bajo presión.

Logan miró alrededor.

— ¿De la cafetería?

— De la normalidad.

Él sonrió.

— ¿Puedo contarte un secreto?

— Puedes.

— Yo también.

Maya lo miró.

— ¿Estás nervioso?

— Un poco.

— ¿Por qué?

Logan inclinó la cabeza, como si la respuesta fuera obvia.

— Porque estoy almorzando contigo después de que tú me besaras dos veces ayer.

Maya sintió la cara calentarse.

— Tú contaste.

— Claro que conté.

— ¿En la cabeza?

— ¿Dónde más contaría?

Ella apretó los labios para esconder la sonrisa.

— ¿Solo dos?

La mirada de él brilló.

— Si quieres corregir el número, estoy disponible.

— ¿En la fila de la cafetería?

— Yo no dije ahora. Dije disponible.

Maya se rió, y la tensión disminuyó.

Cuando hicieron los pedidos, Logan intentó pagar el de ella. Maya levantó una ceja.

— Yo puedo pagar mi almuerzo.

— Lo sé.

— Entonces, ¿por qué lo intentaste?

— Porque yo quería.

Maya lo observó por un segundo.

— Eso fue tierno, pero no.

Logan se puso la mano en el pecho, fingiendo dolor.

— Rechazado en la caja.

— Dramático.

— Estoy aprendiendo contigo.

— Pésima respuesta.

Él se rió, y cada uno pagó su propio pedido.

Encontraron una mesa cerca de la ventana. No era aislada, pero tampoco quedaba en el centro. Maya se sentó frente a Logan, apoyando los codos en la mesa. Por unos minutos, hablaron sobre las clases, el entrenamiento, la comida que no era tan buena como prometía en el menú.

Era fácil.

Tan fácil que Maya casi desconfió.

Logan estaba contando una historia sobre Ryan haber confundido el horario de un entrenamiento cuando se detuvo en medio de la frase.

— ¿Qué fue? — preguntó Maya.

— Nada.

— Logan.

Él sonrió pequeño.

— Solo me gustó verte aquí.

Maya bajó los ojos al plato.

— ¿Aquí en la cafetería?

— Aquí conmigo.

La frase era baja, simple, sin público. Aun así, Maya sintió como si él le hubiera tocado la mano.

— Grande — murmuró ella.

— Mediano.

Ella levantó los ojos.

— Grande.

— Está bien. Grande.

Maya sonrió.

Logan apoyó los brazos en la mesa, acercándose un poco.

— ¿Está mal?

— No.

— ¿Está bien?

Ella respiró hondo.

— Se está poniendo bien de una manera que me asusta menos que ayer.

El rostro de él se suavizó.

— Eso es bueno.

— Lo es.

— ¿Puedo tomar tu mano?

Maya miró las manos de él sobre la mesa. Luego a las personas alrededor. Nadie prestaba atención. Nadie estaba transformando aquello en acontecimiento.

Tal vez solo ella.

Despacio, puso la mano sobre la mesa.

Logan la sostuvo.

No entrelazó los dedos de inmediato. Solo apoyó la mano de él sobre la de ella, caliente y firme. Maya esperó el pánico. Esperó las ganas de retirar la mano. Esperó el pensamiento de que todos verían demasiado.

Pero lo que vino fue otra cosa.

Una calma tímida.

Ella giró la mano y entrelazó los dedos con los de él.

Logan miró el contacto con una sonrisa casi contenida.

— No hagas discurso — advirtió ella.

— Yo no dije nada.

— Tu cara dijo.

— Mi cara es indisciplinada cerca de ti.

Maya se rió.

— Eso fue ridículo.

— Y verdadero.

— Peor todavía.

Se quedaron de la mano sobre la mesa mientras terminaban el almuerzo. Era una intimidad pequeña, pero visible. Maya se dio cuenta de que la parte visible importaba. No porque quisiera probarle algo a alguien, sino porque ya no quería tratar a Logan como un secreto de miedo.

Cuando salieron de la cafetería, el sol estaba alto. Logan caminó al lado de ella sin prisa.

— Tengo veinte minutos antes de la próxima clase — dijo Maya.

— Yo tengo más que eso.

— Claro que tienes.

— Pero acepto veinte.

Ella lo miró.

— ¿Tú siempre aceptas?

Logan pensó antes de responder.

— Contigo, yo acepto lo que se da de verdad. No quiero lo que viene de culpa.

Maya se quedó callada.

La frase la alcanzó en un lugar profundo.

— Sabes que eso hace más difícil no querer darte todo, ¿no?

Logan dejó de caminar.

Maya se detuvo también.

Por un segundo, pareció que ambos habían oído la frase al mismo tiempo. Demasiado grande. Demasiado honesta. Una de esas verdades que se escapaban antes de que ella pudiera ponerles una cinta de cuidado alrededor.

Logan la miró con una intensidad calma.

— Maya...

Ella respiró.

— No quise decir todo ahora. Yo solo...

— Lo sé.

— ¿Lo sabes?

— Lo sé. Y no voy a agarrar una frase bonita tuya y correr con ella más rápido de lo que tú puedes seguir.

Los ojos de ella ardieron.

— Eres muy injusto.

Él frunció el ceño.

— ¿Injusto?

— Dices las cosas demasiado correctas.

Logan sonrió levemente.

— Yo también me equivoco.

— Lo sé.

— Me voy a equivocar otra vez.

— Lo sé.

— Pero voy a intentar arreglarlo cuando pase.

Maya se quedó mirándolo, sintiendo que esa tal vez fuera la promesa más importante. No perfección. No certeza. Solo disposición.

Ella dio un paso más cerca.

— Puedes besarme antes de la clase.

Logan parpadeó, sorprendido.

— ¿Puedo?

— Puedes.

— ¿Aquí?

Maya miró alrededor. Había estudiantes pasando, voces, movimiento. Todo el campus seguía siendo el campus. Y, por primera vez, eso no pareció una amenaza.

— Aquí.

Logan sonrió despacio, pero no bromeó. Se acercó con cuidado, tocó el rostro de ella con la punta de los dedos y la besó.

Fue un beso breve, porque el mundo alrededor aún existía. Pero no fue escondido. No fue apresurado por vergüenza. Maya agarró el costado de la camiseta de él por un instante y sintió a Logan sonreír contra su boca antes de apartarse.

— Eso fue público — dijo él bajo.

Maya sintió la cara caliente, pero no desvió la mirada.

— Un poco.

— ¿Estás bien?

Ella asintió.

— Estoy.

Logan parecía feliz de una manera que intentaba caber dentro de él.

— Estoy intentando mucho no volverme insoportable.

— Estás fallando.

— Me lo imaginé.

Maya se rió, y él se rió también.

Cuando llegó la hora de la clase, Logan la acompañó hasta la entrada del edificio. No intentó prolongar demasiado. No pidió más. Solo se detuvo con ella junto a la escalera.

— ¿Mensaje después? — preguntó él.

Maya sonrió.

— ¿Pequeño?

— Del tamaño que tú quieras.

A ella le gustó eso.

— Pequeño, entonces.

— Está bien.

Maya subió un escalón, luego se giró.

— ¿Logan?

— ¿Sí?

— Hoy fue bueno.

La expresión de él cambió, quedando demasiado suave.

— Para mí también.

Ella entró antes de que las ganas de besarlo otra vez vencieran por completo su noción del horario.

En la clase, por primera vez en días, Maya no pasó todo el tiempo esperando el próximo mensaje. Sabía que vendría. O que ella misma podría mandar. Y esa posibilidad, simple y nueva, descansaba dentro de ella.

Cuando salió, escribió:

Maya: Mensaje pequeño: la cafetería fue buena.

La respuesta de él llegó poco después.

Logan: Mensaje pequeño: el beso público también.

Maya se rió sola en el pasillo.

Maya: No sirves.

Logan: Sí sirvo. Solo estoy feliz.

Ella se detuvo en medio del pasillo, mirando la frase.

Solo estoy feliz.

Maya se dio cuenta, entonces, de que ella también lo estaba.

No sin miedo. No sin cuidado. No sin esa parte antigua que a veces intentaba buscar peligro incluso en lo que era bonito.

Pero feliz.

Y, esta vez, no quiso disminuir la palabra.

Maya: Yo también.

La respuesta tardó unos segundos.

Logan: Esa fue grande.

Maya sonrió.

Maya: Lo sé.

Guardó el celular y siguió por el pasillo con el corazón ligero.

Tal vez mañana aún trajera dudas.

Tal vez el amor siguiera exigiendo valentía en partes pequeñas.

Pero hoy había empezado con Logan.

Había pasado por una cafetería, una mano sobre la mesa, un beso a la luz del día y una frase que Maya ya no quería esconder.

Yo también.

Dos palabras.

Pequeñas.

Enormes.

Y, mientras caminaba, Maya entendió que quedarse no era una decisión tomada una sola vez.

Era una elección repetida.

Por la mañana.

En el almuerzo.

En medio del miedo.

Después del beso.

Antes de la huida.

Una elección pequeña tras otra.

Y hoy, por primera vez, ella no sintió que solo estaba intentando no irse.

Sintió que estaba empezando a querer quedarse.

EPÍLOGO

Dos Años Después

Maya aún recordaba la primera vez que vio a Logan jugar.

En aquella época, ella intentaba fingir que él era solo un atleta demasiado popular, demasiado guapo, demasiado seguro. Intentaba fingir que la forma en que él corría por la cancha no la afectaba. Intentaba fingir que el corazón no tropezaba cada vez que él miraba hacia las gradas como si pudiera encontrarla en medio de todo el mundo.

Dos años después, ella ya no fingía nada.

Estaba sentada en el área VIP destinada a los familiares de los jugadores, con la credencial especial colgada del cuello, el abrigo del equipo doblado sobre el regazo y un anillo de diamante reluciendo en su mano izquierda.

A veces, todavía parecía extraño mirarlo.

El anillo, no Logan.

A Logan ella ya sabía mirarlo.

Sabía mirarlo cuando él sonreía de lado antes de entrar a la cancha. Sabía mirarlo cuando se ponía serio, concentrado, completamente entregado al juego. Sabía mirarlo cuando la buscaba desde lejos, incluso en una arena llena, como si la presencia de ella todavía fuera

el lugar donde a él le gustaba posarse.

Pero el anillo...

Maya giró el anillo de compromiso despacio, sintiendo el brillo tocar la luz fuerte de la arena.

Todavía había días en que ella se despertaba, veía ese diamante en su dedo y necesitaba respirar por un segundo. No por duda. Nunca por duda. Sino porque parecía demasiado grande recordar que Logan se había arrodillado delante de ella tres meses antes, con los ojos húmedos, la voz firme y las manos un poco temblorosas, preguntándole si ella quería transformar todos los mañanas en un lugar de ellos.

Ella había dicho que sí antes incluso de que él terminara.

Logan todavía se quejaba de eso.

Decía que ella le había robado el final del discurso.

Maya decía que él hablaba demasiado.

Él decía que a ella le encantaba cuando él hablaba demasiado.

Desafortunadamente, él tenía razón.

En la cancha, Logan recibió la pelota y corrió por la banda con una precisión que hizo que la afición se levantara en una ola. Maya contuvo la respiración, los dedos cerrándose alrededor de su abrigo.

Ahora él era profesional.

Ya no el chico de la universidad que cruzaba el campus con el cabello mojado después del entrenamiento y mandaba mensajes pequeños para no asustarla. Ya no el atleta que compartía cafés,

bancos de jardín y silencios cuidadosos entre una clase y otra.

Seguía siendo ese Logan.

Pero también era el hombre cuyo nombre aparecía en las pantallas gigantes, en los titulares deportivos, en las camisetas de aficionados que gritaban por él como si lo conocieran.

Ellos no lo conocían.

No como Maya lo conocía.

No conocían al Logan que dejaba notas en la nevera cuando salía temprano. Al Logan que todavía preguntaba si podía besarla cuando se daba cuenta de que ella estaba demasiado callada. Al Logan que guardaba las flores secas de la pedida de mano dentro de un libro, porque, según él, algunas cosas merecían quedarse entre páginas.

No conocían al Logan que, la noche anterior, estaba sentado en el suelo de la sala con ella, rodeado de muestras de invitación, listas de invitados y fotos de decoración, diciendo con toda la seriedad del mundo que no le importaba el color de los manteles, con tal de que ella entrara en la iglesia mirándolo a él.

Maya había llorado.

Él también.

Después los dos habían reído, porque estaban emocionalmente destruidos por culpa de servilletas.

En la cancha, Logan anotó.

La arena explotó.

Maya se levantó junto con todos, aplaudiendo, la sonrisa abierta antes de que pudiera controlarla. Logan corrió de vuelta a su posición, pero, por un segundo, miró hacia el área VIP.

Hacia ella.

Incluso desde lejos, Maya lo supo.

Él sonrió.

No la sonrisa de atleta para la afición. No la sonrisa entrenada para las cámaras.

La sonrisa de ella.

Maya levantó la mano izquierda, mostrando el anillo a propósito.

Logan se rió en medio de la cancha, negando con la cabeza como si ella fuera imposible.

Ella mandó un beso por el aire.

Él se llevó la mano al pecho por un segundo rápido, discreto, antes de volver al juego.

Al lado de ella, la madre de Logan soltó una risa emocionada.

— Él todavía se queda bobo cuando te mira.

Maya sintió que se le calentaba el rostro.

— Él finge que no.

— Finge mal.

Maya sonrió, los ojos volviendo a la cancha.

— Siempre fingió.

El juego siguió intenso hasta los últimos minutos. Logan estaba cansado, se notaba en la forma en que respiraba más hondo, en el sudor pegando la camiseta al cuerpo, en la tensión de los hombros. Pero había algo en él que nunca se rendía. Una fuerza silenciosa. Una determinación que Maya había visto nacer muchas veces fuera de la cancha también.

Él jugaba como amaba.

Entero.

Cuando sonó el pitido final y su equipo ganó por una diferencia pequeña, la arena se volvió ruido, luz y movimiento. Los jugadores se abrazaron, el cuerpo técnico entró a la cancha, las cámaras rodearon a los principales nombres.

A Logan lo llevaron a una entrevista rápida.

Maya permaneció en el área VIP, esperando.

Ella ya conocía ese ritmo. Primero la celebración, después la prensa, después los saludos, después el pasillo interno hasta los vestuarios. Al comienzo de su carrera profesional, ella se quedaba medio perdida en ese mundo de acceso restringido, guardias, credenciales y puertas que solo se abrían para algunas personas.

Ahora, todos ya sabían quién era ella.

La prometida de Logan.

Pero, más que eso, la persona a la que él siempre buscaba mirar primero después de que todo terminaba.

Cuando la entrevista terminó, Logan giró la cabeza incluso antes de salir de la cancha.

Maya estaba allí.

Como siempre.

Él sonrió cansado.

Como siempre.

Ella bajó por el pasillo reservado, pasó por seguridad y caminó hasta el área interna cerca de los vestuarios. El sonido de la arena quedó más amortiguado allí, transformado en una vibración distante. Jugadores pasaban riendo, empleados cargaban equipos, alguien gritaba instrucciones del otro lado del pasillo.

Maya se detuvo cerca de la puerta indicada para familiares y esperó.

No tardó mucho.

Logan apareció todavía con el uniforme del juego, el cabello húmedo de sudor, una toalla echada sobre los hombros y esa sonrisa que hacía que dos años parecieran, al mismo tiempo, una vida entera y un segundo.

— Hola, prometida — dijo él.

Maya sonrió.

— Hola, profesional.

Él se rió bajo y abrió los brazos.

Ella fue hacia él sin pensar.

Logan la envolvió con fuerza, levantándola un poco del suelo. Maya se rió contra su cuello, sujetándose de sus hombros. Él estaba caliente, sudado y vivo de adrenalina, y a ella no le importó en absoluto.

— Estuviste increíble — dijo ella.

— Te vi mostrando el anillo.

Maya se apartó solo lo suficiente para mirarlo.

— ¿Y?

— Casi fallo la jugada siguiente.

Ella se rió.

— Dramático.

— Prometida, levantaste la mano con un diamante en las gradas. Soy un hombre enamorado, no una máquina.

Maya le tocó el rostro, los dedos deslizándose por la piel caliente.

— Menos mal.

Su sonrisa se redujo, volviéndose más íntima.

— ¿Menos mal?

— Me gusta el hombre enamorado.

Logan inclinó la cabeza.

— ¿Te gusta?

— Mucho.

Él la miró de esa manera que todavía conseguía hacer que el mundo se encogiera, incluso con voces alrededor, puertas abriéndose y pasos por el pasillo.

— ¿Maya?

— ¿Sí?

— ¿Puedo besar a mi prometida después de la victoria?

Ella fingió pensarlo.

— ¿Solo después de la victoria?

— Después de las derrotas también. Antes de los partidos. En los días libres. Durante decisiones sobre flores. Principalmente cuando te pones seria mirando la hoja de cálculo de la boda.

Maya sonrió.

— Entonces puedes.

Logan no esperó más.

La besó allí mismo, cerca del vestuario, con las manos firmes en su cintura y un alivio dulce en la forma en que apoyó la boca en la de ella. Maya cerró los ojos, sosteniéndole el rostro entre las manos, sintiendo el anillo rozar levemente su piel.

Dos años.

Y todavía estaba ese mismo cuidado en el beso.

La misma pregunta silenciosa.

La misma respuesta de ella.

Sí.

Cuando se separaron, Logan mantuvo la frente apoyada en la de ella.

— Quiero ir a casa — murmuró.

Maya abrió los ojos.

— ¿Cansado?

— Mucho.

— ¿Feliz?

— Más todavía.

Ella sonrió.

— Entonces vamos.

Logan se duchó rápido, se cambió de ropa y volvió unos minutos después con la mochila al hombro y el cabello mojado. Maya estaba apoyada en la pared, esperando, jugando con el anillo otra vez.

Él se dio cuenta.

Siempre se daba cuenta.

— ¿Todavía te gusta? — preguntó.

Maya miró la mano.

— ¿El anillo?

— Yo. Del anillo ya sé que quedó bonito.

Ella se rió, emocionada a pesar de la broma.

— Me gustas más que ayer.

Logan se detuvo delante de ella.

— Esa fue grande.

Maya sonrió.

— Lo sé.

Él extendió la mano.

Ella la tomó.

Los dedos encajaron con la facilidad de quien había aprendido el camino muchas veces. Logan entrelazó su mano con la de ella, el pulgar tocando levemente el anillo de diamante.

Caminaron juntos por el pasillo, pasando por el equipo, por los guardias, por el sonido distante de la afición que todavía celebraba allá afuera. Nadie detuvo a los dos. Nadie lo necesitaba.

Maya miró a Logan de lado.

Él miró de vuelta.

— ¿Qué pasa? — preguntó.

— Nada.

— Maya.

Ella le apretó la mano.

— Solo estaba pensando que, al principio, yo tenía miedo de quedarme.

Logan suavizó la mirada.

— ¿Y ahora?

Maya miró hacia adelante, hacia la salida, hacia la noche esperando del lado de afuera, hacia la vida que los dos estaban construyendo sin prisa y sin huida.

— Ahora quiero ir a casa contigo.

Logan llevó la mano de ella a la boca y le besó los dedos, justo encima del anillo.

— Entonces vamos a casa.

Y fueron.

De la mano.

Como si el mundo entero pudiera seguir haciendo ruido allá afuera, porque, al final de todo, ellos siempre encontrarían el camino de vuelta el uno al otro.

AGRADECIMIENTOS

Gracias a ti, lector, por haber llegado hasta el final de esta historia y permitir que esos personajes formaran parte de tu tiempo.

Escribir una novela es siempre una entrega, y saber que alguien eligió acompañar cada emoción, cada duda y cada momento vivido por esta pareja lo hace todo aún más especial.

Que esta historia te haya dejado un poco de ligereza, esperanza y ganas de creer en el amor.

Con cariño,
Soraya Pontes